

BIOGRAFÍAS VINCULADAS

Primer tomo

ALEJANDRO MAGNO

LAS FAMILIAS MACABEA Y DE HERODES

JULIO CÉSAR, CLEOPATRA Y MARCO ANTONIO

Arturo Múzquiz Orendain

Miembro de la Corresponsalía Cuernavaca del Seminario de Cultura Mexicana

y Socio Activo de la Sociedad de Escritores de Morelos

PRÓLOGO

En cualquier biografía, ya sea que se trate de un personaje de la historia, del arte o de la ciencia, es seguro que, conforme nos vayamos adentrando en los acontecimientos ligados a su vida, nos iremos encontrando con otras importantes personalidades que, en mayor o menor grado, están relacionadas con el biografiado. En algunos casos esta relación es tan trascendente, que no hubieran ocurrido los hechos significativos de la vida de uno, sin la influencia del otro o de los otros.

Seguramente Alejandro Magno no hubiera sido el gran conquistador de Asia, si su padre, Filipo II de Macedonia, no hubiera conquistado Grecia, o si su madre, Olimpia de Epiro, que se consideraba descendiente de Zeus, no le hubiera inculcado la idea de que él mismo era un dios. La dinastía Macabea, a la que el pueblo judío debe su independencia del Imperio Seléucida, terminó en una guerra fratricida en la que tuvo una importante participación Antípatro de Idumea. La intervención de Antípatro en esta lucha, permitió el ascenso al trono del reino de Judea de su hijo Herodes. Este Herodes, llamado el Grande, fue el origen de una dinastía que reinó durante los últimos cien años de la existencia de Judea. Por otra parte, la vida de Cleopatra VII, a partir de sus dieciocho años y hasta su muerte, estuvo íntimamente ligada a los romanos Julio César y Marco Antonio, con cada uno de los cuales vivió un tórrido romance.

Pero no sólo entre los personajes que compartieron las mismas épocas, existen esas interrelaciones. También ha sido indispensable que ocurran los acontecimientos históricos de una época, para que se presenten los hechos trascendentes de épocas posteriores. Los sucesos que se narran en las dos últimas biografías múltiples, de las tres que forman este Primer Tomo de las Biografías Vinculadas, acerca de la rebelión de los Macabeos y en relación con la vida de Cleopatra VII, se derivan indefectiblemente de la conquista del Oriente por Alejandro Magno, narrada en la primera

A la muerte del gran Alejandro, después de su tan extensa como meteórica conquista, siguió una cruenta lucha por el poder y por el territorio conquistado en la que participaron sus parientes y los miembros de su estado mayor. Al final, quedaron como principales beneficiarios los generales Seleuco y Tolomeo. Seleuco I Nicator creó el Imperio Seléucida, que llegó a dominar desde el río Indo hasta Asia Menor; en tanto que Tolomeo I Sóter fue el primer faraón de la dinastía tolemaica en Egipto.

Judea fue primeramente dominada por el Egipto de los Tolomeos y después cayó bajo el dominio de los seléucidas. La rebelión que encabezaron los Macabeos, que se narra en la segunda parte de este tomo, fue una consecuencia de los abusos cometidos por los seléucidas, en contra de sus súbditos judíos.

En la tercera parte de este tomo se narra la vida de la última reina de Egipto, Cleopatra VII. Con la trágica muerte de Cleopatra VII, llegó el fin del reino de Egipto y terminó la dinastía Tolemaica. Después de Cleopatra, Egipto se convirtió en una provincia romana.

ALEJANDRO MAGNO

ALEJANDRO MAGNO
EL CONQUISTADOR MÁS GRANDE DE LA HISTORIA.
HIJO DE FILIPO II DE MACEDONIA, VENCEDOR DE GRECIA,
Y DE OLIMPIA, DESCENDIENTE Y AMANTE DE ZEUS.

POLIXENA

El gran salón del palacio de Dodona había sido ricamente engalanado. Desde lo alto de la escalinata que conducía a las habitaciones interiores, Cleóbulo recorrió el recinto con la mirada, para cerciorarse de que en todas las banquetas de mármol se hubieran distribuido suficientes cojines para los invitados. El jefe del protocolo se cercioró de que las mesas bajas de cedro estuvieran colocadas en forma adecuada, de manera que los comensales no tuvieran que esforzarse para disponer de los manjares y las copas de vino. Hacía más de cuatro años, cuando nació Troa, la primera hija de Neoptólemo I de Epiro, que no se había organizado un festejo con tal magnificencia. La fiesta había sido un éxito completo, recordaba Cleóbulo con orgullo; el rey lo había felicitado personalmente. Y ahora que se festejaba el nacimiento de Polixena, la segunda hija de Neoptólemo, no tenía por qué ser diferente. Satisfecho del resultado de la inspección, Cleóbulo se dirigió a las cocinas, a continuar la supervisión.

Entre los invitados, no podían faltar los jefes de las tribus que habitaban en Epiro, sometidas desde muchos años atrás, a los molosos. Por este motivo Neoptólemo y sus antepasados se hacían llamar reyes de Epiro en vez de reyes de Molosia, como fueron en su origen. Otros importantes asistentes al convite, eran los reyes de las naciones vecinas: de Iliria, el rey Bardilis I; de Macedonia, Amintas III; de Tesalia, Licurgo II. Desde Atenas habían llegado los tiranos Crítias, Trasíbulo y Terámenes.

El adoratorio más importante de Dodona, era el templo de Zeus. Además del templo, en Dodona se encontraba el oráculo de Zeus, con tanto prestigio como el de Delfos, sólo que aquel estaba dedicado a Apolo. El oráculo de Dodona se ubicaba en un lugar cercano a la ciudad, pero fuera de ella, y era más parecido a un gran anfiteatro que a un templo. El templo de Zeus, por el contrario, se encontraba en el centro de la ciudad, directamente frente al palacio real.

Antes del banquete, el rey Neoptólemo, su pequeña hija Troa y su hermano menor Arribas, caminaron a través de la amplia plaza que separaba los dos edificios, para iniciar la ceremonia religiosa. Por supuesto, la reina Fila y la pequeña Polixena iban también, pero la reina era transportada por cuatro esclavos en una cómoda silla de manos, mientras la princesita, de pocos días de nacida, era llevada en brazos por su nodriza. A prudente distancia, numerosos pobladores observaban el ritual. En el ara del templo ya estaba encendido el fuego sagrado y a un lado de la estatua del dios, sujetado por dos ayudantes del sacerdote, se encontraba el hermoso toro que iba a ser sacrificado. Neoptólemo dio unos pasos hacia el interior del recinto, para quedar frente a la imagen del dios.

- Padre Zeus - dijo con voz firme -, esperamos con humildad que te resulte grato el sacrificio de este hermoso toro, que te estamos ofrendando. Te hemos distraído de

tus altísimas actividades para presentarte, divino antepasado nuestro, a nuestra hija, a la que hemos decidido dar el nombre de Polixena. El mismo nombre que tenía la hermosa princesa troyana, que fue el amor y la perdición de nuestro también antepasado Aquiles. Polixena fue la causa de la muerte del héroe, al revelar a su hermano Paris el secreto de la vulnerabilidad de su talón, para que hacia esta parte del cuerpo dirigiera sus flechas envenenadas. Condenada a muerte por los griegos, la princesa fue llevada a la pira en la que sería calcinado el cadáver del hijo del rey Peleo y de la nereida Tetis. Ya la esperaba Neoptólemo, el hijo de Aquiles, para ejecutar la sentencia. Los cuerpos de tu descendiente Aquiles y de su amada Polixena ardieron juntos en la fúnebre hoguera.

- Y es precisamente Polixena - continuó diciendo el rey -, el nombre que hemos dado a nuestra hija, para la que te rogamos, amado padre de los dioses, tu venturosa protección.

A una señal del rey, el sacerdote asestó un certero golpe con la afilada hacha en la testuz del toro, y la bestia cayó como si el dios del trueno la hubiera fulminado con uno de sus rayos. Sin pérdida de tiempo el sacerdote y sus asistentes, con notable destreza, abrieron al animal, separaron las vísceras y los cuartos traseros, y los colocaron sobre las llamas. El recinto se llenó de humo y se impregnó del fuerte olor a carne quemada. Neoptólemo se acercó al brasero con una copa de vino en la mano y la vació sobre la carne que se consumía en las llamas, mientras pronunciaba unas palabras que nadie escuchó.

Con este acto, se dio por concluida la ceremonia religiosa. Y, mientras los ayudantes cortaban el resto del animal y lo distribuían entre el pueblo asistente, la familia real regresó al palacio. La reina fue transportada a las habitaciones interiores por una puerta lateral, en compañía de sus hijas Troa y Polixena. En cambio, el rey y su hermano entraron al gran salón por la puerta principal del palacio. Ya habían llegado todos los invitados y el vino se había empezado a servir. En las mesas había castañas, semillas de trigo y habas tostadas, así como pastelillos de miel.

- Nos complace sobremanera - empezó diciendo Neoptólemo, puesto de pie en el lugar de honor del salón -, que nos acompañen en esta celebración los nobles dignatarios de las naciones con las que compartimos la península Helénica. Les damos una cordial bienvenida. También nos es grato recibir a los gobernantes de las regiones de Epiro, con quienes los molosos formamos este importante reino. Gracias a todos los que nos acompañan para recibir a un nuevo miembro de nuestra familia, a la princesa Polixena. Invito a ustedes a que dediquemos nuestra primera libación al dios Zeus, del que esperamos vea con benevolencia a esta niña, que es el más reciente miembro de su descendencia, de la estirpe de su hijo Éaco.

Todos los invitados levantaron sus copas, aunque casi en ninguno se trataba de la primera libación. En cuanto concluyó el brindis, Cleóbulo, que no perdía ningún detalle del

banquete, hizo una seña y de la cocina salieron diez criados, que se repartieron por el salón llevando las primeras charolas con alimentos.

- ¿No les parece anacrónico que nuestro anfitrión se considere descendiente nada menos que del mismo Zeus? - preguntó Trasíbulo a sus compañeros atenienses -. Estamos ya en el segundo año de la olimpiada ciento uno (375 a.C.), y el rey sigue pensando como en la época de la primera olimpiada, hace cuatrocientos años.
- Pues nosotros los atenienses no nos quedamos atrás, le contestó Terámenes. - Ya ven ustedes lo que acaba de dar a conocer en sus Diálogos nuestro filósofo Platón. Con palabras que, por cierto, pone en boca de nuestro compañero Crítias, afirma que los atenienses descendemos de hombres escogidos por la diosa Atenea, notablemente parecidos a ella misma, que derrotaron a los guerreros de la mítica Atlántida, muchos de los cuales desaparecieron al hundirse la imaginaria isla en el océano.
- Pero en este caso, todos sabemos que se trata de una leyenda creada por Platón - terció Critias, el otro tirano que asistía al festejo -. Por supuesto que yo jamás participé en el diálogo en el que el filósofo me involucra. Sin embargo, lo he leído y me ha quedado la impresión de que lo incluyó entre sus Diálogos, sólo para dar amenidad a su escrito. Aunque podría tener un contenido más profundo; con los filósofos no es fácil conocer el verdadero sentido de sus palabras. En cambio Neoptólemo y su familia parecen estar seguros de ser descendientes de Zeus. Me pregunto si realmente lo creen, o sólo es retórica.
- Yo puedo contestar esa pregunta - dijo una voz al otro lado de una columna próxima, sorprendiendo a los tiranos.
- Permítanme presentarme - dijo asomando la cabeza un hombre de cabello cano y barba rala, también blanca -. No quiero que me tachen de impertinente, pero estando tan cerca, no pude evitar escuchar su conversación. Mi nombre es Bardilis y soy el rey de Iliria. Los ilirios conocemos bien la leyenda en la que basan los molosos su pretensión de ser descendientes de Zeus, pues en un tiempo afectó directamente a nuestro pueblo.
- Ustedes los atenienses consideran – continuó diciendo Bardilis - ser los poseedores de la sabiduría. Esto se los digo más como un elogio que como un reproche, pues considero que en gran parte tienen razón. Pero si ustedes lo permiten, ahora será un ilirio quien los ilustre sobre un tema que tal vez ignoran.

Los atenienses, visiblemente impresionados por la modestia del monarca, le hicieron saber que les daría mucho gusto escuchar sus palabras. Pero le pidieron que se colocara entre ellos, pues de otra manera, con las cada vez más ruidosas conversaciones de los comensales y la música con la que se hacían acompañar los acróbatas que acababan de iniciar sus actos, no iban a escuchar nada.

- La historia o leyenda, según se quiera interpretar, en la que se fundamenta el presunto origen divino de la familia gobernante de los molosos, se inicia en la época de la guerra de Troya - empezó diciendo el monarca ilirio -. Trata principalmente de Neoptólemo, el hijo del héroe griego Aquiles, que participó únicamente en la etapa final de la contienda, cuando ya había muerto su padre, puesto que había viajado a Troya precisamente para sus exequias. Neoptólemo fue uno de los guerreros que lograron pasar al interior de las murallas troyanas, escondido en el vientre del caballo de madera que los troyanos, creyendo que se trataba de una ofrenda a la diosa Deméter, llevaron a la ciudad amurallada. Mientras los confiados troyanos dormían, los guerreros salieron de su equino escondite y abrieron las puertas a las tropas griegas. En la carnicería que se derivó de la violenta e inesperada irrupción de los griegos en la fortaleza de Troya, a Neoptólemo le correspondió el dudoso privilegio de matar al anciano rey Príamo.
- Terminada la guerra, Neoptólemo cruzó el mar Egeo y se estableció en Phtía, en la costa de Tesalia, con su abuelo el rey Peleo. Llevaba en calidad de esclava a Andrómaca, la viuda de Héctor, que le había sido otorgada en Troya como botín de guerra. En Phtía, Neoptólemo se casó con Hermione, la hija de Menelao y Helena. Hermione había estado comprometida con su primo Orestes, pero cuando se preparaba la guerra de Troya, Menelao desconoció el compromiso y concertó el matrimonio de su hija, con el hijo de Aquiles, para asegurarse de la participación del héroe en la contienda.
- Hermione demostró que no sólo había heredado la belleza de su madre, sino también su apasionamiento, y vivió con Neoptólemo una prolongada luna de miel que duró varios años. Sin embargo, la belleza y el entusiasmo de la joven espartana, no fueron suficientes para evitar que su esposo empezara a cansarse de la monotonía y a fijarse en la madura belleza de Andrómaca. La incapacidad de Hermione de darle un hijo, fue un motivo adicional para que el hijo de Aquiles llevara a su lecho a su esclava. En menos de un año de una relación tal vez menos apasionada que la que tenía con Hermione, aunque no menos estimulante, Andrómaca le dio un hijo al que llamó Moloso.
- Algún tiempo después, Neoptólemo viajó a Delfos para expiar ante Apolo la falta que había cometido en una visita anterior al templo, cuando de manera imprudente, culpó al dios de haber dirigido la flecha que mató a su padre. Ahora deseaba congraciarse con Apolo, mediante una ofrenda reparadora de sus pasados yerros. En su ausencia, Menelao llegó a Phtía y Hermione acusó ante su padre a Andrómaca de ser la causante de su infecundidad. Padre e hija decidieron asesinarla, junto con su hijo, para acabar con el maleficio. Y estuvieron a punto de lograr sus propósitos, pero la oportuna intervención de Peleo evitó el doble crimen. La violenta discusión que se suscitó entre Peleo y Menelao se interrumpió cuando llegó de Esparta un mensajero, para informar a Menelao que su reino estaba siendo amenazado por el

reino vecino de Pilos. Menelao suspendió la reyerta y se apresuró a regresar a Esparta.

- Al encontrarse sin la protección de su padre, el pánico acometió a Hermione. Estaba segura de que, a su regreso, Neoptólemo tomaría terribles represalias en su contra, por haber tratado de matar a su hijo. Su nodriza y los criados habían evitado que, en su desesperación, se quitara la vida. Así la encontró su primo y antiguo pretendiente Orestes, cuando llegó a Phtía. *“Debes tranquilizarte – le dijo para calmarla -. No existe razón para que te preocupes. No creo que Neoptólemo regrese”*.
- Orestes sabía de lo que hablaba. En Delfos había dejado armada una trampa para su rival. Sus amigos recorrían la ciudad propagando una calumnia en contra de Neoptólemo: *“Ved a ese hombre, ved como recorre los recovecos de la casa del dios. Quiere vengarse de Apolo, a quien culpa de haber causado la muerte a su padre. Seguramente está buscando la forma de destruir el templo o de incendiarlo”*. La difamación causó los efectos esperados y, cuando Neoptólemo se disponía a realizar el sacrificio de las víctimas propiciatorias, fue lapidado por la multitud.
- Al llegar a Phtía la noticia de la muerte de Neoptólemo, Orestes y Hermione abandonaron la ciudad y se trasladaron a Esparta, en donde finalmente se casaron. En cambio a Peleo lo invadió un dolor indescriptible, que se incrementó al máximo cuando llegó el cadáver de su nieto. Enloquecido por el sufrimiento, reclamó a Apolo haber acabado con su descendencia de manera poco honrosa:
- *“Ni mi hijo ni mi nieto tuvieron oportunidad de encontrar la muerte midiendo sus fuerzas frente a un enemigo honorable. A Aquiles lo mató una flecha lanzada por un cobarde y a Neoptólemo lo lapidó una multitud soliviantada por otro cobarde. Ni Paris ni Orestes tuvieron el valor de enfrentarlos. Se extinguió mi progenie, no hay hijos en mi hogar. Doliente de mí, que dolor me avasalla”*. Así se lamentaba Peleo, cuando se apareció frente a él la divina Tetis.
- *“Peleo - le dijo la nereida -, no te abatas a tal grado por los presentes males. Para todos los hombres es sentencia de los dioses que deben morir. Oye mi consejo: A ese que aquí yace, hijo de Aquiles, llévalo a sepultar ante el ara de Apolo, en Delfos, para oprobio de sus asesinos. Su tumba será un testimonio perpetuo de la felonía de Orestes. Y Andrómaca, que siendo una princesa de Troya, el hado la convirtió en esclava, que vaya a habitar en el lejano Epiro. Antes se unirá a Heleno, el único superviviente varón de los hijos de Príamo. Les proporcionarás un ejército de mirmidones, para que, en Epiro, formen un nuevo Estado, al que llamarán Molosia. En él habrá de reinar ese niño, Moloso, resto único de la prole de Éaco, y será el origen de una larga cadena de soberanos de esa nación. No ha de extinguirse ese linaje, que es tuyo y es mío”*.
- *“Y a ti, oh Peleo - siguió diciendo la deidad – que a mi lecho tuviste acceso, siendo como soy una diosa, te haré un dios. Y unido a mí una vez más, morarás en la casa de Nereo. Marcha ya a Delfos, ciudad del dios Apolo. Lleva ese cuerpo y sepúltalo*

en esa tierra. Ve luego hasta el arrecife de Sepia y establece allí tu morada. Espera a que yo venga de los mares profundos con un coro de cincuenta nereidas, para que sean tu comitiva. Ese es tu destino, Zeus lo decretó”.

- La región de Epiro, a la que llegaron Andrómaca, Heleno y Moloso - continuó relatando Bardilis, - estaba habitada principalmente por pelasgos. Algunos de ellos se incorporaron al nuevo reino y se convirtieron en molosos. Los que se opusieron, tuvieron que huir al interior de la península. Al fallecer Heleno, Moloso subió al trono y decidió dominar todo el Epiro. La mayor parte de las tribus que lo ocupaban, se sometieron, y a mis antepasados, los ilirios, Moloso los obligó a recorrer sus fronteras, en beneficio del territorio epirota. Los descendientes de Moloso, desde esos lejanos tiempos hasta nuestros días, han dominado el Epiro.
- Y estos molosos, a cuya estirpe pertenece nuestro anfitrión, se consideran descendientes de Zeus, conforme a la siguiente línea de descendencia: Zeus engendró, con la ninfa Egina, al rey Eaco, que fue el padre del rey Peleo. Peleo se casó con la nereida Tetis y de esa unión nació Aquiles, padre del primer Neoptólemo.

Los sirvientes habían empezado a encender las antorchas que iluminarían el salón. El azul intenso del cielo, que llegaba a los comensales a través de los altos ventanales, había sido sustituido por el gris rosáceo del atardecer. El rey Bardilis dijo sentirse cansado, se despidió de los tiranos y se retiró del banquete. Pero no existía tal cansancio, pues a pesar de sus canas, estaba muy lejos de ser un anciano.

La realidad era que el día anterior había tenido un encuentro desagradable con Amintas III, el rey de Macedonia. Entre Iliria y Macedonia existía una pugna por cuestiones territoriales que se había iniciado dieciocho años atrás cuando un disidente, Argeo, con el apoyo de Serras, el rey ilirio que precedió a Bardilis, había destronado a Amintas III. Menos de dos años después, Amintas recuperó el trono. Había derrotado a Argeo y lo había mandado ejecutar. Pero durante su corto reinado, Argeo había pagado el apoyo de Serras con una parte del territorio macedonio. Amintas deseaba recuperar el territorio y Bardilis parecía estar dispuesto a devolverlo.

Aprovechando la circunstancia de que ambos monarcas se encontraban en Dodona, los ministros que los acompañaban concertaron un encuentro, que se llevó a cabo el día anterior al festejo. Pero, a pesar de la buena voluntad de Bardilis, la reunión fracasó. Amintas, adoptando una actitud grosera y prepotente, sin preámbulo alguno y sin la menor razón, increpó a Bardilis culpándolo del apoyo que había dado Serras a su enemigo. El ilirio no contestó la ofensa, únicamente se puso de pie y, sin decir una palabra, se retiró de la reunión. Y ahora en el banquete, no obstante la grata compañía de los atenienses, le desagradaba la proximidad del rey macedonio. Y prefirió retirarse a las habitaciones que le habían sido asignadas en el palacio. En cambio la mayor parte de los invitados se quedaron hasta el fin de la celebración, que duró toda la tarde y gran parte de la noche. Dos días

después del festejo, la ciudad de Dodona había vuelto a la normalidad. Todos los invitados habían regresado a sus lugares de origen.

Entre los que volvieron a sus reinos estaba el macedonio Amintas III, que continuó reinando por diez años más. Amintas tuvo una hija, Anfitea, y tres hijos, Alejandro, Pérdicas y Filipo. Anfitea estaba casada con Tolomeo de Aloros, un ambicioso noble de la región oriental de Macedonia conocida con este nombre: Aloros. Los últimos años de su vida, Amintas se vio aquejado por varios padecimientos, el más grave de ellos, según su médico Nicómaco de Estagira, era el “dolor de pecho”. En ocasiones el dolor era tan intenso, que le impedía atender los asuntos del reino por varios días y hasta por semanas. Su esposa Eunice y su hijo mayor se esforzaban para que no se hiciera evidente la gravedad del rey, con el fin de no alentar a quienes pretendían sustituirlo. Debido a la juventud de sus tres hijos varones, algunos de sus parientes, como aves de rapiña, estaban a la espera de su muerte para apoderarse del reino.

De los tres jóvenes príncipes, únicamente Alejandro se preocupaba por ayudar a su madre durante las crisis por las que pasaba la enfermedad de su padre. Pérdicas y Filipo dedicaban la mayor parte de su tiempo a las competencias hípicas, a veces como espectadores y en ocasiones montando sus propios caballos. Casi siempre los acompañaba su amigo Aristóteles, el hijo del médico Nicómaco. Para desgracia de Amintas, el médico que mejor conocía sus males, Nicómaco, falleció, y el rey le sobrevivió apenas un mes. Al morir Nicómaco, Proxeno, un amigo muy cercano de Nicómaco, se hizo cargo de Aristóteles. Sin embargo, muy pronto se dio cuenta de que la guerra civil se venía sobre Macedonia, y decidió alejar del lugar a su hijo recién adoptado. A los diecisiete años de edad, Aristóteles fue enviado a Atenas, a estudiar en la Academia de Sócrates.

No pasó mucho tiempo del fallecimiento de Amintas, para que ocurriera la esperada turbulencia. Pausanias, un sobrino del fallecido rey que habitaba en los límites de Macedonia y Tracia, llegó con su ejército hasta Pella tomando desprevenidos a los príncipes y derrotó a las tropas del reino. Pausanias capturó a la reina y a sus dos hijos menores y se declaró regente. Alejandro, ya convertido en el rey Alejandro II de Macedonia, logró huir con lo que quedaba de las tropas derrotadas. Por ese tiempo, el general ateniense Ifícrates luchaba por evitar que la colonia de Anfípolis fuera expulsada de su territorio por los tracios. Alejandro II le ayudó con sus menguadas tropas y juntos lograron que Tracia desistiera de sus propósitos. Con la colonia ateniense fuera de peligro, el ejército combinado de Alejandro e Ifícrates se lanzó sobre las tropas de Pausanias. El autonombrado regente fue derrotado y ejecutado. Alejandro II liberó a su madre y a sus hermanos y empezó a gobernar, según creía, libre de problemas.

Pero la tranquilidad que esperaba el joven rey, duró poco tiempo. La intervención de Alejandro en favor de la colonia ateniense había molestado a Tebas, que en ese tiempo era la mayor potencia de Grecia. Alejandro fue obligado a establecer con los tebanos un

acuerdo, mediante el que Macedonia se obligaba a acudir en su ayuda cada vez que Tebas lo considerara necesario. Para garantizar el acuerdo, Alejandro tuvo que enviar a Tebas, en calidad de rehén, a su hermano Filipo. Los dos años que el príncipe permaneció en Tebas, le habrían de ser de gran utilidad en el futuro. En el exilio disfrutó de los privilegios de su alcurnia y recibió educación militar y diplomática del general y político tebano Epaminondas. No obstante que Filipo era apenas un adolescente, las enseñanzas de Epaminondas y su perspicaz observación, le permitieron darse cuenta de la organización política y militar de la Grecia peninsular, cuya principal arma era la falange profunda.

En Tebas fue informado del asesinato, como resultado de un complot, del mayor de sus hermanos, el rey Alejandro II. La muerte de Alejandro obligó a Filipo a huir de Tebas y a regresar a Macedonia. En Pella nadie dudaba de que la conjura que culminó con la muerte del rey, hubiera sido organizada por su cuñado Tolomeo de Aloros, aunque éste siempre lo negó. Subió al trono Pérdicas III, pero como no tenía la edad necesaria para gobernar, su cuñado Tolomeo asumió la regencia. Cuatro años después el rey había alcanzado la mayoría de edad y como Tolomeo se negaba a cederle el poder, Pérdicas y Filipo le tendieron una celada y lo asesinaron.

Pérdicas III gobernó durante los siguientes seis años, empleando la diplomacia como principal arma. Restableció el acuerdo con Tebas, pero se negó a enviar rehenes. Después enfrentó un problema del reino en una forma poco usual. En la Alta Macedonia se ubicaba la región autónoma de Elimeia, que era gobernada por un magistrado llamado Machatas. La incorporación de Elimeia al poder central podría haberse logrado con la intervención del ejército, pero Pérdicas, que era más un diplomático que un militar, la logró mediante el matrimonio de su hermano Filipo con Fila, la hija de Machatas. Con Fila, Filipo tuvo su primer hijo, Caranus.

Una vez lograda la integración de Elimeia al reino, Pérdicas se propuso recuperar el territorio que el disidente Argeo había cedido a Iliria. Visitó personalmente a Bardilis I en la ciudad de Graveis, sede del gobierno ilirio, y con una habilidad diplomática de la que su padre Amintas había carecido, logró la devolución del territorio. La única condición que puso Bardilis, fue la firma de un tratado de paz entre las dos naciones, que sería sellado con el matrimonio de Filipo con Audata, una hija de Bardilis. En Macedonia, como en casi todo el territorio griego, regía la monogamia. Pero en Macedonia esta ley, y algunas otras, no aplicaban para los gobernantes con la misma rigidez que para la población en general. De modo que Filipo se casó, en un segundo matrimonio, con Audata, con la que tuvo a Cinane.

Sin embargo, el casamiento de Filipo con la princesa de Iliria solamente resolvió el problema por algún tiempo. Pocos años después Bardilis I, no obstante que continuaba reinando en Iliria, por su mermada salud y avanzada edad había dejado las riendas del gobierno en manos de su hijo mayor, Gravos. El hijo de Bardilis siempre estuvo en contra de la devolución del territorio que había pertenecido a Macedonia; y en cuanto tuvo el

poder para hacerlo, invadió el norte de Macedonia con la intención de recuperarlo. El ejército de Macedonia era superior al de Iliria, en número de combatientes y en organización, aunque Pérdicas hubiera preferido no tener que utilizarlo. Sin embargo, las circunstancias lo obligaron a abandonar su política pacifista. Se puso al frente de sus tropas, se enfrentó a Gravos y lo expulsó del territorio que había invadido. Pero durante la lucha fue herido de gravedad y murió pocos días después. La agresión de Gravos, además de haber causado la muerte de Pérdicas, provocó el rompimiento de Filipo con Audata, hermana de Gravos. Después del divorcio, Audata regresó a Iliria, pero Cinane prefirió quedarse en Macedonia con su padre.

Fue el segundo año de la olimpiada ciento cinco (359 a.C.) cuando Pérdicas III falleció y su pequeño hijo Amintas se convirtió en rey. Por la corta edad de Amintas IV, su tío Filipo se hizo cargo del reino, en calidad de regente. Uno de los primeros problemas que Filipo tuvo que enfrentar, se le presentó en la vecina Tesalia en donde, además, pudo ejercer sus dos grandes pasiones: la guerra y el amor. Con bastante anterioridad, la familia de los Aleuadas gobernaba en Larisa, y desde esa ciudad había extendido su poder por todo el reino. Pero en 375 a.C. Jasón de Féres, ciudad casi tan importante como Larisa, se proclamó tirano de Tesalia, despojando del poder a Licurgo II, de la familia Aleuada. Licurgo recurrió a Amintas III, que en ese momento gobernaba en Macedonia, y mediante su intervención recuperó el poder. Al morir Licurgo II, subió al trono de Tesalia su hijo Licurgo III, que gobernó sin problemas por cinco años más, hasta que un nieto de Jasón, Alejandro de Féres, se impuso en Tesalia como nuevo tirano. Licurgo III, como antes lo había hecho su padre, acudió a sus amigos macedonios. El segundo llamado de auxilio lo recibió el recién nombrado regente, Filipo.

La principal preocupación de Filipo, en esos momentos, era el fortalecimiento del ejército macedonio. Durante su forzosa permanencia en Tebas, su maestro Epaminondas le había hecho ver que el arma más importante de los griegos, eran las falanges, unas formaciones compactas, en las que los soldados de infantería, llamados *hoplitas*, se agrupaban en varias hileras, hasta alcanzar una profundidad de ocho o más filas, por lo cual se llamaban falanges profundas.

Filipo mejoró las falanges macedonias, dotándolas de escudos adecuados y picas más resistentes. Pero fue a la caballería a la que le puso mayor atención, hasta convertirla en la principal arma de combate. Desde que tuvo autoridad como regente del reino, empezó a hacer crecer al ejército, a partir de los seis mil hombres con los que contaba Pérdicas, cuando derrotó a Gravos. Y ahora el llamado de auxilio de Tesalia le estaba dando la oportunidad de probarlo. En una campaña relámpago, se trasladó con sus tropas a Féres, en donde derrotó y dio muerte al autonombrado tirano.

En Larisa, el rey Licurgo III dispuso que se realizaran varios festejos, en honor y en agradecimiento de Filipo. Durante las fiestas, el regente de Macedonia conoció a un noble

tesaliano, Thorax de Larisa, con el que congenió y entabló una amistad que habría de durar varios años. Thorax tenía una sobrina, Filina, que era una apasionada de la danza ritual. En una ocasión en la que Filipo asistió a una ceremonia en el templo de Hestia, le bastó con verla bailar para enamorarse de ella. Thorax, que ignoraba las anteriores uniones conyugales del macedonio, al enterarse de su entusiasmo por su sobrina, le hizo saber que se sentiría muy honrado si, mediante el matrimonio, emparentaban las dos familias.

Filipo de Macedonia y Filina de Larisa se casaron, en medio de grandes festejos, que no desmerecieron en nada a los realizados con motivo de la recuperación del poder por Licurgo. Filipo había dejado el gobierno de Macedonia en manos de Antípatro, un general de su absoluta confianza, y permaneció todavía algunas semanas en Tesalia. Pero esta situación no se podía prolongar indefinidamente y, antes de emprender el regreso, consideró prudente informar a su nueva esposa sobre sus matrimonios anteriores.

- Está bien, Filipo – le dijo Filina sin perder la calma -, no dudo que te hayas visto obligado a estas uniones por razones políticas. Pero así como te divorciaste de una de tus esposas, si te interesa que vaya yo a tu lado en Pella, tendrías que hacer lo mismo con la otra. Yo voy a permanecer en Larisa todo el tiempo que sea necesario, hasta que reciba información de tu parte, de que has puesto fin a tu matrimonio con Fila.

Filipo regresó a Pella, sin saber que dejaba a Filina embarazada. Estaba decidido a divorciarse de Fila, como lo había prometido a Filina. Pero en vez de cumplir su promesa, adquirió un nuevo vínculo.

FILIPO Y MYRTALE

Por algún tiempo, el regente de Macedonia permaneció en Pella, atendiendo los asuntos del gobierno. Sin embargo Filipo, además de belicoso y enamorado, era un hombre religioso. En cuanto consideró que podía ausentarse una vez más de Macedonia, sin daño para su gobierno, viajó al Santuario de los Grandes Dioses, en Samotracia. Visitó la mayor parte de los templos, pero dedicó especial atención a dos de ellos, el templo de Atenea y el templo de Ares. En el templo de Atenea, rogó a la diosa la inspiración necesaria para lograr la prosperidad de su pueblo. A Ares le pidió que le permitiera conducir a sus ejércitos a la conquista de amplios territorios. Deseaba ver a Macedonia convertida en un imperio.

En ese tiempo también se encontraba en Samotracia la princesa de Epiro, Polixena. No sólo había vencido la resistencia de su tío Arribas, regente de Epiro, a autorizar el viaje hasta Samotracia, sino que logró que pusiera a su disposición una excelente nave, con marineros y guardias selectos. Para llegar a Samotracia, en el norte del mar Egeo, la nave de Polixena, que había salido de la isla Corcira, en el mar Jónico, tuvo que circunnavegar toda la península helénica.

Al siguiente día de su llegada a Samotracia, inició su visita al imponente Santuario de los Grandes Dioses. En el templo de Zeus, al que le dio el tratamiento de antepasado, agradeció al dios los beneficios que había recibido durante los diecisiete años de su vida y le pidió un lugar privilegiado de los Campos Elíseos para sus padres fallecidos. A continuación se dirigió al templo de Afrodita, en el que asistió a una danza ritual que le causó una fuerte impresión. En Dodona y en otras ciudades de Epiro, Polixena había visitado varios templos de la diosa del amor, pero en ninguno de ellos había asistido a una ceremonia tan excitante.

En la ceremonial danza que presencié, los velos de las sacerdotisas de Afrodita eran tan vaporosos, que transparentaban las sensuales formas que pretendían cubrir; y durante las voluptuosas evoluciones, los cuerpos de las gráciles muchachas parecía que se rozaban. En realidad, las bailarinas jamás se tocaban, pero desde las gradas del anfiteatro en el que se encontraban los asistentes a la ceremonia, daba la impresión de que se acariciaban. Cuando terminó la celebración, Polixena quedó tan entusiasmada, que decidió cambiar de nombre. Después de todo, aunque Polixena había sido el gran amor de su antepasado Aquiles, también lo había traicionado y su traición fue la causa de su muerte.

“Adoptaré el nombre de la diosa. En adelante me llamaré Afrodita”. Sin embargo, un momento después recapacité: “Tomar el nombre de un dios, debe ser un sacrilegio. No conozco a nadie que se llame Zeus, Deméter o Poseidón”.

Se quedó pensativa por un corto tiempo, sin moverse de su asiento en las gradas del ya casi vacío anfiteatro. Frente a ella, un arbusto lucía el verde intenso de su follaje. Se trataba de un mirto, la planta preferida de la diosa, que no faltaba en ninguno de sus templos. “El nombre del árbol será mi nombre”. Y así fue, aunque lo cambió a Myrtale por razón de su género. En esta forma, la princesa que había entrado al templo como Polixena, salió como Myrtale.

En el relativamente pequeño espacio de la ciudad, en el que se ubicaba el Santuario de los Grandes Dioses, era prácticamente imposible que Filipo y Polixena, ahora Myrtale, no se encontraran. A sus diecisiete años, Myrtale había desarrollado toda su hermosura y en cuanto la vio Filipo, se enamoró de ella. Aunque este suceso no se podría calificar como extraordinario, pues ya sabemos que Filipo era bastante propenso a enamorarse. Sin saber de quién se trataba, Filipo intentó abordarla, pero fue rechazado.

- Seguramente no sabes quién soy - le advirtió Filipo.
- Y seguramente tú tampoco sabes quién soy yo, de otro modo no te mostrarías tan insolente -. El porte de Filipo también había inquietado a la princesa, pero no deseaba demostrarlo.
- Por tu belleza, podrías ser una diosa, surgida de alguno de estos templos.

- Aunque así fuera, más vale que te alejes, antes de que llame a los guardias para que te obliguen a hacerlo.

Filipo iba acompañado únicamente por su amigo Clito, pero no fue por temor por lo que decidió retirarse del lugar. Sabía que bastaría con darse a conocer, para que los guardias no se atrevieran a molestarlo. Lo hizo por no terminar ásperamente su primer encuentro con la beldad que lo había impresionado tan profundamente.

- Nos volveremos a encontrar en otro momento en que estés de mejor humor.

Para esa misma tarde, los acompañantes de los dos príncipes ya habían averiguado quienes eran los que habían sido sus respectivos interlocutores de esa mañana. Y al día siguiente, sin acordarlo, ambos estaban en el mismo sitio.

- Me imagino, princesa, que ya sabes quién soy - dijo Filippo, iniciando la conversación.
- Pues no, no sé quién eres, ni me interesa - contestó Myrtale, fingiendo indiferencia.
- En ese caso, te llevo ventaja, pues yo me he enterado de que eres Polixena, una princesa de Epiro. Yo, por mi parte, te informo que soy Filippo, el rey de Macedonia.
- Te has equivocado Filippo, si es que realmente así te llamas. Es cierto que soy princesa de Epiro, pero mi nombre no es Polixena, sino Myrtale. Por otra parte, no es posible que seas el rey de Macedonia, pues serías un niño.
- Mi nombre es Filippo, no lo dudes, y si no soy el rey, soy hijo de un rey y tío y tutor del rey-niño al que te refieres. Y como tal, yo soy quien gobierna en Macedonia. Y no sé si te llames Myrtale o Polixena princesa, lo que sí te puedo asegurar es que me he enamorado de ti.
- Vas muy aprisa, Filippo. ¿Cómo puedes decir que te has enamorado de mí si, en realidad, ni yo te conozco ni tú me conoces?
- Pues si éste es el obstáculo, es muy fácil de salvar.

Durante los siguientes días, hasta que ambos abandonaron Samotracia, para regresar a sus respectivos reinos, pasaron largas horas, recorriendo juntos los lugares interesantes de la isla. En los recorridos, Myrtale permitió que Filippo se tomara algunas libertades, pero en las ocasiones en las que el macedonio intentaba pasar de los límites que la joven princesa se había fijado, lo detenía y llamaba a sus damas con cualquier pretexto. Estos avances y detenciones, enardecían más el deseo del gobernante macedonio.

El penúltimo día que estuvieron en Samotracia, anterior a su regreso a sus respectivos reinos, Filippo y Myrtale esquivaron a sus acompañantes y se dirigieron a una caleta alejada de la población. Esa tarde la princesa se olvidó de los límites que tenía establecidos y se entregó al experimentado macedonio, con la misma pasión con la que las sacerdotisas de Afrodita se entregaban a la danza. En uno de sus arrebatos emocionales, Filippo le pidió que se casara con él, sin obtener respuesta. Al final de la tarde, los amantes descansaban a la

sombra de las rocas que rodeaban la pequeña bahía. Filippo contemplaba a su amada en todo el esplendor de su belleza.

- Te hice una petición, princesa, y no me has contestado. Quiero que te cases conmigo.
- Yo puedo decirte que estoy de acuerdo, Filippo, pero tú sabes que el matrimonio entre los miembros de las casas gobernantes, no se resuelve como la boda de una pareja de campesinos. Tendrás que expresar tus intenciones a mi tío Arribas, quien resolverá lo que, a su juicio y el de sus consejeros, convenga al reino.
- Para mí es suficiente con que tú estés de acuerdo, de lo demás yo me encargo.

Dos días después, el barco que había llevado a Polixena a Samotracia, partió de regreso hacia la isla Corcira, con la princesa Myrtale a bordo. También Filippo salió de Samotracia, pero él y sus acompañantes solamente tuvieron que realizar un corto viaje por mar, al cercano puerto de Abdera. De aquí siguieron a caballo, recorriendo la costa de Tracia, hasta Macedonia. En el camino, con alguna frecuencia se topaban con los cargamentos de cobre, procedentes de la península Calcídica, y con los de oro, de las minas del monte Pangeo. Todos se dirigían a Abdera, en donde serían embarcados para Atenas.

- Estas ricas minas, tan cercanas a nuestro territorio, deberían ser explotadas por Macedonia, en vez de que los atenienses se beneficien de ellas - comentaba Filippo con su amigo Clito.

Pasarían algunos años y cambiarían las circunstancias, pero Filippo jamás se olvidó de la riqueza que se generaba en las proximidades de su reino.

En Pella Filippo pasó algunos días con Antípatro. Una vez revisados los asuntos a los que, en su nombre, les había dado solución, volvió a dejarle el gobierno y partió rumbo a Dodona.

El matrimonio de la princesa de Epiro con el gobernante de Macedonia convenía a ambas naciones y Arribas lo aceptó con beneplácito. La boda se celebró en Dodona con un magno festejo, organizado por Cleóbulo, por supuesto. Terminadas las celebraciones, la pareja se trasladó a Pella, la capital del reino macedonio.

La pasión de la joven princesa se enfrió en muy poco tiempo. Filippo no le había ocultado que “por razones de Estado” se había tenido que casar en dos ocasiones. También le dijo que uno de los matrimonios estaba disuelto y su hija se había quedado a su lado. Sobre la unión con Fila, sólo le dijo que ya había pensado divorciarse. En ningún momento le mencionó su matrimonio con Filina. No obstante estar advertida de la situación, Myrtale no podía acostumbrarse a compartir el palacio, y al esposo, con otra mujer. Estas circunstancias, que hubieran sido consideradas naturales por cualquier mujer macedonia, no lo eran para Myrtale, que no era cualquier mujer ni era macedonia.

- En Epiro y en toda la Grecia culta - dijo Myrtale en tono agresivo, - se respetan las leyes que hacen obligatoria la monogamia.
- Tienes razón, princesa, en la Grecia ilustrada, un hombre sólo puede casarse con una mujer a la vez, pero puede tener todas las amantes que se la dé la gana, además de uno que otro varoncito con el que también se relaciona. En ese sentido, yo prefiero las salvajes costumbres de Macedonia.

Filipo mentía a sabiendas, pues en Macedonia ocurría lo mismo que en el resto de la península helénica. Si acaso, la compañía de un joven amante era menos común.

OLIMPIA

Filipo consideró conveniente alejar por algún tiempo a su más reciente esposa, del palacio en el que se veía obligada a convivir con Fila. Y la invitó a que lo acompañara a la ciudad de Olimpia, en el Peloponeso. Cada cuatro años los caballos de los diferentes reinos eran llevados a competir en las carreras que se realizaban en el año intermedio entre dos olimpiadas, y Filippo asistía al espectáculo en todas las ocasiones en que le era posible. Myrtale disfrutó plenamente su estancia en Olimpia. Finalmente tenía a Filippo para ella sola. Lejos de sus otra esposa y de sus responsabilidades inherentes a la regencia, Filippo volvió a ser el amante apasionado con el que se había unido en la caleta de Samotracia. En esos días, la princesa epirota cambió una vez más su nombre. Se olvidó del mirto y adoptó el nombre de la ciudad en la que nuevamente había sido feliz: Olimpia. Este fue su nombre durante la mayor parte de su vida y con el que es más conocida. Durante el regreso a Pella, Filippo la llevó a visitar Corinto, Atenas y Tebas. En todo el tiempo que duró el viaje, la pasión de su esposo la hizo olvidar su poligamia.

Sin embargo, la ilusión llegó a su fin en cuanto regresaron a Macedonia. En el palacio de Pella, Olimpia se encontró con un niño desconocido, con notorios signos de debilidad mental, que veía con aparente atención como jugaban Amintas y Cinane, sin tratar de participar en el juego.

- Es Arrideo – explicó Filippo, utilizando verdades a medias -, es hijo de Filina de Larisa, una joven bailarina de Tesalia, con la que sostuve una relación, por supuesto, con anterioridad a nuestro matrimonio. Filina acaba de morir y su familia me ha enviado al niño para que no se quede desamparado.

La reacción de Olimpia fue tanto de disgusto como de sorpresa. Con qué cinismo le hablaba Filippo de su amante y del hijo que había tenido con ella, como la cosa más natural del mundo. Seguramente la reacción de Olimpia hubiera sido mucho más violenta, si Filippo le hubiera confesado que Filina no había sido su amante, sino su esposa, y que se había negado a vivir en Pella, en donde ya habitaba otra esposa de Filippo.

- Dime Filipo – le preguntó, tratando de contener la ira que la invadía -. ¿Cuántos hijos tuyos me faltan por conocer? ¿Cuántas amantes has tenido de las que aun no me has hablado?
- La única amante que he tenido fue Filina, y ya te dije que esto ocurrió antes de que nos conociéramos tú y yo. No tiene por qué molestarte.
- Por supuesto que me molesta. Desde un principio debí haber rechazado tu poligamia. Pero estás muy equivocado si supones que voy a estar muy tranquila viendo como se llena tu palacio con las amantes y los hijos ilegítimos que debes tener regados por todas partes.

A esta discusión siguieron otras más violentas, después de una de las cuales Olimpia abandonó Pella y regresó a Dodona, dispuesta a divorciarse de Filipo. Pero su tío Arribas, al darse cuenta de que estaba embarazada, la obligó a volver con su esposo. Olimpia regresó a Macedonia, acompañada de su hermano menor, el joven rey Alejandro I, en cuyo nombre gobernaba Arribas. Olimpia se reinstaló en el palacio de Pella y trató de llevar una vida normal, aunque a medida que avanzaba su embarazo, se volvía más neurótica. Sus encuentros con Fila, verbales por fortuna, eran cada vez más violentos. Con sus arrebatos, en los que también Filipo se veía involucrado, Olimpia finalmente logró que Filipo se divorciara de su primera esposa, aunque tal vez ella fue la que solicitó la separación, pues ya le resultaba imposible soportarla. El divorcio se llevó a cabo y Fila regresó a Elimeia en compañía de su hijo Carano.

Una vez que quedó como esposa única, Olimpia cambió la dirección de sus baterías. Ahora reprochaba a Filipo su condición de regente, es decir, de gobernante temporal de Macedonia.

- Tú y yo somos hijos de reyes, Filipo, en tanto que nuestro hijo, que descende de Zeus, aunque sea el hijo de un príncipe, es un príncipe que dentro de poco tiempo no tendrá ninguna autoridad.

El reproche se repitió en varias ocasiones y en diversos tonos, hasta que Filipo tomó la decisión de destituir a su sobrino. La sustitución fue más tranquila de lo que el tío del rey esperaba. El paso de la paternidad de Pérdicas a la tutoría de Filipo no había traído ningún cambio importante para Amintas. Seguía viviendo en el mismo palacio y jugando en los mismos jardines, y desde que nació Cinane, fue para él como una hermana muy querida. Jamás ambicionó el trono, que le parecía una carga demasiado pesada, y cuando su tío le habló de sustituirlo en el cargo, lo aceptó sin la menor objeción. El último paso de Filipo para convertirse en el rey Filipo II de Macedonia, fue hacerse proclamar por el ejército, como lo establecía la tradición. Olimpia, conforme a sus deseos, daría a luz al hijo de un rey.

Existen varias leyendas de hechos sobrenaturales, que ocurrieron antes del nacimiento de Alejandro de Macedonia. Una de ellas la relata Plutarco y debió ocurrir en Dodona: “La noche anterior a la boda, la novia creyó que caía un rayo sobre su vientre y que surgía un gran fuego, que al poco tiempo se dispersó hasta extinguirse. El rayo sobre el vientre de Myrtale era una clara alusión a la intervención de Zeus, el dios del trueno, en la fertilización del vientre de la princesa”. Otra leyenda posterior, se refería a un sueño que tuvo Filipo, en el que veía a su esposa yaciendo con una enorme serpiente. Este hecho sobrenatural debía tener una explicación y Filipo le pidió a Clito que viajara a Dodona a consultar al oráculo. Al poco tiempo, Clito regresó con la respuesta: “Filipo debe venerar a Zeus Ammón (la advocación egipcia de Zeus) por encima de los otros dioses, que ha tomado la forma de una serpiente para fecundar a su mujer. Sin embargo, por haber presenciado la divina unión, perderá un ojo”. Pocos años después, Filipo perdería un ojo en la batalla de Metone, durante la conquista de Grecia. No obstante que algunos de sus contemporáneos afirmaban que la leyenda sobre Olimpia y la serpiente la había inventado su hijo Alejandro, éste siempre se manifestó convencido de la paternidad de Zeus.

Leyendas de por medio, el día 20 del sexto mes (actual agosto) del año de la olimpiada ciento seis (356 a.C.), nació Alejandro. En ese mismo año, apenas dos meses antes, Filipo II se había convertido en rey de Macedonia. Al año siguiente, Olimpia dio a luz una niña, a la que llamaron Cleopatra. A Cleopatra no le faltó el cariño de su madre, pero Alejandro fue su hijo favorito. Olimpia lo adoraba y desde niño lo hizo sentir que era un dios. Su padre, por supuesto, no sentía la exagerada adoración que tenía su madre por Alejandro, pero deseaba heredarle su pasión por la guerra. Desde pequeño, con frecuencia lo llevaba a presenciar las maniobras militares y a las frecuentes revistas que pasaba a las tropas.

Cuando Filipo estuvo en Tebas, durante el reinado de su hermano Alejandro, además de las enseñanzas sobre tácticas militares que había recibido de Epaminondas, se había dado cuenta de que la orgullosa Grecia, sólo era un conjunto de ciudades-estado, cada una de ellas con sus propios intereses y, con frecuencia, enfrentadas entre sí. De modo que si lograba hacer crecer a su ejército por encima del que pudieran reunir en una coalición dos o tres ciudades griegas, podría apoderarse de todo el territorio. Y por este motivo ponía mayor empeño en el aumento paulatino del número de tropas y en dotarlas de mejores armas.

Diez años después al de su entronización, Filipo consideró que tenía la fuerza suficiente para el arranque de su campaña expansionista, y la inició luchando contra los fócios, que habían invadido a su vecina Tesalia. Por ese tiempo, las tropas fóceas habían capturado Delfos. Con las riquezas del santuario, los fócios organizaron un poderoso ejército de mercenarios, con los que arrasaron Beocia y se lanzaron sobre Tesalia. Las tropas de Filipo, similares en número pero mucho mejor organizadas que las de los invasores, habían acudido en ayuda de sus vecinos. Tras expulsar a los fócios de Tesalia, los echó de Beocia y se apoderó de Fócida. En el santuario de Delfos, realizó una cuantiosa aportación al

templo de Apolo, sede del oráculo, que sin duda influyó para que Macedonia fuera aceptada como país miembro de la Anfitionía de Delfos. La Anfitionía era una liga religiosa que agrupaba doce ciudades de la Grecia central. El discurso que pronunció en la ceremonia de su aceptación, más pareció el de un antiguo líder de la liga que el de un miembro de reciente ingreso.

- La mayor parte de los reinos de Asia Menor - dijo ante los representantes de las otras naciones de la Anfitionía -, por su origen y su tradición, son indudablemente griegos. Sin embargo, contra su voluntad, se encuentran gobernados por los sátrapas del Imperio Persa Aqueménida. Ante esta situación inaceptable, no podemos permanecer indiferentes. Debemos unirnos en una guerra que libere a nuestros hermanos del poderoso opresor.

Ninguno de los asistentes a la reunión tomó en serio las palabras de Filipo. ¿Con qué autoridad, aparte del regalo que hizo al templo de Apolo, venía este advenedizo a decirles lo que debían hacer con respecto a los reinos de Asia Menor, que no habían podido evitar ser conquistados por los persas? Sin embargo, Filipo había logrado su propósito. Había sembrado la semilla para el arranque de una campaña expansionista de su reino hacia el Oriente.

ARISTÓTELES

No era posible que el pequeño Alejandro hubiera acompañado a su padre en esta exitosa campaña. Filipo consideró conveniente que su hijo, antes de involucrarse en la guerra, para la cual sin duda estaba destinado, adquiriera una buena educación académica. Y pensó en Aristóteles, de cuyos avances, primero en su preparación y más tarde en la aplicación de sus conocimientos, era constantemente informado por su padre adoptivo, Proxeno. Aristóteles se encontraba en Mitilene, estudiando la biología de la isla de Lesbos, cuando recibió el llamado de Filipo. Sólo esperó que hubiera un barco que le permitiera cruzar el Egeo, para regresar a Macedonia y hacerse cargo de la educación del hijo de su amigo de la adolescencia, ahora convertido en el rey Filipo II.

Aristóteles fue, sin duda, uno de los mejores maestros que Filipo pudo haber encontrado en toda Grecia para su hijo, si no es que el mejor, pero no recibía las lecciones con tanto entusiasmo como su maestro hubiera deseado. No se podría decir que su mente no fuera capaz de interiorizarse en los conocimientos de lógica, de física, de metafísica y de ética, que el filósofo estagirita pretendía transmitir, tanto a él como a los demás jóvenes nobles que compartían con Alejandro sus enseñanzas. Pero Aristóteles se daba cuenta de que tenía más éxito con los otros que con el mismo Alejandro, que debiera ser su principal discípulo. Asistían a sus pláticas su hermana Cleopatra y su hermanastra Cinane; su primo Amintas y su tío Alejandro de Epiro, hermano de su madre; además de dos jóvenes amigos del príncipe, Hefestión, perteneciente a la nobleza macedonia, y Medeo de Larisa. Este último

era hijo de Thorax de Larisa, un antiguo amigo de Filipo, que en este momento realizaba funciones diplomáticas en Macedonia. También Arrideo iba a las pláticas de Aristóteles. Sin embargo, aunque parecía seguir con atención las enseñanzas del filósofo, su retraso mental no le permitía entender absolutamente nada.

Aristóteles no desistía de su intención de convertir a Alejandro en un filósofo de su misma talla. En una ocasión en que trató de convencerlo de las ventajas que podría reportarle el que se interesara más en los estudios, el joven príncipe le habló de la noche en la que Filipo vio a su madre Olimpia, yaciendo con Zeus-Ammon, en forma de serpiente. Con el tiempo, Alejandro había cambiado su versión acerca de la divina cópula; ya no decía que su padre la había soñado, sino que la había presenciado.

- Poco después, mi madre estaba encinta de mí. Por lo tanto, no sólo soy descendiente de Zeus por el linaje de mi madre, soy hijo del mismo dios. ¿Realmente crees, sabio Aristóteles, que el hijo de Zeus necesita de tu filosofía?

La ascendencia divina de Alejandro chocaba con el razonamiento lógico de Aristóteles, pero el filósofo consideró inútil, además de peligroso, contradecir al príncipe.

- Lamento tener que darte malas noticias, rey de Macedonia - le dijo el filósofo al encontrarse con Filipo -. He tratado de inspirar en tu hijo Alejandro el amor por el estudio, pero aunque recibe con interés los conocimientos que deseo transmitirle, no lo hace con el entusiasmo y la dedicación que se requieren para que él mismo pueda convertirse en un filósofo.
- De ninguna manera, amigo Aristóteles, no me estás dando malas noticias. Tal vez no fui suficientemente explícito cuando te pedí que te encargaras de su educación. En ningún momento quise que Alejandro se convirtiera en un filósofo. Yo siempre he deseado que siga mis pasos en la milicia. Creo que estarás de acuerdo conmigo en que, para llegar a ser un excelente líder de sus tropas, además de la práctica castrense, deberá tener una sólida base de conocimientos académicos, pero no más que eso.
- En mi opinión, tú ya has hecho con Alejandro lo que debías. Ahora me toca a mí prepararlo para la guerra. Lo haré que me acompañe a pasar revista a las tropas y, en cuanto se presente la oportunidad, lo haré participar en alguna campaña militar.
- Pues si ha terminado mi misión, rey Filipo, regresaré a Mitilene, a seguir estudiando la biología de la isla de Lesbos.
- Si esta es tu decisión, amigo Aristóteles, no me opondré a ella. Pero si no consideras indispensable abandonar Macedonia, te pido que continúes transmitiendo tus conocimientos a los demás jóvenes del palacio. Es probable que con alguno de ellos alcances el fin que te habías propuesto con mi hijo.

Muy pronto se presentó a Filipo la oportunidad de hacer participar a Alejandro en una acción bélica. En la Alta Macedonia, los príncipes de Lincestia y Orestia habían unido sus fuerzas con la intención de independizarse del reino. En esta guerra interna, en la que su padre derrotó y sustituyó a los príncipes rebeldes por gobernadores nombrados por él, el joven Alejandro tuvo una participación bastante importante, para ser la primera. En este enfrentamiento y en los demás que participó, Clito, el gran amigo de su padre, siempre se mantuvo cerca de él, cuidando su seguridad.

- Dejo bajo tu responsabilidad la vida de mi hijo - le había dicho Filipo -. Debes protegerlo como si fuera tu propio hijo. Y Clito obedecía la orden con tan asombroso celo, que durante los combates parecía la sombra del príncipe.

HEFESTIÓN

Alejandro también tuvo siempre a su lado a su amigo íntimo Hefestión, que abandonó los estudios para acompañarlo. Su otro gran amigo, Medeo, no estaba hecho para la guerra y regresó con su padre a Larisa, la capital de Tesalia. Hefestión, con el tiempo, resultó de gran utilidad en las batallas, pues aunque no era un buen combatiente, pronto se convirtió en un notable estratega.

Poco tiempo después, Filipo, siempre acompañado por Alejandro, inició una campaña hacia el oriente de Macedonia, que abarcó gran parte de la costa norte del mar Egeo. La incursión se inició con la incorporación a su reino del territorio en el que se encontraba el monte Pangeo, con sus ricas minas de oro que hasta entonces explotaban los atenienses. A continuación derrotó a las guarniciones que defendían las colonias que Atenas había establecido en la península de Calcídica y en Anfípolis. Con estas conquistas, el oro que producían las minas de Pangeo y el cobre de Calcídica, quedaron en poder del rey macedonio. Únicamente le faltaba controlar el puerto en el que los minerales eran embarcados. Y en la siguiente campaña, avanzó hasta el puerto de Abdera, que les arrebató a los tracios.

En los principales estados de Grecia, la prolongada ocupación de la región central de la península Helénica por Filipo de Macedonia, había dado origen a un creciente sentimiento de rechazo. A la ocupación de las regiones de Beocia y Fócida, se sumaba el casi autonombramiento de Filipo como par en la Anficiónía de Delfos, en la que de inmediato, abrogándose una autoridad que nadie le había otorgado, se había puesto a fijar directrices. Pero era en Atenas en donde, a los agravios anteriores había que sumar uno mucho más importante: su reciente expulsión de las colonias del norte del Egeo, con cuyas riquezas, el macedonio financiaba sus campañas. Demóstenes, un notable orador y político ateniense, dedicó sus encendidas arengas, conocidas como filípicas, a atacar con virulencia al invasor. Con su persistente retórica, logró que Atenas y Tebas unieran sus fuerzas, con el fin de expulsar de Grecia, al “bárbaro macedonio”.

El inevitable encuentro ocurrió en Queronea (Beocia). Al inicio de la lucha, parecía que la balanza se inclinaba a favor del ejército mixto de tebanos y atenienses. Pero la participación coordinada de Filipo, con el grueso del ejército, con la caballería dirigida por Alejandro, cambió radicalmente la situación y los aliados fueron derrotados. La caballería de Alejandro estaba constituida por 1,800 jinetes, todos ellos pertenecientes a la nobleza macedonia. La batalla de Queronea fue una importante cátedra para Alejandro, pero sólo fue una más en la casi permanente enseñanza militar, en la que su padre fue su inmejorable maestro.

La guerra no había distraído a Filipo para que practicara su otra actividad que lo apasionaba: el amor. En 339 a.C. sostuvo una relación con una joven de Tesalia, Nicasópolis, con la que tuvo una hija a la que le dio el nombre de Tesalónica. Dos años después, cuando regresaba de la campaña de Beocia, Filipo conoció a Eurídice, que salió de Pella a recibir a su padre, que era uno de los generales que habían acompañado al rey en la campaña. Al poco tiempo Filipo ya había decidido casarse con ella, pero el padre de Eurídica, Atalo, que pertenecía a una importante familia nobiliaria de Macedonia, le puso una condición para darle a su hija en matrimonio: debía divorciarse de Olimpia.

Filipo II resolvió el problema acusando a su esposa de infidelidad. En realidad, Olimpia podía ser acusada de prepotente, violenta, neurótica y supersticiosa, y además de que tenía en sus habitaciones varias serpientes amaestradas; pero jamás de que hubiera tenido un amante. Salvo Zeus, con quien supuestamente Olimpia había engendrado a Alejandro. Pero compartir a la esposa con un dios, era un motivo de orgullo, más que una afrenta. La acusación del rey macedonio no sólo era oportunista, sino también infundada y no se pudo probar. Sin embargo, el divorcio se consumó y Olimpia abandonó Pella tronando contra Filipo.

El reino de Epiro al que regresó Olimpia, era gobernado por su hermano Alejandro I, que la recibió con los brazos abiertos, pero se negó a apoyarla en una venganza contra Filipo. Su cuñado siempre le dio un trato preferente durante su larga estancia en Pella, y cuando quiso recuperar el poder que detentaba su anciano tío Arribas, lo apoyó con tropas. Pero la guerra no llegó a estallar. Arribas entregó el poder voluntariamente y, en compañía de su esposa Troa, se exilió en la ciudad de Élida, en la Arcadia. No obstante la transmisión pacífica del poder. Alejandro de Epiro estaba agradecido con su ex cuñado. Habían transcurrido dos años desde que su hermano reinaba de hecho en Epiro, cuando llegó Olimpia a Dodona.

Mientras tanto Filipo II había realizado un recorrido por la región conquistada de la Grecia central, acompañado por su más reciente esposa, Eurídice. En Delfos se dio cuenta de que la Anfictiónía se había convertido en una organización de membrete. El poder de los griegos estaba representado ahora por el Congreso de Estados, con sede en Corinto. Y hacia allá dirigió sus pasos. Ante el Congreso reiteró su intención de reconquistar las ciudades

griegas de Asia Menor, en poder de Persia. Para lograrlo, el Congreso debía nombrarlo Comandante del Ejército Griego. Apoyó su propuesta con una cantidad de oro nada despreciable. Sin embargo, los trámites para otorgarle el nombramiento tardaban demasiado y no podía esperar su conclusión. Tuvo que regresar apresuradamente a Pella, apenas a tiempo para que su esposa diera a luz en Macedonia, como eran sus deseos. Apenas llegada a Pella, Eurídice tuvo un hijo varón al que llamaron Euripo.

Después del nacimiento de su hijo, Filipo empezó a preocuparse por la aparente tranquilidad con la que Olimpia había aceptado el destierro. Su natural desconfianza le hizo pensar en la posibilidad de que convenciera a su hermano menor, el rey de Epiro, de organizar una expedición en su contra, en represalia por su expulsión. Fundados o no sus temores, decidió evitar el enfrentamiento, proponiendo a su ex cuñado un pacto de no agresión entre los dos reinos. Alejandro aceptó la propuesta y el acuerdo se selló con el matrimonio de Alejandro I de Epiro con la hija de Filipo II, Cleopatra de Macedonia.

La fastuosa boda, a la que no asistió la madre de la novia, a la vez que hermana del novio, se celebró en Egas, la antigua capital de Macedonia. Era una tradición que la realeza macedonia llevara a cabo sus más importantes festejos en la histórica ciudad. Cuatro años antes otra hija de Filipo, Cinane, se había casado en Egas con su primo Amintas. El banquete en el que se festejaba el matrimonio del rey de Epiro con Cleopatra, se convirtió en tragedia, pues durante la celebración un miembro de la guardia real, Pausanias de Orestia, asesinó a Filipo. Al tratar de huir, Pausanias fue alcanzado por sus compañeros de la guardia real, uno de los cuales le asestó un golpe mortal con la espada. Nunca se supo quién había estado detrás del asesinato de Filipo, aunque por su origen, se supuso que Pausanias podría haber sido enviado por el príncipe de la región septentrional de Orestia, a quien el rey de Macedonia había destituido. Pero el príncipe de Orestia sólo era uno más entre los numerosos enemigos que Filipo tenía por toda la península Helénica.

En Egas se organizaron juegos funerarios en su honor, como era costumbre en las naciones de la región. Las principales pruebas consistieron en carreras de caballos, en las que participaron caballos selectos de Tracia, de Tesalia y de Macedonia.

- Siempre quise a Filipo como si hubiera sido mi padre - comentó Alejandro al tiempo que los despojos de su padre, retirados de la apagada pira, eran sepultados en el cementerio de la realeza, que se encontraba en esa misma ciudad de Egas.

ALEJANDRO III DE MACEDONIA

Al morir Filipo II en el año de la olimpiada ciento once (336 a.C.), aunque Filipo había dejado varios hijos varones, en el ejército no hubo ninguna duda de cuál de ellos debía ser su sucesor. Alejandro fue proclamado rey de Macedonia por el ejército. En cuanto tuvo el poder en sus manos, dirigió la vista en todas direcciones, en busca de aquellos que estuvieran en posibilidades de arrebatarlo y, sin ningún remordimiento, los mandó

ejecutar. En Pella, mandó asesinar a su primo Amintas, dejando viuda a su media hermana Cinane y huérfana a su sobrina de tres años, Adea Eurídice. En la misma ciudad, el pequeño medio hermano del rey, Euripo, que no había cumplido un año, su madre y su abuelo, murieron envenenados. En Elimea, su medio hermano mayor Carano, fue también victimado por un sicario. Únicamente se salvo de la degollina Arrideo que, por su retraso mental, Alejandro consideró que no representaba una amenaza.

Después de la entronización de su hijo, Olimpia regresó a Macedonia, pensando que por fin ocuparía la posición privilegiada que le correspondía. Y así sería, mientras no tratara de intervenir en los asuntos del gobierno. Estos asuntos habían estado y seguirían quedando por muchos años más, en manos de Antípatro. Desde que Filipo II se hizo cargo de la regencia, nombró a Antípatro general en jefe de los ejércitos de Macedonia, y más tarde, además, gobernador de Grecia. Por supuesto, de la parte de Grecia que había logrado someter. Alejandro se había dado cuenta de que durante las ausencias de Filipo, por la causa que fuera, Antípatro había gobernado con energía e inteligencia, sin jamás tratar de aprovechar su situación para su beneficio personal. Por lo tanto, contra la opinión de su madre, le revalidó los cargos.

A Alejandro III, de veinte años de edad, recién elevado al trono, le correspondió consolidar el poder de Macedonia sobre las ciudades griegas. En Grecia varios líderes que no podían aceptar la derrota frente a los bárbaros del Norte, creyeron que, con la muerte de Filipo sería fácil expulsar a los macedonios. Para ello iniciaron una consulta secreta con los personajes influyentes de varios Estados griegos, con el fin de convencerlos de que se unieran en una coalición. Filipo había creado un eficiente cuerpo de espías, que manifestaron su fidelidad a Alejandro, delatando la conjura. El joven rey mostró nuevamente su crueldad. Mandó aprehender a todos los sospechosos y, sin que mediara juicio alguno, ordenó su ejecución.

Después el rey Alejandro III viajó a Corinto, en donde su padre había dejado pendiente su nombramiento de Comandante del Ejército Griego. Alejandro lo reclamó para sí y, mediante un soborno adicional, logró que el Congreso de Estados se lo otorgara. Ante los miembros del Congreso, afirmó que cumpliría la promesa de su padre de liberar a las naciones griegas de Asia Menor, del dominio persa. Apenas había terminado la ceremonia en la que se confirmó su designación, cuando fue informado de que Macedonia estaba siendo atacada por sus vecinos de Tracia y de Iliria. Los gobernantes tracios e ilirios, tal vez sin ponerse de acuerdo, consideraron que la muerte de Filipo y la preocupación de Alejandro por los asuntos de Grecia, les permitirían recuperar los territorios que habían perdido, unos luchando contra Pérdicas III y otros al ser invadidos por Filipo II.

Alejandro volvió a su patria tan rápido como pudo, únicamente para dar fin a las acciones que ya había iniciado Antípatro en contra de los abusivos invasores. Alejandro concluyó el rescate de los territorios invadidos, pero no tomó represalias. Cuando le

convenía podía dejar de lado su carácter cruel y vengativo, y en ese momento le convenía más tener aliados que enemigos. Pacificado el Norte, resurgió el problema de Tebas, que no parecía haber escarmentado con la paliza que recibió de Filipo, y nuevamente se estaba organizando para enfrentar a los macedonios. Alejandro regresó a Grecia y lanzó sus falanges contra la ciudad, a la que no sólo derrotó, sino que la arrasó. Treinta mil de sus habitantes, que escaparon de la muerte, fueron esclavizados.

Una vez sometida Tebas, Alejandro, como Comandante del Ejército Griego, decidió poner en marcha la campaña contra Persia, que se inició con la formación de un ejército en el que debían participar todas las naciones de la península helénica. Dos años después de haber subido al trono, ya había reunido un ejército multinacional de unos 40,000 hombres, de los que menos de la mitad, unos 18,000, eran macedonios, entre falanges, caballerías y batallones de élite. Sus vecinos del Epiro, de Iliria y de Tracia, reunieron 7,000 infantes. Tesalia aportó 2,000 jinetes. Había además 12,000 hoplitas griegos: 7,000 procedentes del Congreso de Estados y 5,000 mercenarios de diversas regiones. Algunos de los generales con los que Alejandro iba a iniciar la ofensiva, como Tolomeo y Seleuco, sobrevivieron a toda la campaña y fueron algunos de los beneficiarios de sus conquistas.

Durante la larga ausencia de Alejandro, Olimpia mantuvo con él un permanente intercambio epistolar. En sus cartas, la madre de Alejandro se quejaba con frecuencia de Antípatro, que ejercía el poder que ella desearía tener en sus manos. Sin embargo, no obstante la idolatría que Alejandro sentía por su madre, jamás pensó en destituir a Antípatro. Mientras Alejandro llevaba a cabo la conquista de los territorios orientales, el leal regente salvaguardó la integridad del territorio, luchando contra las tribus hostiles del norte de Macedonia, que intentaban rescatar su autonomía. Como gobernador de Grecia, tuvo que guerrear contra una alianza de espartanos y persas. De este modo logró que la retaguardia de Alejandro fuera segura. Pero además evitó que sus fuerzas se debilitaran enviando, siempre oportunamente, tropas de refuerzo. Seguramente que sin las firmes acciones de Antípatro, Alejandro hubiera tenido que suspender o interrumpir temporalmente su campaña, dando tiempo a los persas aqueménidas de rehacerse.

Antes de iniciar la anunciada campaña, Alejandro, acompañado por sus generales, pasó una minuciosa revista a las tropas. Una vez que estuvo satisfecho de la inspección, emprendió la marcha por la costa norte del Egeo y cruzó el *Helesponto* (los Dardanelos), pasando de Sestos, en territorio griego, a Abidos, en Asia Menor. Ya estaba con sus tropas en territorio persa y muy pronto tendría su primer enfrentamiento. La amplísima región que dominaba el Imperio Persa Aqueménida, abarcaba, además de Asia Menor, todo el Cercano Oriente, Egipto, la meseta Iraní y extensas zonas del sur y el oriente del mar Caspio, hasta llegar al río Indo.

Los servicios de espionaje de las principales naciones de la época, eran muy eficientes. Los persas conocían a la perfección la composición de las tropas de Alejandro y

sus movimientos y éste había sido informado de que un numeroso ejército se preparaba para recibirlo en un lugar muy cercano al sitio del desembarco: el río Gránico. Y así era en efecto. Un ejército de 40,000 combatientes, equivalente al que dirigía Alejandro, había ocupado la parte alta de una escarpada ladera, en la margen izquierda del río Gránico. Aproximadamente una cuarta parte de las tropas eran persas, y el resto eran mercenarios reunidos por los sátrapas de la región. El ejército debió haber estado dirigido por Memnón de Rodas, que era un militar experimentado y había sido nombrado por Darío III, Comandante de los Ejércitos de Asia Menor. Pero los sátrapas que habían aportado tropas, se consideraban con mayor derecho al mando, que el rodio. Ellos eran sátrapas y, no obstante que eran súbditos de Darío, en sus territorios tenían el mismo poder que un rey. En cambio Memnón, sin importar su experiencia militar, sólo era un mercenario.

LAS VICTORIAS DEL RÍO GRÁNICO, DE ISSOS Y DE TIRO

Al llegar los macedonios al río Gránico, los persas y sus aliados aun no se ponían de acuerdo sobre la forma de actuar frente al enemigo. Unos sugerían una retirada estratégica que obligara a los macedonios a penetrar profundamente en Asia Menor, mientras una parte de las tropas, actuando como guerrillas, se dedicarían a cortar sus líneas de suministro. La armada de Memnón se encargaría de impedir el abastecimiento marítimo. Otros proponían el enfrentamiento directo. Finalmente se decidieron por el enfrentamiento, aunque demasiado tarde. Cuando lograron ponerse de acuerdo, ya el rey macedonio había tomado la iniciativa del ataque.

Hefestión, con su notable visión de campo, había sugerido la mejor distribución de las tropas, pero fue la genialidad de Alejandro la que dispuso el momento y la forma de lanzar el ataque. Un sector de su caballería fue enviado a rodear a las infanterías mercenarias, con lo cual inmovilizó una parte muy importante del ejército enemigo. Después lanzó una carga a través del río con todo el resto de su ejército, que sus enemigos no pudieron soportar. En esta batalla, no obstante haber resultado triunfador, la temeridad del rey macedonio estuvo a punto de causarle la muerte. En el fragor del combate, el caballo de Alejandro fue herido y arrojó al rey al suelo. Media docena de infantes enemigos se lanzaron sobre él. Pero Clito, que siempre estaba cerca, les echó encima el caballo y, dando mandobles a diestro y siniestro llegó hasta Alejandro, al que hizo subir a su montura para sacarlo del peligro. El rey macedonio atribuyó el percance a que ese día no montaba a Bucéfalo, su caballo favorito, que le había regalado su padre.

Una vez lograda su primera victoria, Alejandro decidió honrar a su antepasado Aquiles, aprovechando que se encontraba muy cerca de la legendaria Troya.

- Debemos encontrar el lugar de la batalla entre griegos y troyanos - le comunicó Alejandro a su amigo Hefestión -. No puedo pasar cerca de la tumba de mi antepasado Aquiles, sin rendirle el homenaje al que estoy obligado.

A unos pocos kilómetros al sur del río Gránico, Alejandro y Hefestión encontraron las ruinas de Troya, a la que reconocieron por su proximidad a la desembocadura del río Escamandro. Por los relatos que conocían, ubicaron el sitio en el que debió encontrarse el túmulo en el que habrían sido sepultadas las cenizas del héroe. Alejandro organizó una ceremonia a la que asistieron sus principales generales y en la que no faltó el sacrificio de un animal.

- Muy bien Alejandro - le dijo Hefestión -, has rendido un merecido homenaje a tu antepasado, el héroe griego Aquiles. Ahora debo ser yo, como tu amigo íntimo, quien realice una ceremonia similar por el amigo y amante de Aquiles, el también héroe griego Patroclo. Y con igual solemnidad se realizó la segunda ceremonia.

Si a alguno de sus acompañantes, aun le quedaban dudas sobre el grado de intimidad que había entre el rey y su amigo, con este acto se desvanecieron. Pero nadie se escandalizó. Aunque en Macedonia y en las otras naciones del norte helénico era menos común, en toda Grecia era natural que un hombre tuviera amantes de uno y otro sexo. El hecho de que no se tuviera conocimiento, hasta ese momento, de la relación de Alejandro con alguna mujer, hacía pensar a quienes lo rodeaban, que sus preferencias se inclinaban hacia su mismo sexo. Sin embargo, tampoco esto les causaba asombro. Más tarde, el rey de Macedonia daría muestras de que también le atraían las mujeres.

Concluidas las ceremonias, Alejandro continuó su camino a través de Asia Menor, hasta Cilicia, sin tener un solo enfrentamiento. Las satrapías de la región fueron liberadas de su dependencia de Persia y entregadas a gobernantes locales o a nobles macedonios. A su paso por Gordión, la capital de Frigia, mostraron a Alejandro un carro real atado mediante un complicado nudo.

- El oráculo ha vaticinado - le dijeron -, que quien logre deshacer el nudo y libere el carro, conquistará Asia.

El rey macedonio ni siquiera se detuvo a examinar el “nudo gordiano”. Sacó la espada y lo partió de un tajo.

- No me queda ninguna duda - comentó con Hefestión – de que se trató de una prueba que me tenían preparada los dioses.

Su segundo encuentro con los persas, lo tuvo en Issos, en la costa mediterránea de Cilicia. En su marcha hacia el Oriente, el ejército macedonio ya había pasado Cilicia y penetrado en territorio sirio, cuando Alejandro se enteró de que Darío III lo perseguía con un ejército, por lo menos, dos veces superior al suyo.

- No importa el número de combatientes que traiga Darío - le comentó Hefestión -. La angosta franja de la costa mediterránea, en la región de Issos por la que avanza,

deja sin efecto su superioridad numérica. Pero debemos regresar lo antes posible, para enfrentarlo antes de que salga al campo abierto.

El ejército macedonio se apresuró a regresar y, como lo previó Hefestión, la imposibilidad de que Darío desplegara sus numerosas tropas, en el corto espacio entre la costa y las montañas, surtió los efectos esperados. Cuando Darío III se dio cuenta de que estaba siendo derrotado, intentó negociar con su enemigo, pero al ver que sus parlamentarios regresaban sin haber sido escuchados, emprendió la huida, abandonando a sus tropas y a su familia. Memnón de Rodas había intentado apoyar a Darío con una ofensiva marítima, pero al enterarse de la derrota y fuga del rey persa, dio marcha atrás.

La madre del rey persa, Sisigambis, y una de sus esposas, Estatira, fueron llevadas ante Alejandro. Iban con ellas dos niñas, la mayor se llamaba como su madre, Estatira, y la menor, Dripetis. La reina madre, su nuera y sus nietas fueron tratadas con la cortesía que correspondía a su alcurnia. La madre de Darío, miraba a Alejandro y a Hefestión sin saber a quién debería reverenciar. Alejandro poseía un cuerpo atlético y un rostro agradable, aunque un poco extraño, con un ojo marrón y otro gris; mientras Hefestión era más delgado, pero también más alto y más apuesto. Y Sisigambis se inclinó ante este último, ya que según su lógica, debía ser el rey. Cuando su nuera se acercó discretamente a ella y le hizo ver su equivocación, se postró frente a Alejandro pidiendo disculpas.

- No te preocupes madre - le dijo Alejandro, ayudándola a levantarse -, no has cometido ningún error. Hefestión es como si fuera yo mismo. A continuación permitió que Sisigambis y sus acompañantes, se retiraran sin sufrir daño alguno.

En la costa oriental del Mediterráneo, Alejandro ocupó sin un gran esfuerzo las ciudades de Biblos y Sidón. Las tres ciudades, incluyendo a Tiro, eran fenicias. Y aunque tenían coincidencias entre sí, en religión, en lenguaje y en costumbres, cada una de ellas constituía un reino independiente. Hacía más de mil años que los griegos les habían dado el calificativo común de fenicios, pero ellos se seguían llamando bíblos, sidonios o tirios, según el reino al que pertenecieran.

La conquista de Tiro no fue tan sencilla para los macedonios como en las otras dos ciudades. Tiro estaba formada por una ciudad antigua, en la costa, conocida como Tiro territorial, y una ciudad nueva en la isla de Tiro. El ejército invasor ocupó la ciudad terrestre, la mayor parte de cuyos habitantes huyeron a la isla amurallada. El sitio que Alejandro puso a la ciudad insular, era poco efectivo, pues la población era abastecida por sus propios barcos comerciales. Además, la distancia de la costa a la que se encontraba la isla, superior a cuatro estadios (710 metros), la dejaba fuera del alcance de las máquinas de asedio.

Alejandro confiscó 120 barcos de Biblos y 150 de Sidón y formó una flota, comandada por un experimentado navegante: el general Niarcos, con la que pudo cortar el

suministro marítimo. Al mismo tiempo, para poder utilizar las catapultas, mandó construir un larguísimo muelle, que fue una notable obra de ingeniería. Con las máquinas de guerra a la distancia adecuada, la muralla que protegía a la ciudad fue parcialmente destruida y Tiro se rindió. Siete meses había durado el asedio.

ALEJANDRÍA DEL NILO Y EL TEMPLO DE SIWA

Tras la rendición de Tiro, las tropas de Alejandro siguieron avanzando hacia el Sur, hacia Egipto. En Gaza les cerraron el paso los filisteos, aunque con un ejército poco numeroso al que los macedonios hicieron huir en el primer enfrentamiento. Superado el obstáculo de Gaza, Alejandro se trasladó a la cercana Menfis. En Egipto fue recibido como libertador y en un acto multitudinario se le concedió la corona de los dos reinos, lo que lo convirtió en faraón. En el delta del Nilo creó la ciudad de Alejandría. Durante la campaña, Alejandro fundó unas setenta ciudades, más de la mitad de las cuales se llamaron Alejandría. En algunos casos, como en la Alejandría del Nilo, se crearon nuevas ciudades, pero en muchos otros sólo se trató de un cambio de nombre.

En la recién creada Alejandría del Nilo, el rey macedonio se enteró de la existencia de un templo de Amón, en el oasis de Siwa, en el desierto de Libia. Amón era una divinidad egipcia, símbolo del poder creador, y se le identificaba con el dios griego Zeus. Alejandro consideraba que Zeus Amón no era otro que la misma serpiente que había yacido con su madre antes de su primer embarazo. Por lo tanto, Zeus Amón era su padre y era indispensable que visitara su templo. Acompañado por un selecto grupo de allegados, recorrió la costa mediterránea hacia el poniente, hasta el poblado de Parentonio. A partir de ahí, siguiendo a los guías egipcios, el grupo se internó en el desierto. Cabalgaban de preferencia por las noches, para evitar el sol abrasador. Al cuarto día avistaron el pequeño poblado que rodeaba al oasis. Ahí estaba el templo de Ammón, el dios nacional egipcio al que se identificaba con el dios griego Zeus.

- Seas bienvenido faraón Alejandro, hijo de Ammón Ra - fueron las palabras con las que, en un griego mal pronunciado, lo recibió el sacerdote del templo.

El sacerdote había sido informado de que llegaría al templo el faraón, y ese era el título que le correspondía: “hijo del dios Ra, el Sol, o de Amón-Ra”. Pero al rey macedonio no le quedó la menor duda de que al sacerdote le había bastado con verlo para darse cuenta de que tenía frente a él al hijo de Zeus en persona. Entró al templo sin más compañía que la del religioso y permaneció en el recinto sagrado por más de media hora. Al salir afirmó que el dios le había confirmado su paternidad.

El ejército helénico abandonó Egipto para dirigirse a Mesopotamia. En el camino hizo dos importantes escalas, una en Jerusalén y otra en Damasco, en las que recibió la sumisión de sus gobernantes. Sin combatir, los territorios judío y sirio quedaron incorporados a sus conquistas. Siguió hacia el Norte por territorio sirio hasta cruzar el río

Éufrates. Recorrió las montañas de la alta Mesopotamia y se detuvo en Nisibis. Muy cerca de ahí, en la llanura de Gaugamela, en las márgenes del Tígris, lo esperaba Darío III con un ejército que superaba en número al que comandaba en Issos.

Los días de permanencia de las tropas en Nisibis, no fueron de descanso. Los soldados realizaron una minuciosa revisión de sus armas y de su equipo; los capitanes debieron reorganizar las falanges y los demás cuerpos de combate, sustituyendo a los muertos, a los heridos y a los enfermos; los caballos debían estar en inmejorables condiciones. En una revista previa al combate, se dieron cuenta que, no obstante las pérdidas sufridas en los combates, el ejército estaba cerca de los sesenta mil hombres. Las bajas habían sido sustituidas, con ventaja, por las múltiples incorporaciones, entre voluntarios y mercenarios, procedentes de los territorios conquistados. Tampoco los generales tuvieron reposo. Hefestión envió a los exploradores a las cercanías del Tigris, para que el cuerpo de mando tuviera una visión de primera mano del número de tropas que tenía Darío y de su distribución.

LA BATALLA DE GAUGAMELA

En Gaugamela Darío tenía todo a su favor para derrotar a los macedonios: el terreno llano, la superioridad numérica y el tiempo para distribuir a sus tropas en la forma que más le conviniera. Únicamente le faltaba una cosa: el genio de Alejandro. Darío eligió una formación que parecía inexpugnable, con una línea frontal de carros y elefantes, apoyada por arqueros, y la infantería agrupada atrás de los carros. Los flancos estaban protegidos por dos divisiones de caballería.

Alejandro inició la batalla con el hostigamiento de la caballería persa que protegía el ala izquierda del compacto grupo. Cuando logró que se alejara de su posición, persiguiendo a sus provocadores, lanzó una carga con sus mejores jinetes, dirigidos por su comandante Filotas, a través de la brecha que los persas habían dejado desprotegida. De este modo obligó a las infanterías a romper su compacta formación. Un ataque similar en el ala opuesta, casi simultáneo dirigido por el experimentado general Parmenión, padre de Filotas, tuvo como consecuencia el total desconcierto de las tropas de infantería. El desorden se convirtió en fuga generalizada cuando el ejército completo los atacó, simultáneamente, por ambos flancos y por la retaguardia. La muralla de carros y elefantes fue únicamente un obstáculo en la huida de los persas. Cuando ocurrió la desbandada del ejército, Darío ya iba a una distancia considerable. Según el historiador Calístenes, un sobrino de Aristóteles a quien Alejandro le encomendó la crónica de la campaña, las tropas de Alejandro persiguieron a los persas a lo largo de ochenta kilómetros, al final de la persecución, habían muerto más de cuarenta mil persas, mientras que las bajas de los macedonios no llegaron a quinientos. Era evidente que a Calístenes le gustaba aderezar las cifras, para la satisfacción del comandante.

BARSINE

Tras la fuga de Darío, varias mujeres del rey persa fueron llevadas ante Alejandro. Una de ellas se distinguía de las demás por su porte altivo y por su notable belleza.

- ¿Tú también eres esposa de Darío? - le preguntó Alejandro.
- Yo soy Barsine, hija de Artabazo II, sátrapa de Frigia.
- ¿Qué hace la hija de un sátrapa tan importante, con las mujeres de Darío?
- Fui esposa de Mentor de Rodas, hermano de mi madre y de Memnón. Mi esposo murió cuando se hundió uno de los barcos de la flota de su hermano. Al quedar viuda regresé con mi padre, pero cuando iniciaste la guerra contra Persia, Darío me trajo a su corte en calidad de rehén, para garantizar la lealtad de mi padre.

Alejandro, tal vez por primera vez en su vida, quedó impresionado por la hermosura de una mujer. Liberó a Barsine de Darío y la convirtió en su compañera durante una gran parte de la campaña. Artabazo, que se encontraba prisionero en Frigia, fue puesto en libertad e incorporado al equipo de consejeros del rey de Macedonia.

BABILONIA, SUSAN Y PERSÉPOLIS

Después de la batalla, las tropas griegas combinadas descendieron por las llanuras de Mesopotamia, hasta llegar a Babilonia, que ocuparon sin combatir. El sátrapa había huido y la clase sacerdotal que tenía ahora el poder, nunca había aceptado de buena gana la dominación persa. El rey de Macedonia fue recibido con honores.

- Hemos llegado a una ciudad de gran importancia histórica - comentó Calístenes.
- A ver - le dijo Alejandro -, veamos cuál es esa historia tan importante.
- Babilonia fue fundada por los acadios, que la llamaron Accad, hace más de mil años, tal vez dos mil, empezó diciendo en historiador -. Sin embargo sólo fue una ciudad importante hasta que Hammurabi conquistó la Baja Mesopotamia y estableció la capital del Imperio Babilónico en ella. Más tarde Babilonia fue sometida por Asiria. A la emperatriz asiria Semíramis se le atribuye la construcción de los extraordinarios jardines colgantes que tenemos frente a nosotros, que siguen siendo una maravilla a pesar del deterioro que les ha causado el paso de los siglos. Semíramis convirtió a Babilonia en capital religiosa de su imperio, mientras Nínive siguió siendo su capital civil.
- A la caída del imperio asirio, los caldeos se establecieron en Babilonia - continuó Calístenes -. El rey caldeo Nabucodonosor II incorporó a su reino los territorios del Cercano Oriente y de Egipto. Sólo en el reino judío encontró una tenaz resistencia y eso les costó a los judíos ser deportados a Babilonia, donde permanecieron durante medio siglo. Hace unos doscientos años, el rey persa Ciro II derrotó a sus vecinos, los medos, pero en lugar de someterlos, formó una coalición con ellos. La fortaleza de la unión de las dos naciones, Persia y Media, le permitió arrebatar a los caldeos

el enorme territorio que dominaban, en el que fundó el Imperio Persa Aqueménida. Ciro abandonó Persépolis, la antigua capital de Persia, y decidió que fuera Susa la capital del nuevo Imperio, del que Babilonia sólo pasó a ser una ciudad más.

- Tu historia está incompleta, Calístenes - le dijo Alejandro, desconcertando a los presentes que sabían que la historia no era el fuerte del rey macedonio -. Omitiste decir que en el segundo año de la olimpiada ciento doce (331 a.C.), el emperador Alejandro decidió establecer en Babilonia la capital de su Imperio.

Poco después el recién autonombado emperador Alejandro, envió una embajada a Susa, la capital del agonizante Imperio Persa. Aunque más que una embajada se trató de un ultimátum: “Tienen dos opciones: la entrega pacífica de la ciudad y sus riquezas o su destrucción total”. Darío estaba en Echbatana tratando de rehacer su ejército y el gobernador tomó la decisión más acertada: entregar la ciudad.

Antes de tomar posesión de la ciudad capital, Alejandro decretó un descanso de un mes (un ciclo lunar) para su ejército. Entre un festejo y el siguiente, se daba tiempo para visitar algunos de los edificios notables de la ciudad. Le llamaron la atención, sin que se pudiera decir que le hubieran causado una gran impresión, además de los jardines colgantes, el zigurat de la ciudad, la Puerta de Ishtar, los templos de Marduk, de Ishtar y de Nabú, así como los palacios del Norte y del Sur. El que estaba realmente encantado a la vista de los antiguos edificios, era Calístenes. Recordaba cómo lo había impresionado la lectura de los Nueve Libros de la Historia, de Herodoto, y en particular el Primer Libro que narra la toma de Babilonia por Ciro el Grande. No se imaginaba, en su época de estudiante, que algunos años después viajaría hasta Mesopotamia y podría contemplar las maravillas que describía el historiador en su obra. Un mes había decretado Alejandro y eso fue lo que duró el descanso, que se fue entre festejos y recorridos culturales.

Susa, como Babilonia, fue respetada por las huestes de Alejandro. No podemos decir que no se hayan apoderado de los tesoros más valiosos o que no hayan saqueado las arcas de algunos acaudalados comerciantes. Pero las dos ciudades, en general, no sufrieron daño alguno. Sin que Alejandro se lo preguntara, Calístenes le explicó que Susa era la ciudad más importante de la Meseta Iraní, con una antigüedad superior a Babilonia.

- Hace un poco más de trescientos años, el rey asirio Assurbanipal derrotó a los elamitas y destruyó su capital, Susa. Pero cuando Ciro II formó el Imperio Persa, abandonó la antigua capital del reino, Persépolis, y estableció la capital imperial en Susa. Persépolis quedó como residencia de descanso de los emperadores.
- Deja tus enseñanzas para otra ocasión Calístenes – lo interrumpió el rey -. Lo que ahora necesito es que redactes un ultimátum para Persépolis, semejante al que enviamos recientemente a Susa.

En Persépolis, el sátrapa Ariobarzanes no se había dejado intimidar por los triunfos de Alejandro. Con el apoyo de un ejército de 40,000 hombres que había logrado reunir, rechazó con brusquedad la amenaza del rey macedonio.

- Díganle a Alejandro que si quiere los tesoros de Persépolis, tendrá que luchar para obtenerlos.

Los generales de Alejandro reunieron sus tropas y salieron rumbo a Persépolis. Enterados los macedonios de que Ariobarzanes los esperaba por el Camino del Rey, decidieron rodear por la cordillera para sorprenderlo. Pero el sátrapa se dio cuenta de la maniobra y también llevó su ejército a las montañas. El encuentro se dio en el desfiladero conocido como las Puertas Pérsicas. El terreno escabroso no permitía desarrollar ninguna estrategia y casi toda la lucha consistió en encuentros cuerpo a cuerpo o entre pequeños grupos. Tras una cruenta batalla que duró varias horas, los griegos lograron hacer huir a los persas, aunque a un costo en vidas muy elevado. Calístenes no mencionó el número de muertos y heridos, aunque en su crónica afirma que superaron a las bajas que habían tenido en toda la campaña.

Alejandro estaba furioso y ordenó una persecución implacable. “No debe quedar uno sólo con vida”. Y la orden se cumplió al pie de la letra. En Persépolis continuó la venganza. Los soldados, con el beneplácito de sus jefes, saquearon la ciudad y cometieron todas las atrocidades imaginables. Al final, el propio Alejandro mandó incendiar los templos y los palacios.

- Vayamos ahora por Darío, que se ha refugiado en Echbatana - dijo a los generales que formaban su consejo.

Efectivamente, tras su huida de Gaugamela, Darío III se había marchado a Echbatana, la capital de Media. De los medos, su antepasado Ciro el Grande había obtenido la ayuda que necesitó para derrotar a los caldeos y constituir el Imperio Persa. Darío pensó que podía repetir la hazaña y que los medos lo ayudarían a restituir su ejército para vencer a los griegos. Pero las sucesivas derrotas que Darío había sufrido, lo habían desprestigiado a tal grado, que sus súbditos y sus aliados estaban seguros de que había perdido el favor de los dioses.

LA MUERTE DE DARÍO III

Cuando Alejandro llegó a Echbatana, se enteró de que Darío III había huido a Hircania, en la costa sur del mar al que le daba nombre, el mar de Hircania (Mar Caspio). Lo acompañaban varios miembros de la nobleza, entre ellos Bessos, el sátrapa de Bactriana. Las tropas de Alejandro habían continuado la persecución del rey y cuando Bessos se dio cuenta de su proximidad, tomó a su rey como rehén, pensando que podría negociar con el macedonio la independencia de sus territorios.

- Alejandro respetará mi investidura - le dijo el prisionero -. Me dará la libertad y tú serás ejecutado por traidor -. Bessos comprendió que Darío tenía razón y esto lo encolerizó.
- No podrá liberarte, pues no te encontrará con vida - le contestó Bessos, al tiempo que lo apuñalaba.

Bessos no esperó la llegada de los macedonios. Abandonó el sitio del crimen y tomó el largo camino hacia Zariaspa, la capital de Bactriana. Desde que salió de Hircania, Bessos empezó a hacerse llamar emperador y cambió su nombre a Artajerjes V.

Según se asienta en las crónicas de Calístenes: “Alejandro entró en la tienda en la que se había cometido el crimen y al ver el cadáver ensangrentado de su enemigo, lloró y lo cubrió con su capa”. ‘No es esto lo que yo deseaba’ exclamó entre sollozos, a los que el macedonio era muy propenso. A continuación ordenó que el cuerpo fuera llevado a Echbatana, en donde debía ser embalsamado antes de entregarlo a su madre. Sisigambis lo trasladó a la semidestruida Persépolis, en donde se encontraba el cementerio de los reyes aqueménidas, y ahí presidió unas honras fúnebres propias del rango de Darío.

Para llegar a Zariaspa, muy cerca del extremo nororiental del territorio persa, era necesario recorrer un largo camino. Pero Alejandro estaba decidido a castigar al asesino de Darío III, que además ya se consideraba el sucesor de su víctima. Para Alejandro, el sucesor de Darío no podía ser otro que él mismo.

- No se trata únicamente de castigar al magnicida - declaró Alejandro ante sus generales -. Debemos asegurar para el nuevo Imperio la posesión del territorio que conquistó Ciro el Grande: Por el Norte hasta el río Yaxartes y por el Oriente hasta el Indo.

Muy pronto se hizo evidente que, cuando en Babilonia Alejandro se declaró emperador, no fue una simple manifestación de vanidad. Desde ese momento, Alejandro se consideró el dueño del territorio conquistado, con todas las prerrogativas de un emperador. Un emperador al estilo oriental, en todos los sentidos. Desapareció el trato cordial que daba a su tropa, y en particular a sus generales. Nadie volvería a llamarlo Alejandro, sino emperador Alejandro. Ahora todos debían postrarse ante él y ninguno le daría la espalda. Para casi todos, el cambio resultó inaceptable y varios distinguidos personajes muy cercanos al nuevo emperador se manifestaron abiertamente en contra de las nuevas costumbres. La respuesta fue la cárcel. El más afectado fue Calístenes que, acostumbrado a las comodidades de la retaguardia, falleció en la prisión.

De Hircania, el emperador se desplazó a la Partia oriental, en donde fundó Alexandrópolis. Continuó por el territorio ario y fundó la ciudad de Alejandría Aria. Siguió hacia el Sur, hasta Proftasia, la capital de Dragniana. En esta ciudad, cuyo nombre cambió a Alejandría Proftasia, la marcha se detuvo en tanto Alejandro decidía a quien de sus

hombres de confianza colocaría en lugar del sátrapa local, al que destituyó. También fue en esta ciudad en donde ocurrió la “conjura de los pajes”.

Varios generales estaban en desacuerdo con la prolongación de la campaña hacia los lejanos territorios de Bactriana y Sogdiana. Pero algunos cometieron el error de expresarlo en voz alta. “Antes de continuar con la expansión, sería conveniente consolidar el extenso territorio que ya forma el Imperio”. Esto fue todo lo que dijeron Parmenión y Filotas, y lo hicieron en una reunión casi privada. Pero era imposible que no llegara a los oídos del emperador, que tenía espías por todas partes.

- ¿Cómo es posible que alguien se atreva a cuestionar las decisiones del emperador? - tronó Alejandro.

En este caso ese “alguien” eran dos de sus mejores comandantes de caballería. El elevado rango de Parmenión y de Filotas no los libró de un juicio en el que la “asamblea del ejército” los declaró culpables de alta traición y los condenó a muerte. Ninguno de los compañeros de los generales ejecutados tuvo la osadía de opinar sobre lo desproporcionado del castigo.

Sin el menor remordimiento, Alejandro salió de Alejandría Proftasia, para continuar hacia Aracosia, en donde a la ciudad de Kandahar la llamó Alejandría de Aracosia. Finalmente llegó al territorio bactriano, pero no le fue posible ocupar su capital, Zariaspa, en donde Bessos estaba firmemente parapetado. Le era imposible sitiar la ciudad, por la retaguardia, protegida como estaba por el macizo montañoso del Hindu Kush. Este obstáculo, imposible de salvar para cualquier combatiente, no lo era para Alejandro. Al frente de su ejército, realizó un gran rodeo. Desafiando al crudo invierno de las montañas, cruzó la elevada cordillera y entró en Zariaspa, por donde menos se le esperaba.

Bessos abandonó apresuradamente la ciudad, cruzó el río Oxus y huyó hacia Sogdiana, el territorio más septentrional del Imperio Persa, perseguido muy de cerca por las tropas griegas. Epitámenes, un miembro de la nobleza bactriana que, como muchos otros nobles, nunca estuvo de acuerdo con el magnicidio, organizó una conspiración palaciega y encarceló a Bessos. A continuación buscó a algún general de Alejandro, con el fin de pactar, y se encontró con Tolomeo. Epitámenes le propuso entregarle a Bessos, a cambio de la independencia de las dos satrapías septentrionales: Bactriana y Sogdiana.

- Yo puedo recibir al asesino a nombre del emperador, pero no tengo autoridad para prometer algo a cambio - le dijo Tolomeo -. Sin embargo te ofrezco ser portador de tu propuesta, que es muy probable que sea aceptada, pues pondrá fin a esta cansada persecución.
- Pero deberás cederme al criminal ahora mismo, para que tu acción tenga los efectos deseados.

Bessos fue llevado por Tolomeo ante Alejandro, adjudicándose todo el mérito de su captura. Apenas si mencionó a Eпитámenes y no hizo ninguna referencia a su propuesta. Muy pronto los macedonios se olvidaron de Eпитámenes, pero Eпитámenes no se olvidó de los macedonios de los que, con toda razón, se consideró traicionado.

Alejandro aplicó al asesino un castigo cruel, acorde con las costumbres orientales que estaba haciendo suyas: Ordenó que le cortaran la nariz y las orejas y después de mutilarlo, lo envió a Hircania, para que fuera crucificado en el mismo lugar en el que había cometido el crimen. El reinado de Artajerjes V había durado menos de un año.

Otro noble bactriano que tampoco había estado de acuerdo con el asesinato de Darío, pero que no participó en la conjura contra Bessos, fue Oxiartes. Cuando Bessos huyó de Bactriana hacia Sogdiana, Oxiartes abandonó la corte. Para su seguridad, dejó a su esposa y a su hija en la fortaleza de la “Roca Sogdiana”, que consideraba inexpugnable, mientras él se trasladaba a la lejana ciudad de Bujara, en el extremo occidental de la frontera entre los territorios bactriano y sogdiano.

Mientras tanto, Alejandro había nombrado sátrapa de Bactriana a Artabazo II, el padre de Barsine, su compañera desde Siria. Después se dirigió al Norte hacia el territorio sogdiano, también acéfalo. En Sogdiana nombró sátrapa a uno de sus allegados, del que se sabe muy poco, salvo que se llamaba igual que su padre: Filipo. Dejó Samarkanda, la capital de Sogdiana y se dirigió al norte hasta el río Yaxartes. El río Yaxartes constituía la frontera septentrional de la satrapía y del Imperio. Hacia el Norte y hacia el Este, se extendían las amplias estepas ocupadas por las tribus nómadas masagetas. En la margen izquierda del río, en territorio sogdiano, fundó Alejandría Écate (Alejandría Última), en la que estableció una guarnición e inició la construcción de una muralla que la protegiera de los masagetas. Los jinetes masagetas incursionaban frecuentemente en las poblaciones fronterizas del territorio sogdiano, robaban cuanto podían y desaparecían con la rapidez con la que habían llegado.

A la nueva ciudad llegó un mensajero del recién nombrado sátrapa Filipo. Las noticias eran alarmantes. Eпитámenes se había levantado en armas y tenía sitiada la capital. Sin pérdida de tiempo, Alejandro organizó sus tropas y se dirigió a Samarkanda. Pero en el camino fue alcanzado por un numeroso grupo de jinetes masagetas que, con sus flechas, causaba un grave daño a su retaguardia. Una de las cualidades del ejército macedonio, era su rápida adaptación a las circunstancias imprevistas, de modo que en un corto tiempo estaba preparado para hacer frente a los inesperados atacantes.

Alejandro tenía que darles un escarmiento, pero no podía dejar desamparada a Samarkanda. Sobre la marcha organizó una partida de unos dos mil mercenarios y los envió hacia la capital de Sogdiana, al mismo tiempo que preparaba la respuesta a sus atacantes. Los masagetas no eran capaces de enfrentarse a un ejército organizado, de modo que dieron

media vuelta e iniciaron la huída. La persecución de los nómadas no se pareció a las que los griegos habían realizado, cuando los persas huían en desbandada. Los masagetes, a medida que se alejaban del fallido enfrentamiento, continuaban defendiéndose. Eran tan buenos jinetes como los macedonios, pero los aventajaban en que conducían al caballo con las piernas, dejando los brazos libres para el manejo del arco, que disparaban con notable precisión. Cuando los nómadas cruzaron la frontera y regresaron a su territorio, el acoso se suspendió. Por otra parte, de los mercenarios enviados a la capital sogdiana, no se volvió a saber nada.

Después de dejar a la mayor parte de sus tropas en Alejandría Écate, Alejandro salió por segunda vez rumbo a Samarkanda, sobre la que sin duda continuaría el asedio de Epítámenes. Esta vez iba acompañado únicamente por su caballería de élite, con la que, en sólo cuatro días, recorrió los más de 1,500 estadios (unos 270 kilómetros) que había entre las dos ciudades. Sin embargo, cuando los macedonios llegaron, Epítámenes había puesto fin al asedio y se había marchado.

- No me queda ninguna duda - dijo Hefestión en una reunión de generales -, de que el sitio de Epítámenes a Samarkanda y el ataque a nuestra retaguardia por los nómadas de las estepas, cuando veníamos en auxilio de los sitiados, no son hechos aislados, sino que se trató de una acción concertada.
- Tiene sentido lo que estás diciendo Hefestión - corroboró el sátrapa Filipo -, ya que los habitantes de esta ciudad identificaron a las caballerías de Epítámenes con los jinetes masagetes.

Y así era. Ante la imposibilidad de reunir a las tropas de Bessos, cuya deserción se había iniciado desde que cometió el magnicidio, Epítámenes se había dirigido a las estepas con el fin de reclutar combatientes. A todos los jefes tribales masagetes, les repetía el mismo discurso:

- Alejandro ha conquistado el enorme territorio que pertenecía a los persas, desde Asia Menor hasta Sogdiana. Nadie ha podido detenerlo hasta ahora y no veo por qué habría de detenerse en el río Yaxartes. Los masagetes son los únicos capaces de detenerlo, como en otro tiempo evitaron ser invadidos por Ciro el Grande.

Los caudillos de las tribus nómadas sabían muy poco de geografía, pero sí tenían conocimiento del considerable territorio que formaba el Imperio Persa y de la rapidez con la que Alejandro se había ido apoderando de él, hasta llegar a su frontera. En la historia que, frente a las fogatas, los viejos transmitían a las nuevas generaciones, se recordaba a la reina Tomyris que había unificado a las tribus masagetes ante la invasión de Ciro II, a quien habían derrotado y dado muerte. Tal vez Epítámenes era el líder unificador que necesitaban, frente a la amenaza de los macedonios. Y con la participación de las diversas tribus, el noble bactriano logró reunir un ejército de varios miles de jinetes.

En Samarkanda, Alejandro y su estado mayor discutían la forma de acabar con el rebelde, pero nadie sabía en ese momento dónde se encontraba. Había abandonado el sitio de la noche a la mañana sin que se supiera qué dirección había tomado.

Muy pronto tuvieron noticias de él. Una tras otra, las pequeñas poblaciones de la frontera entre Sogdiana y Bactriana, eran atacadas por los rebeldes quienes, después de saquearlas, desaparecían con la misma rapidez con la que habían llegado, como acostumbraban hacerlo en las incursiones fronterizas. No se trataba de arrebatarles esas poblaciones a los invasores griegos, sino únicamente de demostrar que eran incapaces de defenderlas. En el fondo, lo que Eпитámenes quería, era vengarse de los macedonios.

Ahora los generales de Alejandro sabían lo que los rebeldes estaban haciendo, pero aun no encontraban la forma de enfrentarlos. Con su gran movilidad, un día atacaban un poblado, para al siguiente día encontrarse a varios cientos de estadios de distancia, sin seguir ninguna dirección definida. Por primera vez, desde el inicio de la campaña, estaban desconcertados. Hasta que Eпитámenes cometió su primer error, que le resultaría fatal. Creyendo que con Zariaspa podía hacer lo mismo que con las poblaciones que había atacado hasta ahora, lanzó a sus jinetes contra la capital de Bactriana. Pero aquí se encontró con el experimentado y fuertemente pertrechado Artabazo II, que lo rechazó y lo persiguió hasta los límites de su territorio.

En su huida, los jinetes de Eпитámenes fueron a dar al sur del desierto de Kara Kum. En esa parte del desierto, la única fuente de abastecimiento de agua, en varios cientos de estadios a la redonda, era el oasis de Margiana. En ese momento, Alejandro supo que Eпитámenes estaba derrotado. Envío al general Crátero con instrucciones de reforzar Margiana y de cercar cualquier fuente que pudiera existir en las cercanías. A los masagetas les quedaron dos alternativas: morir de sed en el desierto, o tratar de arrebatar el oasis a Crátero. La segunda opción carecía de toda posibilidad de éxito, pues atrás de Crátero estaba todo el ejército macedonio. Los jinetes masagetas eran muy buenos para golpear y correr, pero no estaban preparados para un enfrentamiento directo. No poseían ni el armamento ni en técnicas de combate necesarios. Para su fortuna Barham, un líder que tenía cierto ascendiente sobre los demás jefes, encontró una tercera opción: Llegar a un acuerdo con Crátero, y le solicitó una entrevista.

- El emperador Alejandro jamás ha tenido la menor intención de ocupar las estepas de los masagetas - le dijo el general macedonio -. Sólo quiere la cabeza de Eпитámenes, que es el único causante de este desastre, y que lo ha obligado a posponer sus planes de avanzar hacia el río Indo.

La frase de Crátero que aludía a la cabeza de Eпитámenes, era sólo un eufemismo. Pero Barham la tomó al pie de la letra. Al siguiente día regresó a Margiana, llevando la cabeza del noble bactriano. Alejandro no volvió a tener problemas con los masagetas.

Ahora sí, a los macedonios les sobraban motivos para celebrar: la conquista de Bactriana y la de Sogdiana, es decir, todo el norte del Imperio de Darío, y las muertes de Bessos y de Epítamines. Por si esto no fuera suficiente, Alejandro recibió noticias de Artabazo, comunicándole que su hija Barcine acababa de dar a luz un hijo suyo.

No fue una, sino varias las fiestas que, en forma sucesiva y casi sin interrupción, se realizaron en Samarkanda. En una de estas francachelas, que sería la última en Sogdiana, los griegos comían y bebían, aunque como siempre, más bebían que comían. En medio de la borrachera, Clito, que había sido amigo de su padre y le había salvado la vida, por lo menos una vez, se enfrentó a su emperador. Sin duda con la mente nublada por el alcohol, le espetó:

- Tú podrías ser rey, faraón, emperador, rey de reyes o lo que quieras Alejandro, pero no debes olvidarte de tu origen griego y que en Grecia, aun en las monarquías más extremas, los reyes tratan a sus súbditos en un plano de igualdad.
- A ti es al que se le ha olvidado algo, Clito. Aunque seas uno de los generales de mi ejército más antiguos, no dejas de ser mi súbdito. Y te comportas en una forma bastante más grosera de lo que debieras. No creas que por ser un anciano lo voy a tolerar.
- Pues este anciano te salvó la vida en el Gránico. Y gracias a la sangre derramada por los macedonios, te has elevado a tal altura que ahora reniegas de Filipo y te proclamas hijo de Ammón. Dichosos aquellos que han muerto sin tener que ver cómo se azota a los macedonios y se les encierra en las mazmorras, cuando se niegan a arrodillarse ante su rey, a besar el borde de sus vestiduras y a venerar su cinturón persa.
- ¡Ya basta de tanta insolencia! - gritó Alejandro, al tiempo que daba un salto hacia donde había dejado sus armas. Inútilmente buscó su espada, que prudentemente había sido puesta fuera de su alcance. Entonces le arrebató la lanza a uno de los guardias y la arrojó contra el viejo general, que cayó mortalmente herido.

Casi inmediatamente se dio cuenta del crimen que había cometido. Con lágrimas en los ojos, pidió perdón al agonizante anciano, al tiempo que abrazaba su cuerpo ensangrentado. Aun seguía llorando cuando dio órdenes de que se realizan funerales de héroe para Clito, para el que decretó tres días de duelo.

Pasado el luto, regresó a Zariaspa para conocer a su hijo primogénito.

HERCULES

- Como descendiente de Zeus, deberá llevar el nombre de uno de sus hijos. Se llamará Hércules.
- Como descendiente de Zeus, no debería ser un bastardo – se atrevió a comentar Artabazo, refiriéndose a que su hija no estaba casada con Alejandro.

- ¡Un hijo mío jamás será un bastardo, sin que importen leyes ni costumbres!

“Claro que importan - pensó el sátrapa - sobre todo cuando se trata de legitimar la herencia”. Por supuesto, no se atrevió a expresar sus pensamientos en voz alta y menos aun a contradecir al emperador. Sin embargo, las circunstancias le darían muy pronto la razón.

Las tropas de Artabazo que patrullaban la frontera de Bactriana con Sogdiana, para evitar otra sorpresa como la de Epitámenes, encontraron la fortaleza de la Roca Sogdiana. Protegida únicamente por los guardias personales de la esposa y la hija del noble bactriano Oxiartes, la fortaleza no resultó tan inexpugnable como se pensaba.

ROXANA

Hyejin y Roxana fueron llevadas ante Alejandro quien, conforme a su costumbre, las trató con todo el respeto que correspondía a su noble condición, aunque con una muy especial atención hacia Roxana (Roshanak, pequeña estrella, en bactriano). Por segunda ocasión se sentía afectado por la hermosura de una mujer.

- Estoy impresionado con la belleza de tu hija, y tengo la intención de hacerla mi esposa - le dijo a Hyejin -. Me gustaría que se lo comunicaras a tu esposo, si es que tienes forma de hacerlo.

En cuanto Oxiartes recibió el mensaje de su mujer, emprendió el viaje de Bujara a Zariaspa. Apenas hubo llegado a la capital de Bactriana, se presentó ante el emperador, que estaba a punto de convertirse en su yerno, para expresarle su sometimiento. El matrimonio de Alejandro con Roxana se celebró en medio de un festejo que duró varios días.

Como era de esperarse, tanto a Artabazo como a Barcine, les causó un serio disgusto la boda del emperador.

- ¿Por qué Alejandro decidió en forma tan repentina casarse con Roxana? - se preguntaba Artabazo. Y comentaba con su hija: -. ¿Cómo es que en los cuatro años que ha durado su relación contigo nunca te ha propuesto matrimonio, ni siquiera ahora que tuviste un hijo de él?

Artabazo no tenía ninguna duda de que su hija era, por lo menos, tan hermosa como Roxana. Y en cuanto al linaje, ambas pertenecían a familias de la nobleza persa. Sin embargo, tanto él como su hija sabían que en la mayoría de las decisiones del rey macedonio, la lógica era lo que menos intervenía.

Pero a medida que el sátrapa le daba vueltas al tema del matrimonio de Alejandro, pasaba del disgusto a la preocupación, al tratar de adivinar cuál sería su futuro y el de su hija.

- Alejandro no me abandonará, padre, especialmente ahora que le he dado un hijo.

- Alejandro no es el problema hija mía, sino el enorme poder que ha adquirido. No sabemos desde cuando sus allegados estén pensando en su muerte y en quién o quienes heredarán sus considerables posesiones. Pero ahora, con su nueva familia, la situación se vuelve más grave. Sin duda, desde el momento mismo del compromiso, los parientes de Roxana, y ella misma, se estarían frotando las manos ante la posibilidad de tener en su familia al heredero de tan poderoso señor. Y mirarán en todas direcciones buscando la probable competencia.
- Tu hijo, como el candidato más viable, los vuelve a ti y al él sumamente vulnerables. Aquí no contamos con la protección de nadie, mientras que ellos están en su territorio.

El sátrapa de Bactriana solicitó de Alejandro un permiso para retirarse temporalmente de su cargo. El emperador accedió de inmediato. Con Barcine lejos, su matrimonio con Roxana le resultaría más cómodo. Artabazo, su hijo y su nieto Hércules, viajaron hacia el Poniente y se establecieron en Pérgamo, en el extremo occidental de Asia Menor. En esta región, no obstante los cambios ocurridos con motivo de la invasión macedonia, Artabazo seguía teniendo amigos influyentes.

EL RÍO INDO

Después de la boda, Alejandro pasó algún tiempo disfrutando de su nueva condición de recién casado, mientras sus tropas descansaban tras las largas marchas y las agotadoras campañas contra Bessos y contra Eпитámines. El descanso duró menos de un mes, antes de que Alejandro decidiera emprender la planeada expedición hacia el río Indo.

- En este invierno del segundo año de la olimpiada ciento trece (327 a.C.), se ha iniciado una nueva etapa en la conquista del Imperio de Alejandro - escribió el general Tolomeo. Desde el fallecimiento de Calístenes, Tolomeo se había convertido en el cronista de la campaña.

Para llegar al valle del Indo, partiendo de Bactriana, los macedonios tuvieron que cruzar la región montañosa de Paropamiso, hasta llegar a Kabul. En Kabul se tomaron varios días de descanso para reponer las fuerzas tras la larga caminata. Aunque en realidad el descanso estaba destinado a Roxana, que iba acompañando a Alejandro. De Kabul continuaron al Oriente y entraron al valle del Punjab. Ya estaban en la región del Indo. Precisamente el nombre del extenso valle, Punjab, significa los cinco ríos, y se refiere al Indo, que desciende de las montañas del Hindu Kush, y a cuatro afluentes que se le unen en esa región.

El reino indio de Paura ocupaba la rica llanura ubicada entre los ríos Hidaspes y Chenab. El rey de Paura, Purushothama en sánscrito y Poros para los griegos, decidió cortar el paso a los invasores, a sabiendas de que los macedonios lo superaban con el doble de combatientes. Poros pudo haberlos detenido en el estrecho de Kyber, pero prefirió formar

sus tropas en la margen oriental del Hidaspes. Su decisión parecía acertada. Se habían iniciado los deshielos de las montañas y el río se había vuelto muy caudaloso, constituyendo una excelente defensa natural.

Alejandro estableció su campamento en la margen occidental. Compartía con Roxana una amplia y lujosa tienda persa. Durante varias semanas, sus patrullas recorrieron el río en busca de un sitio por el que pudiera vadearse. Lo mejor que encontraron fueron unas islas como a 200 estadios (unos treinta y cinco kilómetros) aguas arriba. Pero aun utilizando las islas, las tropas sólo podrían cruzar cuando bajara el nivel de las aguas, lo que ocurrió hasta el final de la primavera. Mientras tanto, Poros no se había cruzado de brazos. Envío embajadas a todas las regiones del reino solicitando soldados para incrementar su ejército, que no obstante el apoyo recibido, no alcanzó a igualarlo con el macedonio.

Finalmente, el nivel de las aguas descendió y los más de 60,000 soldados que ahora llevaba Alejandro pudieron cruzar el río. Cuando Poros se enteró de que los griegos estaban pasando a la margen oriental, se preparó para recibirlos. Disponía de cerca de cien elefantes, con los que formó una barrera en el Norte, por donde el enemigo debía llegar. Directamente atrás quedaron las infanterías, protegidas por la caballería, tanto en el lado opuesto al río como en la retaguardia. Era una formación compacta, cien por ciento defensiva, que Poros esperaba transformar en ofensiva, en el momento oportuno.

Cuando los macedonios intentaron rodear al contingente indio, las caballerías se abrieron, cortándoles el paso. Esto era lo que Alejandro esperaba. Mandó que el abanico de sus tropas se alejara lo más posible del río, atrayendo a los jinetes indios, hasta que los infantes quedaron sin protección. Entonces entraron en acción las falanges que, con sus largas picas y su ataque ordenado, causaban estragos en las no tan bien organizadas tropas indias. Los conductores de los elefantes trataban de llevar a los animales hacia sus compañeros, con el fin de auxiliarlos, pero la mayor parte de los paquidermos, asustados por el fragor del combate, daban media vuelta y se alejaban del lugar, constituyendo un peligro mortal para sus propias tropas. Cuando Poros, desde el elefante que montaba, se dio cuenta de la mortandad que los hoplitas causaban en sus soldados, levantó los brazos en señal de rendición. En cuanto el general Seleuco lo vio, ordenó un toque de trompeta para detener la lucha.

Según Tolomeo, que era más realista en cuanto a las cifras que Calístenes, en la batalla del Hidaspes perdieron la vida 4,000 soldados indios, aproximadamente, aunque también fallecieron cerca de 2,000 macedonios. No creemos que Alejandro haya lamentado más la muerte de su caballo Bucéfalo, que fue flechado durante el combate, que los miles de macedonios muertos, pero al equino lo honró fundando una ciudad, Bucefalia, en un lugar cercano a la batalla.

Poros fue llevado ante Alejandro, a quien impresionaron su apostura y su elevada estatura (cinco cúbitos, registró Tolomeo, que lo mismo podría ser un metro ochenta que dos metros, según que el cronista se haya querido referir al cúbito macedonio o al de la Grecia central).

- ¿Cómo quieres que te trate, Poros? - le preguntó.
- Soy tu prisionero, emperador Alejandro, y estás en tu derecho de tratarme como quieras. Pero ya que me preguntas, te diré que preferiría que me trataras como el rey que soy.
- Está bien Poros, eres rey y seguirás siendo rey. Te daré la libertad y seguirás reinando en Paura, aunque tu nación formará parte de mi Imperio, como reino dependiente.

El rey manifestó su conformidad rindiendo al emperador el homenaje que correspondía a su condición de súbdito. El haberse opuesto a los deseos de Alejandro, hubieran significado la cárcel o la muerte para él, y su reino se hubiera convertido en una satrapía.

Alejandro cruzó el río Chenab, el siguiente afluente del Indo, para llegar al reino de Taxila en el que no encontró ninguna hostilidad. Por el contrario, fue recibido personalmente por el rey Ambhi quien, sin habérselo pedido, se declaró su vasallo. A continuación lo invitó a visitar la ciudad de Gandara, capital del reino, en donde organizó un espléndido banquete para el emperador y sus generales.

Poros y Ambhi se volvieron útiles aliados de los macedonios durante su travesía por el territorio indio. En cambio los rajás de algunos clanes del alto Indo, en las laderas del Himalaya, se negaron a rendirse. Alejandro se enzarzó en una feroz contienda contra dos tribus reacias a someterse, los asparsoi y los askenoi. Ambas tribus fueron derrotadas, pero durante los enfrentamientos, Alejandro recibió dos heridas, una en el hombro y otra en el tobillo. Por fortuna las heridas no fueron graves y, con la atención de su cirujano Cristodermo de Cos y los cuidados de Roxana, muy pronto estuvo listo para continuar la campaña.

Después de haber obtenido la incorporación de los reinos de la región del Punjab, Alejandro decidió avanzar hacia el Oriente, pasando de la cuenca del Indo a la del Ganges. Tenía la intención de apoderarse del considerable territorio del imperio de Masadha. Pero la mayor parte del ejército, exhausto por la agotadora campaña, se negó a seguir adelante. No habían olvidado la declaración de Alejandro: “Por el Norte hasta el río Yaxartes y por el Oriente hasta el Indo”.

- Esta es una insurrección - declaró Alejandro, furioso ante sus generales -. Encuentren a los cabecillas para castigarlos como merecen.
- Perdóname que esta vez no esté de acuerdo contigo, emperador Alejandro - le dijo Coeno, uno de sus generales de mayor confianza, sabiendo a lo que se exponía -.

Puedes castigarme como desees, pero antes por favor escúchame. Hemos tenido una campaña agotadora, que ya lleva ocho años, casi sin interrupciones. Los soldados esperaban que, así como respetaste tu propia declaración, no pasando al norte del Yaxartes, hicieras lo mismo en el Indo, sin seguir al Oriente.

- Por otra parte, puedo asegurarte que no hay cabecillas entre los soldados; todos te adoran y nadie sería capaz de levantar un dedo en tu contra. Yo me declaro su portavoz y, si consideras que merezco un castigo, estoy dispuesto a recibirlo.

Extrañamente y tal vez por única vez en toda la campaña, Alejandro aceptó una opinión contraria a la suya.

- Está bien, dejaremos la marcha sobre el Ganges para otra ocasión.

Al conocerse la decisión de Alejandro, los vítores para el emperador en todos los campamentos militares, deben haberse escuchado a una distancia de varios estadios.

La larga caravana descendió por el río Indo, que se constituyó en el límite oriental de las conquistas de Alejandro. A la mitad del camino entre el Punjab y la costa, los macedonios se encontraron con una aguerrida tribu, que les cerró el paso. La tribu de los malios compensaba con su bravura su considerable desventaja numérica. En los primeros combates, el ejército macedonio los obligó a replegarse hasta una población fortificada. Protegidos por la empalizada que rodeaba el poblado, continuaban lanzando flechas contra los griegos. Era necesario echarlos de sus defensas y, durante el asalto Alejandro, que casi siempre estaba en la primera línea de combate, fue herido por una flecha, que le atravesó el pulmón. Sus soldados, al verlo sin sentido, con una flecha clavada en el pecho, creyeron que estaba muerto. Poseídos por la rabia, incendiaron la empalizada, derrotaron a los defensores y se lanzaron sobre la población civil. A ninguno de sus habitantes le perdonaron la vida. Hombres, mujeres y niños, todos fueron alanceados o acuchillados.

La grave herida de Alejandro, no resultó mortal. Aun continuaba la degollina cuando, inconsciente, fue levantado del campo y llevado a su tienda. Pasaron casi dos días para que recobrara el conocimiento. Mientras su cirujano, Cristodermo de Cos, le aplicaba ungüentos en la herida, cada vez que le cambiaba el ensangrentado vendaje, y trataba de bajar la elevada temperatura aplicándole paños húmedos en la frente; a ambos lados de su lecho, Roxana y Hefestión oraban a sus dioses. A la diestra del herido, Roxana pedía a Zaratustra que intercediera ante el dios Ahura Mazda por la vida de Alejandro. En el lado opuesto, Hefestión rogaba a Hades, el dios del inframundo, que no enviara a Alejandro a los Campos Elíseos, la región destinada a los héroes fallecidos, tratando de convencerlo de que aun tenía una larga tarea por realizar. En un mes la salud del emperador mejoró lo necesario para que continuara la marcha rumbo al Mar de Eritrea (Océano Índico). Cuatro robustos soldados llevaban sobre sus hombros la camilla en la que viajaba su comandante, con

Roxana y Hefestión cabalgando a ambos lados. En estas condiciones y tras varias jornadas que no podían ser demasiado largas, llegaron a la ciudad de Pattala, en el delta del Indo.

EL REGRESO DE LA INDIA

Alejandro tardó varios meses en reponerse de la herida, pero no estuvo inactivo. Desde la comodidad de la lujosa residencia que puso a su disposición el gobernador de Pattala, preparó el regreso del ejército hacia la meseta Iraní. Para el retorno podía elegir entre dos rutas terrestres y una marítima. Por la más corta de las dos vías terrestres, tendría que cruzar Gedrosia, desértica en más del noventa por ciento de su superficie, antes de llegar a una serranía baja que nace en Pura, su capital, y sigue hacia el Norte hasta que penetra en Carmiana. Para seguir la otra ruta terrestre, bastante más larga que la primera, era necesario subir por el Indo unos 3000 estadios (un poco más de 500 kilómetros), rodear por Aracosia y el sur de Dragniana, para evitar los extensos desiertos de Gedrosia, antes de entrar en Pérsida. Estaba además la posibilidad de regresar por la ruta marítima. En este caso, las naves debían aventurarse por mares poco conocidos. Aunque el gobernador de Pattala aseguraba que navegando hacia el noroeste, sin perder de vista la costa, se llegaría a las desembocaduras de los ríos Éufrates y Tigris, también advirtió sobre la posibilidad de encontrarse con piratas en el camino.

De los tres itinerarios, dos de ellos estaban imposibilitados para un contingente tan numeroso. El problema de la ruta marítima, era la imposibilidad de construir una flota que transportara a los más de 60,000 hombres que formaban el ejército macedonio. La ruta corta terrestre también tenía sus limitantes, ya que los oasis del desierto serían absolutamente insuficientes para un número tan grande de viajeros. La ruta larga era capaz de permitir el paso de cualquier número de viajeros, pero el recorrido por ella era superior al doble de la ruta corta.

El emperador decidió utilizar las tres rutas. Para la navegación, mandó construir una flota fuertemente armada, que sería comandada por el general Niarcos, el mismo que dirigió los barcos con los que se cortó el abastecimiento marítimo a la sitiada isla de Tiro. Alejandro iría por la ruta corta, No llevaría con él más de un millar de acompañantes, que es el máximo que podían abastecer de agua los oasis del desierto. La gran mayoría de las tropas, irían por la ruta larga bajo el mando del general Crátero.

Cuando todo estuvo listo para el regreso, Alejandro dio la orden de partir. Era el otoño del tercer año de la olimpiada ciento trece (325 a.C.). Los primeros en marcharse fueron los que iban en los barcos. La flota salió de Pattala, convertida en puerto marítimo. Niarcos llevaba instrucciones de no alejarse de la costa, por su desconocimiento de los mares por los que debía navegar: el Mar de Eritrea y el Golfo Pérsico. El segundo contingente, con Crátero al frente, salió rumbo al Norte por la ribera del Indo.

Finalmente salió Alejandro, que afirmaba estar totalmente repuesto de la gravísima herida. A pocos días iniciada la marcha, ya estaban en el desierto. Avanzaban con lentitud, pues la salud del emperador no era tan buena como él creía. Cada tres o cuatro días tenían que detenerse uno o dos días para que descansara. Los oasis, cuya capacidad se calculaba para la estancia de los viajeros por sólo unas horas, al segundo día estaban completamente agotados. Alejandro decretó un estricto racionamiento para los soldados, pero aun así un buen número de caballos y algunos hombres murieron de sed. También hubo algunos soldados que sucumbieron peleando con sus compañeros por las últimas gotas de un oasis. La solución, aprobada por el mismo Alejandro, a pesar de la opinión en contrario del cirujano Crisóstomo, fue reducir los descansos del convaleciente emperador.

Finalmente dejaron el desierto y subieron a las bajas montañas en las que se ubicaba Pura, la capital de Gedrosia. Los macedonios fueron muy bien recibidos por el sátrapa local, quien dispuso para Alejandro las mejores habitaciones de su propio palacio. Un mes de descanso en Pura, fue suficiente para el completo restablecimiento del emperador, como pudo constatar su cirujano. Avanzando por la región montañosa, salieron de Gedrosia, cruzaron el sur de Carmania y llegaron a Persépolis, en donde ya los esperaba Crátero con el grueso del ejército. En Persépolis tomaron un descanso de diez días, antes de seguir a Susa, a donde ya había llegado Niarcos, después de haber desembarcado en los muelles del Tigris.

ESTATIRA

Los festejos con los que se celebró el fin de la campaña de la India, se extendieron desde los altos mandos del ejército hasta los soldados más modestos. Podrían haber durado mucho tiempo, pero al cuarto día el emperador los interrumpió para hacer un anuncio importante. Reunió en su palacio a su estado mayor y dispuso la celebración de un matrimonio múltiple.

- La nobleza del Imperio de Alejandro no será griega ni persa, sino mixta. Ustedes y sus oficiales de alto rango tendrán el honor de ser el origen de esa distinguida estirpe, uniéndose con mujeres de la nobleza iraní. Las familias persas de mayor alcurnia viven en esta ciudad de Susa, así es que no les será muy difícil encontrar esposa entre ellas. También deberán instruir a sus oficiales para que hagan lo mismo, procurando que el rango nobiliario de la dama que elijan corresponda a su nivel jerárquico. Dentro de veinte días me casaré en este mismo palacio con Estatira, la hija mayor de Darío III. Hefestión contraerá matrimonio con Dripetis, la hermana de Estatira. Ese día deberán asistir con la pareja que hayan elegido, para la celebración del múltiple matrimonio. Quiero que tomen mis palabras como un orden del emperador, de la que quedan eximidos quienes ya estén casados con mujeres persas.

Las reacciones a esta orden fueron muy variadas. Pero nadie pensó en desobedecerla. Las princesas Estatira y Dripetis, siendo unas niñas, habían acompañado a su abuela, la reina madre Sisigámbis cuando fue llevada ante Alejandro, después de la batalla de Issos. Debido a su corta edad, la única impresión que pudieron haberles causado el rey macedonio y su acompañante, debió haber sido la curiosidad, sin imaginar que estaban frente a sus futuros esposos. A Roxana, por supuesto, la decisión de Alejandro le causó un gran disgusto, pero no podía hacer nada por impedir el matrimonio anunciado. Entre los militares que debían cumplir la orden, algunos eran solteros, pero la mayoría estaban casados con mujeres griegas. Sin importar su condición, unos y otros se echaron a buscar pareja. El día señalado por Alejandro, los generales y los oficiales de su ejército, llegaron a la multitudinaria reunión, con sus correspondientes parejas.

La boda múltiple se llevó a cabo en la primavera del año correspondiente a la olimpiada ciento catorce (324 a.C.). Entre los matrimonios de los militares con damas de la nobleza, hubo uno que sería de particular trascendencia en el futuro. La unión del general Seleuco con Apame, una hija de Epitámenes, el noble bactriano que se levantó en armas contra los macedonios en Sogdiana. Cuando, veinte años después del matrimonio colectivo, Seleuco fundó el Imperio Seléucida, su nombre, el de su esposa Apame y el del hijo de ambos, Antíoco, les serían asignados a las principales ciudades del Imperio.

Llegó el verano y las familias pudientes de Susa empezaron a abandonar la calurosa ciudad, para trasladarse a la fresca Echbatana. Y lo mismo hizo Alejandro, acompañado por Roxana y por Estatira; por Hefestión y Dripetis, y por los generales de su estado mayor con las mujeres a las que se acababan de unir.

En Echbatana continuaron los festejos que se habían iniciado en Susa. Durante uno de los juegos que se llevaban a cabo, Hefestión se sintió enfermo y se retiró a sus habitaciones. Por su pérdida de apetito y dolor de cabeza, el médico del emperador, que ahora era Glaucias, diagnosticó indigestión y ordenó que le dieran un laxante. Al día siguiente la situación se complicó con vómito y calentura. Alejandro suspendió todo tipo de celebraciones. Al paso de los días le aparecieron manchas rojas en la piel y la temperatura se elevó a tal grado que Hefestión empezó a delirar. Alejandro pasaba los días y las noches sin dormir, viendo como se consumía su amante. Todo lo que prescribía Glaucias, resultaba inútil. A los doce días de haberse iniciado la enfermedad, Hefestión dejó de existir.

Alejandro se volvió loco de dolor. Derramó lágrimas como nunca lo había hecho. Cuando lograron retirarlo del cadáver de su amado, se hizo afeitar la cabeza y mandó cortar las crines a cientos de caballos del ejército. También ordenó que Glaucias fuera crucificado. El cuerpo de Hefestión fue embalsamado y llevado a la capital del Imperio. El cortejo iba presidido por Alejandro. En Babilonia se celebraron fabulosos juegos funerarios en su honor.

- Deberán superar en magnificencia a los que organizó Aquiles en Troya, para honrar a su amigo íntimo Patroclo - fue la orden del emperador. Atendiendo lo que al respecto se consignaba en La Iliada, se cumplió la orden del emperador.

Los inviernos en Babilonia eran bastante templados, pero a Alejandro el que siguió a la muerte de Hefestión le pareció extremadamente frío. La inteligente Roxana encontró la forma de reconfortarlo de la profunda tristeza que le causaba la ausencia de su amigo. La princesa bactriana charlaba con él cuando era oportuno, lloraba a su lado cuando era necesario, y en las pocas ocasiones que la requirió como esposa, siempre estuvo dispuesta a complacerlo, sin exigir más de lo que él quisiera darle. Estatira, en cambio, que a partir de su unión con Alejandro estuvo con él sólo en contadas ocasiones, a partir del fallecimiento de Hefestión, jamás volvió a ser llamada a su lado. Con Dripetis, la situación fue más patética. Era doncella antes de casarse y siguió siendo virgen después de enviudar.

LA MUERTE DE ALEJANDRO

Con la llegada de la primavera, el estado de ánimo del emperador mejoró notablemente. Dio órdenes a Crátero de enviar una expedición de reconocimiento al Cáucaso, sin duda pensando en la posibilidad de conquistar la región occidental del Mar de Hircania (Mar Caspio). Al mismo tiempo, le pidió a su comandante de la marina, Niarcos, un plan para construir las naves que fueran necesarias para la circunnavegación de la Península de Arabia.

- Me entregarás un informe detallado dentro de diez días, cuando celebremos en este mismo palacio el éxito de la expedición marítima del Indo al Tigris.
- Por lo menos, el emperador se acordó de festejar el acontecimiento - pensó Niarcos - . No importa que haya transcurrido un año.

Después de haber dado las órdenes necesarias que le permitieran decidirse por la conquista de alguna de las dos regiones, Arabia o el Cáucaso, mandó llamar al jefe de su cuerpo de ingenieros. Al oeste de Babilonia se extendía una amplia zona pantanosa que llegaba al Éufrates. En algún momento del pasado, se había construido una red de canales para su desecación, pero hacía tanto tiempo de eso, que de los canales sólo quedaban algunas huellas y el pantano había invadido nuevamente el área. Con las altas temperaturas de la primavera, los malos olores y los mosquitos llegaban a la ciudad en oleadas, llevados por los vientos del Este.

- Hay que acabar con el pantano - les dijo a los ingenieros -. Construyan las obras que sean necesarias, Lo que sobran en este momento, son soldados ociosos. Pídanles a los comandantes los hombres que necesiten, para que el sistema esté funcionando antes de que termine la primavera.

El banquete en el que se festejó la hazaña de Niarcos, se llevó a cabo en la fecha fijada por Alejandro. Cuando el emperador lo solicitó, el comandante de la marina presentó su informe sobre la flota necesaria para navegar las cosas de Arabia.

- Se requieren 1,000 barcos, para que podamos realizar esa incursión. Disponemos de aproximadamente 300 en bastante buenas condiciones, que sólo necesitan de algunas reparaciones, por lo que sería necesario construir 700. También es necesario construir un astillero en el río Tigris, además del que ya existe en el Éufrates.
- Empieza a construir el segundo astillero y a reparar las naves que tenemos. Pero espera mis órdenes antes de que inicies el abastecimiento de los materiales para los nuevos barcos. Alejandro se daba cuenta de que, en el caso de que se decidiera por la expedición al Cáucaso, los barcos no serían necesarios.

Pocos días después, el emperador realizó un viaje de inspección a los pantanos. Lo llevaba más salir del ocio, que cerciorarse personalmente del avance de la construcción de los canales. Solamente recorrió la zona a la que era posible llegar con la barcaza en la que viajaban él y algunos de sus allegados. El jefe de ingenieros iba dando una explicación sobre las diferentes etapas de la obra. No se supo si el emperador quedó complacido con los trabajos realizados, pues no hizo ningún comentario. Lo único desagradable del recorrido, fueron las nubes de mosquitos que acompañaron a los viajeros desde que salieron de la ciudad, y que no había forma de quitárselos de encima.

Esa noche, el emperador, acompañado por algunos de sus generales, asistió a una cena organizada por su amigo de la infancia, Medeo de Larisa.

- Han pasado casi veinte años, emperador Alejandro, desde que en Pella, siendo aun adolescentes, me honrabas con tu amistad. Después, las circunstancias me obligaron a regresar a mi natal Larisa y tú iniciaste una carrera ascendente que te ha llevado a convertirte en el hombre más poderoso del mundo.
- Así es, amigo Medeo. Pero explícame ¿a qué has venido a Babilonia, tan distante de Tesalia?
- Antes que nada, debo agradecer el tratamiento que me das de amigo. Yo no puedo olvidarme de tu elevada posición y para mí siempre serás el emperador Alejandro. Por otra parte, debo decirte que hace tres años, en Tesalia, murió el rey Licurgo III. Como no tenía descendencia, su primo Eritmeo fue proclamado para ocupar el trono. Eritmeo, a su vez, nombró a mi padre, Thorax de Larisa, que ha sido su amigo de toda la vida, primer ministro.
- Y tu padre, seguramente, te ha enviado ante mí para que gestiones la independencia de Tesalia.
- No es así emperador, perdona que te contradiga. La dependencia de Macedonia primero, y ahora de tu Imperio, jamás ha constituido una carga pasada para Tesalia. Siempre hemos disfrutado de absoluta libertad y nuestra única obligación, que

cumplimos con la satisfacción de estar contribuyendo a tu causa, ha sido la aportación de tropas, cada vez que lo solicita tu regente en Macedonia.

- Mi embajada no tiene otro motivo que manifestarte, en nombre del rey Eritmeo y de mi padre, su absoluta devoción a tu persona y su completo sometimiento a tu Imperio, del que los tesalienses nos sentimos orgullosos de formar parte.

Al generalizarse la plática, se volvió aun más cordial. En ningún momento dejaron de circular las charolas con manjares de muy diversos tipos y el vino corrió en abundancia. Como era costumbre en Persia, la cena fue amenizada por grupos de bailarinas y conjuntos de bailarines.

De pronto, Alejandro se empezó a quejar de dolores en la espalda, después en las piernas y, finalmente perdió el conocimiento. Ahora no estaba Glaucias, que pagó con su vida no haber podido salvar la de Hefestión. De inmediato fueron llamados los médicos de varios regimientos, que decidieron llevar al emperador al fresco patio del palacio en el que se llevaba a cabo la cena, debido a su alta temperatura. Cuando lo consideraron prudente, lo trasladaron a su palacio, en el que quedó al cuidado de Roxana. El cuerpo de la princesa no dejaba dudas de lo avanzado de su embarazo.

Los médicos se alternaban acompañando al enfermo, pero nunca estaba uno solo. Ninguno quería asumir la responsabilidad por la salud de tan importante personaje. En los siguientes días, la temperatura del rey variaba del día a la noche. Mientras por la noche se elevaba, durante el día desaparecía la fiebre, lo que permitía que el emperador continuara con sus actividades normales: escuchaba los informes de Niarcos sobre el avance de las obras marítimas, y recriminaba a Crátero por no haberle entregado aun la información que le había pedido sobre el Cáucaso. Sin embargo, al quinto día posterior a la cena en la que empezó la enfermedad, la fiebre nocturna se volvió más intensa y los días perdieron su tranquilidad. Dos días después, el rápido deterioro de su salud alarmó a los médicos, que comunicaron sus temores a los generales. Durante los siguientes dos días, los principales allegados al emperador se mantuvieron en permanente vigilia. La noticia de la gravedad de Alejandro había burlado el hermetismo del palacio, causando una gran inquietud entre los soldados. Circulaban rumores de que Alejandro había muerto. Por supuesto que no era así. Aunque estaba gravemente enfermo, el emperador seguía con vida. En un momento dado, se medio incorporó en el lecho, se quitó el anillo de mando y se lo entregó a su comandante de caballería, Pérdicas.

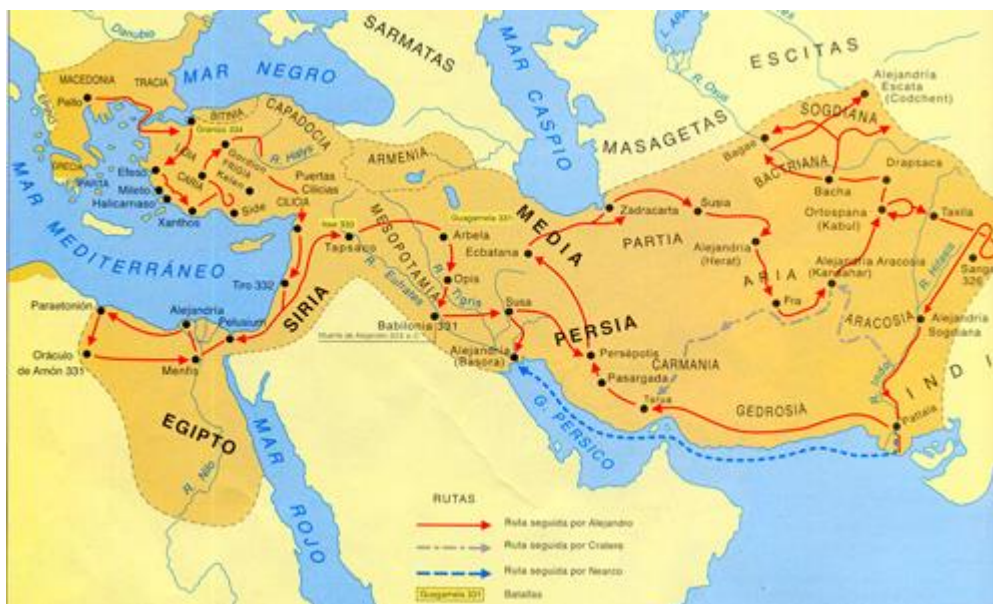
- Ocuparás la regencia del imperio, en tanto el ejército no elija al próximo emperador
- dijo con voz débil, pero suficientemente audible.

Alrededor del edificio, cuyas puertas se mantenían cerradas, se reunía una multitud de soldados. Exigían que les dejaran ver a su rey, para cerciorarse de que no había muerto.

- ¿Qué significa ese griterío que se escucha? – preguntó con la misma voz, apenas audible.
- Llévenme al patio, donde puedan verme los soldados - ordenó cuando le explicaron de qué se trataba.

El lujoso camastro fue llevado a la terraza interior del palacio y colocado en lo alto de una escalinata. A continuación los oficiales organizaron el ingreso de las tropas. En un largo desfile tan ordenado como lo permitían las circunstancias, un gran número de soldados, macedonios y de otras nacionalidades, pudieron aproximarse a su emperador, para cerciorarse de su agonía. Era admirable cómo los mismos hombres que, sin la menor compasión hundían la lanza en el pecho de un enemigo o le cercenaban el cuello con la espada, ahora derramaban lágrimas al contemplar a su emperador en su lecho de moribundo.

Durante la mañana del siguiente día, a la mitad del segundo año de la olimpiada ciento catorce (323 a.C.), Alejandro Magno, el hijo del dios Zeus – Amón, dejó de existir. Murió en Babilonia, la ciudad en la que decidió establecer la capital de su Imperio. Con su muerte concluyó una extraordinaria y casi ininterrumpida campaña militar, que le permitió crear, en poco más de una década, un Imperio cuya extensión superaba a la del Imperio Persa Aqueménida al que había puesto fin, y que sólo podría compararse a la que el Imperio Romano alcanzaría, después de cientos de años de lucha.



No obstante que todos los síntomas de la enfermedad que llevó a la tumba a Alejandro, apuntaban hacia la malaria, nunca se descartó la posibilidad de que hubiera sido envenenado, pues su mal empezó en una cena. Cualquiera que hubiera sido la causa, con seguridad encontró un organismo debilitado y con muy escasas defensas, por el trato extremo al que fue sometido. A cada marcha agotadora seguía una batalla, que requería, por

parte del comandante, de un considerable esfuerzo físico y mental. La victoria era celebrada con comilonas y francachelas que duraban varios días y en las que abundaban los excesos de todo tipo. A lo anterior se deben agregar las tres heridas que Alejandro recibió en la India, una de ellas de extrema gravedad. Pero, a la distancia de los siglos, sólo pueden hacerse conjeturas. De lo único que estamos seguros es de que a la muerte de Alejandro, a un mes de cumplir treinta y tres años de edad, su enorme Imperio se extendía desde el valle del Indo, por el Este; hasta Egipto y la Península Helénica, por el Oeste.

Los generales no se ponían de acuerdo sobre el sitio en el que debía descansar definitivamente el cuerpo de Alejandro.

- Deben respetarse los deseos del emperador - opinaba Tolomeo -. Su cuerpo debe ser llevado al templo de Ammón, en el oasis de Aiwa.
- Los restos de Alejandro deben descansar en Egipto, la capital tradicional de Macedonia, en donde están enterrados todos los reyes macedonios - exigía Pérdicas, quien no hacía otra cosa que defender los deseos de Olimpia, la madre del emperador.

En tanto se tomaba una decisión, Pérdicas contrató a un grupo de especialistas caldeos, para que conservaran incorrupto el cadáver, mientras llegaban los sacerdotes que había mandado traer de Egipto, para que llevaran a cabo su embalsamamiento. El cuerpo de Alejandro había sido colocado en un sarcófago de oro en el centro de la sala principal de su palacio, convertida en cámara mortuoria. Lo único que hicieron los caldeos, fue llenar el sarcófago con vino de palma, perfumado con mirra e incienso, en el que se disolvió una determinada cantidad de nitrato de potasio. El cuerpo del emperador se mantuvo sumergido en la solución.

Cuando llegaron los sacerdotes egipcios, lo primero que hicieron fue expulsar de la sala a cuantos se encontraban en ella, incluyendo a los caldeos y a los militares de alto rango. Ya a solas con el difunto, pidieron permiso al dios Anubis, el dios de la momificación, para que ellos, simples mortales, pudieran tocar al hijo de un dios. A continuación, retiraron el cuerpo del sarcófago y lo colocaron en una mesa, en donde lo lavaron con vino de palma rebajado con agua. El sarcófago fue vaciado y también fue lavado cuidadosamente. A través de las fosas nasales del cadáver, extrajeron la masa encefálica y la sustituyeron con un concentrado de cerezas y almendras, con la consistencia de una pasta. Después abrieron el cuerpo con una navaja de obsidiana, para retirar todas las vísceras, menos el corazón y los riñones. Una vez lavadas las vísceras y el interior de la cavidad torácica - abdominal, usaron una vez más el rico sarcófago como tina. Lo llenaron con natrón (carbonato de sodio), que obtenían del fondo de los lagos secos, disuelto en vino de palma, y dejaron tanto el cuerpo como las vísceras, sumergidos en esta solución durante un mes lunar. Al final de este periodo, secaron el cuerpo, lo rellenaron con arena de cuarzo y plantas aromáticas, lo cerraron y lo cosieron con hilo de lino. Las vísceras fueron colocadas en

varias ánforas, que se cerraron herméticamente. El cuerpo fue recubierto en toda su superficie por un bálsamo que los egipcios obtenían calentando unas piedras traídas de Etiopía, y que sólo ellos conocían. La operación terminó después de que cubrieron la cabeza, el cuerpo y las extremidades con un apretado vendaje de fina tela de lino, de una sola pieza. Terminado el proceso, el cuerpo momificado fue cuidadosamente colocado dentro del sarcófago, limpio y seco, que fue cerrado y sellado. En todo el tiempo que duró la operación de embalsamamiento nadie, con excepción de los sacerdotes, pudo entrar a la cámara mortuoria.

Durante este tiempo, se había realizado un plebiscito entre los militares de alto rango, para decidir entre los dos destinos propuestos para la sepultura del fallecido emperador, y había triunfado el que deseaban Olimpia y Pérδικas: el cementerio de Egas, en Macedonia. En seguida se inició la construcción del catafalco, para su traslado. Pero el proyecto era de tal magnitud y excelencia, que se llevó todo un año su construcción.

LOS HEREDEROS DEL IMPERIO

En el orden de los herederos del magno imperio de Alejandro estaba, en primer lugar, el hijo que estaba a punto de dar a luz Roxana, en el caso de que fuera varón. La otra esposa del fallecido monarca, Estatira, no tenía ninguna posibilidad de acceso a la considerable herencia. De Barsine, pudiera pensarse que tuviera alguna ambición de llevar al trono imperial a su hijo, pero, además de que nunca estuvo casada con Alejandro, su alejamiento voluntario del centro del poder, significaba que le preocupaba más la vida de su hijo, que convertirlo en emperador. Independientemente de los derechos de las dos mujeres, Estatira y Barsine, los hermanos de Roxana revolvieron mar y tierra buscándolas, con el evidente fin de deshacerse de ellas. Sin embargo, no pudieron dar con ninguna. Barsine se había trasladado al otro extremo del Imperio con tal sigilo, que casi nadie sabía dónde se encontraba. Y a las hijas de Darío, Estatira y Dripetis, se las buscó en Babilonia, en Susa, en Persépolis y hasta en Echbatana, sin ningún éxito.

En Pella se encontraba otro aspirante al trono imperial: Arrideo, medio hermano de Alejandro. El atraso mental de Arrideo, apenas si le dejaba darse cuenta de la considerable autoridad y enorme fortuna a las que tenía derecho. Pero su esposa, Adea Eurídice sí lo comprendía perfectamente. Adea Eurídice era hija de Amintas IV y de Cinane y, contrariamente a lo que había ocurrido con su padre, estaba dotada de una gran ambición. Era muy joven cuando empezó a darse cuenta del poder y riquezas que día a día acumulaba su tío Alejandro. Pero también del grave peligro de morir al que constantemente se encontraba expuesto. En esos años, Alejandro solamente tenía un hijo, y además de que era un bastardo, nadie sabía donde se encontraba. Las mayores posibilidades de heredarlo se dirigían hacia Arrideo, tío de Adea, no obstante que su origen también era ilegítimo. Y, sin importarle su retraso mental ni la diferencia de edades, se casó con él. Poco después indujo a su esposo a que cambiara su nombre a Filipo Arrideo. Y ahora, con la muerte del

emperador, había llegado el momento de luchar por lo que ambicionaba. Cuando se enteró de que en Babilonia había nacido el hijo de Roxana y que había sido un varón, comprendió que la lucha no iba a ser fácil.

Los agentes de Adea Eurídice se movían entre los altos militares, dueños de la decisión final, ensalzando los derechos al trono de Filipo Arrideo. Pero los hermanos de Roxana hacían lo propio, a favor del pequeño Alejandro, que era el nombre que habían dado al hijo de su hermana. Ambas partes tuvieron un éxito relativo. Los soldados de infantería se inclinaron por Filipo Arrideo, mientras que la caballería tomó partido por el hijo póstumo de Alejandro. Finalmente el ejército proclamó reyes a ambos, que se convirtieron en Filipo III Arrideo y Alejandro IV. Por supuesto, ninguno de los dos llegó a reinar. Alejandro era un bebé recién nacido y Filipo un retrasado mental.

Para Olimpia, la noticia del fallecimiento de su amado hijo, había sido un golpe terrible. Pero debía sobreponerse a la tragedia. Ahora lo que importaba era que su nieto Alejandro fuera el único emperador, haciendo a un lado a Arrideo y, de preferencia, haciéndolo desaparecer. Ignoraba la situación de Roxana y de su hijo en Babilonia. Sin duda se sentiría mejor si los tuviera a su lado. Y envió una carta a Roxana, mediante la cual la invitaba a trasladarse a Pella. Mientras esperaba la respuesta de su nuera, empezó a ser afectada por la desconfianza. Su suspicacia de toda la vida, se había incrementado con los años. Para ella, su eterno enemigo era Antípatro, aunque lo único que el regente había hecho, con la conformidad de Filipo, primero, y de Alejandro más tarde, fue impedir que interviniera en los asuntos del Estado. Pensaba, sin razón alguna, que el viejo y enfermo Antípatro estaba de parte de Arrideo, es decir, de Adea Eurídice, y que su vida estaba en peligro. Y tomó una decisión que no correspondía con la realidad: abandonó Macedonia y se trasladó a Dodona, en Epiro.

Llegó al palacio de su hija Cleopatra, que había enviudado del rey Alejandro, hermano de Olimpia. Alejandro I de Epiro había cruzado el mar Adriático para defender a la colonia griega de Taras (*Tarentum* en latín), que estaba en riesgo de caer en poder de la tribu indígena de los lucanos. Para Alejandro no era tan importante la integridad de Taras, pero aprovecharía su petición de ayuda para, una vez derrotados los lucanos, apoderarse de su territorio y fundar una colonia de Epiro en la península Italiana. Los lucanos fueron derrotados y Taras se salvó de la invasión, pero Alejandro no fundó ninguna colonia ni regresó a su reino, pues murió en la pelea. Al morir Alejandro I, lo sucedió en el trono de Epiro su primo Eácides.

- Por fortuna Pythia, la esposa de Eácides, y yo, siempre hemos sido buenas amigas - le comentó Cleopatra a su madre -. Y eso me ha permitido llevar una viudez libre de preocupaciones.

No había pasado mucho tiempo desde su llegada a Dodona, cuando Olimpia se enteró de que Antípatro había muerto y, acostumbrado como estaba a tomar decisiones sin consultar a nadie, antes de morir había designado a su antiguo compañero de armas Poliperconte, para que lo sucediera como regente de Macedonia y jefe militar de Grecia. Un par de meses más tarde, Olimpia recibió una carta de Roxana en la que le informaba de su llegada a Pella con su hijo Alejandro IV. En la carta, su nuera le explicaba que, en Babilonia, Pérdicas, actuando como regente, había repartido el Imperio entre los demás generales, a los que les dio el carácter de sátrapas. En sus decisiones, el regente nunca mencionaba a los reyes, ni siquiera por cortesía. El poder que tenía Roxana como viuda de Alejandro y madre del rey del mismo nombre, empezaba a disminuir y se sintió insegura frente a la voracidad de los generales, por lo que aceptó la invitación de Olimpia de trasladarse a Pella.

Pérdicas había llevado a cabo la repartición a la que se refería Roxana, con la doble finalidad de satisfacer las ambiciones de sus compañeros de armas. Y, también muy importante, tener dividido el enorme territorio que constituía el Imperio, en entidades más fáciles de administrar. La condición de sátrapas de los gobernantes de cada entidad, significaba que estaban sujetos a la autoridad del regente. En estas condiciones, el Imperio quedó repartido de la siguiente manera: La máxima autoridad en el territorio, la seguía teniendo Pérdicas; a Antípatro, cuya muerte aun no ocurría, se le confirmaba la regencia de Macedonia y la jefatura militar de Grecia, con el nombre de satrapía de Macedonia (con su fallecimiento, la satrapía quedó en poder de Poliperconte); Lisímaco gobernaría Tracia; Antígono se quedaría con Frigia y Lidia; Eumenes con Paflagonia y Capadocia; las cuatro regiones que gobernarían Antígono y Eumenes cubrían casi la totalidad de Asia Menor; finalmente, el astuto Tolomeo se había quedado con Egipto.

No obstante que su nuera y su nieto habían llegado a Pella, Olimpia decidió permanecer en Dodona. Estaría a la expectativa del desarrollo de los acontecimientos en Macedonia. Ahora “reinaban”, simultáneamente, el niño Alejandro IV y el retrasado mental Filipo III Arrideo. En realidad, quienes se disputaban el poder en el reino, eran Roxana y Adea Eurídice. Disputa inútil, pues las riendas del gobierno continuaban en manos de Poliperconte, que no dejaba de rendir un simbólico homenaje a ambos monarcas.

Pero en ese momento, además de tratar de evitar que las dos mujeres que manejaban a los reyes, influyeran en sus decisiones, Poliperconte tenía otra gran preocupación: Casandro, el hijo del anterior regente Antípatro. Casandro siempre se consideró el heredero natural de su padre, tanto de la regencia de Macedonia como del control militar de Grecia. Cuando Poliperconte fue nombrado sucesor por Antípatro, Casandro lo acusó de haberse aprovechado de la inconsciencia de su padre cuando estaba moribundo. Afirmó que era un usurpador y que lo expulsaría de Macedonia y de Grecia.

Casandro y su hermano Nicátor, decidieron llevar a cabo una acción concertada sobre Macedonia y sobre el territorio griego. Casandro tomó la iniciativa con la ocupación de la Arcadia, en el Peloponeso, en el extremo sur de la península Helénica. Cuando Poliperconte abandonó Macedonia para combatirlo, llevando con él a la mayor parte de sus tropas, Nicátor avanzó sobre el territorio que había quedado desprotegido. Nicátor llegó a Pella y la ocupó casi sin combatir. Con la ausencia del regente y con dos reyes incapaces de gobernar, el poder estaba en manos de dos mujeres, Adea Eurídice y Roxana. Adea Eurídice no tuvo que realizar un gran esfuerzo para, con su juventud y su belleza, seducir al recién llegado militar. Los encuentros íntimos de los amantes eran en extremo apasionados, pero en público se mostraban como dos fríos aliados para una misma causa: consolidar el poder en un monarca único, Filipo III Arrideo. No debían olvidar que Adea era la esposa del rey.

ESTRATÓNICE

La alianza de Adea Eurídice con Nicátor, que comandaba un importante grupo de tropas, se convirtió en un peligro para la vida de Roxana y de su pequeño hijo, el rey Alejandro IV. En cuanto Olimpia recibió una llamada de auxilio de su nuera, decidió salir a Macedonia para protegerla. Su primo Eácides de Epiro le proporcionó los soldados necesarios para defender a su nieto.

- Estoy informado del poder militar con el que cuenta Nicátor, con el que sin duda combatirá a favor de Filipo Arrideo. Yo te daré un cuerpo de ejército, por lo menos tan poderoso como el de Nicátor, pero además irá contigo uno de mis generales más experimentados, Pilémenes, con el que tienes asegurado el triunfo.
- En verdad, amado rey Eácides, estimo en todo lo que vale tu decisión de proporcionarme tropas, para defender la vida y el derecho al trono de mi nieto. También te agradezco la compañía del general Pilémenes. Únicamente quiero que el destacado militar entienda que viene conmigo y no al contrario.
- Por supuesto, querida prima, las tropas que te estoy proporcionando irán bajo tu mando. Pero cuando se lleven a cabo los enfrentamientos con tus enemigos, te darás cuenta de la utilidad que significa tener a tu lado a un militar experimentado.

En Pella, Nicátor y Adea Eurídice se enteraron de la salida de Dodona de un ejército que venía a combatirlos.

- No vamos a esperar a que lleguen a Pella, le dijo Nicátor a su amante -. Debemos salir a su encuentro.

Ambos ejércitos se encontraron en un pequeño valle, al norte del lago Ohrid. Al frente de las tropas procedentes de Epiro, destacaba la figura de una mujer, montada en un caballo de gran alzada. Era Olimpia, por supuesto. Un poco atrás, no muy lejos de ella, se encontraba el general Pilémenes, a la expectativa del desarrollo de los acontecimientos.

- Si Olimpia encabeza el ejército que apoya a Alejandro IV, dijo Adea a Nicátor -, yo debo estar al frente de las tropas que defienden el derecho al trono de Filipo III Arrideo.
- De acuerdo, si así lo quieres, aunque yo estaré listo para intervenir en caso de cualquier eventualidad.

Casi un siglo después de estos acontecimientos, el historiador griego Ateneo de Naucratis narraba el enfrentamiento en la siguiente forma:

“Al encontrarse las dos formaciones en el campo de batalla, Eurídice vestía armadura macedonia, mientras que Olimpia se presentó vestida de ménade (sacerdotisa de Dioniso). Las tropas de Olimpia avanzaban al son de una flauta dionisiaca. Nada más ver a Olimpia, que parecía una diosa, los soldados de Eurídice se rindieron y le rogaron que los perdonara. Todos ellos habían peleado en el ejército de Alejandro y no querían luchar contra la madre de su venerado comandante. Olimpia, con gran dignidad, les concedió el perdón”.

El ejército que había salido de Pella a enfrentarse con Olimpia, aprehendió a sus propios comandantes y se los entregó. Adea Eurídice y Nicátor fueron ejecutados. Tras su personal triunfo, Olimpia cambió su nombre por el de Estratónice, que quiere decir “victoriosa sobre el ejército”. Sin haber disparado una sola flecha, el ejército de Epiro, con el general Pilémenes al frente, regresó a Dodona.

Estratónice entró en Pella en una marcha triunfal, al frente de las mismas las tropas que habían salido a combatirla. Con Poliperconte luchando contra Casandro en el sur de Grecia, Estratónice se consideró dueña y señora de Macedonia. Su vanidad no le permitía darse cuenta de que la actitud del ejército, al rendirse ante ella, se debía a que era la madre de Alejandro, en tanto que ella la atribuía a su excepcional personalidad y a su linaje divino. Con esta falsa idea en la mente, mandó aprehender a más de un centenar de nobles macedonios, que habían apoyado a Eurídice. Todos ellos fueron ajusticiados. El rey Filipo III Arrideo, no se salvó de la degollina. Con la ejecución de Arrideo, Alejandro IV quedó como rey de Macedonia y único heredero de Alejandro Magno. Pero ante las tropas, el prestigio de Estratónice se derrumbó. De pronto se olvidaron de que era la abuela del rey sobreviviente, y se convirtió en una extranjera que había mandado ejecutar a un rey elegido por el ejército. Sin embargo, como no se había presentado ninguna reacción violenta en su contra, Estratónice no se percataba del cambio en los sentimientos de los militares.

A Poliperconte no le iba bien en el enfrentamiento contra Casandro, aunque tampoco se podía decir que estuviera perdiendo la guerra. El hijo de Antípatro lo había obligado a abandonar Megalópolis, en la Arcadia, y se había tenido que refugiarse en Egira, un puerto de la Acaya en el golfo de Corinto. Poliperconte mandó fortificar las montañas que rodeaban la bahía, en la que se encontraba el puerto. Cuando llegó Casandro, se dio

cuenta de que un ataque directo no era la mejor opción, por su alto costo en vidas, y decidió ponerle sitio al refugio de su enemigo. Pero fue un sitio muy ineficiente, pues el puerto era abastecido desde Etolia a través del golfo de Corinto, y Peliperconte podía permanecer en Egira tanto tiempo como quisiera.

Esa era la situación del conflicto, cuando Casandro recibió la noticia de la derrota y muerte de su hermano Nicátor. Estableció una tregua con Poliperconte, que convenía a ambas partes, y marchó con su ejército hacia Macedonia. Estratónice dio la orden a las tropas de prepararse para enfrentarlo, pero no encontró respuesta. Los mismos soldados que hacía poco se habían negado a combatirla, ahora se negaban a obedecerla. La reina tuvo que salir apresuradamente de Pella. Intentó dirigirse a Dodona, en donde su pariente, el rey de Epiro, le daría protección y, seguramente, tropas para combatir a Casandro. Pero el ejército enemigo le cerró el paso. Apenas tuvo tiempo de marchar en sentido opuesto, para refugiarse en Pidna, en la costa norte del Egeo. La acompañaban su nuera Roxana y su nieto Alejandro IV.

Antes lanzarse a perseguir a la madre, a la esposa y al hijo del gran Alejandro, Casandro se detuvo en Pella. Ahí se encontró con las tropas que habían estado a las órdenes de su hermano, y que lo habían entregado al enemigo. Después de hacer ejecutar a dos militares de alto rango, otorgó el perdón al resto de las tropas y las incorporó a su ejército. A continuación se dirigió a Pidna y, sin combatir, ocupó la plaza. Estratónice fue aprehendida y, sin ninguna consideración a su condición de madre de Alejandro Magno, ejecutada. Polixena, Myrtale, Olimpia o Estratónice, como queramos llamarla, murió el año de la olimpiada ciento dieciséis (316 a.C.). Alejandro IV y su madre fueron llevados a Anfípolis, una población de la Macedonia oriental, en donde quedaron en una relativamente cómoda prisión, bajo la vigilancia de Glauco, un militar de la absoluta confianza de Casandro.

Casandro se autonombró regente de Macedonia. Sin embargo, deseaba convertirse en monarca y pensó que le sería más fácil llegar a serlo, si emparentaba con la familia reinante. No le costó trabajo dar con Tesalónice, una media hermana de Alejandro Magno, con la que, tras un breve cortejo, contrajo matrimonio. A continuación dejó en Pella una parte de su ejército y salió rumbo al Peloponeso, para proseguir la lucha contra Poliperconte. Las hostilidades no se reanudaron. Poliperconte había preparado un tratado de paz, que resultó satisfactorio para las dos partes. Conforme al tratado, Poliperconte gobernaría en el Peloponeso y Casandro en la Grecia septentrional. Con respecto a Macedonia, Casandro conservaría el poder como regente, únicamente hasta la mayoría de edad de Alejandro IV. Tras la firma del tratado, Casandro regresó a Pella y, sin oposición, empezó a gobernar.

Pero no parecía tener intenciones de liberar al rey. El tratado de paz que había firmado con Poliperconte, no decía nada sobre el caso de que el rey Alejandro IV muriera

antes de cumplir la mayoría de edad. Y el ambicioso general decidió que, si ocurría esta eventualidad, que él se encargaría de que ocurriera, el regente debía ocupar el trono, siempre y cuando contara con el beneplácito del ejército. Y para apresurar la deseada eventualidad, envió una orden terminante a Glauco, de acabar con la vida de su real prisionero y de la madre de éste. El tercer año de la olimpiada ciento diecisiete (310 a.C.), el rey Alejandro IV, de trece años de edad, y su madre Roxana, murieron envenenados. A continuación, Casandro se hizo proclamar rey de Macedonia por su propio ejército.

Para Poliperconte resultaba inaceptable que Casandro se hubiera apoderado del trono de Macedonia, asesinado al monarca legítimo. Aun quedaba un hijo de Alejandro, con auténticos derechos al disputado trono, y Peliperconte pensó en él, para obstaculizar los planes del usurpador. Y proclamó a Hércules, el único hijo que el emperador Alejandro III que aun quedaba con vida. Lo único que Peliperconte logró con su acción, fue condenar a muerte a Hércules, de dieciocho años de edad, y a su madre, Barsine. Casandro no podía permitir que le arrebataran un trono que ya consideraba suyo, y envió agentes a que buscaran a Barsine y a su hijo por todos los rumbos de Asia Menor. Al siguiente año al de la muerte de Roxana y de su hijo Alejandro, Barsine y Hércules murieron asesinados.

LOS DIÁDOCOS

Todos los parientes de Alejandro, con alguna mínima posibilidad de heredar su imperio, habían muerto. Muertes inútiles e innecesarias, todas ellas. En Babilonia, en cuanto murió Alejandro, Pérdicas, nombrado regente por el moribundo emperador, distribuyó el enorme territorio que había conquistado. Los beneficiarios del reparto fueron un grupo de generales de Alejandro, a los que se les llamó los diádocos, es decir, los herederos. La repartición de Pérdicas fue bastante efímera. Las luchas por el poder que siguieron, cambiaron por completo la geografía del territorio y su distribución entre los diádocos que sobrevivieron al agitado periodo que siguió a la muerte de Alejandro Magno.

La construcción del magnífico catafalco en el que serían transportados los restos del emperador, duró un año. Cuando la fúnebre carroza estuvo lista, se colocó en ella el dorado ataúd con los restos del emperador. Conforme a la opinión de Olimpia y de Pérdicas, que se había impuesto a la de Tolomeo, Alejandro descansaría en el cementerio de Egas, en Macedonia. Un numeroso cortejo, encabezado por un militar de alto rango llamado Arrideo, sin ninguna relación con el medio hermano de Alejandro, salió de Babilonia hacia el Occidente. En Damasco los interceptó un enviado de Tolomeo, que pidió hablar con Arrideo. El jefe del cortejo sostuvo una larga conferencia con el enviado, que se llevó a cabo en su propia tienda.

- No sé qué esperas recibir cuando llegues con el cuerpo de Alejandro a Macedonia – le dijo el enviado -. Te darán las gracias y, si tienes suerte, una limosna de gratificación, pero seguirás siendo un soldado a las órdenes de Pérdicas. En cambio,

si lo llevas a Egipto, puedo asegurarte, a nombre de Ptolomeo, que serás poseedor de una riqueza como tal vez jamás hayas soñado.

Al salir de la entrevista, Arrideo dio órdenes a los conductores de cambiar el rumbo hacia el Sur, en vez de seguir de frente para cruzar Asia Menor, que era el camino hacia Macedonia. Algunos militares que formaban parte de la comitiva, encararon a Arrideo y se opusieron al cambio de dirección. Pero el enviado de Tolomeo no iba solo. Lo acompañaba un cuerpo de ejército, que sin mayores dificultades sometió a los opositores.

Los mensajeros que llevaban la noticia del cambio de destino del cuerpo de Alejandro, tardaron diez días en encontrar a Pérdicas. El regente del Imperio se puso furioso, pero había transcurrido suficiente tiempo para que la fúnebre caravana se adelantara tanto, que no le fue posible alcanzarla. Tras una agotadora marcha, llegó con sus tropas hasta la orilla oriental del Nilo. Su desconocimiento de la región y la rabia que llevaba, lo impulsaron a ordenar el cruce del río en un sitio inadecuado, lo que provocó la muerte de un gran número de soldados, casi todos devorados por los cocodrilos. Cegado por la ira, ordenó un segundo intento de cruzar el río, pero los legionarios se negaron a obedecerlo.

- ¡Esto es una rebelión! - gritó -. Ejecuten a los que se nieguen a acatar mis órdenes.

Los oficiales no podían seguir enviando a los soldados a una muerte segura. Se acercaron a Pérdicas, lo tomaron de los brazos y, sin hacer caso a sus gritos y amenazas, lo arrojaron al río, plagado de hambrientos cocodrilos. Había transcurrido apenas un año de su nombramiento como regente. Tolomeo envió guías para que ayudaran al ejército a cruzar el Nilo, les proporcionó agua y comida y lugares frescos para el descanso. Arrideo y algunos más, se quedaron en Egipto, pero la mayor parte del contingente, generosamente premiado, regresó a Babilonia.

Al morir el regente del Imperio, los sátrapas a los que había otorgado territorios para que los gobernarán, se sintieron independientes y algunos adoptaron el título de rey. Pero eso no fue todo. No todos habían quedado satisfechos con el territorio que les había asignado Pérdicas. Y ahora que había muerto, lucharon con sus vecinos para ampliarlo, dando origen a guerras y asesinatos entre ellos.

En el tercer año de la olimpiada ciento diecinueve (301 a.C.) ocurrió una batalla en la que los sobrevivientes de los diádocos se alinearon en dos grupos, y cuyos resultados podrían considerarse definitivos, al menos por una larga temporada. La batalla a la que nos referimos se llevó a cabo en las proximidades de la ciudad frigia de Ipsos. Uno de los bandos estaba constituido por una coalición de la mayor parte de los diádocos: Tolomeo, Seleuco, Casandro y Lisímaco, que llevaban 64,000 infantes, 10,000 jinetes y 400 elefantes. En el grupo contrario se encontraban únicamente Antígono y su hijo Demetrio, aunque su ejército

estaba al nivel del de la coalición. Antígono logró reunir 79,000 hombres de a pie, 10,000 de a caballo y 75 elefantes.

Al principio de la batalla Demetrio, el hijo de Antígono, y Antioco, el hijo de Seleuco, que conducían a las caballerías de élite de ambos ejércitos, se enfrentaron en un campo abierto. Muy pronto se empezó a hacer notar el dominio de Demetrio sobre su oponente, que se vio obligado a huir. Demetrio se lanzó en su persecución, hasta que se dio cuenta de que se encontraba entre dos numerosos grupos de arqueros, que atacaban a sus hombres sin piedad, y de que el regreso le había sido cerrado por los elefantes de la coalición. La mayor parte de la caballería sobreviviente al ataque de los arqueros, arrojó sus armas en señal de rendición. Sin embargo algunos jinetes, Demetrio entre ellos, encontraron una ruta de escape y se alejaron definitivamente del campo de batalla. Antígono, sin la caballería, tenía la guerra perdida. Pero nunca se rindió. Siguió luchando hasta morir.

Al triunfo de la coalición, Tolomeo, que ya gobernaba en Egipto y Libia, agregó a sus posesiones Judea y las naciones fenicias de la costa del Mediterráneo; Casandro continuó reinando en Macedonia y recuperó Grecia; Lisímaco expandió sus dominios, de Tracia, hacia Misia, Licia y Lidia, en el extremo occidental de Asia Menor; mientras que Seleuco, el principal ganador en la repartición, formó un imperio, el Imperio Seléucida, que iba desde Frigia, hasta el río Indo.

Para entonces Alejandro descansaba ya en el país del Nilo. Cuando el cortejo fúnebre llegó a Egipto, Tolomeo ya había preparado el sepulcro en el que el féretro sería recibido. En Menfis se encontraba la tumba vacía del faraón Nectanebo II. Nectanebo II fue el último emperador egipcio, antes de la ocupación persa, veinte años antes de la muerte de Alejandro. En cuanto Nectanebo se dio cuenta de que los egipcios estaban siendo derrotados por las tropas de Artajerjes III, huyó al sur de Etiopía, dejando sin ocupar la tumba que se había mandado construir. Tolomeo I Soter la restauró, la engalanó y depositó en ella el rico ataúd del emperador Alejandro. Al mismo tiempo inició la construcción de un mausoleo en el centro de la ciudad de Alejandro, Alejandría del Nilo. El cuerpo del emperador macedonio permaneció en Menfis durante el reinado de Tolomeo I Soter. Fue su hijo y sucesor, Tolomeo II Filadelfo, quien concluyó la lujosa tumba y trasladó a Alejandría el cuerpo de Alejandro Magno. Años más tarde, Tolomeo IV Filopator sustituyó la tumba original por un mausoleo aun más fastuoso y lo rodeó de un muro, formando un recinto. Tolomeo IX, por el contrario, fundió el sarcófago de oro y lo sustituyó por uno de alabastro, tal vez más hermoso, pero sin duda, más barato.

La fama de Alejandro Magno, rebasó tiempos y fronteras. Independientemente de las peregrinaciones que periódicamente se organizaban para rendirle culto, como el dios que fue o que pretendió ser, en el transcurso de los siglos un importante número de gobernantes de diferentes naciones viajaron a Alejandría, con el fin de ofrecer un homenaje al más grande conquistador de su época, y de la historia, diríamos nosotros.

El primero del que se tiene referencia, fue el emperador seléucida Antioco III el Grande quien, antes de entregar a su hija Cleopatra, para su matrimonio con el faraón Tolomeo V, visitó la tumba del emperador macedonio. El matrimonio entre Tolomeo V con Cleopatra I, selló un acuerdo entre los gobernantes egipcio y greco sirio (seléucida), posterior a la derrota de Egipto y en el cual quedó establecido que Judea y las naciones fenicias pasaban al poder de los seléucidas.

Con anterioridad al Imperio Romano, le rindieron homenaje los generales Julio César, Marco Antonio y Octavio. Poco después, este último se convertiría en el primer emperador Octavio Augusto. Calígula, siendo un niño de 7 años, estuvo en Alejandría acompañando a su padre, el general Germánico. Más tarde, ya siendo emperador, ordenó que llevaran a Roma la armadura de Alejandro, para usarla en una representación teatral. Los emperadores Vespasiano, Tito, Adriano y Séptimo Severo, que estuvieron en Egipto con sus tropas, no dejaron de visitar el mausoleo.

Del último emperador del que se sabe que le rindió homenaje al gran conquistador, fue Marco Aurelio Basiano, mejor conocido por su apodo: Caracalla. La visita de Caracalla a Alejandría ocurrió más de quinientos años después de la muerte de Alejandro Magno.

LAS FAMILIAS MACABEA Y DE HERODES

**JUDAS MACABEO Y HERODES EL GRANDE,
EN EL ORIGEN DE LAS DOS ÚLTIMAS DINASTÍAS DEL
REINO JUDÍO**

EL IMPERIO SELÉUCIDA

A la muerte de Alejandro Magno, en 323 (todas las fechas del presente escrito, hasta el reinado de Herodes el Grande, son anteriores a la era cristiana, por lo que no se considera necesario indicarlo), siguió un periodo de luchas, traiciones y asesinatos, por la posesión del enorme territorio conquistado. Los principales miembros de la familia del gran conquistador: su madre Olimpia, su esposa Roxana, su compañera en más de la mitad de la conquista, Barsine, y sus dos hijos, Hércules y Alejandro IV, murieron asesinados. Los altos jefes militares más cercanos al fallecido emperador, lucharon entre sí durante más de veinte años por la repartición del Imperio.

Entre estos generales, a los que se les llamó los diádocos, los herederos, destacaron por su astucia Tolomeo y Seleuco, que no tuvieron que esperar a la distribución final del territorio, en 301. Tolomeo se apropió de Egipto desde el año 323, el mismo del fallecimiento de Alejandro; y para 312, Seleuco ya era dueño de Mesopotamia. En 301, tras la batalla de Ipsos, Tolomeo agregó a sus posesiones el territorio de Judea y las naciones fenicias de la costa mediterránea. El gran beneficiario de la repartición que siguió a la mencionada batalla, fue Seleuco, que amplió considerablemente sus posesiones y creó el Imperio Seléucida. El Imperio de Seleuco llegaba por el Oriente, hasta el río Indo, y por el Occidente, hasta Frigia, en Asia Menor.

El año 312 fue particularmente importante, en el registro del tiempo, para los habitantes del Imperio Seléucida y para los del Cercano Oriente, incluyendo a Judea. Ese año Seleuco ocupó Babilonia, pero no permaneció en la histórica ciudad. Un poco al Norte de Babilonia, pero sobre el río Tigris, fundó la primera capital del Imperio, Seleucia. Seleuco consideró como el primer año del Imperio el mismo año en el que se apoderó de Babilonia y fundó Seleucia. También fue el primer año del calendario seléucida, que durante casi trescientos años fue utilizado en la cuenta del tiempo en todo el Imperio y en el cercano Oriente. Los acontecimientos narrados en los libros de los Macabeos, en la Biblia, están referidos al calendario seléucida.

Antiocho I, hijo de Seleuco y heredero del trono imperial, se dio cuenta de que Seleucia, en las proximidades del Tigris, estaba muy alejada de la importante región comercial del Mediterráneo. Y fundó una segunda capital, a la que llamó Antioquía. Para esta segunda capital del Imperio, Antiocho escogió un lugar de Siria próximo al Mediterráneo, en las márgenes del bajo Orontes. El tiempo dio la razón a Antiocho. La mejor ubicación de la segunda capital, respecto de la primera, le permitió ir creciendo en importancia, al tiempo que la estrella de Seleucia se iba apagando. Finalmente, Antioquía quedó como capital única del Imperio. Por el origen greco macedonio de los gobernantes seléucidas y por la ubicación de su capital, al Imperio también se le llamó imperio greco sirio.

La sumisión de Judea a Egipto, duró hasta 197. En ese año, Antioco III Megas derrotó a Tolomeo V y Egipto perdió la potestad de Judea. El convenio mediante el cual el faraón aceptó que Judea pasara a formar parte de los dominios del Imperio Seléucida, se selló mediante el matrimonio de Tolomeo V con una hija de Antioco III llamada Cleopatra. La esposa de Tolomeo V fue la primera de siete reinas de Egipto que llevaron el nombre de Cleopatra.

LA DINASTÍA ASMONEA

El dominio seléucida sobre Judea, que se había iniciado en 197, duró apenas un poco más de medio siglo, hasta el año 142. El origen de la pérdida del poder de los seléucidas sobre el territorio judío se encuentra, sin duda, en la actitud intransigente del rey Antioco IV Epífanes, que se empeñó en helenizar al pueblo judío. La helenización de Antioco, fue realizada muy a la manera del emperador. Empezó en 169 con el saqueo del Templo de Jerusalén y continuó después con la expedición de un decreto que pretendía abolir las tradiciones judías. En Jerusalén y en algunas otras poblaciones de Judea, se instalaron gimnasios administrados por funcionarios del Imperio y se realizó una amplia campaña entre la juventud hebrea, en favor de la cultura física. El Templo de Jerusalén se convirtió en un santuario griego y se instaló en él una estatua que representaba a Zeus Olímpico.

En Jerusalén vivía con sus hijos un anciano sacerdote llamado Matatías (*Matitiah*), que pertenecía a la familia sacerdotal de los asmoneos. La familia de los asmoneos poseía un especial prestigio entre los sacerdotes judíos, pues su ascendencia se remontaba hasta Yehojarib, uno de los primeros sacerdotes de los grupos organizados por los hijos de Aarón. Asmón fue el primer sacerdote de la rama a la que pertenecía Matatías, por lo cual a la familia sacerdotal se le llamaba asmonea.

- Más valía no haber nacido para no tener que soportar la perdición de nuestro pueblo y la ruina de nuestra ciudad santa – se lamentaba Matatías ante sus hijos -.
- Cuando estuvimos sujetos a Egipto, nuestra única obligación consistía en el pago de los tributos. Jamás se metieron con nuestras creencias ni con nuestras costumbres. En cambio con los gobernantes greco sirios, las vejaciones nos llegan una tras otra. Se robaron los tesoros del Templo, y las reliquias que quedan han sido arrumbadas, para colocar en su lugar una estatua, a la que llaman Zeus y veneran como su dios. La Biblia está siendo traducida al griego y la circuncisión se considera un delito. No dudo que pronto nos vayan a prohibir que honremos el *Shabat* y las Festividades.
- Pues que se cuiden de no seguir provocando a nuestro pueblo. Sus ofensas ya están causando un creciente malestar, que podría ser el origen de una rebelión, comentó Juan, el mayor de los hijos de Matatías.

- No creas que todo el pueblo está en contra de las costumbres impuestas por los greco sirios - le rebatió su hermano Simón -. Muchos jóvenes judíos se han dejado seducir por la propaganda en favor del culto al cuerpo. Están yendo a los gimnasios y no se avergüenzan de desnudarse unos frente a otros.
- Todos estamos siendo sometidos, de una manera o de otra, a las costumbres de los greco sirios - sentenció Matatías -. A ver Eleazar, preguntó a otro de sus hijos -, ¿qué día es hoy?
- Es el día 15 del mes *Shevat*, del año 145, respondió Eleazar, extrañado de que su padre le preguntara algo que todos sabían.
- Ya ven que tengo razón. Cuando hablamos del año 145, nos estamos refiriendo al calendario de los seléucidas y, sin quererlo, estamos recordando que hace 145 años se inició su Imperio, con la fundación de Seleucia, que fue su primera capital. Espero que no hayan ustedes olvidado que, de acuerdo con la *Toráh*, estamos en el año 3,593, que son los años que tiene el mundo de haber sido creado por *Yavéh*. (Conforme al calendario gregoriano, estarían transcurriendo los últimos días de enero de 167). Pero volviendo a lo que estábamos tratando, no parece que vaya a haber alguna rebelión, aunque tampoco es probable que los judíos de Jerusalén terminen convirtiéndose al helenismo. De cualquier modo, no vamos a quedarnos a ver qué ocurre. Regresaremos a Modín. Sé por mis hermanos, que nuestro pueblo ha logrado librarse de todas estas nefastas influencias que abaten a la capital.

La familia completa se trasladó a Modín, en donde Matatías continuó predicando la religión tradicional. Sin embargo, la tranquilidad duró poco tiempo. No habían transcurrido seis meses, cuando llegó a Modín un oficial de Antioco, para imponer las nuevas leyes. Muchos judíos, entre los que se encontraban Matatías y sus hijos, acudieron a la convocatoria del oficial, quien ya había ordenado la construcción de un altar y la colocación de una estatua de Zeus. Muy cerca del dios griego, un soldado sirio sujetaba al toro que iba a ser sacrificado. El oficial seguramente conocía a Matatías o tenía referencias suyas, pues de inmediato se dirigió a él.

- Tú que eres un ilustre y poderoso líder en esta ciudad, Matatías. Con tus hijos y tus hermanos formas una numerosa familia, que con su nombre da prestigio a la ciudad. Acércate al altar y pon el ejemplo a tu pueblo. Efectúa un sacrificio a Zeus, como lo ordena nuestro amado rey Antioco IV. Nuestro soberano te quedará muy reconocido y recibirás honores, además de oro y plata en cantidades nada despreciables.
- Ni con todo el oro y la plata que tu rey pudiera reunir de las naciones que forman su imperio, lograrás que yo o alguien de mi familia, abandone la ley y los preceptos que nos han inculcado nuestros padres.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, cuando otro judío se acercó al oficial y tomó el hacha con la que el animal iba a ser sacrificado.

- Creo que yo me puedo ganar esa plata que desprecia Matatías.

El ambicioso judío levantó la afilada hacha, pero no pudo asestar el golpe mortal al animal. En ese momento Matatías, sin poder contener la cólera, le asestó una mortal puñalada. Con una agilidad increíble para un hombre de su edad, asestó con el cuchillo un segundo golpe al oficial. Lo imprevisto de la reacción del viejo sacerdote, permitió que sus hijos lo sacaran del lugar, antes de que los soldados que acompañaban al oficial pudieran reaccionar.

Protegido por los judíos que apoyaban su valeroso acto, Matatías pudo salir de la ciudad y, acompañado de sus hijos, se fue a refugiar a las colinas de Gofna, en territorio samaritano. Muy pronto fueron llegando a Gofna numerosos grupos de judíos, enemigos de las nuevas leyes. Matatías falleció un año después de su llegada a las montañas. Su hijo Juan se encargó de llevar su cuerpo a Modín, para sepultarlo en el sepulcro familiar. Ya no regresó a Gofna, pues se quedó en Modín defendiendo la práctica de la religión tradicional.

JUDAS MACABEO

No era posible que el asesinato del oficial del rey en Modín quedara sin un castigo ejemplar, y Apolonio, gobernador seléucida de Samaria, envió a Gofna un ejército, a su juicio suficiente para aplastar la rebelión en su mismo origen. Por la muerte de Matatías y la ausencia de su hijo mayor Juan, su segundo hijo, Judas, encabezó la rebelión iniciada por su padre. El nuevo líder “tenía ojos y oídos en cada judío de la nación”, y fue avisado oportunamente del camino que habían tomado las tropas seléucidas y de su composición. Conocedor del territorio, les tendió una emboscada y las derrotó. Las tropas de todas las regiones del Imperio Seléucida, estaban formadas por soldados profesionales, con la escuela de Alejandro Magno, a la que se habían incorporado los elefantes, de origen asiático. Avanzaban en formaciones compactas, alternando un elefante con tres o cuatro arqueros y un conductor, por cada diez o quince columnas de *hoplitas* (soldados de infantería). La caballería generalmente iba atrás y en los costados, cerrando el grupo.

Solamente se explica la primera victoria de los improvisados combatientes judíos, y las subsiguientes, por el factor sorpresa y por el coraje con el que defendían su libertad y sus creencias. Un segundo contingente armado procedente de Antioqía, superior al anterior, fue también derrotado por los rebeldes judíos.

Por las victorias sucesivas sobre los seléucidas, Judas se ganó el sobrenombre de *Macabi* o Macabeo (el Martillo). Conforme al segundo nombre del líder, la rebelión recién iniciada se llamó rebelión macabea. A la dinastía se le siguió llamando asmonea, en su rama sacerdotal, pero en su rama civil, a partir de este momento, se llamó macabea.

Antiocho IV estaba en condiciones de reunir un ejército tan poderoso, que sin duda hubiera derrotado a los rebeldes de Judas Macabeo; pero en ese momento estaba más preocupado por los partos, que avanzaban por el territorio oriental de su Imperio, que por la “pequeña” revuelta judía.

LOS PARTOS

Los partos constituían un pueblo de Asia Central, establecido al sur oriente del mar Caspio. Después de haber estado bajo el yugo de los persas por más de trescientos años, su territorio fue invadido por el ejército de Alejandro Magno. Y en el reparto que siguió a la muerte del emperador macedonio, Partia quedó bajo el dominio seléucida. Por fin en el año 250, uno de sus gobernantes, Arsaces I, estableció una alianza con sus vecinos de Asia Central, Hircania, Dragniana y Aracosia, y las cuatro naciones se declararon independientes del Imperio Seléucida. En esta forma, la nueva nación de los partos, dirigida por la aristocracia militar arsasiana, inició su transformación, de país sometido, en nación conquistadora.

El primer intento de expansión de este pueblo asiático, se dirigió hacia la meseta iraní, pero fue detenido por las tropas seléucidas. Sin embargo, poco a poco estas tropas iban siendo superadas por los ejércitos partos, a los que se sumaban las tropas de sus aliados, Hircania, Dragniana y Aracosia. En los años en los que se inició la rebelión macabea, el avance de los partos parecía incontenible, y Antiocho IV salió de Siria y se dirigió a la región oriental del Imperio, para reforzar a las tropas locales que estaban siendo derrotadas.

En tanto que Antiocho se dirigía al Oriente, su ministro Lisias decidió terminar de una vez por todas con los rebeldes. Sus espías le habían informado que Judas tenía acuartelados tres mil hombres en Mispá, y él reunió un ejército de cerca de cuatro mil soldados. Sin embargo Lisias, confiado en la debilidad de los macabeos, dejó una cuarta parte de sus tropas en Emaús y llevó al grueso de su ejército sobre Mispá, en donde no encontró a un solo combatiente. Judas Macabeo, siempre informado oportunamente, se había adelantado; se dirigió a Emaús y lanzó un ataque fulminante sobre el desprevenido contingente estacionado ahí. Después emboscó a las tropas de Lisias que regresaban de Mispá.

Las sucesivas victorias de los rebeldes macabeos habían hecho crecer a la guerrilla hasta convertirla en un numeroso ejército, capaz de arrebatar Jerusalén a los seléucidas. Y así ocurrió. Tras la derrota de Lisias en Mispá, Judas Macabeo conquistó la capital judía.

- Lo primero que debemos hacer - dijo Judas a sus hermanos, que actuaban como sus lugartenientes -, es consagrar el Templo, que ha sido mancillado por los greco sirios. Cuántas aberraciones se habrán cometido en su interior, mientras estuvo dedicado al culto de Zeus.

En la actualidad, los judíos siguen celebrando la fiesta de la consagración del templo, llamada *Janucá*, que conmemora al mismo tiempo la reinauguración del Templo y la victoria de los macabeos.

Pero Judas Macabeo, de ninguna manera había logrado una victoria definitiva. Antioco IV había impedido la invasión de su territorio oriental, pero las tropas de la coalición únicamente se habían replegado, sin sufrir un daño importante. En cuanto regresó de su relativamente exitosa campaña en el Oriente, el emperador selécida empezó a organizar una expedición contra los judíos, la cual no pudo llevar a cabo, pues antes de iniciarla lo sorprendió la muerte. Su hijo de nueve años, Antioco V Eupátor, subió al trono bajo la tutela de Lisias. Este ministro continuó la labor que había iniciado el monarca fallecido. Tratando de evitar el error que lo llevó a la derrota anterior, reunió un ejército considerablemente superior al de Judas y, a marchas forzadas, lo dirigió a Jerusalén. Los macabeos fueron expulsados de la importante ciudad y perseguidos hasta su antiguo refugio de Gofna.

En este enfrentamiento no solamente se tuvo que lamentar la pérdida de la capital de Judea, sino también la muerte de Eleazar. Desde los primeros encuentros, el joven hijo de Matatías había adquirido la costumbre de acercarse peligrosamente a los elefantes, para herirlos en la trompa o en la cabeza. El dolor que causaba en el animal, lo hacía salir huyendo alocadamente, aplastando a los soldados sirios que quedaban en su camino. Sus hermanos ya le habían prohibido que siguiera con su peligroso deporte, pero por su juventud, le resultaba divertido el daño que los animales causaban en sus mismas tropas, y no hizo caso de la prohibición. En esta lucha, en la que los judíos eran perseguidos por un ejército superior, Eleazar quiso repetir la hazaña, pero se acercó demasiado a uno de los elefantes, que lo golpeó con la trompa y lo lanzó al piso. Al verlo tirado, el conductor de la bestia lo hizo avanzar con la intención de aplastarlo. Sin embargo, las patas delanteras del animal no lograron hacerle daño y Eleazar, al verse tendido bajo el elefante, le hundió en el vientre su lanza. El animal, mortalmente herido, agitó el cuerpo en todas direcciones, expulsando a los ocupantes de la caseta que llevaba encima para, finalmente, caer con todo su peso sobre el joven judío. Judas Macabeo llegó a las colinas de Gofna, con lo que pudo salvar de su ejército, y con la terrible pena de haber perdido a su hermano, del que ni siquiera fue posible rescatar su cuerpo.

Lisias podía haber continuado la lucha en Gofna y habría terminado con la rebelión. Pero tenía más urgencia en atender los graves problemas que causaban los aspirantes al trono, que pensaban que, mientras Lisias perseguía a los judíos, a ellos les sería fácil derrocar al rey-niño Antioco V. Por este motivo propuso un armisticio a los judíos, ofreciéndoles completa libertad de culto, mientras regresaba a Antioquia a combatir a los ambiciosos aspirantes. Judas rechazó la propuesta, pues él sólo se conformaría con la absoluta independencia de Judea. Pero entre los rebeldes se encontraban los jebuseos, que habían habitado en la región de Jerusalén con anterioridad a la llegada de los hebreos. A los

jebuseos les interesaba más el libre ejercicio del culto, que la independencia política de la que ellos mismos carecían, por lo que aceptaron el acuerdo y abandonaron a Judas Macabeo, dejándolo aun más indefenso.

El regreso a Siria de Lisias no le fue favorable, pues fue derrotado por Demetrio, en ese momento el más importante de los aspirantes al trono. Lisias y el pequeño rey Antioco V, fueron ejecutados. Demetrio I ocupó el trono seléucida y en su primera acción como monarca, decidió acabar con los macabeos. Envío al general Báquides al frente de un ejército que, aunque no era muy numeroso, fue suficiente para aplastar al ahora reducido grupo rebelde. Judas Macabeo, tal vez el más notable guerrero hebreo desde David, murió en la desigual batalla, en el año 160. Le sobrevivieron sus hermanos Jonatán y Simón, que llevaron el cuerpo de su hermano a Modín y lo sepultaron al lado de sus padres.

Las guerras civiles sirias no concluyeron con el ascenso al trono de Demetrio I, quien tuvo que seguir combatiendo contra otros pretendientes, lo que permitió a Jonatán reorganizar a los rebeldes macabeos y formar un contingente capaz de enfrentar al nuevo rey. Pero Demetrio no deseaba abrir un frente de batalla en Judea. Estaba abrumado con la guerra intestina y con la invasión a sus posesiones orientales, que sus tropas no podían detener. Prefirió celebrar un pacto con Jonatán. El tercer hijo de Matatías fue nombrado gobernador de Judea, aunque debía reconocer la soberanía seléucida.

Entre los enemigos de Demetrio, destacaba un poderoso pretendiente llamado Alejandro Epífanés, mejor conocido como Alejandro Balas. Alejandro Balas inició una nueva lucha civil siria, y convenció a Jonatán de que tomara partido por él. La aceptación de Jonatan, al menos por un tiempo, resultó acertada, pues Demetrio I fue muerto por su oponente. Después de su triunfo, Alejandro Balas se afianzó en el poder y concertó con el faraón Tolomeo VI Filometer un pacto de amistad, que se selló con el matrimonio de Alejandro con Cleopatra Tea, la hija de Tolomeo. Alejandro disfrutó durante cinco años de su desahogada situación y de su matrimonio con la princesa egipcia. En 145 llegó a Siria, al frente de un numeroso ejército, el hijo de Demetrio I. Alejandro Balas perdió la vida cuando intentó detenerlo. El vencedor, Demetrio II, se quedó con el trono y con la esposa de Balas.

En tanto los seléucidas se debilitaban, luchando entre sí por el trono del Imperio, en el Oriente los partos se fortalecían. Sus antiguos aliados se habían incorporado a su reino, en calidad de estados asociados, que reconocían la soberanía de Partia, que ahora dominaba la mayor parte de Asia Central. Eran la excepción los poderosos reinos de Bactriana y Sogdiana, al Oriente, con los que los partos llevaban una respetuosa relación. Al Occidente, además de al Imperio Seléucida, los partos tenían como vecino al no tan poderoso reino de Media.

En 171 subió al trono de Partia, Mitridates I. Mitridates era un nombre muy común entre los reyes de diversas naciones asiáticas. En la mitología zoroástrica significa “el don de Mitra”, la gracia del Sol. En cuanto fue coroado, Mitridates inició la invasión del territorio de los seléucidas y, a los veinte años de su reinado ya les había arrebatado Mesopotamia. Quedaron en su poder dos ciudades tradicionalmente importantes: la capital de Alejandro, la antigua Babilonia, cuya importancia, después de la fundación de Seleucia, fue exclusivamente histórica; y la misma Seleucia, la primera capital de los seléucidas, también venida a menos desde la creación de Antioquía. En un lugar próximo a Seleucia, sobre el mismo río Tigris, los partos establecieron su nueva capital, Ctesifonte.

Con la libertad de acción que le daba la paz con Judea y la ausencia de luchas intestinas, Demetrio II se lanzó a la recuperación de los territorios orientales. En 140 invadió la alta Mesopotamia y, mediante algunas victorias sucesivas, siguió recuperando el territorio entre los dos grandes ríos, hasta alcanzar casi la mitad septentrional. Los partos se iban retrayendo hacia el Sur, haciendo creer a Demetrio que no podían detenerlo. En realidad sólo le estaban dando confianza para hacerlo caer en una trampa. Cuando Demetrio creyó que estaba a punto de conquistar Ctesifonte, se vio rodeado por un abrumador número de tropas, principalmente jinetes, procedentes tanto de Partia como de sus aliados de Asia Central. Las bajas de los seléucidas fueron considerables y él mismo fue hecho prisionero. Este tipo de engaños era tan antiguo como la guerra, pero aun los militares experimentados seguían cayendo en ellos. Lo que siguió a la derrota de Demetrio sí fue notable. Al contrario de lo que era natural que hubiera ocurrido, Demetrio no fue ejecutado, ni siquiera encerrado en un calabozo. Se le mantuvo prisionero en una habitación del palacio de Mitridates I, con un criado a su disposición que le llevaba los alimentos y conservaba limpia la lujosa cárcel. ¿Cuál fue la causa de esta aparentemente inexplicable actitud de Mitridates?

Mientras Demetrio II combatía en Mesopotamia, en Antioquía habían ocurrido varios hechos importantes. El comandante militar de Apamea, Diódoto Trifón, había dado un golpe de estado, proclamando a un pequeño hijo de Balas, al que llamó Antioco VI. Jonatán, que en ese momento gobernaba Judea, recibió un mensaje de Trifón, invitándolo a que se uniera a él. Su gobierno tendría el reconocimiento sirio, si él a su vez reconocía la autoridad del regente del rey-niño, Diódoto Trifón por supuesto. Los detalles para la unificación se discutirían en una reunión en la ciudad de Tolemaida, a la que Jonatán llegó con una protección inexplicablemente escasa, seguramente sin sospechar que se trataba de una celada. Jonatán fue capturado y muerto por los esbirros de Diódoto.

Mitridates I era oportunamente informado de lo que ocurría, tanto en Siria como en Judea. Con Demetrio prisionero y su ejército derrotado, Mitridates había recuperado los territorios de la alta Mesopotamia y había llegado nuevamente a la frontera con Siria. Conforme a las nuevas circunstancias, para seguir avanzando tenía que enfrentarse al alevoso Diódoto Trifón. Sin embargo, Mitridates prefirió que sus enemigos siguieran

haciéndose pedazos entre ellos, mientras él se mantenía a la expectativa. Precisamente, previendo una situación como la que ahora se presentaba, había dejado con vida a Demetrio II. Estas eran las circunstancias, cuando el prisionero fue invitado a comer con el rey.

Mitridates I no lo trató como a un prisionero ni como a su mortal enemigo, sino como si se tratara de un rey con el que no tuviera conflicto alguno. Le informó de la recuperación de territorio que poco antes él mismo había conquistado. Después le habló del golpe de estado de Trifón y del asesinato de Jonatán, y le hizo una propuesta.

- Ignoro las posibilidades que tengas de rehacer tu ejército, pero si esto fuera posible, de mi parte, te ofrezco todo el apoyo que necesites. Seguramente te parecerá extraña mi propuesta, dado que nuestros países han sido enemigos por muchos años. Sin embargo, no puedo soportar que un militar de segunda categoría, como Diódoto Trifón, se adueñe del poder de una nación, valiéndose de la inocencia de un niño de tres años y después, en vez de enfrentar a sus enemigos, los judíos, asesine alevosamente a su gobernante. Si te apoyo, es para que liberes a tu reino del canalla que la gobierna en este momento. (Por supuesto, Mitridates no le dijo que su principal interés estaba en que continuara la guerra civil en Siria, lo cual, a la larga, resultaría en beneficio de Partia).
- Con respecto a tu inquietud, puedo asegurarte que si regreso a Siria, en el Norte de la nación encontraré el apoyo necesario para formar un ejército, que pronto estaría listo para entrar en acción. Si tú me proporcionas el financiamiento y las armas necesarias, echaré del trono al usurpador. Pero todavía no comprendo ¿qué esperas de mí, a cambio de esta ayuda que me proporcionas?
- Nada, absolutamente nada. Solo deseo que te deshagas de Trifón y ocupes el lugar que te corresponde en Siria. En este momento te ofrezco que, mientras tú estés en el trono, no atacaré a tu nación, a menos de que tú inicies las hostilidades.

Demetrio regresó a Siria y recorrió las ciudades septentrionales. Como lo esperaba, obtuvo el apoyo de los habitantes de la región y logró formar un ejército. Por desgracia, no era lo suficientemente numeroso como para derrotar a Diódoto. Entonces se le ocurrió que podría formar una coalición con Judea, cuyos gobernantes no dudarían en ayudarlo para vengar a su líder Jonatán.

INDEPENDENCIA DE JUDEA

Después de la muerte de Jonatán, solamente quedaba un hijo de Matatías, Simón. Y fue a Simón a quien Demetrio II le propuso aliarse con él para combatir a Diódoto Trifón. Si lo derrotaban, Demetrio recuperaría el poder y Judea disfrutaría de la total independencia. Al frente de un ejército mixto de sirios y judíos, Demetrio arrasó las defensas de Trifón y llegó a Antioquía. Diódoto Trifón fue aprehendido y condenado a

muerte. El rey greco sirio Demetrio II cumplió su palabra y a partir de 142, Simón se convirtió en gobernante de una Judea independiente. Por fin, desde la ocupación de Jerusalén por las tropas de Nabucodonosor en 597, cuatro y medio siglos atrás, hubo un Estado judío autónomo. Simón gobernó como rey y como sumo sacerdote. El rey-niño Antioco VI nunca gobernó. Tenía tres años cuando fue proclamado por Diódoto, y antes de cumplir los siete años murió, sin que se conozcan las causas de su muerte.

Demetrio II falleció en 139 y su hermano Antioco asumió el poder. El nuevo monarca Antioco VII, que nunca entendió la importancia del pacto entre su hermano y los judíos, se lanzó sobre Jerusalén. Pero los hijos de Simón: Juan, Matatías y Judas, estaban preparados para recibir el ataque, y Antioco VII se vio obligado a abandonar, por el momento, sus intenciones de recuperar Judea.

Por ese tiempo, una hija de Simón estaba casada con un ambicioso judío, de nombre Tolomeo, sin ninguna relación con la dinastía que gobernaba Egipto. Tolomeo fue nombrado por su suegro jefe militar de la región de Jericó, aunque su ambición iba más allá de una jefatura militar. En el año 134, Simón estaba llevando a cabo un recorrido de inspección por el país, en compañía de su esposa y de sus hijos Matatías y Judas. Al llegar a los dominios de Tolomeo, fue recibido con grandes honores por su yerno.

- Seas bienvenido, gobernador Simón, a esta región de la que me has concedido el mando militar. Para demostrarte nuestro agradecimiento, hemos organizado un banquete en tu honor y en el de tus acompañantes, en la ciudad de Jericó. Nos sentiremos muy honrados si aceptas nuestra invitación.

El agasajo se desarrollaba en condiciones normales, hasta que, en un momento determinado, Tolomeo hizo una seña a los guardias, que se abalanzaron sobre los invitados. Simón fue acuchillado, y su esposa y sus dos hijos aprehendidos. El último de los hijos de Matatías, que habían participado en la rebelión macabea, murió arteramente asesinado, tal como había ocurrido con su hermano Jonatán.

A continuación, Tolomeo envió un informe de los hechos a Antioco VII, al tiempo que le pedía tropas que apoyaran su golpe de estado. También mandó soldados a Jerusalén, con la intención de aprehender a Juan. Pero Juan, en ese momento, se encontraba en Gazara, en donde fue avisado del asesinato de su padre. Esquivando a los esbirros de Tolomeo, regresó a Jerusalén. En la capital del reino, asumió el liderazgo de su pueblo. Con las tropas que pudo reunir, salió a combatir al asesino. Tolomeo, a quien no le había llegado el apoyo que esperaba de Antioco, se refugió en la fortaleza de Doc, cercana a Jericó. Llevaba con él a sus valiosos prisioneros. Cuando Juan sitió la fortaleza, Tolomeo amenazó con arrojar desde las murallas a su madre y a sus hermanos, si no se le permitía abandonar la fortaleza. Juan, temeroso de la amenaza, abrió el cerco para que Tolomeo pudiera escapar. Al entrar al edificio, Juan encontró a su madre y a sus hermanos muertos.

Antiocho VII aprovechó el llamado que le había hecho Tolomeo, aunque, por supuesto, no le brindó ninguna ayuda. Invadió Judea y sitió Jerusalén. Juan resistió el cerco. Con el agua y las provisiones próximas a agotarse, llegó la *fiesta de los tabernáculos*. Juan pidió una tregua a Antiocho, para la realización de la fiesta. El rey seléucida no sólo concedió la tregua, sino que envió toros para los sacrificios y copas con especias para la celebración, aunque no entregó agua ni alimentos. Pasada la fiesta, le hizo una propuesta a Juan: levantaría el sitio a cambio de quinientos talentos de plata y de la sumisión del líder judío. Con las provisiones prácticamente agotadas, Juan aceptó la propuesta del rey seléucida. A partir de 138, Juan se convirtió en vasallo de Antiocho y tuvo que participar a su lado en la guerra contra los partos, que se había reanudado y se desarrollaba muy cerca de la frontera siria.

En un enfrentamiento contra los hircanos, que como los demás estados asociados, combatían al lado de los partos, Antiocho VII murió durante la lucha y Juan fue hecho prisionero. Cuando se identificó como líder de los judíos, Juan fue llevado ante el general hircano Babak Korrandín.

- ¿Qué hace un dirigente judío, luchando al lado de los seléucidas? - preguntó -. Yo siempre creí que eran mortales enemigos.
- Fueron las circunstancias las que me obligaron a entregarme como vasallo de Antiocho. De no haberlo hecho, la población de Jerusalén habría muerto de hambre y de sed.

El general hircano comunicó los detalles de la sumisión de Juan, al monarca de Partia, Fraates II, hijo y sucesor de Mitridates I, y le propuso su liberación. “Estoy de acuerdo contigo – contestó Mitridates -, no debemos condenar al dirigente de un pueblo que lleva tantos años como nosotros, combatiendo contra el mismo enemigo”. Babak puso a Juan en libertad y le proporcionó los medios para regresar a su tierra.

Judea sólo había perdido su independencia por un corto periodo. En Jerusalén, Juan se hizo llamar líder de la Confederación Judía y siguió ejerciendo el cargo de sumo sacerdote. Por otra parte, cuando los hircanos le dieron la libertad en vez de la muerte, sintió que había vuelto a nacer, y adoptó el gentilicio de sus captores y salvadores. En lo sucesivo se llamaría Juan Hircano.

En Siria las cosas iban de mal en peor. Al morir Antiocho VII, sus descendientes se enfrascaron en una lucha fratricida por el poder, descuidando la guerra contra los partos, que afianzaron sus posiciones en Mesopotamia. Siria quedó cercada en toda su extensa frontera.

Juan Hircano I, libre de la presión seléucida, emprendió una importante campaña de integración, mediante la cual incorporó a sus dominios a las provincias de Idumea, Samaria y Galilea. Además de la expansión del reino, en el tiempo en que gobernó Juan Hircano la

economía de la Confederación Judía logró un notable crecimiento. Su esposa, Eliseba, una mujer de notable inteligencia, fue la mejor consejera que pudo haber tenido en los asuntos del gobierno. Asesorado por su mujer, convirtió la Confederación Judía en el reino de Judea. En 104 falleció el primer rey de la Judea independiente, Juan Hircano I. Le sobrevivieron, además de su viuda, sus hijos Aristóbulo, Antígono y Alejandro Janeo.

- Aristóbulo sustituirá a su padre como sumo sacerdote - sentenció Eliseba -, en tanto que yo conservaré el poder civil, dado que soy quien mejor conoce los asuntos del Estado.

La distribución del poder no resultó satisfactoria para Antígono, el segundo hijo de Juan Hircano, y le propuso a su hermano mayor una alianza en contra de su madre. Eliseba fue encarcelada, Antígono se convirtió en sumo sacerdote y Aristóbulo en rey de Judea. Un año después de la redistribución de los poderes, falleció Aristóbulo y su hermano menor, Alejandro Janeo, heredó el trono.

Al morir Aristóbulo, dejó una viuda bastante joven y hermosa, Salomé Alejandra. Muy pronto desplegó su juventud y su belleza frente al nuevo monarca y se casó en segundas nupcias con su cuñado Alejandro Janeo. Tal como había ocurrido con Eliseba, en los tiempos de Juan Hircano I, fue ahora Salomé Alejandra la que actuó como consejera del rey. Cuando Alejandro Janeo murió en el año 76, Salomé Alejandra no se preocupó por averiguar a quién correspondía el trono de su esposo, simplemente continuó reinando durante los nueve años siguientes. En una decisión soberana, le quitó el poder religioso a su cuñado Antígono, para dárselo al hijo de su primer matrimonio, Juan Hircano II.

La secta conservadora de los saduceos, no podía ver con buenos ojos el que las mujeres de los reyes se impusieran como herederas naturales de sus esposos y, además, distribuyeran el poder a su arbitrio.

- Se está volviendo una detestable costumbre que las mujeres de los reyes, una vez que estos fallecen, se queden con el trono - decían los dirigentes de esta secta, a la que pertenecían las familias más acaudaladas de Judea -. No existe una ley que las autorice a asumir tal actitud, El único precedente que se conoce, es el de la nefasta reina Atalía, que pretendió sustituir el culto a Yavéh por el de Baal.
- Pues como ellas mismas imponen al sumo sacerdote, este pierde independencia, terciaba Aristóbulo II, hermano menor de Juan Hircano II, refiriéndose a la situación subordinada de su hermano, con respecto a su madre -. El sacerdote se convierte en su incondicional y ellas se vuelven intocables.
- Tú podrías ser rey y sumo sacerdote Aristóbulo, en el caso de que te decidas a sustituir a tu madre y a tu hermano - le ofrecían los saduceos -. Cuentas con nuestro apoyo, que tú sabes que no es nada despreciable.

En el año 67, antes de que Aristóbulo II se decidiera a tomar alguna acción en contra de sus parientes, murió Salomé Alejandra. Bajo las nuevas circunstancias, Aristóbulo aprovechó la ayuda de los saduceos. Se quedó con el trono de su madre fallecida y arrebató el sumo sacerdocio a su hermano mayor Juan Hircano II. Éste no se quedó con los brazos cruzados frente a la usurpación de su hermano y estalló la guerra civil.

En la lucha intestina que se iniciaba, Juan Hircano obtuvo el apoyo del gobernador de Idumea, Antípatro. Sin embargo, aun con el apoyo de Idumea, Juan Hircano tenía pocas posibilidades de vencer a Aristóbulo, que tenía de su lado al poderoso grupo de los saduceos. Ante las posibilidades de sufrir una derrota, Antípatro pidió la ayuda de su suegro Aretas III, rey de los nabateos.

En respuesta a la solicitud de Antípatro, un grupo numeroso de combatientes nabateos llegó a Jerusalén y lo sitió. Ahora fue Aristóbulo quien, dándose cuenta de que la balanza del conflicto se inclinaba en su contra, llamó en su ayuda a un nuevo contendiente. Para su desgracia y la del pueblo judío, se trató nada menos que de la poderosa Roma.

JUDEA, BAJO EL DOMINIO ROMANO

Por esos años, el general romano Pompeyo Magno había concluido la conquista de Asia Menor y continuó con la invasión de Siria, que era el último bastión del otrora poderoso Imperio Seléucida o greco-sirio. Sin grandes dificultades, derrotó al último rey seléucida, Antioco XIII, y estableció su cuartel general en Antioquía. El agonizante imperio desapareció y lo que quedaba de su territorio fue incorporado a Roma con el nombre de Provincia de Siria.

Al poco tiempo de haberse instalado en Antioquía, Pompeyo Magno recibió el llamado de auxilio de Aristóbulo. Era el año 63, cuando las legiones romanas que comandaba Pompeyo marcharon sobre Jerusalén y la ocuparon, casi sin combatir. Aretas III no tenía el menor interés en enfrentarse a los romanos por una causa que no era suya y, ante su proximidad, ordenó a sus tropas que les dejaran el paso libre. Ya en Jerusalén, a Pompeyo no le importó quien lo había llamado. Analizó la situación y tomó partido por Juan Hircano II, al que restableció como sumo sacerdote. Pompeyo, por supuesto, se quedó con el poder civil, pero dejó en su representación al aliado de Juan Hircano II. Antípatro fue nombrado procurador y Aristóbulo II fue enviado al exilio, en Roma.

Diez años después, en el año 53, Marco Lisinio Craso gobernaba Siria. Los partos, dueños de Mesopotamia, se habían convertido en un obstáculo para la expansión romana hacia el Oriente, y Craso se propuso someterlos. Salió de Antioquia al frente de un numeroso ejército, pero no logró su propósito. Las tropas romanas fueron derrotadas con grandes pérdidas y Craso murió en la contienda.

En Judea, Juan Hircano y Antípatro, no obstante la creciente fortaleza de los partos, se mantuvieron fieles a Roma. Cinco años después Pompeyo, derrotado por Julio César, tuvo que huir a Egipto, en donde murió asesinado. Julio César se había convertido en el hombre más poderoso de Roma y los dos líderes de Judea se apresuraron a manifestarle su reconocimiento. Antípatro y Juan Hircano II fueron confirmados en sus cargos de procurador y sumo sacerdote, respectivamente.

HERODES EL GRANDE

Pero esta situación no duraría mucho tiempo. En el año 44 Julio César fue asesinado en Roma, y en ese mismo año, Antípatro murió envenenado en un complot organizado por Antígono Matatías, un hijo del exiliado Aristóbulo II. Herodes, el hijo mayor de Antípatro, fue nombrado procurador, es decir gobernador romano, en su lugar.

En los años siguientes, mientras Roma se debatía en los conflictos internos derivados del asesinato de Julio César, los partos lograban un importante avance hacia el Mediterráneo. Tras la derrota y muerte de Craso, habían invadido Siria y Cilicia y se preparaban para continuar la ocupación de Asia Menor. A Judea, que por muchos años había compartido con ellos la lucha contra el Imperio Seléucida, hasta su desaparición, no la consideraban enemiga y no estaba en sus planes invadirla, hasta que intervino Antígono Matatías.

Antígono Matatías, el hijo de Aristóbulo II que había sido el causante de la muerte de Antípatro, viajó hasta Ctesifonte, la capital del reino Parto, y se entrevistó con el rey Orodes I.

- En Judea, que está bajo el dominio romano - le explicó al rey -, el actual gobernante impuesto por los romanos, Herodes, no es judío, es medio idumeo y medio nabateo. A Herodes lo detesta la población judía, no sólo por ser ajeno a nuestro pueblo, sino también porque representa los intereses de Roma. Una acción de los partos para expulsar a Herodes y colocar en su lugar a un macabeo, (por supuesto, él sería ese macabeo), gozaría del apoyo del pueblo judío. Y los partos tendrían en Judea a un aliado, en vez de a un enemigo, como ahora ocurre.

Orodes I confirmó con sus espías las afirmaciones del oficioso consejero judío y puso a sus órdenes un cuerpo de ejército, para la conquista de Judea. Herodes y su hermano Fasael intentaron organizar la defensa de la nación pero, como lo había vaticinado Antígono, no encontraron respuesta en los judíos. La población de Judea se sentía más identificada con el judío asmoneo Antígono que con los dos idumeos.

El sumo sacerdote y el hermano de Herodes fueron aprehendidos por los invasores. Fasael fue ejecutado y a Juan Hircano lo dejaron con vida, pero lo mutilaron para que no

pudiera continuar ejerciendo el sacerdocio. Antígono Matatías se auto nombró rey de Judea y sumo sacerdote. Herodes huyó a Petra, la capital de los nabateos. En la tierra de su familia materna encontró la ayuda necesaria para llegar a Alejandría y embarcarse para Roma. Lo acompañaba su esposa Mariamne, nieta de Juan Hircano II.

En la capital romana, los asesinos de César ya habían pagado su crimen y sus vengadores, Octavio, Marco Antonio y Lépido, gobernaban como un Triunvirato. Era el año 40 cuando Herodes llegó a Roma y fue invitado a presentar ante el Senado un informe de la situación en Judea.

- Junto con mi hermano Fasael, con Juan Hircano II y un poco numeroso grupo de fieles a Roma - dijo en la parte medular del discurso que pronunciaba frente a los senadores -, luchamos a brazo partido en contra de los partos y sus secuaces, hasta que ya no pudimos soportar su considerable superioridad numérica. Sólo unos pocos logramos escapar con vida. Mi hermano fue ejecutado y el sumo sacerdote, mutilado. Con la ayuda de los parientes de mi madre, los nabateos, pude llegar a Roma.

Tras una breve deliberación, Herodes recibió la respuesta de los senadores:

- Como reconocimiento a tu heroísmo y a tu lealtad a Roma, a ti Herodes, hijo de Antípatro, fiel defensor de los intereses romanos, el Senado ha decidido nombrarte rey de Judea, de Idumea, de Galilea y de Samaria.

Herodes debía sentirse feliz. Iba a gobernar sobre un territorio considerablemente grande, mayor al que había tenido su padre bajo su mando. Pero más que feliz, estaba preocupado. Se daba cuenta de que, antes de reinar en el amplio territorio, tenía que reconquistarlo.

- Acude a Marco Antonio, es el triunviro que tiene a su cargo las posesiones romanas del Oriente y es único que puede ayudarte -, le aconsejó uno de los senadores.

Marco Antonio le proporcionó barcos y soldados. No muchos, pues él, por su parte, tenía que detener a los partos que, después de conquistar Siria y Cilicia, avanzaban sobre Asia Menor. De modo que la mayor parte de los recursos militares de que disponía los envió a esa región, con el más importante de sus generales: Publio Ventidio Baso.

Cuando Herodes desembarcó en la costa mediterránea de Judea, en el año 39, los partos que habían acompañado a Antígono, ahora estaban en Asia Menor, reforzando las defensas frente a las recién llegadas legiones romanas. Aunque ya los partos no lo apoyaban, el macabeo Antígono Matatías tenía de su parte a los judíos antiidumeos y antiromanos, que eran la mayoría. Herodes, al frente de un ejército de mercenarios tracios, germanos y galos, que le había proporcionado Marco Antonio, tuvo que luchar contra él

durante dos años. Finalmente, en 37 acabó con el último bastión de la resistencia, en Jerusalén. Antígono Matatías fue hecho prisionero y ejecutado. Herodes nombró sumo sacerdote a Aristóbulo III, hermano de Mariamne.

Herodes tomó posesión del reino, aunque con muy escasa aprobación de sus súbditos, a los que les resultaba difícil aceptar a un gobernante que carecía de toda relación de ascendencia con el pueblo judío. El gobernante pro romano se sostuvo en el trono apoyado por los mismos mercenarios que había llevado de Roma. Era natural que el pueblo le rindiera mayores honores y obediencia al sumo sacerdote, que era judío y asmoneo, que al rey idumeo. Esta inaceptable situación, la resolvió Herodes en una forma muy sencilla: acusó a Aristóbulo III de conspiración. El tribunal, incondicional del rey, lo encontró culpable y fue ejecutado. El padre de Aristóbulo, a la vez suegro y consejero de Herodes, protestó con vehemencia por la muerte de su hijo. Herodes lo acusó de complicidad con Aristóbulo y también murió ejecutado.

Con Aristóbulo III llegó a su fin la familia sacerdotal asmonea. No quedaba con vida ningún macabeo, salvo Juan Hircano II, que por haber sido mutilado, no podía ser sumo sacerdote. En los años siguientes, los máximos sacerdotes fueron saduceos, de la secta a la que pertenecían a las familias aristocráticas de Judea. En oposición a esta exclusividad, se incrementó la influencia de los rígidos y austeros fariseos entre la población judía menos favorecida.

Herodes debía estar agradecido a Marco Antonio, por el apoyo que le dio para que pudiera ejercer su reinado. Pero en cuanto el fiel de la balanza se inclinó hacia Octavio, cambió de bando con asombrosa rapidez. En el mar Jónico se desarrollaba la lucha entre Marco Antonio y Marco Vipsanio Agripa, quien dirigía la armada de Octavio. Éste se encontraba a la expectativa en la isla de Rodas, con dos legiones listas para intervenir, en caso necesario. Herodes cruzó la mitad del Mediterráneo, hasta llegar a Rodas, en donde le juró fidelidad a Octavio. Una declaración muy oportuna, pues Marco Antonio fue definitivamente derrotado por Agripa. Esta habilidad para moverse en la dirección de los vientos de la política, le permitió a Herodes mantenerse en el poder durante 35 años.

A su regreso a Jerusalén, Herodes se encontró con una demanda en su contra, presentada por su mujer y por su suegra, que lo acusaban de la muerte de su cuñado Aristóbulo III y de su suegro Alejandro. No obstante la inmunidad que le daba su elevado cargo, aceptó presentarse ante el tribunal.

- Este tribunal sabe - argumentó Herodes -, que existió un complot dirigido por Aristóbulo III y apoyado por su padre Alejandro, para apoderarse del reino. No eran pocos los judíos que ya consideraban un hecho la coronación de Aristóbulo, y le rendían los honores correspondientes a un monarca. Ambos fueron juzgados conforme a las leyes vigentes, y encontrados culpables.

- Por otra parte, quiero aprovechar mi presencia en este alto tribunal para contra demandar a mis acusadoras. Acuso a Mariamne de adulterio y a su madre de cómplice en el delito.

La acusación en contra de Herodes, por supuesto, no prosperó. En cambio la del rey contra las dos mujeres, sí tuvo consecuencias. Mariamne y su madre fueron encontradas culpables y condenadas a muerte.

Pero una cosa eran los tribunales de Herodes y otra el pueblo judío, que no podía aceptar con indiferencia la muerte de los cuatro parientes del rey. Los cuatro eran judíos y pertenecían a la tradicionalmente importante familia de los asmoneos. La animadversión que ya existía entre los súbditos del rey, idumeo y pro romano, se empezó a transformar en odio. Herodes tenía que hacer algo para revertir esta situación. Y el año 27 se le presentó la oportunidad. Ese año ocurrió una terrible sequía, que ocasionó una gran hambruna en casi todo el territorio que gobernaba. Herodes gastó gran parte de su fortuna y la de su familia para socorrer al pueblo. Envío a Egipto todo el dinero y joyas que pudo reunir, a cambio de grano. La distribución de los alimentos fue supervisada por él mismo y por funcionarios de su confianza.

Pasada la crisis, Herodes continuó con acciones tendientes a mostrarse ante su pueblo si no como un auténtico judío, al menos como pro judío. En cuanto las arcas reales empezaron a recuperar sus niveles normales, inició la reconstrucción del Templo de Salomón. El antiguo santuario, construido por segunda vez quinientos años atrás, no había tenido la atención que requería, y además de encontrarse en malas condiciones, era insuficiente para recibir a un creciente número de fieles. Por lo tanto, en vez de reconstruir el viejo templo, Herodes decidió construir uno nuevo, considerablemente mayor al anterior. Reunió a un equipo de arquitectos judíos para que realizaran el proyecto, y se inició la construcción. La obra se terminó en dos años y les dio trabajo a más de quince mil obreros. Una vez concluido el nuevo edificio, con una extensión y magnificencia como no los tuvo nunca, muchos judíos, no obstante que no había disminuido su antipatía hacia el rey, calificaban el nuevo templo como “la obra más admirable que jamás hubieran contemplado”.

Pero su labor constructiva no se limitó al templo, ni a la capital del reino. Modernizó las principales ciudades, edificó teatros e hipódromos, construyó acueductos y drenó las insalubres zonas pantanosas. Como hábil político que era, también se preocupó por quedar bien con sus amos, los romanos. En la costa mediterránea construyó una nueva ciudad, desde sus cimientos, a la que llamó Cesárea, en homenaje al primer emperador romano César Augusto.

En Judea, desde que Herodes fue impuesto como gobernante, se suprimió el uso del calendario seléucida, que fue sustituido por el calendario romano. En este calendario, el

tiempo se contaba a partir de la fundación de Roma, lo que se indicaba con las letras a.u.c. (*ab urbe condita*, desde la fundación de la ciudad). Conforme al calendario romano, Herodes murió en el año 749 a.u.c. Un poco más de quinientos años después, en el año 1288 a.u.c., un investigador al servicio del Vaticano, Dionisio el Escita, determinó que la fecha del nacimiento de Jesucristo fue el año 753 a.u.c., cuatro años después de la muerte de Herodes. Por eso ahora decimos que murió el año 4 anterior a Jesucristo. En el año 6, dos años antes de su muerte, Herodes incorporó a la lista de sus víctimas a sus dos hijos mayores. Alejandro y Aristóbulo IV fueron acusados de conspirar contra su padre y condenados a muerte.

A Herodes se le conoce como Herodes el Grande, para distinguirlo de sus hijos y nietos que, en cuanto fueron nombrados gobernantes de algún territorio, antepusieron a su nombre el de Herodes. Herodes el Grande tuvo diez esposas y catorce hijos. Entre sus esposas destacan tres, cuyos descendientes gobernaron en algunas de las regiones en las que los romanos dividieron el territorio bajo la influencia judía. Estas importantes mujeres fueron: Mariamne, de la familia macabea, Cleopatra de Jerusalén y Malthacé de Samaria.

LOS DESCENDIENTES DE HERODES

Casi todo el resto de nuestro relato ocurre en fechas posteriores a la del tradicional nacimiento de Cristo, por lo que, en este entendido, no será necesario efectuar la anotación correspondiente. Unas pocas excepciones, en las que se hace referencia a fechas anteriores a Cristo, llevan la anotación a.C.

Cuando murió Herodes el Grande, el emperador Augusto dividió el territorio judío en cuatro regiones llamadas tetrarquías. Herodes Filipo, un hijo de Cleopatra de Jerusalén, y Herodes Arquelao, hijo de Mathalcé de Samaria, gobernaron un amplio territorio que incluía Judea, Samaria e Idumea, aunque su gestión terminó en el año 6. En este año, Augusto decidió que estos importantes territorios, quedaran a cargo de procuradores romanos. En cambio a Herodes Antipas, también hijo de Mathalcé, a quien se le asignó el territorio de Galilea, se le permitió seguir gobernando hasta el año 39.

Herodes Filipo estuvo casado con su sobrina Herodías, nieta de Mariamne, con la que procreó a Salomé. En el mismo año 6 en el que lo obligaron a dejar la tetrarquía, Herodías se separó de él. Poco tiempo después, el tetrarca Herodes Antipas, que seguía gobernando en Galilea, tuvo la mala ocurrencia de enamorarse de Herodías, no obstante que estaba casado con la princesa Fasaelia, hija de Aretas IV, rey de los nabateos, a la que pidió el divorcio.

- Por supuesto Antipas, que te daré el divorcio. No deseo permanecer a tu lado por la fuerza un momento más. Eres tan estúpido que no te das cuenta de que lo único que busca Herodías es el poder. Abandonó a Filipo en cuanto los romanos le quitaron el mando, y viene a ti que aun eres tetrarca, sin que le importe

deshacer nuestro matrimonio. Pero cuídate de mi padre, que no se va a quedar con los brazos cruzados.

Tal como lo pronosticó la recién divorciada princesa, en cuanto llegó a Petra, el rey Aretas IV, furioso por el repudio de su hija, lanzó un poderoso ataque contra Antipas y lo derrotó. Solamente la intervención de Aulo Vitelio, gobernador romano de Siria, impidió que, tras su derrota, Herodes Antipas fuera ejecutado. Después de una larga conciliación con Vitelio, Aretas aceptó que Antipas le entregara una considerable suma como indemnización por el daño causado a su hija, a cambio de su libertad y de su vida.

El matrimonio de Antipas con la ex mujer de su hermanastro, fue duramente criticado por los judíos más conservadores. Destacaba por su vehemencia el profeta Jonakaán, mejor conocido como Juan el Bautista, que no se cuidaba de calificar la relación como incestuosa. Herodías no podía aceptar semejante ofensa. Presionó al tetrarca para que el Bautista fuera aprehendido y ejecutado. Antipas mandó encarcelar a Juan, pero no consideró la falta tan grave como para ordenar su ejecución.

En esos días, durante el festejo del cumpleaños de Herodes Antipas, Herodías pidió a su hija Salomé que mostrara a su padrastro sus adelantos en la ejecución de bailes orientales. Salomé hizo una seña a los músicos y empezó la voluptuosa danza, durante la cual la hija de Herodías se fue desprendiendo, uno a uno, de los velos que la cubrían hasta que, al final, sólo quedaba un vaporoso velo que dejaba muy poco a la imaginación sobre su juvenil y bien proporcionado cuerpo. Entusiasmado y excitado, Herodes Antipas ofreció premiarla “con lo que le pidiera”.

- ¿Qué le puedo pedir a mi padrastro, madre? - preguntó a Herodías.
- Pídele la cabeza del Bautista - respondió la madre, sin pensarlo dos veces.

Antipas dio la orden correspondiente a sus guardias y, poco después, Salomé salía huyendo espantada, cuando le trajeron, en una bandeja, la cabeza sangrante de Juan.

Otro grave episodio en el que se vio involucrada Herodías, ocurrió en el año 37, cuando Herodes Agripa, sobrino de Herodes Antipas, recibió el título de rey del emperador Calígula. Herodías, no podía aceptar ser únicamente la esposa del tetrarca Antipas, mientras la mujer de su sobrino político era una reina. Y volvió a presionar a su esposo, en este caso para que solicitara del emperador su cambio de jerarquía. En el año 39, cediendo a la insistencia de su mujer, Herodes Antipas viajó a Roma y presentó la petición ante Calígula. Pero al emperador el asunto le pareció una impertinencia, y su respuesta fue la destitución y el destierro del tetrarca. Antipas fue enviado a Lugdum (Lyon) en la Galia, en donde falleció pocos meses después.

Los últimos gobernantes de los judíos, fueron Herodes Agripa I y su hijo Herodes Agripa II. El primer Agripa era hijo del malogrado Aristóbulo IV, a su vez hijo de Herodes

el Grande y de Mariamne. Los dos Agripa pasaron una parte de sus vidas en Roma. Ambos tenían el mismo nombre, Marco Julio Agripa, que recordaba a un prominente romano, Marco Vipsanio Agripa, que fuera yerno y principal consejero del emperador Octavio Augusto. Agripa I se crió en la corte del emperador Tiberio y Agripa II en la de Claudio I.

El primer Agripa se movía en una peligrosa relación, entre el emperador Tiberio y su sobrino nieto Cayo Julio César Augusto Germánico, mejor conocido por su sobrenombre: Calígula, que ambicionaba el trono. En el año 37, las intrigas cortesanas llevaron a Agripa a la cárcel, en donde estuvo sólo unos meses, pues en ese mismo año Tiberio murió asesinado y su amigo Calígula se convirtió en emperador. Calígula lo nombró rey de los territorios de Judea e Idumea, que había gobernado su tío Herodes Filipo. Dos años después, por las razones que ya comentamos, Calígula envió al destierro a Herodes Antipas y agregó Galilea al reino de Herodes Agripa I.

Por esos años, Calígula había enfermado de poder, y decidió hacerse adorar como un dios. Mandó colocar su efigie en los templos de Roma y en los de las provincias que pertenecían al Imperio. Agripa conocía bien la historia de los macabeos y sabía que la rebelión que acabó con el dominio seléucida, tuvo su origen en la profanación del Templo.

- Amado emperador Calígula - dijo al monarca, sabiendo que corría un gran riesgo -. No tengo la menor duda de que, con tu prodigiosa imagen, los templos que existen en las regiones bajo tu excelso dominio, alcanzarán una grandeza e importancia como no la han tenido nunca. Solamente me voy a permitir prevenirte contra los judíos. Los conozco bien y sé que, en su ignorancia, no se dan cuenta de tu grandeza, y son capaces de reaccionar violentamente contra la colocación de tu divina efigie en el templo de Jerusalén.

Tal vez por la amistad que lo unía desde la infancia con Agripa, Calígula aceptó el consejo, por el momento. Aunque no tuvo tiempo de insistir en su intento, pues a los pocos meses el emperador moría asesinado. Los asesinos habían formado parte de su guardia personal y ellos mismos nombraron a su tío Claudio como su sucesor. Tres años después del asesinato de Calígula y del ascenso de Claudio al trono imperial, Herodes Agripa I murió de apoplejía, cuando participaba en unos juegos en honor del emperador.

Herodes Agripa I tuvo un hijo varón y dos hijas. El segundo Marco Julio Agripa y sus hermanas Berenice y Drusila habían pasado los primeros años de su vida en la casa de Antonia, la madre de **Claudio**, que fue como su madre adoptiva. Unos años más tarde, Berenice y Drusila regresaron al territorio judío. Berenice regresó para casarse con su tío Herodes Polio y Drusila para acompañar a su esposo, Antonio Félix, a quien el emperador nombró procurador de Judea. El segundo Agripa continuó en Roma, al lado de Claudio y su familia y, cuando murió su padre, Herodes Agripa I, estaba seguro de que el emperador le

reconocería su condición de heredero natural del reino que abarcaba los territorios de Judea, Idumea y Galilea.

Pero no fue así. El segundo Agripa era aun un adolescente y Claudio pensó que carecía de la madurez necesaria para convertirse en rey de una región tan extensa. Por lo tanto, el emperador decidió que los territorios que había gobernado el primer Agripa, volviesen al gobierno de los procuradores romanos. Ya encontraría algún territorio para asignarlo a su “hermano”.

La muerte del tío de Agripa II, Herodes Polio, también llamado Herodes de Calcis, trajo la solución del problema. Herodes Polio gobernaba una pequeña región de Judea, cuya ciudad principal era Calcis. A su muerte, el gobierno de Calcis le fue asignado a Herodes Agripa II. La viuda de Herodes Polio, Berenice, se acogió a la protección de su hermano y permaneció a su lado durante más de veinte años, según algunos historiadores, en una larga relación incestuosa.

Herodes Agripa II no había quedado satisfecho con el pequeño principado de Calcis y, en cuanto consideró que tenía la edad suficiente, le pidió al emperador Claudio que se lo cambiara por otro de mayor importancia. Claudio, además de la relación casi familiar que tenía con Agripa, le estaba agradecido por no haberse alejado de él un solo momento, durante los difíciles primeros años de su reinado. Por lo tanto, en vez de mejorar su principado, en el año 50 le dio un título considerablemente más importante: rey de Judea. Cuatro años después del encumbramiento de Agripa II al trono de Judea, falleció su protector, el emperador Claudio I. Su esposa Agripina consideró que ya era tiempo de que Nerón, el hijo que tenía de su primer matrimonio, ocupara el trono imperial, y envenenó a Claudio.

Con rey en Judea o sin él, Roma no había dejado de tener el control de la región a través de sus procuradores. Al asumir el trono imperial Nerón, destituyó al procurador que había nombrado Claudio, Antonio Félix, y lo sustituyó por Gestio Floro. Antonio Félix y Drusila se trasladaron a Roma y nunca regresaron a Judea.

LAS TRES REBELIONES ANTIROMANAS

La primera rebelión, de 66 a 73

Gestio Floro reunía todas las características que se necesitaban para provocar una rebelión antiromana: era torpe, incompetente, cruel y corrupto. Uno de sus primeros errores fue la incautación del tesoro del Templo. Los procuradores tenían establecido su cuartel general en la ciudad de costera de Cesárea. En el siglo anterior, Herodes el Grande había creado esta ciudad de la costa mediterránea y le había dado el nombre con el que honraba a César Augusto. Los judíos de Cesárea se manifestaron frente al palacio del procurador, para

protestar por la profanación y fueron violentamente reprimidos por los soldados del torpe funcionario. Algunos judíos murieron y muchos otros fueron expulsados de la ciudad.

La revuelta continuó en Jerusalén, con mayor intensidad. Herodes Agripa II intentó servir de mediador, pero fue rechazado por su indudable parcialidad hacia los romanos. Pensó, con justificada razón, que su vida corría peligro. Abandonó Jerusalén y se trasladó a Roma con su hermana Berenice. Poco tiempo después, los seguidores del partido sacerdotal – aristocrático, encabezado por el sumo sacerdote Ananías, sorprendieron a la guarnición romana de la ciudad y todos los soldados fueron pasados a cuchillo.

Pero en Jerusalén, los partidarios de Ananías no sólo debían enfrentarse a los romanos. Les disputaban el liderazgo de la revuelta los sicarios, llamados así por la sicca o puñal que siempre llevaban bajo la ropa y del que hacían uso con notable frecuencia. En uno de los primeros enfrentamientos, murió Ananías, pero la reacción de los aristócratas, ahora dirigidos por Eleazar, hijo de Ananías, fue tan violenta, que los sicarios que se salvaron, tuvieron que huir de Jerusalén. Se dirigieron a la fortaleza de Masada, de la que se apoderaron, después de acabar con el reducido destacamento romano instalado en ella.

No era posible dejar que el incompetente procurador enfrentara la rebelión. Así es que el gobernador de Siria se trasladó a Cesárea, destituyó a Gestio Floro y, aunque desconocía la magnitud de la rebelión, se apresuró a enviar tropas a Jerusalén. Los soldados penetraron en Jerusalén, para encontrarse en medio de una emboscada y tuvieron que batirse en retirada. El destacamento romano fue perseguido por las fuerzas judías, que lo obligaron a presentar batalla y lo derrotaron. La noticia de la derrota romana se extendió por toda la nación judía. Únicamente había sido derrotado un cuerpo de ejército poco numeroso, pero a muchos judíos les hizo pensar que habían regresado los días de la gloria macabea. En Jerusalén se estableció un gobierno independiente, que convocó a la rebelión a todo el país.

Cuando Nerón fue informado de la situación en Judea, comprendió que se trataba de una rebelión importante, que había que detener a como diera lugar. Envío a Vespasiano, el mejor de sus generales, al frente de tres legiones. Con él regresó a Judea Herodes Agripa II. Vespasiano estableció su cuartel general en Antioquia, la capital de la provincia de Siria, desde donde inició el avance de sus tropas hacia el Sur. Galilea, en la parte más septentrional del territorio rebelde, fue la primera en recibir la embestida romana. Dirigía la defensa de la región un joven sacerdote llamado José ben Matatahu que, con sus hombres, se atrincheró en la ciudadela de Jotapata, próxima al mar de Galilea. Ahí resistió el asedio durante siete semanas, antes de rendirse. José fue uno de los pocos supervivientes que fueron hechos prisioneros por los romanos.

Durante el cautiverio se dio cuenta de la magnitud del ejército atacante y comprendió que la rebelión, tarde o temprano, sería aplastada. De modo que tomó la

decisión más conveniente: unirse a los romanos. José era un hombre ilustrado y conocía la leyenda de su homónimo, José el Soñador, que se ganó la confianza del faraón egipcio al adivinar su futuro, y trató de repetir la hazaña.

- Tú serás emperador de Roma - dijo a Vespasiano, en cuanto tuvo oportunidad de acercarse a él.

Para nadie era un secreto que todos los generales romanos aspiraban a convertirse en emperadores, de modo que José sólo le dijo a Vespasiano lo que deseaba escuchar. Pero fue suficiente para que, en lo sucesivo, el general lo tuviera entre sus allegados. A José ben Matatahu le pareció conveniente romanizar su nombre, y lo cambió a Flavio Josefo.

Después de arrebatar Galilea a los rebeldes, Vespasiano no siguió directamente al Sur, hacia Jerusalén, como esperaban sus enemigos. Se dirigió hacia el Mediterráneo, sometió a las regiones costeras de Judea, y estableció su nueva base de operaciones en Cesárea. En los primeros meses de 68, Vespasiano inició el avance hacia el interior de Judea. Fue ocupando una población tras otra, haciendo retroceder a los nacionalistas judíos, que inútilmente trataban de sustituir su notable inferioridad numérica, combatiendo fieramente contra un ejército no solamente más numeroso, sino además mejor armado y adiestrado. Durante el avance hacia Jerusalén Herodes Agripa II, que combatía al lado de los romanos, fue herido cuando atacaban la población de Gamala, aunque no de gravedad. Para el verano de ese año, sólo quedaban en poder de los rebeldes la ciudad de Jerusalén y algunas fortalezas.

De pronto Vespasiano detuvo la ofensiva. En Roma había estallado una revuelta contra Nerón, que no duró mucho, pues el emperador, al verse perdido, prefirió darse muerte él mismo, antes de caer en poder de sus enemigos. Como no quedaban herederos de la familia de Augusto, cualquier general, con apoyo de las legiones bajo su mando, podía acceder al trono imperial. Por ese motivo, Vespasiano había detenido la guerra, quedando a la expectativa del desarrollo de los acontecimientos en la metrópoli.

En el año 69 tres generales, tan ambiciosos como incompetentes, ocuparon el trono en forma sucesiva. Pero ninguno de los tres, Galba, Otón y Vitelio, logró mantenerse en el poder por más de uno o dos meses. Y luego, en julio de ese año, los ejércitos de Judea, bajo el mando de Vespasiano, y de Egipto, a las órdenes de su hijo Tito, proclamaron emperador, por supuesto que a Vespasiano. El todavía general Vespasiano abandonó Judea y se trasladó a Roma, para asegurar el poder. Entre sus acompañantes iba Josefo, cuya profecía estaba a punto de cumplirse. Y se cumplió. Para el año 70 Vespasiano había vencido a sus rivales y se convirtió en emperador. En Roma Flavio Josefo, al que el emperador le otorgó una pensión, se convirtió en historiador y escribió tres libros: La Guerra de los Judíos, Antigüedades Judaicas y una Autobiografía.

El hijo de Vespasiano, Tito, que tenía bajo su mando las legiones romanas de Egipto, se trasladó a Judea para continuar la campaña que había iniciado su padre. Los rebeldes reunidos en Jerusalén, habían tenido un respiro de casi dos años. Podría pensarse que utilizaron el receso para fortificar sus posiciones, reabastecerse de víveres, rearmarse y realizar otras acciones que mejoraran su situación defensiva. Sin embargo, no fue así. Durante ese tiempo, los moderados del partido aristocrático mantuvieron una prolongada lucha contra sus nuevos enemigos, los zelotas.

Los zelotas pertenecían a una secta fundada por Judas de Gamala, que rechazaba la autoridad de los romanos y proclamaba que los judíos debían negarse a pagar tributos a Roma. Al morir Judas, sus hijos Santiago y Simón continuaron al frente del grupo rebelde y en 46 dirigieron un desafortunado asalto a la guarnición de Séforis. Ambos fueron aprehendidos y condenados a muerte por el procurador Alejandro. Tras la derrota de Séforis, los zelotas supervivientes se refugiaron en Jerusalén, pero se negaron a aceptar la autoridad de Eleazar. En el inevitable enfrentamiento, los aristócratas triunfaron y los zelotas abandonaron la ciudad. Se trasladaron a la fortaleza de Masada, en la que los sicarios se habían instalado cuatro años antes.

Si los zelotas se hubieran tardado un par de semanas en salir de Jerusalén, no lo hubieran logrado, pues en mayo de 70, la debilitada ciudad fue puesta bajo sitio. El asedio que impusieron las legiones de Tito, duró sólo tres meses. Una tras otra, las murallas que protegían la ciudad fueron destruidas. Las tropas penetraron en Jerusalén y avanzaron hasta el Templo, en donde se habían refugiado los pocos rebeldes que quedaban con vida. El 28 de agosto del año 70, el Templo fue tomado y destruido. Habían transcurrido mil años desde que Salomón construyó el primer Templo, seiscientos años de la reconstrucción del segundo por los judíos que regresaron del cautiverio en Babilonia y menos de cien del tercero, el amplio y lujoso Templo que mandó construir Herodes el Grande.

Herodes Agripa II, el último rey de Judea, ya repuesto de la herida que sufrió en Gamala, regresó a una Jerusalén libre de rebeldes, aunque también semidestruida y escasamente habitada. Poco después llegó de Roma su hermana Berenice. Para Tito, la guerra en Judea había terminado. Las fortalezas que quedaban en poder de los facciosos, serían rescatadas por generales de menor categoría a la del hijo del emperador. De modo que ocupó su tiempo en cortejar a Berenice, viuda de su tío Herodes de Calcis y, tal vez, amante de su hermano Herodes Agripa II. Aunque ya no era muy joven, Berenice conservaba la suficiente hermosura para impresionar al general romano. Tito se enamoró de ella y la convirtió en su concubina. En el año 79 Tito heredó el trono imperial, tras la muerte de su padre, Vespasiano, y se llevó a Roma con él a Berenice.

Herodes Agripa II continuó ostentando el título de rey de Judea hasta el año 93, aunque el poder lo ejercían casi en su totalidad, los procuradores romanos. En los últimos veinte años del reinado nominal de Agripa II, a partir del año 73, el escaso poder que aun

tenía quedó totalmente anulado, al ser sustituidos los procuradores por los pretores, de mayor jerarquía. En 93, el último rey de la dinastía de Herodes abandonó Judea y se trasladó a Roma, en donde falleció siete años después.

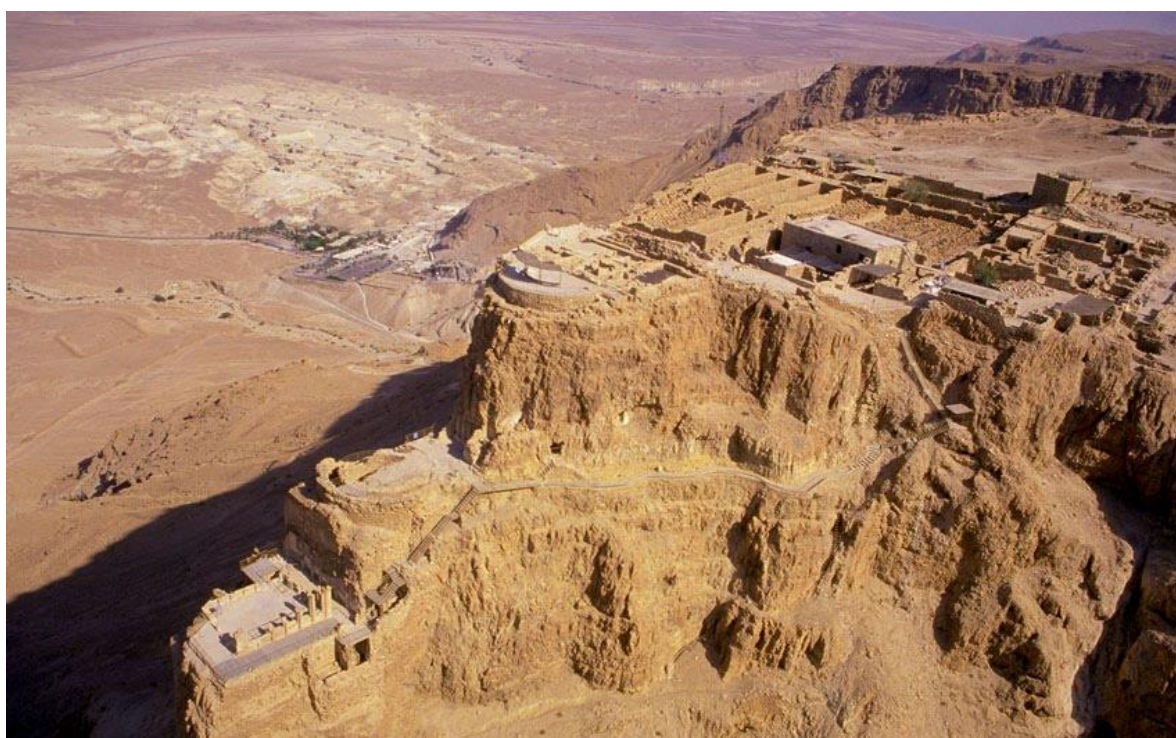
Cuando Tito dejó la guerra, para que la concluyeran sus generales, aun quedaban los rebeldes que se habían refugiado en las fortalezas de Herodión, Maqueronte y Masada. La fortaleza de Herodión, por su nombre, no deja duda de que fue construida por Herodes el Grande, mientras que Maqueronte, es muy posible que haya sido edificada por los macabeos, en la época que gobernaron Judea. El general Lucilio Baso ocupó estas dos fortalezas, sin que se tenga conocimiento de que haya tenido grandes dificultades para lograrlo. Poco después, Baso falleció y Tito nombró al también general Flavio Silva para que se encargara de acabar con el último refugio de la resistencia.

Se cree que la fortaleza de Masada, cercana al mar Muerto, fue construida por Alejandro Janeo, pues se han encontrado en ella monedas con su efigie. Pero Herodes el Grande realizó obras de tal magnitud en el antiguo emplazamiento, que cambiaron por completo sus características. Entre Masada y cualquiera de las otras fortalezas de la región, existían diferencias abismales. Su ubicación en la cima de un acantilado de altura considerable, en una meseta a la que rodean profundos barrancos, la vuelve prácticamente inexpugnable.

A lo largo de su reinado, Masada fue transformada por Herodes. Sin que dejara de ser una ciudadela militar, la acondicionó como una lujosa residencia real. En la primera fase de la remodelación, en 35 a.C., las obras consistieron en la construcción, en la elevada meseta, de un gran palacio para el rey y su familia; otro palacio para sus invitados; unas termas de estilo romano; un edificio administrativo y un gran almacén. En la segunda etapa de la remodelación de Masada, realizada entre 26 y 22 a.C., Herodes levantó un nuevo palacio que sustituía al construido en la etapa anterior y lo superaba en magnificencia, con una terraza volada hacia el abismo, más otros dos palacios a alturas intermedias, ambos también con un amplio balcón hacia el precipicio. En la ladera oeste de la montaña, excavó doce enormes cisternas, con capacidad de hasta 4,000 metros cúbicos, que eran reabastecidas, mediante un sistema hidráulico, por el agua de las lluvias estacionales. La tercera fase constructiva tuvo como principal objetivo reforzar la defensa de la fortaleza. Construyó una muralla de 1,400 metros de perímetro y 37 torres de vigilancia. En varias ocasiones Masada fue utilizada por Herodes como sitio de descanso, aunque también, en los momentos difíciles, fue el refugio de su familia.

En el año 66, los sicarios se habían apoderado de la fortaleza y, cuatro años después, llegaron los zelotas. La forma en que hayan podido convivir dos grupos tan agresivos en Masada, es un enigma. Ahí pasaron sin participar en la lucha, los días en que Jerusalén fue conquistada y el Templo destruido. Pero en el año 73, el general Flavio Silva, con la Décima Legión y seis cohortes auxiliares, inició el asedio de la fortaleza, con fama de

inconquistable. El experimentado general emprendió una obra de ingeniería militar de gran magnitud, que le llevó siete meses. Construyó una inmensa rampa de unos ciento cincuenta metros de altura máxima, con la que llegó al nivel de la meseta. Con sus máquinas de guerra en la parte superior de la enorme rampa, los legionarios pudieron atacar de frente a la muralla y a sus defensores. Con arietes abrieron amplios espacios en el frente de la muralla. La parte posterior del muro, constituida por una empalizada, fue incendiada mediante sucesivas andanadas de flechas encendidas. En cuanto fue abierta la entrada al recinto amurallado, los legionarios se lanzaron sobre los defensores, tan agresivos como pésimamente armados y escasamente organizados. La derrota de los rebeldes fue absoluta. El historiador Flavio Josefo afirma en sus escritos, que los zelotas que quedaban con vida, se arrojaron al precipicio antes que entregarse a los romanos.



La segunda rebelión, de 115 a 117

Los hechos que desembocaron en la segunda revuelta judía antirromana, tuvieron su origen en la decisión del emperador Trajano de romper la barrera que habían establecido los partos en la frontera entre Siria y Mesopotamia que impedían la expansión del territorio romano hacia el Oriente. Para evitar un fracaso más, como los de Craso y de Marco Antonio, en cuyas campañas contra los partos murieron decenas de miles de soldados romanos, Trajano movilizó a un gran número de legiones, aunque para ello tuvo que dejar desprotegidas las provincias de África del Norte. Pero eso no fue todo. Con el fin de asegurar su retaguardia, ocupó el territorio nabateo y dejó una legión en la importante ciudad de Palmira. En Judea también reforzó las defensas romanas pero, contrariamente a

lo que había ocurrido anteriormente, redujo considerablemente la tolerancia hacia las actividades religiosas. Entre otras limitaciones, prohibió la observancia del Shabat y el estudio del libro de la Tora, que contiene los cinco primeros libros de la Biblia. Estas medidas que iban en contra de los fundamentos del judaísmo, causaron una gran indignación entre los judíos, tanto a los que habitaban en Judea, como los que se encontraban fuera del reino.

Por fin en el año 113 el ejército romano, comandado por el emperador Trajano, inició la apabullante ofensiva contra los partos. En un corto periodo, conquistó Mesopotamia. En las ciudades de Babilonia y Susa, los miembros de las colonias judías que habían gozado de plena libertad religiosa, lo mismo bajo el dominio persa como el macedonio y, actualmente, el de los partos, no querían caer en poder de los intolerantes romanos, y lucharon codo con codo con los partos, hasta su derrota.

En algunas regiones alejadas del conflicto, como Cirenaica y Chipre, los judíos reaccionaron violentamente contra las prohibiciones decretadas por Trajano. En Cirene, la capital de la provincia romana de Cirenaica, la reacción de los judíos fue devastadora. Los barrios griegos fueron atacados, siendo destruidos los templos de Apolo y Artemisa, además del templo romano de Júpiter y el egipcio de Isis. La guarnición romana ahí establecida, fue aplastada. Según Dión Casio, un historiador que vivió en el siglo II de nuestra era, murieron 200,000 romanos, aunque estudiosos posteriores consideran exagerada esta cifra.

Pero aun cuando únicamente hubieran muerto la mitad o la cuarta parte de los romanos reportados por Casio, seguía siendo una cifra importante. Los triunfadores, conducidos por un líder de nombre Lucas, se dirigieron a Egipto y entraron en la ciudad de Alejandría. La defensa, organizada por el gobernador romano Marco Rutilo Lupo, fue superada y los templos paganos, egipcios, griegos y romanos, fueron destruidos.

Otro foco de rebeldía se presentó en la isla de Chipre, en donde los judíos, en cuanto se dieron a conocer las prohibiciones, se organizaron alrededor de un sacerdote de nombre Artemión, y realizaron una violenta insurrección que causó un gran número de muertes entre griegos y romanos.

El emperador Trajano tuvo que dejar sin protección algunas regiones, ahora de Hispania, para enfrentar las rebeliones. A Egipto y Cirenaica, envió un numeroso contingente al mando del prefecto Quinto Marcio Turbo. La total derrota de los rebeldes que actuaban en las dos provincias africanas, se logró hasta 117. En represalia por los daños causados durante el levantamiento, los bienes y las propiedades de los judíos fueron expropiados. Para la pacificación de Chipre, Trajano envió a la legión VII Claudia, que fue suficiente para restaurar el orden. Los rebeldes que no murieron en los combates, fueron ejecutados. A los judíos se les prohibió residir en la isla, bajo pena de muerte.

Después de la conquista de Mesopotamia, cuando Trajano continuaba la guerra contra los partos en Susa, en la meseta iraní, estallaron revueltas de los judíos establecidos en las ciudades mesopotámicas de Nisibis, Edesa y Seleucia. Exagerando la importancia de los levantamientos, el emperador ordenó que regresaran a la región conquistada dos legiones completas que combatían en Susa.

Era imposible que Judea se hubiera mantenido al margen de la rebelión. En Jerusalén, los hermanos Papo y Julián se manifestaron abiertamente en contra de la intolerancia de Trajano. Muy pronto se les unió un numeroso grupo de judíos, que cada vez se volvían más agresivos. El pretor de la provincia de Judea, sin conocer la magnitud de la protesta, movilizó a sus tropas. Pero los manifestantes estaban preparados y la guarnición que debía acallar sus protestas, fue derrotada. La victoria sobre los romanos de Jerusalén, tuvo como consecuencia la expansión de la revuelta por todo el territorio judío.

En el año de 117, toda la región había sido pacificada, con excepción de Judea. Trajano sustituyó al procurador incompetente y nombró gobernador de la provincia de Judea a uno de los generales que lo acompañaban en la campaña, Lucio Quieto. El nuevo procurador llevó a Judea tropas suficientes para aplastar la rebelión. Aprehendió a los hermanos Papo y Julián y a otros líderes, y a todos los mandó ejecutar. Poco después el emperador Trajano, que ya había ocupado Susa, enfermó y decidió regresar a Roma. Al pasar por Cilicia, en Asia Menor, su mal agravó y en agosto de 117, murió en la ciudad costera de Selinus.

Trajano fue sustituido en el trono imperial por Publio Elio Adriano. En 118 se descubrió una conspiración contra el emperador Adriano, encabezada por Lucio Quieto. Sin que hubiera habido un enjuiciamiento, fue condenado a muerte. En su lugar, Adriano envió a Judea a Atilio Aciano, que había sido su tutor. Por órdenes de Adriano, Atilio Aciano canceló las prohibiciones de Trajano y autorizó la reconstrucción del Templo de Jerusalén, lo cual tuvo como consecuencia un periodo de tranquilidad de más de quince años.

Pero de pronto la política de Adriano con respecto a los judíos, dio una vuelta de ciento ochenta grados. En 133 decidió construir una nueva ciudad en Jerusalén, a la que llamaría Aelia Capitolina, Aelia por el nombre de su familia y Capitolina, por el nombre de la colina romana en la que se encontraba el templo de Júpiter, a quien estaría dedicada la ciudad. Muchos judíos de Jerusalén perdieron sus casas, que fueron confiscadas para construir en su lugar edificios al estilo romano. Pero además, el emperador expidió un decreto por el cual se prohibió la práctica de costumbres ancestrales como la circuncisión y el respeto del sábado.

La tercera y última rebelión, de 133 a 135

En esos años el Sanedrín, una asamblea o consejo de sabios, que constituía la máxima autoridad religiosa judía, era presidida por el rabí Akiva. Al enterarse Akiva del

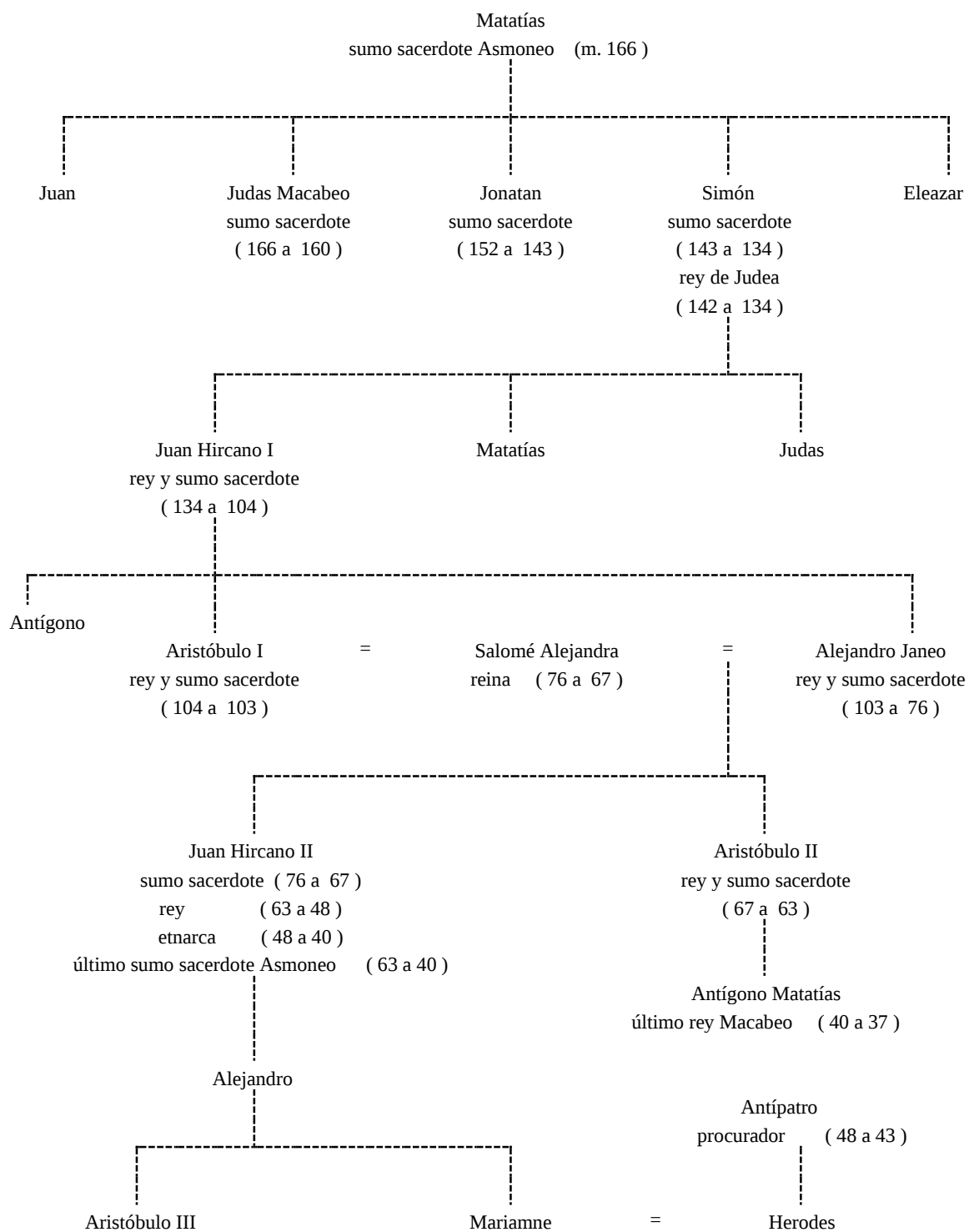
inaceptable decreto antirreligioso, consultó con el Sanedrín, y se decidió instauración un estado independiente de Roma. Akiva le encargó a Simón Bar Kojba la organización y dirección del ejército. Ante el evidente estallido de la una nueva rebelión, los romanos reforzaron sus defensas. A la Legión X Fretensis que se encontraba en Jerusalén, se agregó la Legión XII Deitoriana, que fue llevada de Egipto.

Contrariamente a lo que ocurrió en la primera rebelión anti romana, las fuerzas rebeldes de Bar Kojba mostraron una unidad absoluta en toda la nación judía. La décima legión fue derrotada y la doceava aniquilada. Ante las inesperadas acciones de los judíos, Adriano respondió con desproporcionada violencia. Envío a Judea doce legiones, de diversas provincias romanas, casi la mitad de los efectivos del Imperio. El poderoso ejército fue avanzando sobre todo el territorio, arrasando cuanta aldea o pueblo se encontraba a su paso. En 135 Bar Kojba perdió Jerusalén y se refugió, con lo que quedaba de sus tropas, en la fortaleza de Beitar. Los romanos la capturaron finalmente, después de aniquilar a sus defensores. De acuerdo con el historiador griego Dión Casio, en la reacción romana contra la segunda revuelta, fueron eliminados 580,000 judíos, además de que fueron devastadas 50 poblaciones de mediana importancia y 985 aldeas.

Para el emperador Adriano, la considerable mortandad de judíos y la destrucción de sus poblados, no fueron suficientes para vengar las dos legiones que fueron aniquiladas y decidió hacer desaparecer todo vestigio del pueblo judío y de sus tradiciones. En el mismo año de 135 en el que concluyó la tercera rebelión, los romanos arrasaron Jerusalén y en su lugar construyeron, ahora sí, la nueva ciudad de Aelia Capitolina. De las tres reconstrucciones del Templo de Salomón, únicamente quedó en pie un muro de la segunda, la que realizaron los judíos a su regreso del exilio en Babilonia. El muro sigue en su sitio hasta la actualidad y continúa siendo motivo de veneración.

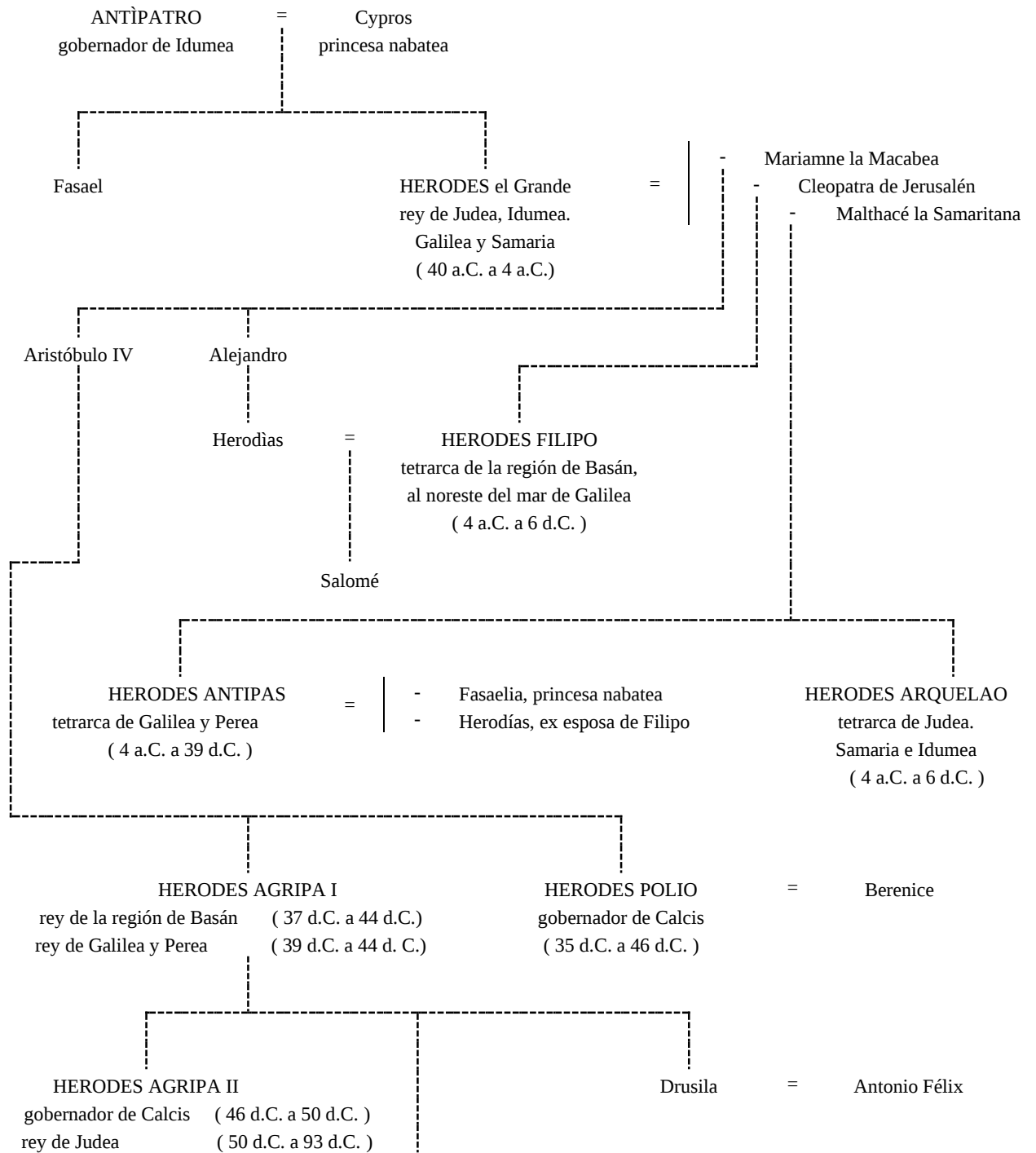
Además, Adriano unió a las antiguas entidades políticas de Judea, Galilea y Samaria, y formó una nueva provincia. Para la recién creada provincia, escogió el peor de los nombres que se le pudo haber ocurrido: la llamó Palestina, como si se tratara de la tierra de los filisteos, los históricos enemigos de los judíos. No quedaba nadie para oponerse. Los judíos que no murieron por las armas de las legiones y los que no lograron escapar de la región, fueron esclavizados por los romanos.

LA DINASTÍA MACABEA



Todas las fechas son anteriores a Cristo.

LA FAMILIA DE HERODES



! = Flavio Vespasiano Tito

JULIO CÉSAR, CLEOPATRA Y MARCO ANTONIO

**LA REINA DE EGIPTO INTENTÓ SALVAR LA INDEPENDENCIA
DE SU NACIÓN, FORMANDO CON SUS DOS AMANTES ROMANOS
UN DRAMÁTICO TRIÁNGULO DE AMOR Y DE MUERTE.**

JULIO CÉSAR

Virgilio, un notable poeta contemporáneo de Julio César, en su poema La Eneida narra como Ascanio, hijo de Eneas y por lo mismo nieto de la diosa Venus, al convertirse en fundador y primer rey de Alba Longa, cambió su nombre de Ascanio a Iulo. Este Iulo, de ascendencia divina, fue el origen de la familia Julia, la gens Julia, a la que pertenecía Julio César. En la época del nacimiento de Julio César, la familia no pasaba por uno de sus mejores momentos, y quienes pertenecían a ella podían presumir de notable prosapia, aunque no de grande ni mediana fortuna.

Cayo Julio César nació el día 13 del mes *Quintilis* del año 653 a.u.c (*ab urbe condita*, es decir, a partir de la fundación de Roma). Hacia el final de su vida, César estableció el calendario juliano, con tres años de 365 días y un cuarto año, llamado bisiesto, de 366 días, con lo que corrigió el error de un cuarto de día que se cometía cuando todos los años eran de 365 días. En honor del creador del calendario, el mes *Quintilis* cambió su nombre a Julio. Pero habrían de pasar más de 600 años, desde el nacimiento de César, para que un historiador del Vaticano, Dionisio de Escitia, encontrara que Cristo había nacido el año 753 a.u.c. Con este dato, todos los acontecimientos anteriores y posteriores a este hecho, empezaron a fecharse como anteriores y posteriores a Cristo. Independientemente del atraso con el que entró en vigor el calendario cristiano, lo utilizaremos en todas las fechas que en lo sucesivo se anotan en el presente escrito. Además, en vista de que todos los hechos que se narran en este escrito, son anteriores a Cristo, suprimiremos la anotación a.C., por repetitiva e innecesaria. Bajo estas circunstancias, podemos decir que Julio César nació en el año 100.

César estuvo emparentado con algunos de los hombres más influyentes de su época. Su tío Cayo Mario era un líder del Partido Popular que, a su regreso de Hispania, en donde luchó al lado de Escipión el Joven, fue designado *cuestor* (magistrado encargado de las finanzas) por el Senado. Mario debía acompañar al joven conservador Lucio Cornelio Sila, que acababa de ser nombrado *cónsul* (magistrado que compartía con un colega, por un año, el poder supremo) y enviado a Numidia, en el norte de África, a someter al rebelde rey Yugurta. No obstante la gran diferencia de personalidades, Mario de origen modesto y Sila, un aristócrata terrateniente, pudieron actuar coordinadamente y Yugurta fue derrotado. A su regreso a Roma, los partidarios de cada uno de ellos se disputaron el mérito del triunfo.

Pero no había tiempo para disputas personales o partidarias. Dos tribus germanas, los teutones y los cimbrios, amenazaban con invadir la península italiana y Mario debía salir a enfrentarlas. Mario, contrariando las normas que regían a las legiones desde su creación, incorporó al ejército a voluntarios procedentes del proletariado. Esto le permitió llevar al norte de la península a un numeroso ejército, con el que derrotó a ambas tribus; a

los teutones en el Ródano, y a los cimbrios en el Piamonte. Mario, el tío de Julio César, continuó durante varios años su extraordinaria carrera político-militar, hasta su fallecimiento en el año 86.

Los funerales de Cayo Mario, como ex líder del Partido Popular, fueron muy concurridos, sin embargo, los amigos más cercanos del difunto dispusieron de un lugar privado para ellos. En él se encontraron, entre otras familias, la de Julio César y la de Lucio Cornelio Cinna. Cinna era un político y militar amigo de Mario y, por lo mismo, enemigo de Sila. Cuando la gravedad de Mario lo obligó a dejar el liderazgo del Partido Popular, fue sustituido por Cinna. Y a partir de ese momento, la enemistad de Sila se transformó en odio. Cinna llegó acompañado de su esposa y de su pequeña hija, Cornelia.

- Con esa mujer me voy a casar - le dijo César a su madre. Su padre, gravemente enfermo, no pudo asistir a los funerales.
- ¿De cuál mujer estás hablando César? - preguntó Aurelia -. Cornelia es una niña de doce años. Y tú, con tus catorce años, eres demasiado joven para hablar de matrimonio.

Aurelia no le dio importancia al comentario de César. En ese momento su preocupación se centraba en la delicada salud de su esposo, que falleció menos de un año después. César no había quitado el dedo del renglón. En el año 84, con dieciséis años de edad, contrajo nupcias con Cornelia Cinnilla, de catorce. En ese mismo año en el que se casó su hija, Cinna murió en Ancona, en la costa adriática de Italia, cuando trataba de sofocar una rebelión contra el reclutamiento forzoso, que él mismo había promovido.

Con Mario y Cinna fallecidos, Sila no tuvo oposición para convertirse en dictador, es decir, gobernante único con poderes extraordinarios. Investido del poder que le daba el cargo, ordenó a César que se divorciara de la hija de su enemigo recién fallecido. Julio César recibió la orden del dictador cuando acababa de nacer su hija Julia, y se negó a obedecerla. Pudo haber sido encarcelado y hasta ejecutado por su rebeldía, pero gracias a las gestiones de su aristocrática, aunque empobrecida, familia, Sila suavizó el castigo y lo envió a Asia Menor. Debía ponerse a las órdenes de Marco Minucio Termo que combatía, sin éxito, a Mitridates VI, rey del Ponto. El nombre de Mitridates, que en la mitología zoroástrica significa el don de Mitra, el don del Sol, era muy común entre los gobernantes de los reinos asiáticos. Mitridates había invadido la provincia romana de Asia y Termo no había sido capaz de expulsarlo de ella. En 78, Termo fue sustituido por Lucio Licinio Lúculo y obligado a regresar a Roma. Debía dar al Senado explicaciones por su fracaso, pero no tuvo necesidad de hacerlo. Sila acababa de fallecer y los senadores dedicaban su tiempo y sus atenciones a preparar el funeral.

Julio César, que había regresado con Termo, pasó un par de años en Roma, con su esposa y su hija. Pronto se dio cuenta de que si quería progresar en la política, necesitaba

dominar la oratoria. Durante su niñez y aun después de casado, había recibido clases de retórica con Marco Antonio Gnifón, especialista en literatura griega y latina.

- Si lo que realmente quieres, es perfeccionarte en oratoria, deberás viajar a Rodas
- le aconsejó Gnifón -. En Rodas está la mejor escuela de retórica y filosofía.

César volvió a dejar a Cornelia y a Julia con su madre, y se trasladó a Rodas. Se inscribió en la famosa escuela y permaneció en ella hasta el año 69. En este año regresó a Roma para asistir a los funerales de su esposa.

Al siguiente año al de la muerte de Cornelia, César fue nombrado *cuestor* en Hispania Ulterior, los actuales Portugal y Andalucía, a donde marchó acompañado de su segunda esposa Pompeya. Pompeya era hija del magistrado Quinto Pompeyo Rufo, a su vez tío en segundo grado de Cneo Pompeyo, cuya vida política, militar y familiar habría de estar muy relacionada con la de Julio César.

Mientras tanto en Asia Menor, Lucio Licinio Lúculo iniciaba su campaña con éxitos importantes. Invadió Bitinia y Cirene y las incorporó a la República. A continuación se dirigió a la provincia romana de Asia, y expulsó de ella a Mitridates VI. Mitridates era un nombre bastante común entre los gobernantes del Oriente. Lúculo persiguió a Mitridates VI en el Ponto y lo obligó a refugiarse en Armenia, bajo la protección de su yerno Tigranes II. El general romano continuó la lucha en Armenia, y en la batalla de Tigranocerta derrotó a Mitridates y a Tigranes.

En su precipitada huida, Tigranes abandonó su tesoro y a las mujeres de su harén. Y decidió rescatarlos, para lo cual organizó una tropa de 6,000 jinetes, que él mismo encabezó. Se pudo llevar a las mujeres, pero del cuantioso tesoro no encontró una sola joya. Lúculo se había encargado de ponerlo a buen resguardo. El victorioso general romano intentó perseguir a los reyes en la región montañosa del Cáucaso, pero sus soldados, a los que el comandante no hizo partícipes ni siquiera de una pequeña parte del cuantioso botín, se negaron a obedecerlo. Ante la insubordinación, que amenazaba convertirse en motín, Lúculo cambió de planes y se retiró hacia Capadocia.

Las noticias de la pérdida de autoridad de Lúculo llegaron a Roma y el general romano fue destituido y obligado a regresar a la metrópoli. En Roma distribuyó en forma adecuada una porción de su cuantioso tesoro, y de este modo pudo adjudicarse la mayor parte de las riquezas sustraídas en Tigranocerta. Lucio Licinio Lúculo se mandó construir un palacio en el monte Pincio, al norte de la colina Quirinal, en el que pasó el resto de su vida dedicado a la buena vida y a promover el arte. A Cneo Pompeyo le correspondió continuar la interrumpida guerra del Ponto.

Dos años antes de que Pompeyo sustituyera a Lúculo en la guerra del Ponto, César había regresado de Hispania para recibir el cargo de *edil*.

- No creo que haya sido una buena decisión haber dejado tu cargo en Hispania, que te daba buenos ingresos, para que te nombraran *edil* - comentaba Pompeya con César -. Es cierto que tenemos una amplia casa en el Foro, y que participas de los ingresos de la operación de los templos, pero tú sabes que esos ingresos no son suficientes para cubrir los gastos que realizas en los festejos que estás obligado a organizar. Eso sin contar las costosas comilonas a las que, con frecuencia, invitas a los políticos prominentes. Cada día estamos más endeudados y vamos a terminar en la ruina.
- Ten calma Pompeya, el cargo de *edil* es sólo un escalón, por el cual es necesario pasar, para ir ascendiendo hacia los puestos de verdadera importancia en la política de la República. Me doy cuenta de que el cargo genera más gastos que ingresos y por ello voy a procurar que dure el menor tiempo posible. Por otra parte, con esas que tú llamas “costosas comilonas”, me estoy ganando los votos que necesito para alcanzar el siguiente peldaño.

César no se equivocaba. En 63 falleció el presidente del Colegio Pontificio, y Julio César fue elegido para sustituirlo, derrotando a Cátulo, a quien apoyaba la poderosa facción aristocrática. El *pontífex máximus* era la máxima autoridad religiosa en Roma y para casi todos los que llegaban a ser elegidos, constituía la culminación de sus ambiciones. Para César fue únicamente un ascenso importante, nada despreciable por supuesto, pero su mira estaba en los altos cargos de la vida civil, a los que pronto empezaría a tener acceso.

Como presidente del Colegio Pontificio, debía organizar varias festividades religiosas, algunas de ellas en su propia casa. En una de ellas, la fiesta nocturna de la Bona Dea, la diosa de la fertilidad y de la salud, que era exclusiva para mujeres, una sirvienta se dio cuenta de la presencia de un hombre, disfrazado de mujer. La criada abandonó la sala y se dirigió a las habitaciones privadas de César.

- Señor - le dijo -, perdona mi atrevimiento, pero debo informarte que hay un intruso en la reunión.

César descubrió de inmediato a Publio Clodio, a quien se le acusó de ser amante de Pompeya. No obstante que el adulterio no se pudo probar y que los acusados fueron absueltos, el pontífice repudió a su mujer.

- La esposa de César no sólo debe ser honesta, también debe parecerlo - explicó.

Algunos meses después del incidente, César fue enviado una vez más a Hispania Ulterior, sólo que ahora iba con mayor autoridad. Había sido nombrado *pretor*, que era el peldaño inmediatamente anterior al de *cónsul*. En Hispania realizó una labor significativa, en beneficio de Roma y en el suyo propio. Incrementó los ingresos al erario público y reorganizó las legiones asignadas a la región que tenía a su cargo, lo cual le permitió ejercitar su capacidad de mando al frente de un ejército numeroso. Aunque, de paso,

también fortaleció su fortuna personal, con lo que sus deudas prácticamente quedaron saldadas.

Por esos años, el personaje más influyente en el Senado, por su considerable fortuna y por su reciente triunfo en la guerra contra los esclavos de Espartaco, era Marco Lisinio Craso. Craso había reunido un modesto capital en Hispania y lo hizo crecer realizando préstamos a familias notables que, por los vaivenes de la política, habían perdido sus fortunas. Aprovechando las proscripciones decretadas por Sila, que permitían al acreedor apoderarse de las propiedades sus deudores, cuando no recibía el pago oportunamente, se convirtió en uno de los hombres más ricos de Roma y, poco después, en un político preponderante. Cuando César regresó de Hispania, Craso lo llamó para que le ayudara a dirigir la política del Estado.

La importancia de Craso, sólo era comparable a la de Cneo Pompeyo, con quien Craso llevaba una buena relación, desde que recibió su apoyo para lograr la derrota sobre Espartaco. Pompeyo había sido enviado por el Senado a Asia Menor, a continuar la guerra que Lúculo, por su ambición, había dejado inconclusa. En cuanto llegó a Asia Menor, Pompeyo se dirigió a Capadocia, en donde pudo confirmar las buenas relaciones del rey Ariobarzanes III con Roma. Lo cual significaba que el monarca enviaba oportunamente a la metrópoli los tributos que le correspondían. La campaña de Pompeyo continuó exitosamente, con la derrota de Mitridates VI en el Ponto. Mitridates huyó al Bósforo, al nororiente del mar Negro, dejando en la ciudad de Sinope un cuantioso tesoro, que Pompeyo se apresuró a recoger. En los siguientes quince años, el Ponto quedaría sujeto a la autoridad del rey de Galatia, a su vez súbdito de Roma.

El éxito de Pompeyo continuó en Armenia, al derrotar a Tigranes II, que falleció en el combate. Artavasdes II, el hijo de Tigranes, juró fidelidad a Roma y Pompeyo lo colocó en el trono de su padre fallecido, en calidad de rey súbdito. En ese tiempo, la zona costera del sur de Anatolia se había convertido en la guarida de los piratas del Mediterráneo Oriental. Cneo Pompeyo cayó sorpresivamente sobre ellos, ejecutó a un centenar y expulsó a los demás. Tras la liberación del territorio, Cneo Pompeyo decidió que recuperara su antiguo nombre, y lo llamó provincia romana de Cilicia.

Con la derrota de Mitridates y Tigranes y la incorporación de Cilicia a la República, había concluido la misión que el Senado encomendó a Pompeyo. Sin embargo, siguió adelante con la invasión de Siria. Antioco XIII, el último rey del, en otro tiempo, poderoso Imperio Seléucida, entregó el territorio sin una gran resistencia. Al Oriente de Siria estaban los partos, principales causantes de la caída del imperio greco sirio o Seléucida, y al Sur se encontraba el reino de Judea. Pompeyo se estableció en Antioquía, para descansar y dar asueto a sus tropas.

En ese tiempo, en el reino de Judea había estallado una guerra civil entre dos miembros de la dinastía Macabea, y uno de ellos llamó en su auxilio a Pompeyo. El general romano quedó encantado de que le dieran un pretexto para intervenir en Judea, y acudió al llamado con su ejército. En cuanto llegó a Jerusalén, sin importarle quién había solicitado su ayuda, puso fin al conflicto, pero también acabó con la dinastía gobernante. A uno de los contendientes lo envió exiliado a Roma y al otro lo dejó como sumo sacerdote, carente autoridad civil. Al frente del gobierno judío colocó al idumeo Antípatro, de indudable filiación pro romana.

Pompeyo regresó a Roma y fue recibido como un héroe. Además de las provincias que incorporó al imperio, traía con él el tesoro que Mitridates VI dejó en Sinope. Los tesoros con los que el general romano llegó a Roma, eran comparables a los que había llevado Lúculo unos años antes, sólo que en vez de apropiárselos, los puso a disposición del erario de la República, ganando en prestigio lo que perdía en riqueza. Desde ese momento se le empezó a llamar Pompeyo Magno.

Las tertulias en la casa de Craso, en las que uno de los principales invitados era Julio César, generalmente se prolongaban en reuniones privadas de los dos políticos, en las que discutían las estrategias para controlar al Senado, en pugna permanente con el influyente partido aristocrático. Cuando Pompeyo regresó a Roma, se incorporó a las veladas, y también a las juntas, que ahora reunían a los tres políticos. Craso, Pompeyo y César constituyeron una sólida unidad política, prácticamente invencible en el Senado. Poco después, César se casó con Calpurnia, hija de Lucio Calpurnio Pisón, un político muy cercano a Pompeyo, y Julia, la hija de César, de 23 años, se unió en matrimonio a Pompeyo, que le doblaba la edad.

EL PRIMER TRIUNVIRATO

Las ligas matrimoniales reforzaron la unión política de Pompeyo y César, quienes con Craso, formaron el Primer Triunvirato. Sin tomar en cuenta al Senado, los triunviros se repartieron el poder. El banquero Craso, que era el más influyente por su fortuna, pidió que se le asignara el control de Asia Menor y el gobierno de Siria. Además, gobernaría todos los países que lograra conquistar, más allá del Éufrates. Craso quería emular a Alejandro Magno, conquistando los territorios orientales. Acostumbrado a salvar obstáculos por medio de su fortuna, no le venía a la mente que, lo que necesitaba para realizar la hazaña que se proponía, era el genio militar de Alejandro, del cual carecía. Otro de los triunviros, Pompeyo, tendría a su cargo las provincias orientales, Hispania entre ellas, aunque permanecería en Roma, para ejercer el poder en representación del Triunvirato. Además, se propuso poner orden y paz en la capital y en las principales ciudades italianas, en las que se enseñoreaban las bandas de antiguos esclavos o gladiadores, convertidos en delincuentes, que habían quedado como un resabio de la reciente guerra de Espartaco. El más joven y el

de menos poder de los integrantes del triple gobierno, Julio César, debía conformarse con el gobierno de Iliria y la Galia Cisalpina.

- No debes sentirte defraudado César - le comentaba Craso -. Te corresponde gobernar la región del norte de Italia situada entre los Alpes y los Apeninos, en la que se ubica el fértil valle del Po. Sus habitantes son galos romanizados que han aprendido a trabajar con eficiencia las ricas tierras del valle. Bien administrados los impuestos derivados de la producción agrícola, te permitirán reunir una fortuna nada despreciable.

César no estaba en condiciones de discutir con los otros dos triunviros, y aceptó la gubernatura de la “pequeña” provincia que le habían asignado. Pero él ambicionaba algo más importante, algo que impulsara su carrera política a mayores alturas. Y lo obtuvo. En 59 falleció el cónsul Quinto Cecilio Metelo Celer, presumiblemente envenenado por su esposa Clodia, y César, con el apoyo financiero de Craso, que estaba por salir hacia el Oriente, logró ocupar el consulado vacante.

LA GUERRA DE LAS GALIAS

César no se conformó con el consulado, cuya vigencia duraba sólo un año. Con el dinero que puso a su disposición Craso, distribuido de manera adecuada, convenció a los senadores de que lo nombraran *procónsul*, que era la prolongación del consulado fuera del periodo ordinario, y que podía durar hasta cinco años, prorrogables por otros cinco. El proconsulado lo ejercería en las regiones de Galia Cisalpina, Galia Trasalpina, e Iliria (homónimo del reino situado al norte de la península helénica, vecino de Macedonia y de Epiro).

Como *procónsul* romano, era el general en jefe de las tropas establecidas en la provincia, pero además tenía a su cargo la administración pública y la justicia. Era un gobernador con amplias facultades. Como general en jefe, César tenía bajo su mando directo cuatro legiones, la VI, la VIII, la IX Hispana y la X. Contaba, para la operación de las legiones, con un grupo de *legados* o lugartenientes de su absoluta confianza: Además de sus primos Lucio Julio César y Marco Antonio, estaban Tito Labieno, Décimo Junio Bruto, Cayo Trebonio, Aulo Hircio y Quinto Tulio Cicerón, todos ellos militares experimentados.

La Galia Trasalpina era un extenso territorio que iba de los Alpes al Canal de la Mancha y del Rin al Atlántico. En un mapa de la Europa actual, abarcaría las naciones de Francia y Bélgica y la parte de Alemania situada al poniente del Rin. La Galia Trasalpina estaba habitada, principalmente, por galos de origen celta. Los galos del Norte no se consideraban súbditos de Roma, pero aceptaban la autoridad del gobernador romano, especialmente cuando les resultaba conveniente. Los habitantes de la Galia Cisalpina, en el sur de los Alpes, también eran galos, sólo que éstos sí estaban oficialmente sometidos a la República. El enorme territorio que colindaba con las dos Galias, es decir, toda la parte de

Europa situada al oriente del Rin y al norte del Danubio, hasta los mares Báltico y Negro, se encontraba habitada por un gran número de tribus, a las que los romanos identificaban con el nombre común de germanos. A la región, por supuesto, le dieron el nombre de Germania.

Pocos meses después de haber llegado a la Galia Trasalpina, César tuvo su primer encuentro. Los helvecios constituían un pueblo celta que se había quedado en Germania, sin pasar a la Galia. Al finalizar el siglo II, los helvecios ocupaban una zona montañosa a la que le dieron nombre, Helvecia, situada al oeste de la actual Suiza. Los ríos Soane y Ródano, al pie de las montañas, constituían su frontera con la Galia. En el año 58, tal vez por presiones demográficas o en busca de tierras más fértiles, un numeroso grupo de helvecios intentó cruzar el Ródano. César, respondiendo a las quejas de los alobroges ahí establecidos, les negó el paso y mandó quemar el único puente sobre ese río que podía serles útil. Los helvecios cambiaron de rumbo y cruzaron el río Soane, invadiendo el territorio de los eduos. Ahora fue esta tribu la que solicitó el auxilio de Julio César quien, con tres legiones, se enfrentó a los helvecios en el río Soane, obligándolos a retirarse hacia el oriente. En un segundo intento por invadir la Galia, los helvecios llegaron hasta Bibracte, la capital de los eduos. Ahí se encontraron nuevamente con las legiones romanas, que les causaron una derrota definitiva. Más de la mitad de helvecios que habían iniciado la invasión, no lograron regresar a su territorio.

En el mismo año de la invasión helvética, ocurrió el segundo enfrentamiento importante de César. Este encuentro lo tuvo con los suevos, una tribu germana liderada por Ariovisto. Antes del arribo de César a la Galia, el germano Ariovisto había intervenido en una guerra entre galos. Ayudó a los arvernos y a los secuanos a derrotar a sus rivales los eduos, permitiéndoles apoderarse de una gran parte de su territorio, que según ellos les pertenecía. Del territorio conquistado o recuperado, tomó la región de Alsacia para sí y para los suyos. Cuando Julio César llegó a la Galia, Ariovisto había sido reconocido por el Senado romano, como “rey amigo”. Sin embargo el gobernante germano, abusando de su aparentemente buena relación con Roma, empezó a extender su territorio a costa de sus antiguos rivales, los eduos, y a poblarlo con nuevas migraciones germanas.

En el año 58 Diviciaco, un importante príncipe eduo, se quejó ante César del expansionismo de Ariovisto y le pidió que protegiera a su pueblo de la invasión y del acoso de que era víctima por parte de las tropas del líder germano. César sabía que Ariovisto contaba con el beneplácito del Senado, aunque también los eduos eran aliados de Roma. Sin embargo, lo que más preocupaba a César, era la creciente migración germana a la Galia. Antes de dar paso a una acción bélica, César envió embajadores a Ariovisto para convocarle a una conferencia. Pero Ariovisto rechazó la convocatoria.

- Díganle a César que si quiere hablar conmigo, que venga personalmente a buscarme.

Julio César mandó una vez más a sus embajadores, ahora con una exigencia directa.

- El *procónsul* Julio César te previene para que detengas la expansión germana a costa de los eduos y evites el maltrato que este pueblo recibe de los invasores. César reconoce la condición de “rey amigo” que te ha dado el Senado romano, pero si quieres conservarla, deberás acatar sus instrucciones.
- Así es que ahora los romanos me vienen a enseñar cómo debo comportarme en los territorios que he conquistado. ¿Pues qué ellos no actúan como amos y señores en las regiones que invaden? Digan a César que se ocupe de sus asuntos y deje de defender a los cobardes eduos.

La respuesta arrogante de Ariovisto y la noticia de que un gran número de suevos estaban a punto de cruzar el Rin, no dejaron a Cesar otra opción que someter a Ariovisto, y envió dos de sus legiones a Alsacia. Las dos legiones se encontraron con el ejército germano en la región montañosa de los Vosgos. El principio de la lucha resultó desfavorable para los romanos, que fueron cercados por las numerosas tropas enemigas, que ya los estaban esperando. César se apresuró a enviar las otras dos legiones a la zona del combate. El ataque en dos frentes, con una notable superioridad numérica de los romanos, estaba causando un creciente número de bajas entre los germanos, y Ariovisto decidió rendirse. Al ser derrotados, los suevos, incluyendo al propio Ariovisto, fueron obligados a trasladarse al lado oriental del Rin.

Los siguientes años en los que César ejerció el proconsulado en la Galia septentrional, se distinguieron por el sucesivo sometimiento de un buen número de tribus rebeldes. En el Norte, en la actual Bélgica, venció a una coalición formada por los eburones, los belóvacos y los belgas. En la península de Armórica, actualmente península de Bretaña, aplastó un levantamiento antirromano de una confederación de tribus, encabezada por los vénetos. Regresó al nororiente de Bélgica, para expulsar a dos tribus germanas, los usipetes y los tenteros, que habían cruzado el Rin y se habían establecido en las márgenes del Mosa.

En la gran isla que se encuentra frente a la costa norte de la Galia, habitaban los britanos. Los britanos y los belgas, ambos de origen celta, llevaban una buena relación, principalmente comercial, a través del canal del Norte, actualmente de la Mancha. César no podía correr el riesgo de que esta relación se transformara en una liga contra los romanos. Para ello, cruzó el canal con ochenta buques. En la isla, a la que por el nombre de las tribus que encontró, llamó Britania, César no consideró necesario llevar a cabo ninguna acción bélica. Únicamente, antes de regresar al continente, ordenó a sus tropas que realizaran una impresionante escaramuza, como demostración de fuerza.

En el año 53, Julio César tenía prácticamente dominada toda la Galia. Sin embargo, un suceso ocurrido en el otro extremo del mundo romano, haría cambiar esta situación de

triunfo del *procónsul*. El hecho desafortunado sucedió en la alta Mesopotamia, en donde las legiones romanas que conducía el triunviro Craso, fueron destrozadas por los partos.

En cuanto llegó a Siria, Craso llevó a cabo varias exitosas incursiones en el territorio parto, próximo a la frontera siria. Estos modestos triunfos le dieron confianza y se decidió a emprender una ofensiva en gran escala, con la que esperaba obtener una victoria contundente. Tenía intenciones de atacar Ctesifonte, la capital de los partos. Entraría por la alta Mesopotamia con un poderoso ejército, con el que iría barriendo la resistencia que encontrara a su paso. Después bajaría por el río Tigris, para poner sitio a Ctesifonte. Con las máquinas de guerra que llevaba, pondría sitio a la capital del reino parto, esperando ocuparla en un corto tiempo.

Craso salió de Siria al frente de un ejército de 45,000 hombres. Su guía árabe le recomendó descender de la alta Mesopotamia por el río Éufrates, en donde encontraría el apoyo de algunos destacamentos romanos establecidos a lo largo de su curso. Atendiendo la recomendación, llegó a los extensos meandros del río Baliso, afluente del Éufrates. En este lugar, próximo a la ciudad armenia de Carrhae, lo esperaba un regimiento de caballería formado por arqueros, principalmente, y un segundo grupo de hombres armados con lanzas, hachas o espadas. Según Plutarco, el regimiento parto apenas llegaba a 10,000 jinetes. Tal vez fueron más de 10,000, pero de cualquier modo eran mucho menos que los romanos. La afirmación del guía de que en la región había guarniciones romanas era cierta. Estaban ahí para evitar la irrupción de los partos al reino de Armenia, aliado de Roma. Pero los reyes de Partia tenían compradas a las legiones, y las tropas partas se paseaban por el territorio armenio como por su casa.

En el encuentro de Carrhae, Craso tenía lo necesario para derrotar a los asiáticos, menos experiencia. Después de su triunfo sobre Espartaco, que logró con la ayuda de Pompeyo, Marco Lisinio Craso no había vuelto a tomar las armas. Durante los últimos dieciocho años se había dedicado al agio y a la política, y ahora estaba al frente de un ejército de más de cuarenta mil soldados. Lo acompañaban, el experimentado general Cayo Casio Longino, cuyas recomendaciones jamás tomó en cuenta, y su propio hijo Publio Lisinio Craso, a quien dejó al frente de la caballería.

Desoyendo la opinión de Longino, Craso el viejo avanzó con la infantería en una compacta formación, sobre la que, en un momento dado, cayeron decenas de miles de flechas, lanzadas por los jinetes orientales. Longino exigía desesperadamente a Craso que dispersara las tropas, para lo cual disponía de un amplísimo espacio. Pero el comandante general no le hacía caso. “Con esta formación vencí a Espartaco y con ella derrotaré a los partos”, era su respuesta. Con la intención de contrarrestar el ataque, el joven Craso se abalanzó con toda la caballería contra los jinetes - arqueros, causantes de la masacre, pero fue recibido por un reciente número de flechas, y el encuentro entre las dos caballerías ni siquiera se llegó a dar. Publio y una gran parte de sus hombres quedaron en el campo de

batalla. Con su ejército destrozado, Marco Lisinio Craso fue hecho prisionero y después, decapitado. Se dice que su cabeza le fue llevada, como trofeo, al rey Orodes I, quien ordenó que le vaciaran en la boca el oro fundido de una copa.

- Te damos, después de muerto, lo que más amaste en la vida - sentenció Orodes.

Según el historiador Plutarco, cuyas cifras siempre hay que tomar con reservas, en la batalla de Carrhae murieron más de 20,000 soldados romanos, 4,000 quedaron heridos y 10,000 fueron capturados. Al cuartel general de Antioquía regresó menos de la cuarta parte de los 45,000 hombres que habían salido. Las bajas de las tropas partas fueron mínimas.

La insólita noticia se extendió por todo el territorio romano. Además de los múltiples agentes que el gobierno de la República tenía por toda la región conquistada, los comerciantes eran los principales portadores de las novedades. Las Galias no fueron la excepción. César no se había limitado a someter a los rebeldes galos y a expulsar a los germanos. También promovió el desarrollo del comercio en toda la región. El comercio, principalmente pluvial, ya existía desde antes de la llegada de los romanos. Pero César lo incrementó mediante una adecuada reglamentación y dando seguridad a los viajeros en contra de los salteadores. En la Galia fueron los comerciantes los que difundieron la noticia de la increíble derrota de Craso.

VERCINGETORIX

Un año antes del desastre con el que concluyó la batalla de Carrhae, Celtilo (*Celtillus* en latín), jefe de las tribus arvernas que ocupaban una extensa región del sur – oriente de la Galia septentrional, había sido derrotado y ejecutado, tras un golpe de estado que organizó su propio hermano, Gobánico (*Gobanillus*). El hijo de Celtilo, Vercingetórix, de diecisiete años de edad, se vio obligado a huir para no seguir la suerte de su padre. Al frente de un cuerpo de caballería, que había sobrevivido a la derrota de Celtilo, inició un recorrido por la extensa región de Arvernia, reclutando tropas, con la intención de expulsar al usurpador. El joven Vercingetórix resultó un orador convincente y logró reunir a un numeroso ejército, con el que regresó a Gergovia, la capital de Arvernia. En la primera y única batalla derrotó a su tío Gobánico, que fue ejecutado junto con sus partidarios, y Vercingetórix se convirtió en líder de los arvernos.

Julio César se encontraba en Modena, en la Galia Cisalpina, cuando se enteró de la derrota y muerte de Craso y de que, con la desaparición de uno de los triunviros, el Triunvirato había quedado disuelto. Dos años antes había muerto su hija Julia, y el vínculo de Pompeyo con César se debilitó. Al desaparecer el Triunvirato, la relación entre los dos generales, quedó prácticamente terminada. Sin embargo, entre las malas noticias que recibió César, también había una buena: a pesar de la disolución del Triunvirato, el Senado romano continuaba respetando su nombramiento de gobernador de las Galias.

El desastre sufrido por el ejército romano en Asia, tenía un especial significado para los galos del Norte: “Los romanos no son invencibles. En Asia, un puñado de jinetes acabó con todo un ejército. ¿Por qué tenemos que seguir sometidos a ellos?” Entre los galos que hacían estas observaciones, estaba el joven líder arverno Vercingetórix, que no cumplía aun los veinte años de edad.

Para Vercingetórix, había llegado la hora de que los galos se sacudieran la tutela romana. Había probado su capacidad de convocatoria durante el golpe de estado que causó la muerte de su padre, y ahora envió embajadas a los dirigentes de las tribus de las regiones circundantes a Auvernia, invitándolos a unirse en una campaña de liberación del dominio extranjero. Los carnutes fueron los primeros en responder al llamado de Vercingetórix. Los romanos los habían sometido y su capital, Cénabo, se había convertido en un importante centro regional de comercio, con comerciantes romanos, por supuesto. Después de derrotar a la guarnición que protegía Cénabo, los carnutes recuperaron su capital y masacraron a los indefensos comerciantes que se habían instalado en ella.

Todavía se encontraba en la Galia Cisalpina, cuando César fue informado de la masacre ocurrida en Cénabo. Regresó apresuradamente a su cuartel general de Narbona, en la Galia del Norte, para organizar la contraofensiva. César se encargó personalmente de someter a los carnutes y arrebatárles una vez más la ciudad. Mientras César ponía fin a la rebelión de los carnutes, la mayor parte de sus legiones, dirigidas por Marco Antonio, Tito Labieno y Cayo Trebonio, se lanzaban contra Vercingetórix.

El jefe arverno, nombrado comandante general de la alianza antirromana, evitaba los enfrentamientos directos con las legiones, sabiendo que podrían resultarle fatales. Combatía en forma de guerrillas, al tiempo que cortaba las líneas de abastecimiento del enemigo. Cuando Vercingetórix ya no pudo seguir evitando el enfrentamiento con los romanos, se dirigió con su ejército al sitio en el que consideró que tendría una ventaja estratégica y en el que habría de darse la batalla definitiva. Vercingetórix llevó a sus tropas al monte Auxois, en cuya cumbre estaba la fortaleza de Alesia. Con 80,000 hombres armados dentro de la fortaleza, un ataque frontal de los romanos hubiera sido suicida, por lo que César decidió rendir a sus enemigos por hambre. Ordenó cercar un perímetro cerrado de aproximadamente dieciocho kilómetros, con empalizadas de hasta cuatro metros de altura y fortificaciones adecuadamente espaciadas.

La construcción del cerco era frecuentemente interrumpida por la caballería de Vercingetórix, lo que originaba cruentos enfrentamientos con la caballería romana. La empalizada tenía un punto débil. En el monte Rea, las irregularidades del terreno habían impedido su continuidad. Antes de que la situación en el interior de la fortaleza se agravara, por la escasez de alimentos y agua, un cuerpo de caballería de los galos burló el sitio, saliendo por el monte Rea. Los jinetes se dirigieron a Nemetocena (actual Arrás), a

Gergovia y a Bibracte, en demanda de refuerzos. César, previendo la llegada de más tropas, mandó construir un segundo cercado que protegiera su retaguardia.

El procónsul no se había equivocado. Poco después de terminada la segunda empalizada, llegó un numeroso grupo de tropas galas. Los recién llegados pertenecían a tres diferentes tribus y eran comandados por el atrebate Comio, por los eduos Viridómaro y Eporedórix, y por el arverno Vercasivelono, primo de Vercingetórix. Vercasivelono llevaba el mayor contingente y le fue asignada la dirección de la ofensiva.

En los primeros días de octubre de 52, Vercasivelono, al frente de 60,000 hombres, se dirigió al monte Rea, conocido punto débil de la muralla. Simultáneamente, Vercingetórix atacó desde el interior, echando abajo algunas de las fortificaciones e incendiando una parte de la empalizada. Al segundo día, con la muralla interior parcialmente destruida y un poderoso contingente penetrando desde el exterior, parecía que los romanos no soportarían la doble embestida. Trebonio trataba de contener la penetración desde el exterior, mientras Marco Antonio combatía en el interior a Vercingetórix. César no se daba reposo recorriendo las diferentes zonas de combate, para levantar el ánimo de sus legionarios.

Aun con el refuerzo de la caballería de Labieno, que había acudido en auxilio de Trebonio, los galos de Vercasivelono penetraban cada vez más al interior de la doble defensa. Al darse cuenta César de que la sección defendida por Trebonio y Labieno estaba a punto de ceder, lo que dejaría el paso libre a los atacantes del exterior, tomó una medida desesperada. Dejó a Marco Antonio protegiendo la muralla interior de Vercingetórix, mientras él salía con trece cohortes, unos 6,000 hombres de caballería, para atacar por la retaguardia a los galos que penetraban por el monte Rea. La acción sorprendió a los atacantes galos, que tuvieron que dividir sus fuerzas para luchar en los dos frentes. Los romanos del interior, respondiendo a la arriesgada maniobra de su comandante, redoblaron sus esfuerzos. Seguramente sin darse cuenta de que quienes atacaban su retaguardia eran apenas la décima parte de su contingente, entre los galos cundió el pánico y, en una desorganizada retirada, fueron presa fácil de la caballería romana.

Desde la fortaleza de Alesia, en la que las reservas de agua y alimentos se habían agotado, Vercingetórix vio como sus aliados, en los que cifraba sus esperanzas de triunfo, eran aniquilados por la caballería enemiga. Ya no le quedaba nada por hacer. Salió de la fortaleza a caballo, con los brazos en alto en señal de rendición, y al llegar frente al comandante romano, se quitó la espada de la cintura y la arrojó a sus pies. En esta forma concluyó la resistencia más importante a la conquista romana de la Galia Transalpina. Vercingetórix fue enviado a Roma en calidad de prisionero, en donde tuvo que esperar seis años para su ejecución, después de haber sido exhibido por César como botín de guerra.

Durante el año 51, únicamente se produjeron dos campañas de pacificación, en ambos casos contra tribus que ya habían sido derrotadas con anterioridad. Una de ellas fue dirigida contra los carnutes, que Julio César no creía que resurgieran. La belicosa tribu volvió a unirse y reconquistó una vez más su capital, Cénabo, expulsando a la guarnición romana. César llevó dos legiones a Cénabo y aplastó a los carnutes, esta vez de manera contundente. La ciudad fue destruida hasta sus cimientos. El lugar quedaría yermo durante los siguientes tres siglos. En la época del emperador Aureliano, se fundó ahí la ciudad de Aurelianórum, cuyo nombre irían deformando los francos, hasta convertirlo en Orleans.

La otra campaña del 51 fue contra los belóvacos, que ocupaban un amplio territorio en la costa belga del canal del Norte. En el año 57 habían aportado un importante contingente para formar una coalición con los eburones y los belgas. La coalición había sufrido considerables bajas al ser derrotada por César. Los belóvacos no habían aprendido la lección y seis años después, invadieron la tierra de los suesiones, aliados de Roma. Tras la negativa de abandonar el territorio invadido, el procónsul envió en su contra las legiones de Labieno y Trebonio. Ante la evidente superioridad numérica de los romanos, los belóvacos abandonaron la zona que habían ocupado y huyeron hasta el bosque de Compiègne. En este sitio fueron obligados a presentar batalla y sufrieron una derrota definitiva.

En el año 50, toda la Galia estaba pacificada y César la declaró provincia romana. La reputación de Julio César frente a sus paisanos, había crecido considerablemente. Además de incorporar el enorme territorio a la República, había logrado que se desarrollaran en él la industria y el comercio. Los legionarios que llegaban a Roma al ser licenciados, hablaban con entusiasmo de la prodigiosa actividad de su comandante: durante las batallas, atendía todos los detalles y participaba en la lucha, alentando a los soldados; y cuando estaba en alguno de sus cuarteles, era capaz de dictar dos despachos a la vez a sus secretarios, al mismo tiempo que hacía anotaciones en un cuaderno, que habrían de servirle para sus memorias. Las memorias de Julio César serían publicadas algún tiempo después bajo el nombre de Comentarios sobre la Guerra de las Galias. Se ha dicho de esta obra, que es un modelo de estilo conciso y de elocuencia militar.

LA GUERRA CIVIL

Julio César no sólo se había hecho famoso. También había adquirido una importante fortuna y un gran poder. Las legiones con las que inició el proconsulado, habían crecido considerablemente, con voluntarios llegados de otras regiones y con galos que le habían jurado fidelidad. En Roma, los senadores y los militares empezaron a sentir un temor justificado, frente a la actitud que pudiera asumir este poderoso militar. Pero el Senado no podía dejarse amedrentar. Envío a Julio César una comunicación terminante, mediante la que se le ordenaba licenciar a sus tropas y, a continuación, regresar a la capital de la

República. En caso de no atender la orden, sería considerado proscrito, es decir, desterrado como enemigo del estado romano.

Sin embargo, César no sólo tenía enemigos en Roma. Tenía muy buenos amigos, como su primo Marco Antonio, que había estado con él en la Galia por varios años y había regresado a Roma en 52. Marco Antonio y Quinto Casio Longino, también partidario de César, habían sido elegidos tribunos, es decir, representantes populares. Los dos tribunos se opusieron abiertamente a la declaratoria de proscripción. Sin embargo, ambos tuvieron que huir de Roma, frente a serias amenazas de muerte por parte de los líderes conservadores. Llegaron a la Galia Cisalpina y se refugiaron en el campamento de Julio César, en Modena. Ahora César tenía un pretexto para avanzar hasta Roma: debía proteger la vida de dos representantes del pueblo.

César avanzó hacia el sur de la Galia y llegó al río Rubicón, que constituía la frontera norte de Italia. El primer mes del año 49, lo cruzó con sus legiones. “Cruzar el Rubicón” quedó para el futuro como un sinónimo de realizar una acción audaz. La guerra contra el Senado quedó declarada. César continuó hacia el Sur con sus poderosas legiones y, tres meses después, dominaba prácticamente toda Italia, con excepción de la capital de la República.

Entre los senadores cundió el pánico y acudieron a Pompeyo, que era el único que podía defender a Roma. Pompeyo Magno aceptó la responsabilidad aunque, por supuesto, no se contagió del miedo. Sin embargo, consideró que Roma no era el sitio más adecuado para enfrentar a César. Se dirigió con sus tropas al Epiro, en la costa adriática de la península Helénica. El ejército pompeyano se estableció en *Dirrachium* (actual Durrës, en Albania).

Julio César entró a Roma sin ningún contratiempo y fue recibido con aclamaciones. Frente a los asustados senadores, exigió ser nombrado dictador, y no tuvo ninguna oposición. Antes de dirigirse a Grecia para enfrentar a su enemigo, marchó a Hispania y a África, en donde había tropas fieles a Pompeyo. Los combates fueron escasos. Su prestigio eclipsaba al ya disminuido de Pompeyo. Habían pasado varios años desde las hazañas de Pompeyo, mientras que las de César eran muy recientes y más impresionantes. La mayoría de las legiones de Pompeyo se pasaron al bando de César.

Por fin Julio César inició las acciones para combatir directamente a su ex compañero del Triunvirato. Cruzó el Adriático y llegó al puerto de *Dirrachium*, en donde Pompeyo había reunido una poderosa armada. Al no poder vencerla y antes de sufrir una costosa derrota, abandonó el ataque al puerto y se internó por el territorio griego. Llegó a Farsalia, en Tesalia, y ahí se hizo fuerte. Pompeyo, crecido por el fracaso de César en *Dirrachium*, se lanzó en su persecución. La batalla de Farsalia fue larga y cruenta, pero al final el resultado favoreció a las tropas de Julio César, fogueadas en las Galias. Los

partidarios de Pompeyo que no murieron en la acción se desbandaron por Grecia y Asia Menor.

Pompeyo, con un grupo de partidarios, se embarcó rumbo a Egipto, en donde esperaba encontrar refugio. A no poder atracar en Alejandría, por el desconocimiento del puerto y por el gran calado de su nave, se dirigió al puerto alternativo de Pelusio, al oriente del delta del Nilo. Allí se encontraban en ese momento los miembros del Consejo de la Regencia de Egipto, quienes le hacían señas de bienvenida. Sin embargo, en cuanto desembarcaron los romanos, Pompeyo fue arteramente asesinado y sus acompañantes aprehendidos.

¿Qué era lo que había ocurrido? ¿Quiénes eran estos egipcios que asesinaron a Pompeyo? ¿Acaso no reinaba en Egipto Cleopatra VII, con cuyo padre había tenido Pompeyo muy buenas relaciones en la época del Primer Triunvirato? Para dar respuesta a estas cuestiones, es conveniente que veamos cómo se había desarrollado la vida de esta notable reina.

CLEOPATRA

Cleopatra Nea Thea Filópator (la joven diosa que ama a su padre), que llegaría a convertirse en la reina Cleopatra VII, nació en 69 y era hija de Tolomeo XII Filópator y de una media hermana de éste, Cleopatra V. No había cumplido un año cuando perdió a su madre.

Una calurosa tarde de verano, la reina había salido con su pequeña hija a dar un paseo por el Nilo. Al regreso, al acercarse la barcaza real al muelle del palacio de Alejandría, la niña gateaba cerca de la barandilla, y su madre se aproximó para levantarla. En ese momento, un oleaje inesperado hizo chocar al barco contra el muelle y Cleopatra V fue lanzada al agua. De inmediato un criado y el barquero se lanzaron tras ella, para rescatarla, pero el cuerpo de la reina se había enredado en las hierbas del fondo y, cuando la sacaron del agua, se había ahogado.

La Cleopatra que nos ocupa, compartió el duelo con sus dos hermanas mayores, Cleopatra la Mayor y Berenice, que le llevaban diez años y ocho años, respectivamente. No pasó mucho tiempo para que su padre se volviera a casar. Del segundo matrimonio, Tolomeo XII tuvo una hija, Arsinoe, dos años menor que la pequeña Cleopatra, y dos hijos, ambos llamados Tolomeo, que nacieron seis y ocho años después de Arsinoe.

La segunda Cleopatra tenía siete años de edad, cuando su padre, Tolomeo XII recibió la visita de Pompeyo Magno, que llegó en representación del Triunvirato que gobernaba Roma en ese momento. Por su corta edad y por el lenguaje diplomático que empleaba Pompeyo, Cleopatra se quedó con la idea de que se había tratado de una visita de cortesía. En realidad Pompeyo fue a exigir un elevado tributo para que, por el momento,

Roma dejara a Egipto fuera de sus ambiciones. Sin embargo, la suspicaz Cleopatra la Mayor se dio cuenta de la salida de las arcas reales de una importante cantidad de oro, que fue llevado a las naves de Pompeyo. Un par de años después, a pesar de haber efectuado el pago exigido por el triunviro, el ejército romano se apoderó de Chipre, que hasta ese momento había pertenecido a Egipto.

El pueblo, instigado por la princesa, criticó acremente al faraón porque primero había cedido muy fácilmente a las exigencias pecuniarias del gobernante romano y, después, no había hecho nada por evitar que le arrebataran Chipre. Fue acusado de traidor y cobarde. Cleopatra la Mayor continuó azuzando al pueblo, hasta lograr que la inconformidad se convirtiera en rebelión. El pusilánime Tolomeo, incapaz de enfrentar la revuelta, huyó a Roma, lo que se consideró como una confirmación de su dependencia de la República.

En cuanto Tolomeo abandonó Egipto, su hija mayor se hizo coronar como Cleopatra VI. Poco después tuvo que compartir el trono con su hermana Berenice. Apenas habían transcurrido unos pocos meses desde la coronación de las hermanas, cuando Cleopatra VI enfermó gravemente y murió a los dos días. El médico de la corte que la atendió, no se atrevió a mencionar la posibilidad de que hubiera sido envenenada.

Berenice IV, como reina única, se casó con el príncipe Arqueles del Ponto. Arqueles era un príncipe sin reino, ya que desde la derrota infligida por Pompeyo a su padre, Mitridates, el Ponto era gobernado por el rey de Galatia. A partir de su boda con Berenice, Arqueles se convirtió en rey consorte de Egipto. Berenice disfrutó durante cuatro años del poder y del matrimonio. En el año 55, apoyado por dos legiones que le proporcionó el gobernador romano de Siria, Aulo Gabinio, el derrocado faraón regresó a Egipto. El ejército de Gabinio derrotó a las tropas egipcias de Berenice, en una batalla en la que murió Arqueles. La reina fue declarada culpable de traición y condenada a muerte por su propio padre.

Cuatro años después de haber recuperado el trono, murió Tolomeo XII. Y Cleopatra, a la que la ambición de sus hermanas había dejado como heredera, se convirtió en Cleopatra VII, Reina del Alto y del Bajo Egipto. Su hermano Tolomeo XIII fue nombrado corregente.

La reina tenía dieciocho años de edad y su hermano, con el que debía compartir el poder, sólo diez. Desde el principio de su reinado se hizo evidente que Cleopatra y el Consejo del Estado no iban a llevarse bien. El Consejo estaba formado por tres ministros: Potino, Aquilas y Teodoto. Los ministros, cuya misión era, como su nombre lo indicaba, aconsejar al faraón, habían ejercido una gran influencia sobre el débil rey fallecido. Sin embargo, cuando pretendieron que la joven reina acatara sus opiniones, se encontraron con que Cleopatra únicamente los oía, sin aceptar ni rechazar sus propuestas.

- He escuchado con mucha atención sus recomendaciones - les decía -, de las que el escriba ha tomado debida nota. Las voy a estudiar cuidadosamente y, en cuanto tenga una decisión, se las haré saber. Ahora pueden retirarse.
- Esta jovencita nos trata como a sus criados - se quejaba Potino.
- No se te olvide que “esta jovencita” es nuestra reina - le replicaba Aquilas -. Por menos de ese comentario, podrías ir a la cárcel.
- Pues aunque sea nuestra reina, haría bien en atender nuestros consejos. No tiene ninguna experiencia en el gobierno y, si no nos hace caso, muy pronto se va a meter en dificultades.

Los consejeros ignoraban que los asuntos que consideraba trascendentes, Cleopatra los consultaba con tres personajes de su absoluta confianza, aunque aparentemente de segunda importancia en la vida del reino: su nodriza Carmiana, su médico personal Olimpo y el eunuco Mardo, enamorado platónicamente de la princesa. Aunque con frecuencia, tampoco a ellos les hacía caso.

En ese tiempo, el gobernador romano de Siria, Calpurnio Bíbulo, estaba preocupado por la amenaza de los partos, a los que tenía en la frontera, con la evidente intención de invadir el territorio que gobernaba. Los partos se habían levantado en plan de conquista desde su asentamiento original al sur del mar Caspio y ahora, doscientos años después, ocupaban gran parte del territorio que había pertenecido al Imperio Seléucida. Habían llegado a la frontera siria y no parecía que tuvieran intenciones de detenerse. Ante la amenaza, el gobernador envió a sus dos hijos a Egipto, en demanda de las legiones con las que su antecesor Gabinio, había ayudado a Tolomeo XII a recuperar el trono.

Pero habían transcurrido casi cinco años desde el arribo de las tropas y los soldados romanos no deseaban abandonar la cómoda vida en Egipto, para ir a combatir a los partos. La negativa a volver a Siria fue en extremo violenta y los hijos del gobernador murieron asesinados. La reina Cleopatra no podía dejar impune semejante crimen, Los culpables fueron aprehendidos y Cleopatra, contraviniendo la opinión del Consejo del Estado, y contra los deseos de una gran parte de sus súbditos, ordenó que se les enviara a Siria para que fueran juzgados.

- ¿Por qué tenía que enviar Cleopatra a los asesinos para que los sentenciaran los romanos? - se preguntaban los consejeros -. ¿Acaso no tenemos jueces y leyes para castigar los crímenes que se cometen en Egipto? La reina está empeñada a quedar bien con los romanos, a cualquier costo.
- Es una digna hija de Tolomeo XII, que, sin justificación, le entregó una buena parte del tesoro real a Pompeyo, y cuando sus hijas le arrebataron el trono, se arrastró ante Gabinio con tal de recuperarlo.

Al poco tiempo ocurrió un hecho que empeoró la situación de Cleopatra. Julio César había derrotado a las tropas de Pompeyo en Hispania y ahora se preparaba para perseguirlo hasta *Dirrachium*, en el Epiro. Cneo Pompeyo, el hijo de Pompeyo Magno, llegó a Egipto en solicitud de tropas para auxiliar a su padre. Cleopatra VII recordaba a Pompeyo como un benefactor de Egipto, que había evitado que cayera en poder de Roma. Tenía siete años de edad cuando Pompeyo estuvo en Alejandría y no se dio cuenta de la extorsión de la que el general romano hizo objeto a su padre. Con esa idea equivocada Cleopatra VII, sin medir las consecuencias y, una vez más, contrariando la opinión del Consejo y en este caso, también las de sus consejeros particulares, envió a Pompeyo las legiones de Gabinio. Y no sólo eso, también le mandó sesenta barcos de su propia armada.

Esta vez no fueron únicamente los consejeros los que estuvieron en contra esta decisión. Muchos de sus súbditos se manifestaron airadamente, protestando por la actitud de la reina. En Alejandría se organizaron manifestaciones en contra de “la esclava de Roma”, alentadas por los mismos consejeros. En esos días, la reina recibió una invitación de los sacerdotes de Hermópolis, en el Alto Nilo, para que presidiera la ceremonia de sustitución del toro sagrado, que acababa de morir. Cleopatra consideró muy oportuna la invitación, que le permitía alejarse de la turbulenta Alejandría.

Durante el viaje por el río, rumbo al Alto Nilo, en todas las ciudades y poblaciones por las que pasaba la barcaza real, la reina era aclamada. Muy pronto se olvidó de los disturbios de Alejandría. Cuando Cleopatra arribó a Hermópolis, ya habían pasado los sesenta días de duelo por el toro fallecido. Los sacerdotes sólo estaban esperando su llegada, para iniciar las festividades con las que se convertía al animal sustituto en el Buey Apis, personificación del dios Ptah.

LA GUERRA DE ALEJANDRÍA

Pasadas las festividades, Cleopatra descansaba en la terraza del pequeño palacio de Hermópolis, al tiempo que sus criados llevaban a cabo los preparativos para emprender el viaje de regreso. Inesperadamente vio entrar por la amplia puerta que daba hacia el río, a Mardo, que no había hecho el viaje con ella.

- Lamento ser portador de malas noticias, reina Cleopatra. Debo informarte que, en tu ausencia, el Consejo de Estado ha cambiado su nombre a Consejo de la Regencia y se ha adueñado del poder a nombre de tu hermano, Tolomeo XIII. No puedes regresar a tu palacio de Alejandría. Los usurpadores te han declarado “enemiga de Egipto” y no dudarían un momento en quitarte la vida, para afianzarse en el poder.
- Será necesario reunir tropas, para expulsarlos del palacio - opinó Olimpo.
- Debemos ir a Gaza - dijo Mardo -. Ahí podremos contratar mercenarios judíos, árabes y egipcios.

Las propuestas contaron con la conformidad de la reina y, al amanecer del día siguiente, la barcaza real partió del muelle de Hermópolis, rumbo al Norte, sólo que ya no llegó a los muelles del palacio de Alejandría. Un poco antes de llegar al delta, la reina y sus acompañantes abandonaron el barco, siguieron a lomo de camello a través de los lagos Amargos y llegaron a Ascalón. Ya estaban en la región de Gaza, un territorio que había pertenecido a los filisteos y desde hacía casi un siglo se había mantenido en constante disputa entre Judea y Egipto. En Gaza, entre egipcios, judíos y árabes nabateos, Mardo logró reclutar un ejército que escasamente superaba los cuatro mil hombres.

Cleopatra había sido declarada enemiga de Egipto, y era sumamente vulnerable. Aunque sus guardias personales le habían jurado fidelidad, únicamente podía tener absoluta confianza en Mardo, en Olimpo y en Carmiana. Recientemente también se había empezado a ganar su confianza su joven ayudante de cámara, Airas. Estaba segura de que, en caso necesario, cualquiera de los cuatro daría su vida por ella, lo cual era muy satisfactorio, pero de muy poca utilidad en esos difíciles momentos.

Poco después llegó a Pelusio, en la frontera de Gaza, el ejército de la Regencia. Superaba por más de tres veces a las tropas reunidas por Mardo. De haberse iniciado la ofensiva, ese año 48 hubiera sido último en la vida de la destronada reina. Para su fortuna, al enterarse de que Julio César acababa de llegar a Alejandría, los consejeros suspendieron la lucha que estuvieron a punto de iniciar.

En ese mismo año, César había fracasado en el sitio a *Dirrachium*, en poder de Pompeyo, en gran parte gracias a las legiones y los barcos enviados por Cleopatra. Sin embargo, poco después, Pompeyo sufrió una derrota definitiva en Farsalia, y huyó a Egipto. Si Cleopatra hubiera tenido el mando, Pompeyo hubiera encontrado un refugio seguro en Egipto. Para su desgracia, el poder estaba en manos del Consejo de la Regencia y, en cuanto desembarcó en Pelusio, fue asesinado por órdenes de Potino. Con ello el ministro, sin duda informado de la condición de derrotado de Pompeyo, tomaba partido por el vencedor.

César llegó poco después a Egipto, persiguiendo a Pompeyo. En ese momento Julio César era el hombre más poderoso de Roma. Ya con bastante anterioridad ostentaba el título de Pontífice Máximo y antes de salir de la capital de la República había sido nombrado dictador. Estos dos cargos lo convertían, temporalmente, en la máxima autoridad civil, militar y religiosa. Por si esto fuera poco, acababa de derrotar a Pompeyo, el único militar capaz de enfrentársele. Por lo tanto, al darse cuenta de la disputa por el poder entre la reina y los consejeros, decidió actuar como amo de Egipto. Para que no quedara ninguna duda, se instaló en el palacio real de Alejandría y mandó llamar al rey en funciones.

El rey-niño Tolomeo XIII llegó a la sala que César había escogido como cuartel general, acompañado del ministro Teodoto. El ministro pidió permiso a César para hablar en nombre del rey, como parte del Consejo que había asumido la regencia.

- Debes saber señor - empezó diciendo cuando tuvo la venia del general romano -, que la anterior reina Cleopatra VII fue sometida a juicio y el Consejo de la Regencia la declaró enemiga de Egipto. Ahora mismo se ha levantado en armas en contra del faraón Tolomeo XIII. Sólo espero tu autorización para acabar con ella y con sus tropas rebeldes.
- ¡Por supuesto que no tienes mi autorización! Se suspenderá de inmediato cualquier acción en contra de Cleopatra. ¿Desde cuándo existe en Egipto un Consejo, o lo que sea, con autoridad para condenar a un rey o un faraón? Informarás a los otros miembros del Consejo que me he constituido en árbitro entre Tolomeo y Cleopatra y deberán esperar mi resolución, antes de actuar en cualquier sentido.

Sin embargo Teodoto no estuvo en condiciones de llevar el mensaje de César a sus compañeros. Se acababa de dar cuenta de quién era el amo de Egipto y trató de ganar su favor. Le informó sobre la muerte de su enemigo Pompeyo Magno, adjudicándose falsamente el mérito de su asesinato. La reacción del general romano fue completamente opuesta a la que el ministro egipcio esperaba.

- Pompeyo era un gran militar, que merecía morir luchando en una batalla o peleando frente a frente con un enemigo de su estatura. No me es posible aceptar que un general romano de su temple, haya muerto asesinado por un cobarde como tú. ¡Pagarás con tu vida el crimen que cometiste!

En la región de Gaza, el mensaje de César que no pudo llevar Teodoto por haber sido decapitado, les llegó a los dos consejeros supervivientes por conducto de un oficial romano. La conminación de César que contenía el mensaje y la noticia de la muerte de Teodoto, constituyeron un freno para cualquier actividad bélica.

- Di a César que acatamos sus instrucciones. No haremos nada en contra de Cleopatra. Aunque tampoco podemos permitirle que viaje a cualquier parte del territorio egipcio, en donde pueda reiniciar la revuelta en contra del faraón Tolomeo XIII.

A Cleopatra dejó de preocuparle la tropa reunida por los consejeros. Ahora le inquietaba que Cesar habitara en el mismo palacio que su hermano Tolomeo y la posibilidad de un trato frecuente entre ambos, que influyera en la decisión del auto nombrado árbitro. Tenía en su contra, además, la ayuda que había dado a su enemigo, enviando barcos y tropas a *Dirrachium*, lo cual seguramente no habría olvidado Julio César.

La reina comentaba con desaliento sus preocupaciones a sus consejeros, cuando llegó a su campamento un militar de alto rango y le pidió, a nombre del dictador romano, que se trasladara a Alejandría para poder resolver el diferendo.

- Espero que César me haya enviado un salvoconducto para pasar con seguridad entre mis enemigos.
- No creo que César esté en condiciones de ayudarte en ese sentido, reina Cleopatra. No debiera decirte esto, pero de cualquier modo pronto te vas a enterar de que nuestro comandante llegó a Alejandría acompañado de un pequeño destacamento. Si se ha impuesto a los consejeros que dominan al rey, es más por su personalidad y su prestigio... y porque los consejeros son unos cobardes. Creo que deberás valerte de tus propios medios para llegar al palacio.

JULIO CÉSAR Y CLEOPATRA



Tras darle muchas vueltas al asunto, finalmente tomó una decisión audaz. Llegaría dentro de una alfombra enrollada. Un comerciante en alfombras se ofreció a llevar la pieza, con su valioso contenido. La reina navegó rumbo al palacio en la barca del comerciante y, antes de llegar a los muelles, se introdujo en la alfombra que iba dentro de una bolsa de tela, en este caso, más grande de lo necesario. El comerciante ya era conocido por haber llevado alfombras al recinto real en varias ocasiones, y nadie le impidió llegar con su preciosa carga hasta la propia cámara de César. Tras dejar en el piso el “presente de la reina de Egipto”, descubrió el regio contenido desenrollando la alfombra, y se retiró.

La sorpresa de Julio César debió ser mayúscula, pero no desagradable, por supuesto. De inmediato se repuso y ayudó a Cleopatra a ponerse de pie. No iba desnuda, como dicen algunas crónicas. Por el contrario, a pesar del incómodo medio de transporte, vestía una elegante túnica, aunque en ese momento tal vez un poco mojada y maltratada.

- Debes quitarte esa ropa húmeda que traes puesta – le recomendó el general romano –, si no lo haces puedes enfermar. En esta cámara, que sigue siendo tuya, debe haber ropa para que te cambies.

Cleopatra, atendiendo a la propuesta de César, se despojó de su majestuosa, aunque estropeada, túnica, dejando al descubierto su cuerpo juvenil, sin preocuparse por cubrirlo nuevamente. El general romano, no obstante ser poseedor de una amplia experiencia con las mujeres de las diferentes regiones conquistadas, quedó altamente impresionado. Cleopatra, a sus veintiún años, era lo suficientemente atractiva para entusiasmar a un hombre con la edad del general romano y, sin duda, diestro en las lides del amor. Esa noche la reina de Egipto, que luchaba con las armas de que disponía para conservar la corona, y el poderoso general romano, iniciaron un romance que habría de durar varios años.

También habían viajado a Alejandría, por caminos diferentes, los amigos de Cleopatra, Carmiana, Aira, Mardo y Olimpo, así como el consejero Potino. Potino no quería dejar solo al joven faraón frente a César, y los incondicionales de la reina tampoco deseaban abandonar a su ama. Cuando al día siguiente del encuentro de Cleopatra con César, Tolomeo XIII y su ministro Potino se enteraron del inocultable acontecimiento, “pusieron el grito en el cielo”, pero terminaron por aceptar la realidad de los hechos. A Mardo, a Olimpo, a Carmiana y a Aira, no les quedaba ninguna duda de que ese era el desenlace natural de la decisión que había tomado la reina.

Ese mismo día, César consideró conveniente que los hermanos se reconciliaran públicamente. Conforme a la antigua tradición egipcia, el rey, siguiendo el ejemplo del dios Osiris, tomaba como esposa a su hermana, con la que compartiría el poder. En algunos casos, el matrimonio era simbólico, pero en la mayoría de las ocasiones el incesto se consumaba, dando origen a la siguiente generación. El dictador romano creyó,

equivocadamente, que con esta unión, en este caso simbólica, se pondría fin al conflicto. Ya encontraría, más adelante, la manera de deshacerse del real esposo.

Tal como César lo había decidido, se celebró la boda entre los dos hermanos. Fueron testigos: Julio César, Potino, Arsinoe y Tolomeo el menor. Durante el imprescindible banquete, César anunció la devolución a Egipto de la isla de Chipre. Poco después pasó cerca de César un legionario y le hizo una seña disimulada. El dictador se puso de pie y se alejó unos pasos hacia la parte posterior de una columna. El legionario, que era un hombre de su confianza, le informó:

- Hemos detenido a un mensajero de Potino, que llevaba una carta para Aquilas. El soldado repitió de memoria el mensaje: “Deberás trasladarte con tus tropas a Alejandría y cercar el palacio real. Con el daño que yo pueda causar al interior del palacio y con la superioridad numérica de tus tropas, César será derrotado y, junto con Cleopatra, ejecutado. Y nosotros habremos recuperado el poder como consejeros de Tolomeo XIII”.

Potino se dio cuenta de que el general romano hablaba con un soldado en un rincón de la sala y, aunque no escuchaba una sola palabra, intuyó que había sido descubierto. Se puso de pie y caminó de prisa hacia la puerta principal.

- ¡Detengan a ese traidor! - gritó César.

Potino fue detenido en la puerta y decapitado en la escalinata que bajaba del palacio al muelle.

El ejército reunido por Mardo en Ascalón, estaba prácticamente disuelto. Sin líder y, sobre todo, sin paga, era imposible que sobreviviera. No obstante que el complot había sido descubierto y Potino ejecutado, Aquilas, que ya nada tenía que hacer en Gaza, realizó la planeada marcha hacia Alejandría con su ejército de quince mil hombres. Pero no siguió con el plan original de sitiar el palacio, pues se había perdido la colaboración interior y el elemento sorpresa. Se dedicó a construir barricadas en las principales calles de Alejandría y estableció una permanente vigilancia armada en los canales del delta del Nilo.

La siguiente semana, Arsinoe huyó del palacio durante la noche. La acompañaban su preceptor, el eunuco Ganímedes, y su amante y jefe de su guardia personal, Hércules. En cuanto llegó al cuartel de Aquilas, los soldados la proclamaron reina de Egipto. A César no le causó ninguna inquietud el abandono del palacio de Arsinoe. Su principal preocupación se centraba en el arribo de las legiones que había dejado en Asia Menor y las de Mitridates de Pérgamo. Este rey, aliado de Julio César, no tenía otra relación que la de su nombre, con el rey Mitridates del Ponto, a quien quince años atrás, Pompeyo había derrotado.

En cualquier momento, los esperados refuerzos llegarían por mar y por tierra. Mientras tanto, César no podía permanecer con los brazos cruzados. Con sus escasas

tropas, salió a tratar de apoderarse de la estratégica isla de Pharos, firmemente defendida por Aquilas. El dictador romano consiguió su propósito, aunque el costo, en número de bajas, fue elevado.

En el campamento de Aquilas, no todo era armonía. El consejero se consideraba el libertador de la joven reina quien, sin su intervención, continuaría bajo el yugo de César. Debía estar agradecida y aceptar sus indicaciones sobre cualquier asunto que se tratara. Pero la reina Arsinoe IV, de diecinueve años, no estaba dispuesta a someterse a su autoridad. Cuando le hacía recomendaciones, que para él tenían el carácter de órdenes, la reina no hacía caso de ellas o simplemente, ni siquiera lo escuchaba.

- Me parece, reina Arsinoe, que has olvidado que es a mí a quien debes la corona. De no haberte acogido bajo la protección de “mis” tropas, continuarías sometida al usurpador romano, que tiene dominada a tu hermana Cleopatra.

Arsinoe no contestó las palabras de Aquilas, que le parecieron sumamente ofensivas. Se había dado cuenta de que el consejero se volvía cada vez más impositivo e irrespetuoso, y decidió deshacerse de él. Comentó con Hércules las impertinencias de Aquilas y la evidencia de que los guardias de los que se hacía acompañar, no sentían la menor simpatía por su jefe. Al día siguiente, a una señal convenida de Arsinoe, Hércules le cortó la garganta. Como lo esperaba la reina, los guardias que habían llegado con Aquilas no hicieron nada por defenderlo.

Ya no quedaba ninguno de los tres ministros que habían constituido el poderoso Consejo del Estado, y después de la Regencia. El ejército se había quedado sin comandante y Arsinoe decidió dividirlo en dos secciones. Al frente de una de ellas puso a Gamínedes y la otra la asignó a Hércules. Gamínedes, ansioso de demostrar su capacidad de mando, le propuso a la reina lanzar un ataque directo contra el palacio, con las dos secciones unificadas.

Arsinoe no ignoraba la superioridad numérica de sus tropas, respecto de las de César. Sin embargo, no obstante su juventud, se daba cuenta de que un enfrentamiento con el mejor de los generales romanos, que además estaba parapetado en el palacio de Alejandría, tenía muy pocas posibilidades de éxito. El ataque se llevó a cabo de todas maneras, pero no como Ganímedes lo había planeado. Consistió únicamente en el envío de una lluvia de flechas hacia el palacio, algunas de ellas llevando mensajes. Los mensajes eran de dos tipos. En uno de ellos se advertía a los “perros romanos que se debían rendir, si no querían convertirse en alimento de los cocodrilos”. El otro aviso era una oferta para los legioneros: “Una moneda de oro para cada soldado que se incorpore al ejército de Arsinoe”. César estaba seguro de que ni la amenaza ni el intento de soborno tendrían efecto en sus tropas. Sin embargo por si acaso, se reunió con sus hombres y les dirigió un impactante discurso.

No pasaron muchos días para que el dictador recibiera una noticia alentadora. Los barcos de la Legión XXXVII habían llegado a la costa egipcia y habían anclado a unos pocos kilómetros al poniente de Alejandría. Otro contingente más numeroso venía por tierra, por la costa mediterránea del Cercano Oriente, y seguramente no tardaría muchos días en llegar.

Poco después Tolomeo XIII, como había hecho su hermana, abandonó el palacio real, pero en esta ocasión el mismo César fue quien lo alentó a hacerlo. Al cuartel general del dictador llegó una comunicación a nombre de “la población de Alejandría”, que afirmaba estar en contra de Arsinoe y querían que Tolomeo XIII se pusiera al frente de ellos, en caso de que César y Cleopatra se lo permitieran, para combatirla. El engaño era evidente. Arsinoe quería tener a su hermano de su lado, para darle mayor prestigio a su partido, respecto al de sus contrarios. Sin embargo, también le daba a César la oportunidad de deshacerse de un enemigo que sin duda lo odiaba, aunque también le temía. De modo que César animó y casi obligó a Tolomeo a aceptar la invitación “de los alejandrinos”. Sólo pasaron unas cuantas horas, para que el general romano fuera informado por sus espías de que Tolomeo había sido recibido con aclamaciones en el cuartel de Arsinoe.

Finalmente llegó la noticia que César esperaba. Mitridates de Pérgamo había llegado por tierra a Pelusio, en la frontera oriental de Egipto, y de ahí había avanzado con su ejército hasta Menfis. A partir de Menfis, penetraría en el delta, para llegar a Alejandría, a ponerse a las órdenes de César. Gánímedes, a quien acompañaba Tolomeo, se desplazó al Sur con sus tropas, para cerrarle el paso. Llevaba varias torres portátiles y algunas pequeñas catapultas, con las que impediría que Mitridates cruzara el brazo del río y pudiera avanzar hacia la ciudad. Al mismo tiempo, Arsinoe y Hércules mantenían en permanente vigilancia a César.

En las primeras horas de la noche, con la protección que le daba la isla de Pharos, Julio César salió al mar y se dirigió al Oriente. Las tropas de Hércules se apresuraron a proteger las bocas orientales del delta, en las que César sería atrapado si pretendía pasar por alguna de ellas. Pero César, con la noche más avanzada, invirtió el rumbo. Se dirigió al Poniente y se encontró con las tropas de la Legión Trigésimo Séptima. Navegó con la recién llegada Legión por los uno de brazos occidentales del delta, utilizando los barcos de menor calado, tanto de la Legión como propios, y esa misma noche logró reunirse con Mitridates en un lugar alejado de Menfis, previamente convenido mediante mensajeros.

Empleando los barcos como puente, ambos grupos cruzaron el brazo del río y avanzaron hacia los fuertes, a los que llegaron en forma sorpresiva. El ejército rebelde no resistió el inesperado ataque y, en su huida, muchos egipcios perecieron ahogados, el pequeño Tolomeo XIII entre ellos. Gánímedes en cambio, se mantuvo en la zona del combate, al frente de un grupo que se negó a huir. Mientras la Legión, con César a la cabeza, se dirigía a la ciudad, Mitridates continuó peleando en los fuertes, hasta que no

quedó un solo combatiente de la resistencia. En Alejandría, a pesar de las barricadas y defensas que habían sido construidas, César se impuso a Hércules, que murió defendiendo a su amada reina. Arsinoe fue obligada a abandonar el edificio en el que se había refugiado y llevada a una habitación del palacio, en la que se le mantuvo encerrada, hasta que fue enviada a Roma en calidad de prisionera. La guerra de Alejandría había concluido.

Julio César y Cleopatra celebraron su triunfo con un viaje a lo largo del Nilo, que duró más de dos meses. Durante el recorrido, César fue gratamente sorprendido con la noticia de que Cleopatra estaba embarazada. La reina, en cambio, se llevó un gran susto cuando al general romano le dio un ataque de epilepsia.

- No debes asustarte, querida reina. Padezco de estos ataques desde que estuve en Hispania y, aunque sean muy impresionantes, no van a llevarme a a tumba.

Cuando llegaron a Asuán, mientras admiraban la primera catarata del Nilo, Cleopatra le propuso a su amante que se casaran.

- No puedo engañarte, querida Cleopatra. Soy casado y en Roma vive mi esposa Calpurnia.
- Para mí tu matrimonio romano no tiene ningún valor. Yo quiero que nos casemos conforme al ritual egipcio. Frente a nosotros está la isla de File, y en ella se encuentra un templo de Isis que, para mí, es la diosa más importante de Egipto.

César no tenía nada que perder. Le daría gusto a su amante y en Roma nada cambiaría, pues su matrimonio egipcio no tendría ninguna validez. Navegaron a la pequeña isla y en el templo de Isis llevaron a cabo el ritual, siguiendo las indicaciones del azorado sacerdote local, que jamás imaginó que oficiaría una boda entre personajes de tan elevada alcurnia.

A su regreso a Alejandría, César se encontró con un mensaje del gobernador de la provincia de Asia, Domicio Calvino. El mensaje se refería a Farnaces II, un hijo de Mitridates del Ponto, a quien quince años atrás había derrotado Pompeyo, y hermano a su vez del príncipe Arqueles, que había muerto defendiendo a su esposa, la reina de Egipto Berenice IV. Farnaces II se había convertido en rey del Bósforo y, aprovechando la reciente guerra civil romana, inició la expansión de su territorio. Ocupó la Cólquida y trataba de invadir el reino súbdito de Galacia. El rey gálata pidió ayuda al gobernador Calvino, quien, en un breve plazo, preparó a su ejército y se dirigió a Galacia. Cuando llegó al reino presuntamente invadido, Farnaces había escapado hacia Armenia, y Calvino se fue en su persecución. En un desfiladero próximo a la ciudad de Nicópolis, Farnaces puso una celada en la que, increíblemente, el experimentado militar cayó. El gobernador de Asia perdió en la emboscada una gran parte de su ejército. Calvino regresó a Éfeso con los supervivientes y desde allí tuvo que informar a César de su derrota.

César debía salir rumbo a Asia Menor, en donde no dudaba de que vencería a Farnaces. A continuación tendría que seguir hacia Roma, para asegurar su posición frente al Senado. Pero antes de partir, celebró el obligado matrimonio entre Cleopatra y su medio hermano Tolomeo el menor, de sólo once años de edad. Tras la ceremonia, Tolomeo XIV y Cleopatra VII quedaron unidos como Reyes del Alto y del Bajo Egipto. Tras haber cumplido con la tradición faraónica, César partió rumbo a Capadocia en donde, según sus informantes, se encontraba Farnaces II.

César se enfrentó con Farnaces en el norte de Capadocia, cerca de la ciudad de Zala. Tras una desigual batalla, que sólo duró cuatro horas, Farnaces II fue derrotado. De esta corta guerra surgió la también corta frase “*veni, vidi, vici*” (llegué, vi y vencí), con la que Cesar informó al Senado de su fácil triunfo. El derrotado Farnaces huyó hacia Táuride (la actual Crimea), en donde fue alcanzado y muerto por Mitridates de Pérgamo. Una vez pacificada la región, César se trasladó a Roma.

En su primer acto político, obtuvo de los senadores que le revalidaran el título de dictador, por diez años más. Julio César seguiría siendo, por lo menos durante los siguientes diez años, la máxima autoridad militar, civil y religiosa de Roma. La República le empezaba a quedar pequeña, provocando la creciente irritación de los tradicionalistas republicanos.

Pero no había tiempo para disputas. Un nuevo problema había surgido en el norte de África. Los hijos de Pompeyo, Cneo y Sexto, se habían reunido en Útica, la capital de la provincia romana de África, con los antiguos partidarios de su padre. Catón llevó las legiones y los barcos que tenía en *Darrachium*, y Juba I, rey de Numidia, aportó algunas tropas y ciento veinte elefantes. César desembarcó en Ruspina, en la costa africana, y tuvo algunos encuentros poco afortunados con Tito Labieno, un antiguo lugarteniente suyo, que había tomado el partido de Pompeyo.

En cuanto llegaron las legiones que tenía en Sicilia, César puso sitio al importante puerto de Tapso, con la seguridad de que pronto acudirían las tropas de los pompeyanos a tratar de impedir que lo ocupara. Así ocurrió y fue en ese lugar, Tapso, en donde, en febrero (*Februarius*) de 46, se llevó a cabo la batalla definitiva de la campaña de África. César fue rodeado por el ejército enemigo. Al centro de los atacantes estaba el grueso de las tropas al mando de Metelo Escipión, de la estirpe de Escipión el Africano. En uno de los flancos se encontraba la caballería de Labieno. Y en el flanco opuesto las tropas númeras de Juba.

Tal vez hubieran podido derrotar a César, si no se les hubiera ocurrido cubrir todo el frente con los elefantes, que siempre fueron un arma de dos filos. César avanzó con su caballería, precedida por un numeroso grupo de arqueros, que atacaban a los elefantes sin piedad con flechas encendidas. Los paquidermos heridos, invadidos por el dolor y el pánico, se volvieron contra sus propias tropas. Aquellos que no lograron salir del paso de la

estampida, murieron aplastados. La caballería de Labieno, desordenada por la irrupción de los elefantes, quedó en desventaja frente a la de César y, junto con la infantería de Escipión, huyó en desbandada. Juba ni siquiera esperó el ataque. Al darse cuenta de la fuga de las demás tropas, también escapó con su ejército. La mayor parte de los combatientes, Escipión entre ellos, murieron durante la caótica fuga.

César reorganizó sus tropas y se dirigió a Útica, en donde estaba el cuartel general del ejército rebelde. Llevaba la intención de atrapar a los líderes, pero no logró su propósito. Catón y Juba se suicidaron, en tanto que Labieno y los dos hijos de Pompeyo, lograron embarcarse rumbo a Hispania. La guerra había durado sólo tres semanas y una gran parte del norte de África cayó en poder de César. El reino de Numidia desapareció. La parte oriental se incorporó a la provincia romana de África, y la región occidental pasó a formar parte de Mauritania.

Un mes después de la victoria de César en África, nació en Egipto el hijo que había procreado con Cleopatra, al que dieron el nombre de Tolomeo César, aunque siempre fue conocido como Cesarión, algo así como el pequeño César. Pero en tanto el general romano ignoraba lo que ocurría en Egipto, la reina del país del Nilo era informada de todos los movimientos de César. El primer ministro de Cleopatra, Mardo, tenía una eficiente red de espionaje que se extendía por gran parte del territorio romano. Era menos probable que estuviera enterada por las cartas que César le enviaba, pues según se sabe, las cartas de César a Cleopatra eran muy escasas, breves y casi impersonales.

CLEOPATRA EN ROMA

Julio César regresó a Roma y fue autorizado por el Senado a celebrar sus cuatro Triunfos: en la Galia, en Alejandría, en el Bósforo y en África. El dictador envió a Cleopatra una invitación para que asistiera a la cuádruple celebración, y puso a su disposición su villa del lado oriental del Tiber. Cleopatra VII, su hijo Cesarión y su hermano Tolomeo XIV, navegaron durante cuarenta días hasta el puerto de Ostia, de donde fueron llevados en literas hasta la villa. Cleopatra se había hecho acompañar por su médico personal, su nodriza y consejera y su ayudante de cámara, así como por todos los servidores que consideró necesarios. En Egipto había dejado al frente del gobierno a Mardo.

Las visitas de César a Cleopatra, no eran tan frecuentes como la reina esperaba. Llegaba a la villa en dos formas diferentes y para dos fines distintos. Si iba por las noches, era para encontrarse con su amante, su esposa según ella, y para ver a su hijo, al que hasta ahora conocía y al que nunca reconoció oficialmente. Cuando iba a la villa durante el día, siempre se trataba de una visita de carácter oficial. Llegaba acompañado de un numeroso grupo de oficiales, los *lictors*, cada uno de ellos portando un simbólico haz de varas atado a una pequeña hacha (el *fascio* atado a la *segur*). En estas ocasiones los dos hermanos - esposos, Cleopatra VII y Tolomeo XIV, ocupaban un par de tronos traídos a propósito de

Alejandría, que se colocaban en la parte alta de la escalinata de acceso al edificio. Ahí recibían el saludo protocolario, o la invitación a alguna ceremonia oficial, del alto dignatario romano.

La celebración de los cuatro Triunfos de César podría haberse realizado en sólo cuatro días, pero se extendió a dos semanas, entre desfiles, justas deportivas, banquetes y festividades religiosas. En algunos de los eventos, Cleopatra y Tolomeo ocupaban asientos en las tribunas destinadas a los gobernantes y a los embajadores de los países amigos. La parte más importante de la celebración, era el desfile. Abrían la marcha los senadores y los funcionarios de mayor importancia. Los seguía un cuerpo de caballería de una de las legiones que habían participado en la guerra, cuya victoria se celebraba. A continuación venía la parte que más gustaba al público, en la que eran exhibidos los prisioneros. Cerraba el desfile el propio Julio César, al frente del resto de sus tropas.

En la celebración del Triunfo de las Galias, destacaba entre los prisioneros galos, Vercingetórix, por su elevada estatura y su altivez, no obstante ir encadenado. En el Triunfo egipcio llamaba la atención Arsinoe, en este caso por su belleza, cuya notable delgadez no había logrado disminuirla. El Triunfo de África, llevaba entre sus prisioneros al pequeño hijo del rey Juba. Con excepción de Arsinoe, que fue enviada al destierro, y del niño númida, que fue adoptado por una familia romana, todos los prisioneros fueron ejecutados.

Acababan de finalizar las fiestas, cuando llegaron de Hispania noticias que no eran nada alentadoras. Los hijos de Pompeyo se habían reorganizado, el gobernador romano había sido expulsado, y los dos comandantes de las tropas estacionadas en la región habían sido derrotados. Era indispensable la presencia de César.

- Debo marchar a Hispania y no sé cuándo pueda regresar - le dijo a Cleopatra -. Si quieres volver a Egipto, puedes hacerlo, pero no te lo recomiendo. Está llegando a su fin la época en que la navegación en el Mediterráneo es segura. Mejor quédate en Roma como mi invitada personal y espera mi regreso.

Además del atraso en el regreso de Cleopatra a su reino, la inseguridad en la navegación tuvo otra consecuencia: César tendría que viajar a Hispania por tierra. Debería recorrer más de mil kilómetros a través de los Alpes siguiendo, en sentido opuesto, la ruta de Aníbal.

César salió de la ciudad en septiembre de 46, que conforme al calendario romano, era el mes de *September* del año 708 *auc* (a partir de la fundación de Roma). Este iba a ser un año singularmente largo, ya que Julio César había decretado que se le agregaran noventa días. Con ello se trataba de ajustar el error que se había venido cometiendo durante siglos, al dar al año una duración de 365 días, en vez de trescientos sesenta y cinco días y un cuarto, que es su duración más aproximada. En lo sucesivo esto ya no ocurriría, al haberse

implantado el año bisiesto. Durante los siguientes años, el solsticio de invierno, en el que se celebraba el nacimiento del Sol, caería siempre en la misma fecha.

La campaña en Hispania distó mucho de ser un paseo. Tito Labieno, que era ahora el comandante de las tropas pompeyanas, demostró ser un destacado discípulo de César. Y en algunas ocasiones pareció que lo superaba. La batalla definitiva ocurrió en Munda, en la Bética, en marzo (*Martius*) de 45. Fue una lucha larga y sangrienta, que no se resolvía a favor de ninguno de los bandos. Al final del día, un grave error de los hijos de Pompeyo decidió la batalla a favor de Julio César. En un momento de la lucha en el que César tenía comprometidas a casi todas sus tropas en la parte frontal del encuentro, Labieno realizó un movimiento con su caballería, que llevaba como intención atacar a César por el flanco. Por su inexperiencia o por la falta de comunicación, los jóvenes hermanos interpretaron el movimiento como una retirada, y siguieron a Labieno. La huida ya no se pudo detener y la batalla se convirtió en una persecución. Perecieron en el campo de batalla Labieno y Cneo Pompeyo. El hermano menor de éste, Sexto Pompeyo, logró escapar.

César tardó varios meses en regresar a Roma. Antes de salir de Hispania, tuvo que reorganizar la situación política de la provincia. Nombró gobernador a Asinio Polión y distribuyó varias legiones en lugares estratégicos, para evitar una nueva sorpresa. Después se dirigió a Roma por el mismo camino por el que había llegado a Hispania: a través de los Alpes. Sólo que ahora hizo el viaje en etapas y en ningún momento mediante jornadas extenuantes. En Modena, en la Galia Cisalpina, se detuvo para recibir un homenaje por parte de varios funcionarios que se habían trasladado de Roma, para recibirlo. En el mes de junio (*Iunius*) llegó a la capital romana. Antes de presentarse al Senado, pasó una semana en su finca de descanso de Lavicum, en la que se dedicó a redactar un nuevo testamento y diversas disposiciones que debía acatar el Senado.

Una vez entregados los mandatos al Senado, inició sus actividades políticas, la mayor parte de ellas relacionadas con actos que aumentaban su poder y lo elevaban a niveles que lindaban con la divinidad. La irritación de los republicanos, como era de esperarse, crecía en la misma proporción.

- Tu “esposo” lleva más de un mes en Roma - le decía insidiosamente Tolomeo a su hermana mayor y cogobernante -, y ni siquiera ha tenido la atención de hacerte una breve visita. No entiendo para qué te pidió que lo esperaras hasta su regreso de Hispania.

En el mes *Quintilis*, que a partir de ese año se llamaría Julio, “*Julius*”, por fin César llegó a la finca en la que se alojaba Cleopatra, pero la visita fue corta y fue oficial. No tuvo otro objeto que invitar a los reyes de Egipto a la celebración del Triunfo Hispánico.

El festejo se llevó a cabo con la misma pompa que los cuatro anteriores. Después de la celebración, Julio César mandó esculpir una gran cantidad de bustos con su efigie, y

ordenó que fueran colocados en el mismo número de lugares públicos, de Roma y de las provincias. Un poco más adelante, hizo que el Senado le otorgara el nombramiento de “dictador vitalicio”. Esta fue la gota que derramó el vaso.

- No me queda la menor duda - afirmaba Marco Junio Bruto ante un grupo de republicanos -, de que César se convertirá muy pronto en monarca *de jure*, pues *de facto* ya lo es.
- Eso si se lo permitimos - decía su hermano Décimo Junio Bruto -. Cuántas guerras y cuánta sangre ha sido derramada para mantener la República, para que ahora llegue Julio César cargado de ambiciones y de soberbia, a instaurar un imperio.

Fue inevitable que surgiera una conspiración. Además de los hermanos Marco y Décimo Junio Bruto, los líderes eran Cayo Casio Longino y Cayo Trebonio. Los cuatro habían sido íntimos amigos de César, y ahora encabezaban a un grupo de unos sesenta ciudadanos, que se hicieron llamar los “libertadores”. A todos ellos los unía la convicción de que, la única forma de salvar a la República, era con la muerte del tirano.

César había convocado al Senado para el 15 de marzo (los *Idus de Martius* llamaban a esa fecha los romanos) y los conspiradores estaban seguros de que ese día se proclamaría emperador. Debían evitar que esto ocurriera, acabando con la vida de César antes de que se reuniera con el Senado. Acordaron darle muerte ese mismo día, en el Campo de Marte, en donde el Senado celebraba sus sesiones.

Y así fue. Cuando Cesar acababa de llegar a la curia, varios conspirados se lanzaron sobre él. Todos eran sus amigos, así es que apenas pudo darse cuenta de lo que ocurría. Dejemos a Plutarco que relate el crimen: “Los que habían preparado el asesinato desenvainaron uno a uno su espada. César rodeado por todos lados y encontrándose donde quiera que mire con el hierro que le hiere en el rostro y en los ojos, se ve envuelto y zarandeado como una fiera salvaje entre todas esas manos. Y es que todos tenían que participar en el crimen, así que también Bruto le propinó una herida, una sola, en la ingle. Y hay quien dice que César se defendía de los otros, moviéndose de un lado para otro y gritando, pero cuando vio a Bruto que blandía su espada contra él, se cubrió la cabeza con la toga y se dejó caer, ya fuese empujado por el azar, ya por los asesinos, junto al pedestal sobre el que se alzaba la estatua de Pompeyo. Ese pedestal quedó completamente ensangrentado, de suerte que parecía que Pompeyo en persona presidía el castigo de su enemigo, echado a sus pies y palpitando de sus innumerables heridas”. Los asesinos huyeron y el cadáver de Julio César quedó tendido, hasta que su esposa, Calpurnia, envió a unos esclavos para que lo llevaran a su casa.

MARCO ANTONIO

Mientras que los más exaltados partidarios del dictador asesinado, Marco Emilio Lépido, Lucio Cornelio Balbo y Publio Cornelio Dolabela, exigían una inmediata acción contra los asesinos, Marco Antonio, sobrino de César y cónsul en ese momento, mantuvo la calma. Lo primero que hizo fue persuadir a Calpurnia de que le entregara los documentos privados de su marido. A continuación convenció a quienes deseaban una venganza inmediata, de que no era oportuno llevarla a cabo, ya que sumiría a Roma en un baño de sangre.

- Dejemos la venganza para más adelante. Tengan la seguridad de que no faltarán oportunidades para hacer pagar su crimen a los asesinos. Por ahora es mejor pactar con ellos. Obtendremos algunas ventajas, que en este momento nos son indispensables, les daremos confianza, y cuando lo consideremos oportuno, acabaremos con ellos.

Antonio promovió una reunión, en la que participaron los partidarios de César y sus mortales enemigos, los “libertadores”. A pesar de su odio recíproco, llegaron a algunos acuerdos:

1. El senado ratificará todas las decisiones de César. Lo cual significaba que prevalecían todas reformas que había propuesto recientemente.
2. Se considera válido su último testamento. En el testamento, redactado por César a su regreso de Hispania, cuyo contenido se ignoraba en ese momento, nombraba heredero único a su sobrino nieto Octavio.
3. El dictador asesinado tendrá un funeral público, en el Campo de Marte, que corresponda con su elevada jerarquía.
4. A los líderes de los “libertadores” se les asignarán los gobiernos de varias provincias. Con ello se les daba el poder que necesitaban para protegerse y se les alejaba de Roma, en donde sus vidas corrían peligro.

Cleopatra recibió la noticia de la muerte de César, de uno de sus criados. Ningún oficial o funcionario, de mayor o menor jerarquía, se acercó a la villa a manifestarle su solidaridad por la muerte del padre de su hijo, que según ella, era su esposo. Su primera reacción, fue de un profundo dolor, seguida del temor de que ella y su hijo fueran asesinados, por las posibilidades que tenían de convertirse en herederos del poderoso dictador. Finalmente, el temor se transformó en profunda desilusión, cuando Tolomeo, en tono de burla, le hizo saber que el testamento de César había sido dado a conocer y en él no se hacía ninguna mención de ella ni de Cesarión. Por supuesto, ni Cleopatra ni su hermano asistieron a las ceremonias funerarias.

Los funerales de Julio César se llevaron a cabo en el Campo de Marte, como se había acordado. Al lado de la tumba de su hija Julia, que había sido esposa de Pompeyo, se

levantó una gran pira. Frente a las tribunas se encontraba un catafalco, que era una reproducción del templo de *Venus Genitrix*. En su interior se había colocado un lecho de marfil cubierto por una rica tela púrpura, bordada en oro. El cuerpo del tirano llegó en una elegante parihuela, cuyo peso se distribuía entre diez magistrados. Una vez que el cadáver fue colocado sobre el lecho de marfil, correspondió al cónsul Marco Antonio pronunciar la oración fúnebre.

El discurso de Marco Antonio se inició con un prolongado relato de las hazañas de César, de las guerras y batallas ganadas y de los tesoros que había entregado al erario, así como de los territorios incorporados por él a la República. A continuación, Antonio leyó una parte del testamento del dictador, mediante el que donaba al pueblo sus jardines privados y ordenaba que se entregaran, de su fortuna personal, 10 denarios a cada ciudadano. Finalmente describió las heridas que César había recibido de quienes “cobardemente acabaron con la vida del hombre al que tanto debemos los romanos”. La multitud, exacerbada por las palabras de Antonio, clamaba venganza. Unos pocos conspiradores que aun se encontraban en Roma, se alejaron de la ciudad tan rápido como les fue posible.

Cleopatra ya no tenía nada que hacer en Roma. Por fin se había dado cuenta de que únicamente era la concubina del fallecido líder, y su hijo sólo era un bastardo. Pasada la ceremonia luctuosa, permaneció en la villa apenas el tiempo indispensable para que sus pertenencias fueran empacadas y embarcadas. Para los primeros días de abril, ya iba navegando rumbo a Egipto.

El viaje de regreso, con vientos favorables, duró menos que el anterior, rumbo a Roma. La reina, además de la tristeza que la embargaba por la muerte del padre de su hijo, tuvo que soportar los sarcásticos comentarios de Tolomeo, que no dejaba de recordarle que en Roma, jamás fue tratada como esposa de César. Por si esto fuera poco, antes de salir de Roma había recibido noticias de una gran destrucción de casas y sembradíos en ambos márgenes del Nilo, causada por una avenida extraordinaria que, como agravante, llevaba muy bajo contenido del valioso limo que enriquecía los suelos.

Pero al llegar a Egipto, se dio cuenta de que no todo eran malas noticias. En su ausencia, Mardo, al frente de un cuerpo de ministros nombrados por él mismo, había actuado con eficiencia y, lo que realmente era notable, con honestidad. Era cierto que la gran inundación había afectado gravemente la economía. En vez de exportar trigo y cebada, fue necesario importarlos. Pero en cambio, se había incrementado la exportación de aceite de oliva, que pagaba elevados impuestos. Y el manejo adecuado de estos ingresos, les había permitido sortear la crisis. Por la seguridad no tenía que preocuparse. Continuaban garantizándola las dos legiones que había dejado César.

A los pocos días de haber llegado a Alejandría, Cleopatra fue informada por Tolomeo de que había llegado a la edad necesaria para que su condición de corregente dejara de ser nominal.

- Seguramente no ignoras, hermana mía, que acabo de cumplir los catorce años y, conforme a la tradición y a las leyes egipcias, estoy apto para gobernar y tengo derecho a compartir contigo el poder, de manera efectiva.
- Por supuesto que estoy enterada hermano, y estoy completamente de acuerdo. Debemos iniciar los preparativos para la ceremonia mediante la cual asumas el poder junto conmigo.

Ambos hermanos se mostraron muy activos en preparar el acto protocolario, pero el evento nunca se realizó. Pocos días antes de la fecha fijada, Tolomeo enfermó gravemente. Le fue diagnosticada una “corrupción pulmonar” y falleció poco después. Las muertes, tanto de Tolomeo XIV como de Cleopatra VI, habían sido muy oportunas para quienes ostentaban el poder en esos momentos. Sin embargo, en los dos casos los médicos tuvieron cuidado de no mencionar la intervención de algún agente externo que hubiera podido provocar el mal.

El cuerpo embalsamado de Tolomeo XIV fue depositado en un sarcófago de granito, en el mausoleo en el que descansaban todos los faraones, a partir del primer Tolomeo, en Alejandría. Cleopatra VII nombró corregente a su hijo Cesarión, quien compartió el trono con su madre con el nombre de Tolomeo XV Filópator Filómetor César.

La reina se mantenía al corriente de lo que ocurría en el mundo romano. La oportuna información le seguía llegando a través de su primer ministro, Mardo, y su amplia red de espionaje. Así se enteró de que, empezando el año 43, fue ejecutado uno de los asesinos de César. Cayo Trebonio no había clavado un puñal en el pecho del dictador, pero fue el encargado de entretener a Marco Antonio a la entrada del Senado, para que no pudiera estorbar a los asesinos materiales. Trebonio había recibido el gobierno de la provincia de Asia, situada en la costa egea de Asia Menor. Hasta ahí se trasladó Dolabela para combatirlo, derrotarlo y, finalmente decapitarlo. La noticia fue recibida por Cleopatra con gran satisfacción.

Pero el gusto le duró el tiempo que tardó Casio en trasladarse de Siria a la provincia de Asia, a donde llegó para vengar a Trebonio y apoderarse de la gubernatura de la provincia. Dolabela estaba en condiciones de inferioridad y le pidió a Cleopatra las legiones que había dejado César en Egipto. La reina las envió, con una parte de su propia armada, pero tanto los barcos como las tropas fueron interceptados por Casio, que los incorporó a su ejército. Dolabela fue derrotado y muerto.

En Roma había surgido una pugna encubierta entre Marco Antonio y Octavio, no obstante que Octavio estaba casado con Clodia, la hijastra de Antonio. El origen de la sorda

disputa estaba en que ambos se sentían herederos de Julio César. El notable orador Cicerón, tomó el partido de Octavio. Utilizando su notable elocuencia, emprendió una campaña de difamación contra Marco Antonio, al tiempo que dedicaba vigorosos discursos de alabanza hacia Cayo Julio César Octavio, como se hacía llamar Octavio desde la adopción testamentaria de su tío abuelo Julio César.

El principal argumento de Cicerón en sus discursos, era que Antonio había premiado a los asesinos de César con importantes gubernaturas, en vez de castigarlos por su crimen. Así es que, para limpiar el estigma, Antonio decidió expulsarlos él mismo de sus cargos. Empezaría por la expulsión de Décimo Bruto de la Galia Cisalpina. Para justificar la expulsión, se hizo reasignar el gobierno de la Galia por el Senado. Marchó al Norte con sus legiones y puso sitio a Modena, la capital gubernamental de la provincia. Décimo, que ignoraba la reasignación a Antonio, se consideraba legítimo gobernante y pidió ayuda al Senado. Octavio, que en ese momento dominaba al Senado, debía haber informado a Décimo Bruto que la gubernatura había sido reasignada y tenía que entregar el poder a Marco Antonio. Pero, a pesar de la reasignación, no quería que la Galia Cisalpina quedara en poder de Antonio, aunque tampoco quería favorecer a su enemigo Décimo, y decidió combatirlos a los dos.

Con su creciente autoridad, aunada al desprestigio de Antonio, provocado por los discursos de Cicerón, logró que el Senado enviara a los cónsules Hirtio y Pansa con un importante contingente, a atacar a Marco Antonio. Él mismo los acompañaría, como apoyo. Antonio no pudo soportar el combate en dos frentes. Y para no quedar atrapado entre las legiones de Décimo y las de los cónsules, se abrió paso a través de las tropas consulares, en una cruenta batalla que acabó con la vida de Pansa y de Hirtio. Antonio cruzó los Alpes y llegó a la Galia septentrional, en donde fue fraternalmente recibido por Lépido, a cuyo lado había combatido en Hispania y en la misma Galia que ahora gobernaba.

En Modena, Octavio se puso al frente de las tropas consulares y continuó la lucha, ahora contra Décimo Bruto. Décimo no pudo contener el ataque y se vio obligado a huir. Pero en el camino se topó con los soldados de Lépido que, sin más averiguaciones, lo ejecutaron. Cleopatra, siempre informada de todos los acontecimientos del ámbito romano, tuvo un motivo más de júbilo.

Lépido y Marco Antonio estuvieron de acuerdo en apaciguar a Octavio. Lo combatirían, únicamente si el enfrentamiento fuera inevitable. Cruzaron los Alpes y tomaron el camino de Roma. Sumadas las legiones de ambos, eran superiores a las que Octavio pudiera reunir en ese momento. Pero no querían una guerra entre quienes se consideraban partidarios del fallecido César, que daría ventajas a sus asesinos. Se detuvieron en Bolonia, una ciudad próxima a Modena, y desde ahí, Lépido envió un mensaje a Octavio.

- Has equivocado el camino Octavio, al poner al Senado en contra de Marco Antonio. Nuestros enemigos son los asesinos de César, a quienes debemos combatir hasta acabar con ellos. Si peleamos entre nosotros, sólo alejaremos la venganza y el crimen terminaría quedando impune. Te invitamos, Marco Antonio y yo, Marco Emilio Lépido, a formar una unidad cuya primordial finalidad sea acabar con los asesinos.

EL SEGUNDO TRIUNVIRATO

Octavio sabía que la alternativa a unirse a Antonio y a Lépido, era combatirlos, con muy pocas posibilidades de salir bien librado de la lucha, y optó por aceptar su invitación. Se trasladó a Bolonia y ahí, en septiembre de 43, se constituyó el Segundo Triunvirato. Estaba formado, naturalmente, por Marco Antonio, Cayo Julio César Octavio y Marco Emilio Lépido, y tendría una duración de cinco años.

El primer acuerdo de los triunviros, consistió en la repartición de las regiones occidentales bajo la dominación romana: Cerdeña, Sicilia y la provincia de África, serían para Octavio; las Galias Cisalpina y Trasalpina, para Marco Antonio; en tanto que Hispania y la Galia Narbonense, serían para Lépido. Con respecto a las provincias orientales, no podían tomar ninguna decisión mientras estuvieran en poder de los cabecillas de la conspiración, Marco Bruto y Casio Longino.

Marco Antonio no podía olvidar que Cicerón había sido el causante de su desprestigio. Y aprovechó las buenas relaciones que nuevamente tenía con Octavio, para pedirle que obtuviera del Senado, al que sin duda dominaba, la condena del notable orador. Cicerón, antes de la formación del Triunvirato, había empezado a ser molesto para Octavio, pues pensaba que, por su juventud, podía manejarlo. A Octavio no le costó ningún trabajo recordar a los senadores que el viejo político había sido uno de los principales instigadores de la conspiración contra César. Cicerón huyó a su finca del campo, en donde fue aprehendido y decapitado. La noticia de la muerte de Cicerón, constituyó un nuevo motivo de satisfacción para Cleopatra.

Una vez afianzado el poder del Triunvirato en todo el occidente romano, Octavio y Marco Antonio marcharon al Oriente, para enfrentarse a Bruto y a Casio. Los dos asesinos de César se reunieron en Filipos, en el oriente de Macedonia, en donde presentarían un frente unificado a los triunviros. La batalla tuvo lugar en octubre de 42. Octavio enfermó y se vio obligado a presenciar la lucha desde una litera. A Marco Antonio le resultaba más conveniente dirigir la guerra, sin tener que compartir el mando ni las decisiones. Organizó la ofensiva contra Bruto y Casio en forma tal, que pudo rebasar sus defensas y penetrar con sus tropas en la ciudad de Filipos. Ambos “libertadores”, al verse derrotados, se suicidaron. Fue una excelente noticia para Cleopatra, que veía como habían ido cayendo, uno tras otro, los asesinos de César.

Ahora sí, los triunviros podían repartirse el mundo romano: Lépido recibió las posesiones occidentales: África, Hispania y la Galia Trasalpina; Antonio las orientales: Asia Menor y el Cercano Oriente; y Octavio se quedó con Italia, con las Galias Narbonense y Cisalpina y, lo que era más importante, con Roma.

Antonio eligió como centro de operaciones Tarso, la capital de la provincia de Cilicia, en la costa mediterránea de Asia Menor, a donde llegó a mediados del año 41. La misión más importante que se había fijado, era extender las posesiones romanas hacia el territorio que ocupaban los partos, al oriente de Siria.

Pero antes tenía que resolver algunos asuntos en su área de influencia. No ignoraba que Cleopatra había ayudado a Pompeyo con barcos y tropas, en su lucha contra César, aunque más tarde, fue el propio César quien le perdonó esta falta. De lo que no estaba muy seguro era de si las tropas y soldados enviados en fechas más recientes a Asia Menor, iban destinados a Dolabela y fueron interceptados por Casio, o si la reina se los había mandado al mismo Casio. Envío un mensajero a Alejandría para conminar a Cleopatra a que se presentara en Tarso, con el fin de que explicara su actuación en el asunto. Tal vez pudiera atrapar a la reina en una falta grave, que le diera un pretexto para invadir la nación del Nilo.

- Di a tu amo - contestó Cleopatra al mensajero -, que está tratando con la reina de Egipto y no con uno de sus gobernantes vasallos. Si tiene algún asunto que tratar conmigo, puede venir a Alejandría personalmente.

Antonio no viajó a Egipto, pero su segundo enviado fue un diplomático que, con suma cortesía, le entregó una carta mediante la cual el triunviro invitaba atentamente a la reina a que lo visitara en Tarso, “con el fin de intercambiar nuestros puntos de vista sobre diversos temas de interés para ambas partes”.

CLEOPATRA Y MARCO ANTONIO

Cleopatra tenía que convencer a Antonio de que en su actitud con respecto a Roma, no había nada reprochable. Y quitarle la idea, si es que la tenía, de incorporar Egipto al dominio romano. Era una situación, en cierto modo, similar a la que se le presentó con César siete años atrás. En ese tiempo, para llegar hasta César, tuvo que pasar entre sus enemigos oculta en una alfombra. Ahora arribó a Tarso en la barcaza real, una lujosa nave que era un suntuoso palacio flotante.

A sus veintiocho años la belleza de Cleopatra, en vez de haber disminuido, parecía haberse acentuado. Con Antonio, diecisiete años más joven que César, no le ocurrió lo mismo que con su primer amante, para el que sólo fue una más de sus conquistas. Antonio se enamoró de ella. Y la reina de Egipto, que era una mujer apasionada, correspondió con el mismo sentimiento. En Tarso vivieron un eufórico romance de varios meses, que continuó

en Egipto. Cleopatra se olvidó de César y el triunviro romano se olvidó de la guerra, de los partos y de la política. También se olvidó de su esposa Fulvia.

Octavio era constantemente informado de las irreflexivas acciones de Antonio. Y las dejaba pasar, podríamos decir que las disfrutaba, pues estaba seguro de que a la larga serían en su beneficio. El sobrino nieto de César se había divorciado de Clodia, la hijastra de Antonio, para casarse con Livia, una inteligente matrona perteneciente a la aristocracia romana, que fue su mejor consejera en su camino ascendente hacia el poder absoluto. Fulvia agregó el disgusto por el rechazo de su hija, al que le causaba la infidelidad de Marco Antonio.

- Lo que más me preocupa - comentaba Fulvia con su cuñado Lucio Antonio -, es la actitud irresponsable de tu hermano. No tengo ninguna duda de que Octavio la aprovechará para encumbrarse a su costa. Antonio perderá todo lo que tiene y va a llevar a la ruina a toda la familia.
- Antes de que esto ocurra, debemos arrebatarnos el poder a Octavio. Entre tú y yo podemos reclutar suficientes legiones de mercenarios para acabar con el triunviro. Una vez que yo lo sustituya, haré entrar en razón a Antonio, a cualquier costo.

Entre Fulvia y Lucio Antonio, reclutaron ocho legiones de su propio peculio, y las llevaron a Roma para atacar a Octavio. Pero el reclutamiento de ocho legiones no se realiza de la noche a la mañana, ni se puede evitar que mucha gente se entere. Octavio tuvo tiempo suficiente para llevar a Roma las legiones de la Galia y cuando llegaron a Roma Lucio y Fulvia con sus legiones de mercenarios, ya los estaban esperando. Al frente de las legiones de Octavio estaba Marco Vipsanio Agripa, un antiguo compañero de estudios del triunviro, que se había convertido en un excelente militar. Los rebeldes, rechazados por Agripa, se refugiaron en Perugia, hasta donde fueron perseguidos y derrotados. Lucio Antonio fue ejecutado y Fulvia fue desterrada a Sicyon, en Grecia. Marco Antonio regresó apresuradamente a Italia, únicamente para enterarse de la ejecución de su hermano y de la muerte de su esposa, al poco tiempo de haber llegado a Grecia.

Por un momento parecía que estallaría la guerra entre los triunviros, pero las circunstancias no eran favorables a la lucha. Las legiones de ambos bandos habían combatido juntos en Filipos y sus comandantes no parecían estar dispuestos a una lucha fratricida, sólo por el capricho de la mujer de Antonio. Y el mismo Marco Antonio no mostró demasiado interés en vengar a su hermano, que había buscado la muerte con su imprudente alzamiento. Además, Octavio había sido clemente con su esposa, al enviarla al exilio. De su muerte, no tenía ninguna culpa. Con un abrazo, los dos triunviros expresaron la ausencia de resentimientos.

Era el año 40 y aun cuando le quedaban dos años de vida al Triunvirato, sus integrantes consideraron conveniente renovarlo. Se reunieron en el sur de Italia y efectuaron una nueva división de los dominios romanos. Para Marco Antonio, no cambió nada. Siguió teniendo bajo su mando el territorio oriental, a partir del Adriático. En el Occidente hubo algunos cambios que beneficiaron a Octavio, a costa de las posesiones de Lépido, al que sólo se le dejó la provincia de África y el reino tributario de Mauritania. Octavia, la hermana del triunviro, acababa de enviudar de Claudio Cayo Marcelo y la renovada amistad entre Antonio y Octavio se selló con el matrimonio del primero con la hermana del segundo.

De todo esto era informada Cleopatra, a través de su primer ministro Mardo y su red de espionaje. Es de imaginar el gran disgusto que le causó el matrimonio de Antonio, recién viudo de Fulvia, con Octavia. Con el agravante de que la reina egipcia estaba embarazada y a punto de dar a luz. Poco después, por el mismo conducto de su ministro Mardo, Cleopatra se enteró de que los partos, que por muchos años no habían avanzado más allá de las fronteras de Siria y Judea, habían empezado a movilizarse hacia el Occidente. Curiosamente, fueron un romano y un judío los que exhortaron al rey Orodes I de Partia, a invadir ambas naciones, que estaban sometidas a Roma.

Por una parte estaba Quinto Labieno, hijo del general Tito Labieno, que había muerto en Hispania combatiendo contra César. Tito había logrado escapar tras la batalla de Filipos, en la que fueron derrotados Bruto y Casio. En su huida, el joven Labieno cruzó Asia Menor y llegó al territorio parto. Labieno se entrevistó con el rey Orodes I y lo convenció de la debilidad romana en el Oriente, por el abandono de Marco Antonio.

También el judío Antígono Matatías había llegado hasta el río Tigris, en una de cuyas márgenes se ubicaba Ctesifonte, la capital del reino parto. Antígono pertenecía a la familia de los Macabeos, que habían expulsado de Judea a los seléucidas y la habían gobernado durante los últimos cien años. Por su linaje, Antígono se consideraba con mayor derecho que el actual rey Herodes, y así lo expresó al rey parto.

- En Judea el poder está en manos de Herodes, un rey que carece totalmente de la simpatía del pueblo. Además de haber sido impuesto por Roma, no es judío, sino medio idumeo y medio nabateo. Una acción de los partos para expulsarlo del trono y colocar en su lugar a un macabeo (Antígono, por supuesto), gozaría del apoyo del pueblo judío. Y los partos tendrían en Judea a un aliado, en vez de a un enemigo.

Orodes no tardó mucho en confirmar lo acertado de las afirmaciones de sus officiosos consejeros, romano y judío. Con ellos mismos dirigiendo dos cuerpos de su ejército, conquistó sucesivamente Siria y Judea. En Judea, Herodes y su hermano Fasael, intentaron oponerse a la invasión pero, sin el apoyo de los judíos, que se sentían más

identificados con Antígono que con Herodes, fracasaron en la empresa. Fasael murió en la lucha, en tanto que Herodes logró huir a Petra, la capital del reino nabateo, que era la tierra de su madre. Los árabes nabateos lo ayudaron a llegar a Egipto, en donde se embarcó para Roma. Mientras tanto, los partos habían impuesto a Antígono Matatías en el trono de Judea.

En Roma los senadores ignoraron al rey apoyado por los partos, y Herodes fue nombrado para el alto cargo. Sólo que para reinar, primero tendría que reconquistar el territorio. Marco Antonio le proporcionó barcos y soldados. No muchos, pues él por su parte, debía detener a los partos que, después de conquistar Siria y Judea, avanzaban sobre Cilicia. De modo que una parte importante de sus recursos bélicos los envió a Asia Menor, con el más importante de sus generales, Publio Ventidio Baso.

Marco Antonio se trasladó a Atenas, para estar más cerca de los acontecimientos. Lo acompañaba su esposa Octavia, embarazada de su primer hijo, que sería una niña. Tal vez ignoraba que Cleopatra había dado a luz dos hijos suyos, dos mellizos, un niño y una niña. Por el momento su principal atención se centraba en Asia Menor y en el Oriente Próximo. Publio Ventidio logró expulsar a los partos de Cilicia e iba recuperando poco a poco el territorio Sirio. Los partos, urgidos de combatientes en Siria, habían dejado sin protección a Antígono. Sin el apoyo parto, el último gobernante macabeo fue derrotado y ejecutado por Herodes. Poco después, Ventidio informaba a Marco Antonio que Siria había quedado libre de invasores. Por supuesto, el reino parto no estaba derrotado, únicamente había vuelto a sus posiciones anteriores, en Mesopotamia.

A Octavio en cambio, no le iba tan bien. Sexto Pompeyo, el hijo superviviente de Pompeyo Magno, se había apoderado de Sicilia, el granero de Italia, y había obligado a Roma a importar trigo y cebada de Egipto. Pero Sexto, además, dominaba el Mediterráneo y casi la mitad de los transportes de cereal eran interceptados por sus barcos. Los precios del trigo y la cebada se habían elevado considerablemente, con su consecuente desestabilización política y financiera. Octavio necesitaba, en primer lugar, acabar con la piratería en el Mediterráneo. Después se encargaría de expulsar a Sexto de Sicilia. Le pidió ayuda a Marco Antonio y este llegó a Tarento con trescientos barcos. Pero Agripa convenció a Octavio de que no era conveniente involucrar a Antonio en asuntos del Occidente. Así es que sin más, le dijo que podía regresar a Atenas, pues Agripa se iba a encargar de la campaña en el Mediterráneo.

Marco Antonio se puso furioso. Octavio estaba a su nivel en el Triunvirato y, sin embargo, lo estaba tratando como a un súbdito, sujeto a sus caprichos. El disgusto amenazaba con ser causa de una ruptura definitiva entre los triunviros. Pero el rompimiento fue evitado por la habilidad diplomática de Octavia, que para estas fechas esperaba a su segundo hijo. Lamentó “con profundo dolor”, que sus dos seres más queridos, su esposo y su hermano, actuaran como enemigos, en vez de sentarse a dialogar. Sus argumentos fueron convincentes y así surgió el Pacto de Tarento. Conforme al Pacto, el Triunvirato, que estaba

a punto de extinguirse, se prolongaría por cinco años más. No habría cambios en cuanto a la distribución de territorios, pero Antonio le dejaría ciento veinte barcos a Octavio y éste lo compensaría con cuatro legiones, cuando le fueran necesarias, para la campaña contra los partos.

Durante el viaje de regreso a Atenas, Antonio meditaba sobre el resultado del Pacto de Tarento. Octavio se había salido con la suya, al dejarlo fuera de la campaña del Mediterráneo. Además, le había quitado ciento veinte barcos para dárselos a Agripa, con una ilusoria compensación de tropas, que le enviaría “cuando le fueran necesarias”, tal vez nunca.

- Muy costosa me resultó tu recomendación Octavia, de reconciliarme con tu hermano. Le dejé ciento veinte barcos, con los que reforzará la armada de Agripa, contra una promesa de tropas que no estoy seguro de que me las llegue a enviar.
- No me culpes a mí de las decisiones que tomes Antonio. Ni Octavio ni yo te obligamos a aceptar su propuesta. Además, no sé por qué desconfías de él. Hasta ahora nunca te ha mentido y ten la seguridad de que contarás con las legiones cuando las necesites.

Marco Antonio no quedó convencido. Seguía sintiéndose engañado por Octavio, con la complicidad de su hermana. Cuando navegaban por el mar Jónico, tomó como pretexto que si su segundo hijo era varón (predicción en la que no acertó), tendría que ser cien por ciento romano y, por lo tanto, su nacimiento debería ocurrir en Roma.

- Deberás regresar a Roma - le dijo a Octavia -. Tengo la seguridad de que nuestro segundo hijo será varón y quiero que nazca allí, para que sea completamente romano.
- Que argumento tan absurdo Antonio, para deshacerte de mí. Ahora resulta que también eres adivino. Pero aunque estuvieras en lo cierto y nuestro próximo hijo sea un varón, cuántos hombres ilustres y gobernantes de Roma han nacido en las provincias, sin que esto influya en su calidad de romanos.
- Pues ninguno de ellos ha sido totalmente romano, y yo deseo que mi hijo lo sea.
- Sin duda estás deseando juntarte una vez más con tu prostituta egipcia y por ese motivo quieres hacerme volver a Roma. Pero te advierto que si insistes, tendrás en mí y en mi hermano tan grandes enemigos, que preferirás no haber nacido.

Sin hacer caso de la amenaza de Octavia, en la siguiente escala que realizaron en la isla Citera, Antonio trasladó a su esposa a un barco ligero y la envió de regreso a Italia. Cuando Octavia llegó a Roma, clamó ante su hermano venganza contra su marido, por la afrenta de la que la había hecho víctima.

- Ten calma hermana - fue la respuesta de Octavio -. A Marco Antonio sólo hay que darle cuerda y él mismo se ahorcará.

Antonio estuvo en Atenas únicamente el tiempo indispensable para organizar el cambio de su cuartel general a Antioquía, la capital de la recién liberada Siria. Ahora sí iba a realizar la campaña contra el reino parto. En 53 los partos habían derrotado y dado muerte a Marco Lisinio Craso y habían capturado las águilas de las legiones romanas derrotadas, es decir, sus estandartes. Julio César había muerto sin poder lavar la afrenta y a Marco Antonio le correspondía hacerlo. Su mejor general, Vipsanio, había derrotado a los partos, pero no había logrado avanzar un solo metro hacia el oriente de la frontera Siria.

En Antioquía, Antonio se instaló en el lujoso palacio que habían construido los reyes seléucidas y, antes de cualquier acción que indicara que iniciaría una campaña militar, envió a Cleopatra una invitación para que le hiciera compañía en su nueva residencia. En esta ocasión, la reina de Egipto no necesitó un segundo mensajero. Mandó preparar la barcaza real y navegó por el Mediterráneo Oriental, rumbo a Siria, acompañada por los dos hijos de Antonio. Al llegar a Antioquía, fue agasajada por su amante con una espléndida cena, a la que la reina asistió ataviada con el lujo que acostumbraba. Al triunviro le pareció más hermosa que nunca y al final de la cena, le pidió que lo acompañara a sus habitaciones. Estaba seguro de que se reanudaría el romance que se había interrumpido en Alejandría.

- Para recibirte, amada reina, he mandado preparar las habitaciones privadas de los reyes seléucidas, con los mismos lujos a los que estaban acostumbrados.
- Pues podrás disfrutar tú solo de tan lujosas habitaciones. Ya he sufrido dos abandonos, que me han dejado tres hijos sin una legítima paternidad, y no estoy dispuesta a que esto vuelva a ocurrir. Así es que por favor ordena que hagan venir a mis criados para que me lleven de regreso a mi barco.

Marco Antonio no esperaba esta reacción de Cleopatra, aunque tuvo que aceptar que tenía razón. Sin embargo, insistió en la reanudación de sus relaciones, sin que la reina cambiara de parecer.

- ¿Qué debo hacer, amada Cleopatra para que renazca en ti ese amor que algún día me dijiste sentir hacia mí?
- No he dejado de amarte Antonio, pero debes comprender que no puedo seguir una relación sin ninguna garantía para el futuro. Soy una reina, no una prostituta.
- Tienes absoluta razón amada mía. Dime en qué forma puedo darte la garantía que esperas.
- Si deseas reanudar nuestra amorosa relación, en primer lugar tendrás que divorciarte de Octavia y casarte conmigo. Además, como muestra de buena

voluntad hacia mis súbditos, me devolverás los territorios egipcios que ahora están en poder de Roma.

- Con todo estoy de acuerdo, amada mía, menos en divorciarme de Octavia, ya que está esperando un hijo mío. En cuanto el niño nazca, enviaré a Roma la solicitud de divorcio.

No obstante que Antonio no se había divorciado, Cleopatra y él se casaron en un templo de Antioquía dedicado a Isis. Era casi lo mismo que había ocurrido con Julio César, sólo que ahora se trató de una ceremonia pública y la boda fue atestiguada por los militares de más alto rango que acompañaban al general romano, y por los egipcios Mardo, Olimpo y Aira.

Durante el banquete que siguió a la boda, Antonio leyó un documento mediante el que cedía a Egipto diversos territorios que se encontraban bajo el dominio de Roma. Al terminar la lectura, un silencio sepulcral recorrió el área que ocupaban los militares romanos. Roma sólo devolvía los territorios conquistados cuando así convenía a sus intereses, o en el caso de que se los arrebataran por la fuerza de las armas. Un poco más adelante, en la misma reunión, Marco Antonio le comunicó a Publio Ventidio Baso que debía trasladarse a Roma “a recibir el merecido homenaje por sus triunfos en Cilicia y Siria”. Los militares romanos que se encontraban en el banquete, pasaban de un asombro a otro. Después de haber cedido a una extranjera varios territorios conquistados por Roma, ahora se estaba deshaciendo del mejor de sus generales, ¡cuando estaba por iniciar la campaña contra los partos!

LA DESASTROSA CAMPAÑA DE MARCO ANTONIO

Satisfecha por los logros obtenidos, Cleopatra reanudó su apasionado romance con Marco Antonio, aunque por un corto periodo. Después regresó a Alejandría, mientras Marco Antonio, financiado por la reina egipcia, iniciaba la guerra contra Partia. Para los militares que dirigían sus legiones, Antonio había cometido un grave error al enviar a Roma a Publio Ventidio, que además de ser un militar con gran experiencia, era el que mejor conocía a los partos a los que había expulsado de Cilicia y de Siria.

Pero Antonio no lo veía de esa manera. Él era también un general experimentado, sin duda más que Ventidio, y a los partos ya los conocería cuando se enfrentara con ellos. Avanzó por Armenia, tal como lo había hecho Craso casi veinte años antes, en vez de realizar un ataque directo a través de la Mesopotamia inferior. Sólo que ahora llevaba un ejército de 120,000 combatientes (nuevamente, según Plutarco), más de dos y media veces superior al de Craso, con una cantidad impresionante de arietes y catapultas que había mandado construir en Antioquía. En Tigranocerta, la capital de Armenia, fue recibido por el rey Artavasdes, súbdito de Roma. En esta ciudad dejó almacenada la maquinaria de guerra,

para enviar por ella cuando la necesitara. Aquí Antonio cometió su primero y más grave error, al no dejar una guarnición que asegurara la integridad de las valiosas máquinas.

A partir de este momento, el experimentado militar continuó cometiendo inimaginables errores. Avanzó hasta la cabecera del Éufrates, sin preocuparse en ningún momento de asegurar el terreno ganado, para lo cual tenía suficientes tropas. Pensaba ingenuamente, que el territorio armenio, por estar sometido a Roma, estaba libre de partos. Su falta de atención hacia el cuerpo de espionaje, lo había vuelto ineficiente y jamás fue informado de que los partos tenían atemorizado a Artavasdes, y las legiones romanas encargadas de proteger la frontera, recibían de los partos atractivos sobornos. El territorio armenio estaba infestado de enemigos que atacaban lo mismo a la retaguardia de Antonio que a sus líneas de abastecimiento.

Sin corregir el descuido que ya le costaba un importante número de combatientes, Antonio siguió adelante. Sólo que, inexplicablemente, en vez de descender hacia la Mesopotamia media, en donde se encontraba la capital de Partia, penetró en la cuenca del río Aras. Con su todavía considerable ejército, ocupó algunas ciudades de segunda importancia, hasta llegar a Fraaspa. Fraaspa era un importante santuario del zoroastrismo, situado en la actual Azerbaiyán, en ese tiempo bajo el dominio de los partos. Le puso sitio a la ciudad y envió, ahora sí con la protección necesaria, por las catapultas y los arietes, que requería para destruir las defensas. Los enviados regresaron con las manos vacías. En Tigranocerta había ocurrido un incendio y no había quedado una sola máquina útil.

Debido a que tenía cortadas las líneas de abastecimiento y se le estaban agotando los suministros, Antonio levantó el sitio de Fraaspa y decidió regresar a Siria. Si en vez de avanzar hacia el Oriente, hubiera marchado hacia el Sur, como lo había planeado inicialmente, el retorno hubiera sido mucho más corto y se hubiera realizado por las templadas tierras de la baja Mesopotamia. Pero en su actual situación, la única ruta de regreso era el mismo río Aras, por el que debía subir hasta su origen en las altas montañas del norte del lago Van. En esa forma encontraría el nacimiento del Éufrates, por el que podría descender hacia Siria. Esta ruta montañosa, que en cualquier época del año es muy pesada, durante el invierno, cuando el ejército romano la tuvo que recorrer, era terrible. A lo difícil de los caminos y a la inclemencia del clima, había que agregar la cotidiana agresión de las guerrillas de jinetes partos, que se daban gusto golpeando a las tropas en retirada, casi sin sufrir daño alguno. El largo camino y la lentitud del avance, elevaron considerablemente el número de bajas.

La guerra le resultó muy costosa a Marco Antonio. Cuando en Antioquía se realizó el recuento de los daños, se vio que Antonio había perdido alrededor de treinta mil combatientes y toda la maquinaria de guerra. El general romano culpó al rey armenio de su derrota. Reorganizó sus tropas, le pidió más dinero a Cleopatra, y se lanzó sobre la endeble Armenia, a la que derrotó sin muchas dificultades. Artavasdes fue ejecutado.

Marco Antonio viajó a Alejandría, en donde conoció al tercer hijo que había procreado con Cleopatra, nacido unos pocos meses antes. Le restó importancia a la terrible derrota que sufrió frente a los partos y, en cambio, celebró la victoria obtenida sobre la débil nación caucásica. Además de la celebración del Triunfo sobre Armenia, se llevó a cabo otra ceremonia, que es conocida como “las Donaciones de Alejandría”. Durante este acto, nombró gobernadores a sus pequeños hijos mellizos. Cleopatra Selene se convirtió en gobernadora de Cirenaica y Libia y Alejandro Helios de Siria y Cilicia. Para Marco Antonio, el reciente desastre frente a los partos había quedado en el olvido.

Pero en Roma no lo habían olvidado. El Senado no podía tomar a la ligera el fracaso de la campaña y la pérdida de treinta mil soldados. Y mientras el prestigio de Antonio caía a los niveles más bajos, la popularidad de Octavio crecía a pasos agigantados. Su amigo de la infancia, compañero de estudios y ahora su consejero y principal general, Marco Vipsanio Agripa, había derrotado y ejecutado a Sexto Pompeyo, y el cereal siciliano llenaba nuevamente los graneros de Roma. Lépidio, que finalmente se había decidido a rebelarse contra los abusos de Octavio, también fue derrotado por Agripa. Sin embargo, en vez de castigarlo, Octavio le ofreció un cargo de mediana importancia en Roma, que podría considerarse como una bien remunerada jubilación.

En el año 32 Antonio, presionado por Cleopatra, envió la documentación para su divorcio con su esposa romana. Para Octavio, la manifestación de Antonio de divorciarse de su hermana, fue la gota que derramó el vaso. Había llegado el momento de acabar con el único triunviro con quien se veía obligado a compartir el poder. Acusó ante el Senado a Antonio de incapacidad para gobernar el territorio oriental y puso como ejemplo su costosa derrota frente a los partos. Pero eso no era todo. Su pretendido divorcio tenía como único objeto, legalizar su matrimonio con Cleopatra, y acusó a la reina de Egipto de aprovecharse de la debilidad de Marco Antonio, con el fin de apoderarse de una parte del territorio romano. Como pruebas de su acusación, Octavio exhibió una copia del documento que Antonio había leído ante sus generales en Antioquía y mencionó las donaciones de Alejandría, mediante las cuales había cedido a sus hijos egipcios, las gubernaturas de cuatro provincias romanas. El Senado le declaró la guerra a Egipto, sin mencionar a Antonio. Sin embargo, no cabía ninguna duda de que la guerra contra Egipto, era la guerra contra Marco Antonio.

LA DEFINITIVA BATALLA DE ACTIUM

Marco Antonio finalmente pareció despertar de su letargo. Sumando sus legiones a los soldados egipcios y a los de las naciones sometidas, con seguridad superaba a las legiones de Octavio. Y con respecto a la fuerza naval, las dos escuadras juntas también podrían ser superiores a la armada de Agripa. No esperaría el ataque de Octavio, él iría a buscarlo a Roma. Con este fin se trasladó a Grecia y ocupó Epiro, en la costa jónica, desde donde podría iniciar la invasión de Italia. Pero Agripa llevó la flota de Octavio al mar

Jónico, para cerrarle el paso. Antonio, previendo un desembarco, extendió su línea de defensa por toda la costa epirota, desde Apolonia, en el extremo norte de Epiro, hasta el golfo de Corinto. Su cuartel general lo situó en Actium, en donde fue instalada una cómoda tienda de campaña para él y para Cleopatra.

Buscó repetidamente un enfrentamiento con la flota de Agripa, pero éste se movía continuamente por el mar, golpeando una y otra vez a las guarniciones costeras y a los barcos de abastecimiento, sin dar oportunidad para una batalla formal. Grecia había tomado el partido de Octavio y había dejado de ser una fuente de suministros para Antonio. Ahora debía llevarlos desde distancias considerables, mientras que a Agripa le bastaba con llegar a Brindisi o a Tarento, en la costa italiana, para reabastecerse.

Entonces surgió otro problema para Antonio. Octavio había logrado infiltrar agentes suyos entre sus tropas, tanto romanas como las de las otras naciones participantes, para sembrar la duda sobre la utilidad de la guerra.

- No estamos combatiendo por Roma, sino contra Roma - decían los agentes a sus supuestos compañeros -. Estamos en el ejército con la esperanza de que, al cumplir con nuestro servicio, seamos recompensados con tierras, en alguna región de Italia. ¿Realmente creen que Cleopatra nos dará tierras en Egipto?

Por su parte, los líderes de las naciones sometidas que participaban en la guerra a favor de Antonio, recibían un mensaje que los hacía reflexionar. Estaban comprometidos con Roma, pero estaban luchando por Egipto. ¿Cuál sería su porvenir, ya sea que ganaran o perdieran la guerra? Y empezó la desertión. A veces era un pequeño grupo de soldados el que desertaba, pero en ocasiones era un gobernante o un jefe militar “amigo”, el que desaparecía de la noche a la mañana con su ejército completo.

Herodes, que gobernaba en Judea y había venido siguiendo con atención la carrera descendente de Marco Antonio, ni siquiera se tomó la molestia de responder a su llamado. Mientras Agripa combatía en el mar Jónico, Octavio se encontraba en la isla de Rodas con algunas legiones, para intervenir en caso necesario. Herodes navegó hasta Rodas y le manifestó su adhesión absoluta.

La situación se empezaba a poner difícil para Marco Antonio, cuando Agripa se decidió a atacar su cuartel general de Actium. Eso era lo que Antonio deseaba. Colocó sus barcos, más grandes y pesados, en el frente, protegiendo a los de Cleopatra, que quedaron en la retaguardia. No le preocupó demasiado que la reina insistiera en comandar su propia flota, no obstante que su experiencia naval nunca había ido más allá de dar órdenes a sus criados, desde su camarote de lujo. De cualquier manera, él no dejaría que la lucha llegara hasta los barcos egipcios.

Al principio de la batalla, los barcos de Agripa eran recibidos por una lluvia de flechas, piedras y betún encendido, cada vez que se acercaban a los grandes barcos de Antonio, además de que se exponían a una embestida. Agripa sabía que los barcos de Cleopatra, más pequeños y más vulnerables, estaban atrás. No imaginaba la insensatez de que la propia reina estuviera en ellos, y menos lo absurdo de que estuvieran bajo su mando. Inició un movimiento de provocación frente a los barcos de los extremos, obligando a Antonio a extender su línea del frente. Entonces algunos barcos de Agripa se deslizaron entre los espacios que se abrieron y se lanzaron sobre los barcos egipcios. La maniobra era muy arriesgada. Las naves de Antonio hubieran podido maniobrar y dejar encerrados entre las dos flotas, a los barcos que se habían infiltrado. Pero ocurrió algo inesperado. El pánico se apoderó de la improvisada comandanta y dio a sus capitanes la orden de zarpar. Cuando Marco Antonio se dio cuenta de que Cleopatra y sus barcos abandonaban la batalla, abordó una nave ligera y se fue tras ella, dejando su flota y a sus hombres sin mando. Éstos cayeron en el desánimo y, después de un corto tiempo, se rindieron. Era el 2 de septiembre del año 31, y este fue el principio del fin de Marco Antonio y de Cleopatra.

Cleopatra y Antonio arribaron, uno tras otro, a Alejandría. Creían que Octavio y Agripa vendrían persiguiéndolos y que en cualquier momento llegarían a combatirlos. Y ellos únicamente contaban con las naves de Cleopatra y con las escasas tropas que habían quedado en Egipto. Pero Octavio no tenía ninguna prisa. En esos meses no era recomendable la navegación por el Mediterráneo y no tenía para qué arriesgarse. De cualquier modo, Marco Antonio ya estaba derrotado. Octavio y Agripa regresaron a Roma a recibir el homenaje por su victoria en Accio. Llegó la primavera del año 30 y con ella la seguridad para la navegación en el Mediterráneo (en esa época, el *Mare Nostrum*). Ahora sí, Octavio decidió liquidar a su ex compañero del ya inexistente Triunvirato. Cruzó el Mediterráneo Oriental, desembarcó en Gaza y avanzó sobre Alejandría. Antonio salió a su encuentro, en condiciones de notable inferioridad. Tras los primeros combates, al verse derrotado, Marco Antonio apoyó el pomo de su espada en el suelo y dejó caer el peso de su cuerpo sobre ella.

Octavio llegó a Alejandría y se dirigió al palacio real, en donde se entrevistó con Cleopatra. La trató con cortesía, pero le advirtió que debía acompañarlo a Roma, en calidad de prisionera. Cleopatra, sin poder disimular su abatimiento, le pidió tres días para arreglar sus asuntos personales. Mientras tanto, Cesarión era buscado por un grupo de legionarios que tenían instrucciones de liquidarlo en donde lo encontraran. La infructuosa búsqueda concluyó cuando el preceptor de Cesarión, al ser sometido a tortura, confesó que el hijo mayor de Cleopatra había huido hacia el mar Rojo, con la intención de llegar a la India. Lo alcanzaron en el puerto de Berenice, cuando estaba a punto de embarcarse para el Oriente. Ahí mismo fue ejecutado.

LA MUERTE DE CLEOPATRA

Transcurrieron los tres días de gracia solicitados por Cleopatra y un grupo de oficiales acudió al palacio, para llevarla a uno de los barcos que partirían rumbo a Roma. Pero, a pesar de las precauciones tomadas por los guardias que había dejado Octavio, la encontraron muerta. Su anciana nodriza Carmiana se las ingenió para pasar entre los guardias con un áspid, la cobra egipcia, oculta en una cesta de higos. Los oficiales romanos encontraron una carta de Cleopatra a Octavio mediante la que se disculpaba por haber arruinado la celebración de su Triunfo, ya que no podría exhibirla marchando encadenada por las calles de Roma, y pedía ser enterrada junto a Marco Antonio. Octavio cumplió el último deseo de Cleopatra. Un grupo de oficiales llevaron el cuerpo de la reina hasta un túmulo, en algún lugar del desierto de Gaza, en el que quedaron los restos de los dos amantes.

Octavio llegó a la capital del Imperio, llevando con él a los tres huérfanos de Marco Antonio y Cleopatra. En cuanto llegó, se preparó para celebrar el Triunfo de Egipto. En el desfile, un carro conducido por un legionario de alto rango, llevaba a los mellizos, de diez años de edad, y al niño más pequeño, de sólo cuatro. Los tres llevaban en los tobillos simbólicas cadenas de oro.

- No sé qué habrás pensado hacer con los hijos de Cleopatra, Octavio, le dijo su hermana -. Pero, al verlos tan desprotegidos, me dan deseos de adoptarlos.
- Parece que te agrada adoptar lo hijos que Antonio ha tenido con otras mujeres. Ya incorporaste a la familia al hijo que tuvo con Fulvia, y ahora quieres llevar a tu casa a los tres hijos que tuvo con Cleopatra. No han sido suficientes las dos hijas que te dejó Claudio Marcelo, además de las dos que tuviste con Antonio.
- Tú sabes que mis dos Marcelas están a punto de casarse: la mayor con Julio Antonio, el hijo de Marco Antonio y Fulvia, y la menor con Claudio Druso Nerón, hijo de tu esposa Livia. Me van a quedar únicamente mis dos Julias, las hijas de Antonio, que son aproximadamente de la edad de los niños que quiero adoptar.

Los tres niños egipcios fueron llevados a la casa de Octavia, en la que vivieron con sus hermanastras Julia Antonia la Mayor y Julia Antonia la Menor. Sin embargo, los dos varones fallecieron a edades tempranas, Alejandro Helios a los quince años, y Tolomeo Filadelfo a los catorce. Cleopatra Selene continuó viviendo con Octavia hasta que cumplió dieciocho años. Su tío adoptivo, Octavio, que se había convertido en el emperador Octavio Augusto, consideró que había llegado a la edad del matrimonio y la casó con Juba, el hijo del rey de Numidia, al que César había derrotado en el año 46. Era el mismo Juba que, quince años antes que ella, también había desfilado como niño prisionero. Como regalo de boda, el emperador les dio el reino de Mauritania.

Cleopatra Selene vivió en Volubilis como reina de Mauritania, hasta su fallecimiento en el año 6. Con ella desapareció el último descendiente de la dinastía

tolemaica, de origen macedonio, que un general de Alejandro Magno, Tolomeo Sóter, había iniciado hacía más de trescientos años.

BIBLIOGRAFÍA

- Asimov Isaac. La tierra de Canaán. Alianza Editorial Mexicana. México, 1989.
- Asimov Isaac. Los egipcios. Alianza Editorial Mexicana. México, 1989.
- Asimov Isaac. Los griegos. Alianza Editorial Mexicana. México, 1989.
- Asimov Isaac. La República romana. Alianza Editorial. México, 1989.
- Asimov Isaac. El Imperio romano. Alianza Editorial Mexicana, 1989.
- Asimov Isaac. El Cercano Oriente. Alianza Editorial Mexicana. México, 1998.
- Biblia de Jerusalén. Editorial Española Desclee de Brouwer. Bilbao, 1975.
- Constable Nick. Atlas histórico de la antigua Roma. Edimat Libros, S. A. Madrid, 2003.
- Duby Georges. Atlas histórico mundial. Editorial Debate. Madrid, 1987.
- Chirinos, Juan Carlos. Olimpia, esposa de un rey, madre de un dios. Editorial Oberón. Madrid, 2005.
- Chirinos, Juan Carlos. Olimpia, la reina de los cuatro nombres. Editorial Oberón. Madrid, 2007.
- Eurípides. Las diecinueve tragedias. Editorial Porrúa. Sepan cuantos. México, 1998.
- Fernández Pérez Flora y Sordo Ruiz Margarita. Introducción a la mitología. Fernández Editores. 1992.
- Garibay Kino Ángel María. Mitología griega. Dioses y héroes. Editorial Porrúa. Sepan Cuantos, 1999.
- George Margaret. Memorias de Cleopatra. Suma de Letras, S. L. Madrid, 2001.
- Herodoto. Los nueve libros de la historia. Editorial Porrúa. México, 1988.
- Hesiodo. Teogonía. Editorial Porrúa. Sepan Cuantos, 1990.
- HISTORIA, publicación de National Geographic. España:
- Aguilera, Antonio. Cleopatra, la última reina de Egipto. Universidad de Barcelona, 2007.
 - Aguilera, Antonio. Los galos, guerreros indomables. Universidad de Barcelona, 2007.
 - Aguilera, Antonio. Marco Antonio, de soldado a triunviro. Universidad de Barcelona, 2007.

- Baena del Alcázar Luis. Marco Antonio, el hombre que pudo reinar. Universidad de Málaga, 2005.
- Carruesco García, Jesús. Alejandría, capital de los últimos faraones. Universidad Rovira/Vigili de Tarragona. 2009.
- García Gual, Carlos. Alejandro en la India. Universidad Complutense de Madrid, 2007.
- García Gual, Carlos. Alejandro Magno, el faraón macedonio. Universidad Complutense de Madrid, 2007.
- García Gual, Carlos. La muerte de Alejandro. Universidad Complutense de Madrid, 2007.
- Gómez Espelosín, Francisco Javier. Alejandro Magno, el destructor de Persépolis. Universidad Alcalá de Henares. Madrid, 2007.
- Gómez Espelosín, Francisco Javier. La leyenda de Alejandro Magno. Universidad Alcalá de Henares. Madrid, 2007.
- Gómez Espelosín, Francisco Javier. Las mujeres de Alejandro. Universidad de Alcalá de Henares. Madrid, 2008.
- Gómez Espelosín, Francisco Javier. Filipo de Macedonia. Universidad de Alcalá de Henares. Madrid, 2008.
- Gracia Alonso, Francisco. Julio César, el dictador de Roma. Universidad de Barcelona, 2009.
- Lillo Redonet, Fernando. Julio César, el mayor general de Roma. Barcelona, 2008.
- Monje, José Antonio. Julio César. La gran crisis de Roma, vista por su gran protagonista. Madrid, 2007.
- Piñero, Antonio. Herodes el Grande, tirano de los judíos. Universidad Complutense de Madrid, 2008.
- Rubiato Díaz, María Teresa. Masada, el último bastión frente a Roma. Universidad Complutense de Madrid, 2008.

HISTORIA UNIVESAL SALVAT. Salvat Editores. México, 1980.

- Piojan, José. Alejandro Magno (tomo III).
- Piojan, José. La época de los diádocos (tomo III).
- Piojan, José. Julio César (tomo IV).
- Piojan, José. Augusto (tomo IV).

Homero. La Iliada. M. Aguilar Editor. México, 1976.

Lane Fox Robin. Alejandro Magno, conquistador del mundo. Editorial El Acanalado. Barcelona, 2007.

Melani Chiara, Fontanella Francesca y Cecconi Giovanni Alberto. Historia ilustrada de la antigua Roma. Susaeta Ediciones, S. A. Madrid.

Norton-Taylor, Duncan. Los celtas. Time-Life. Orígenes del hombre, 1979.

Quinto Curcio, Rufo. Historia de Alejandro. Traducción de Francisco Pejenante para la Biblioteca Clásica Gredos. Madrid, 1986.

Schettini José A., Pardo José y Rizzoli Andrea. Atlas histórico. Editorial Noguer. Barcelona, 1973.

Simons Gerald. Orígenes de Europa. Time-Life. Las grandes épocas de la humanidad, 1978.

Shakespeare William. Antonio y Cleopatra. M. Aguilar Editor. México, 1976.

Shakespeare William. Julio César. M. Aguilar Editor. México, 1976.

Tácito, Cayo Cornelio. Anales. Editorial Porrúa. Sepan Cuantos. México, 1991.

Virgilio Marón, Publio. La Eneida. Editorial Porrúa. Sepan cuantos. México, 1974.

ÍNDICE

Prólogo	2
Alejandro Magno	3
Las familias Macabea y de Heródes	65
Julio César, Cleopatra y Marco Antonio	98
Bibliografía	150